LAS BRUJAS DE HOLLOW COVE



# ENTRE HECHIZOS Y APRIETOS

Autora bestseller del *USA TODAY*

KIM RICHARDSON

# Entre Hechizos y Aprietos

## Las brujas de Hollow Cove

Libro 19

Kim Richardson

KR PUBLISHING

Este libro es una obra de ficción. Cualquier referencia a hechos históricos, personas o lugares reales es ficticia. Los demás nombres, personajes, lugares e incidentes son producto de la imaginación del autor, y cualquier parecido con hechos, lugares o personas reales, vivas o muertas, es mera coincidencia.

Entre Hechizos y Aprietos, Las Brujas de Hollow Cove, Libro XIX
Copyright © 2025 por Kim Richardson
Diseño de portada: Kim Richardson
Editado por Deborath E. Marín
Todos los derechos reservados, incluido el derecho de reproducción en su totalidad o en cualquier forma.

# ÍNDICE

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27

Maldición Con Beneficios
Libros De Kim Richardson
Sobre La Autora

# CAPÍTULO 1

Tuve un bebé.

Sip, mi propio bebé gorila brujo.

Nadie te prepara para un acontecimiento tan alucinante. ¡Ah, claro que lo intentan! La madre que te da consejos no solicitados y medio útiles entre dramáticos suspiros sobre cómo ella «lo hizo todo sin magia en su día». La curandera paranormal, Wynona, que huele vagamente a menta y salvia quemada, dándote golpecitos en el pie y dándote algún tónico incandescente cuestionable mientras declara alegremente: «Todo va bien. No pienses en el dolor».

Y, por supuesto, tenemos al esposo simio que está pálido como un fantasma, lo cual es un logro teniendo en cuenta que normalmente tiene un lindo tono de piel bronceado dorado, que te agarra la mano y murmura cosas como: «Respira, Tessa. Respira», como si no fuera él quien estuviera hiperventilando.

Pero nada de eso —ni los preparativos, ni las horas de parto que no volveré a contar en detalle (de nada), ni siquiera las advertencias de mis tías sobre cómo «los bebés te robarán el alma y tu último par de calzoncillos buenos»— podía compararse con el momento en que por fin miré a mi propio hijo.

Una vida. Una vida pequeñita y chillona que Marcus y yo habíamos creado juntos. Y él era perfecto. Nuestro hijo.

Sí, tuve un niño.

Darian.

Un nombre digno de una leyenda. O al menos un nombre digno de ser gritado dramáticamente cuando inevitablemente rompiera algo valioso en la casa. Lo cual, por lo que parece, podría ocurrir cualquier día de estos.

Porque ahí estaba el detalle. Algo no andaba del todo bien.

Un mes después, mi recién nacido era... bueno, digamos que lo de «recién nacido» ya no le aplicaba.

—Es enorme. ¿Qué demonios le estás dando de comer?

Dolores estaba de pie al lado de su cuna, con las manos en las caderas en su característica pose de «tía exasperada», mirando a mi hijo como si fuera un experimento científico mutante. Lo cual, para ser honestos, quizás no estaba del todo errado.

Me arrastré a su lado, tratando de enfocar mis ojos privados de sueño.

Darian volvió a mirarnos con sus ojos grandes y grises, parpadeando inocentemente. Excepto que ya no era un bebé pequeño e indefenso. Era más grande. Mucho más grande de lo que cualquier bebé debería ser con un mes de edad.

Sus brazos regordetes tenían músculos de verdad. Sus piernas tenían un grosor que sugería que, o bien iba al gimnasio mientras dormía, o bien estaba experimentando un estirón mágico infernal.

Sí, definitivamente algo estaba pasando.

Encogí los hombros y puse la cara más inocente que pude.

—Ya sabes, lo de siempre. Leche materna, de fórmula y alguna que otra vaca encantada. —Me reí. Ella no.

Dolores me miró con los ojos entrecerrados.

—Tessa.

—Era un chiste. Más o menos.

Dolores suspiró mientras miraba a mi hijo.

—Bueno, algo no está... bien.

No se equivocaba. Era del tamaño de un bebé de seis meses, como mínimo, si ese bebé hubiera estado entrenado para luchar contra seres sobrenaturales en un club de lucha clandestino.

Dolores seguía analizando a mi bebé, que en ese momento estaba acostado boca arriba, con los brazos estirados por encima de la cabeza como un pequeño rey que inspecciona su reino. Sus

piernas regordetas pataleaban con una fuerza alarmante, haciendo girar el móvil que tenía encima como si estuviera atrapado en un huracán.

—En serio —continuó Dolores—, tiene el tamaño de un niño pequeño. A este ritmo, la cuna le quedará pequeña el martes que viene.

Miré a mi hijo.

—No es culpa mía que tenga genes de hombre simio. Marcus ya se columpiaba de los árboles a los dos años. —Volví a reírme. Ella no.

—¿Y eso no te preocupa?

Encogí los hombros.

—Asumí que sólo se trata de movilidad temprana. Ya sabes, caminar, escalar, posiblemente aterrorizar al vecindario. Nada importante.

Darian nos arrullaba, inconsciente de la crisis existencial que estaba provocando. Y yo lo amaba. Con cada célula de mi cuerpo. Para mí, él era perfecto.

Dolores lo miró con los ojos entrecerrados.

—¿Ya comprobaste si puede trepar?

Me quedé boquiabierta.

—No. ¿Tengo que hacerlo? —Mierda. Aún me faltaba mucho por aprender.

—Bueno, considerando que es medio hombre simio, yo diría que sí.

En ese momento, Darian soltó un gorjeo de felicidad y —ay, no— se agarró al lateral de la cuna. Sus dedos se enroscaron en los barrotes de madera y, antes de que yo pudiera pestañear, se levantó solo. Fácilmente.

Dolores y yo nos quedamos perplejas.

Mierda. Nunca había hecho eso.

—Dios mío —susurré—. Di a luz a un súper soldadito.

Dolores se limitó a sonreír.

—Bueno, al menos pronto podrá cargar su propia pañalera. —Se rio. Yo no.

No sabía si eso me gustaba. Estaba creciendo rápido, demasiado rápido.

—Dolores tiene razón.

Me giré y vi a Beverly entrando en la habitación y uniéndose a nosotras al lado de la cuna.

—Es *enorme*. Sólo tiene un mes. Eso no es normal.

—Sí, lo es. Es exactamente como debería ser. —Mentira total. Obviamente, había notado lo rápido que estaba creciendo mi hijo, pero intentaba ignorarlo. No quería que mi bebé fuera «diferente» de otra manera. Ya era especial, al ser un bebé híbrido de hombre simio, brujo y demonio. No sabía si yo podría soportar algo más.

Había notado la situación de «mi bebé está creciendo a una velocidad alarmante, posiblemente de nivel de ciencia ficción» aproximadamente una semana después de que naciera Darian.

Al principio pensé que tal vez me faltaba sueño y estaba alucinando. Probablemente todos los bebés se ven un poco más grandes cuando sólo duermes dos horas y tienes una dieta a base de café y cualquier alimento que puedas comer con una mano. Pero entonces me di cuenta de que no. Definitivamente, mi hijo estaba creciendo como una especie de adorable experimento científico con mejillas regordetas.

Como era de esperarse, entré en pánico. Y entonces, como era de esperarse, llamé a la mejor profesional médica sobrenatural que conocía: Wynona Moondust, bruja curandera y jefa de la Maternidad Varita Mágica.

Le dio un vistazo a Darian, le hizo un examen mágico completo y luego sonrió. Como si no hubiera sido testigo de cómo mi recién nacido se convertía en un linebacker de la noche a la mañana.

—Está perfectamente sano —anunció Wynona con su voz calmada y tranquilizadora de curandera.

Agité los brazos como una mujer a punto de tener un colapso.

—¿Perfectamente sano? Duplicó su tamaño. La ropa le está quedando pequeña más rápido de lo que puedo cambiarle el pañal. Eso no puede ser normal. Fue la doula. Ella le hizo algo.

Porque, por supuesto, mi cerebro recordó ese punto inmediatamente. Mi paranoia me la había ganado a pulso, muchas

gracias. Vara me había envenenado, y evidentemente, este era algún efecto secundario vudú retardado. Quizás había embrujado a mi bebé y crecería como todo un adulto para el martes que viene. Tal vez su edad sería en años perrunos. Tal vez le saldrían alas. No tenía ni idea. Pero definitivamente algo no estaba bien.

Wynona me puso una mano tranquilizadora en el hombro.

—Tessa, no hay rastros de ningún tipo de esencia anormal en tu bebé. Le hice tres pruebas.

Respiré hondo.

—Pero si no está embrujado, ¿por qué crece tan rápido? O sea, yo sé que los bebés crecen, pero no me esperaba tener al Increíble Hulk en versión infantil.

Wynona me dedicó esa sonrisa práctica y cómplice que probablemente todos los curanderos aprendían en sus escuelas.

—Tessa —dijo delicadamente—, tienes un bebé muy especial. Su composición genética no se parece a nada que haya visto antes.

Parpadeé.

—¿Debería preocuparme que la profesional médica diga eso como si acabara de descubrir una nueva especie?

Ella ignoró el comentario.

—Creo que esto es completamente natural para él. Así es él.

Crucé los brazos.

—¿Me estás diciendo que mi bebé crece de forma natural a la velocidad de un adolescente que pasa por una fase de batidos de proteínas?

—Sí.

Hice una mueca.

—¿Y estás segura de que esto no hará que un día se despierte convertido en un hombre simio musculoso de dos metros que pide las llaves del auto antes de poder caminar?

Wynona se rio.

—Creo que estás a salvo por ahora.

Miré fijamente a Darian, que en ese momento se estaba chupando el puño, completamente indiferente a mi enloquecimiento.

—Entonces, ¿simplemente es... grande? —Volví a preguntar porque mi cerebro se negaba a aceptar la simplicidad de esa

respuesta.

—Está sano —corrigió Wynona—. Y eso es lo que más importa.

Entrecerré los ojos.

—Eso parece algo que te dice un médico cuando en realidad no tiene una mejor explicación.

Wynona me dio unas palmaditas en el brazo.

—También es algo que te dice un médico cuando no quiere que te pongas paranoica con los índices de crecimiento del bebé.

Pues, tenía razón.

Eso fue hace tres semanas.

Suspiré y volví a mirar a mi hijo, que se agarraba al borde de la cuna con una fuerza impresionante. Sus dedos se enroscaban en la barandilla y sus bracitos se flexionaban para probar la solidez de la madera.

—Yo creo que es lindo. —Ruth apareció en la habitación y se interpuso entre nosotras, agachándose y apretándole la mejilla—. Se supone que los bebés son grandes y regordetes. Por eso son tan lindos.

Darian murmuró algo y levantó los brazos para que lo sacara de la cuna. Sus ojos grises, los ojos de su padre, parpadearon brillantes al verme. Era igual a su papá. Era perfecto.

Pensé en Dylan, en cómo nos había engañado a todos haciéndonos creer que era hijo de Marcus, pero me sacudí rápidamente esos pensamientos. No quería volver a pensar en ese pequeño bastardo cambiante.

—Uuuf —resoplé, mientras lo acunaba en mis brazos—. ¿Ven? No es tan grande. —Otra mentira. Cada vez que cargaba a mi hijo era un suplicio.

Dolores miró a Darian.

—Necesita un corte de pelo... *otra vez*. Se lo acabamos de cortar hace dos días. Mira todo ese pelo.

Le sonreí a mi hijo mientras me abofeteaba alegremente.

—Genes de hombre simio —dije—. Marcus probablemente nació con barba y todo. —Me reí de mi propio chiste. Ellas no.

Dolores arqueó una ceja.

—Eso no me sorprendería.

Beverly se inclinó, examinando a Darian con ojo crítico.

—Si no tomas medidas, la semana que viene tendrá una melena abundante. Y créeme, no querrás lidiar con eso. Una vez salí con un tipo con el pelo hasta los hombros que nunca usaba acondicionador, y digamos que todavía tengo pesadillas.

Hice rebotar a Darian en mis brazos.

—Bueno, usamos acondicionador para bebés, así que ya está. Fin de la historia

Ruth sonrió.

—Me gusta. Parece un príncipe pequeñito y esponjoso.

Darian gorgoteó feliz ante el cumplido, lo que tomé como una clara prueba de que se estaba desarrollando a un ritmo alarmante. ¿Debería preocuparme? Quizás era hora de volver a visitar a Wynona.

Beverly se burló.

—Bueno, sea o no un príncipe pequeñito y esponjoso, será mejor que descubras una rutina para el pelo antes de que termine pareciéndose a un niño salvaje criado por lobos.

Suspiré.

—Todas ustedes actúan como si fuera el tío Cosa de La Familia Addams. Es un bebé. Los bebés tienen pelo. Algunos más que otros. No pasa nada. —Yo había sido calva, o eso revelaban las fotos mías de bebé que tenía mi madre. Tener pelo era mejor.

Dolores me lanzó una mirada larga y escéptica.

—Entonces, ¿has pensado en una guardería?

Parpadeé.

—¿Una guardería?

Dolores puso los ojos en blanco.

—Sí, una guardería. Ya sabes, esa cosa en la que la gente cuida de tu hijo para que tú puedas seguir haciendo cosas como luchar contra magos oscuros, colarte en prisiones sobrenaturales y, en general, tomar malas decisiones en la vida.

Ruth jadeó.

—¿Quieres que Tessa regale a su bebé?

—Eso *no* lo que estoy diciendo —dijo Dolores, exasperada—. Digo que va a tener que encontrar la manera de equilibrar su trabajo

con la crianza de un hijo. No puede llevárselo a las misiones. A menos, claro, que quiera que las primeras palabras de su bebé sean «bola de fuego» y «agáchate para cubrirte».

Encogí los hombros.

—No tiene nada de malo.

—¿Y? —insistió mi alta tía—. ¿Lo has pensado?

Moví a Darian en mis brazos, de repente muy interesado en los botones de su pequeño body.

—Aún no lo he decidido. —Totalmente cierto. Marcus y yo lo habíamos hablado, pero a mí aún no me convencía la idea. ¿Y si se hacía daño? Después de todo, sólo tenía un mes.

Dolores frunció los labios pensativa.

—Bueno, la guardería es imposible. Pero, ¿y una niñera?

Levanté la cabeza tan rápido que casi me doy un latigazo.

—Por supuesto que no. Nop. De ninguna manera. No pasará.

Dolores enarcó una ceja.

—¿Y eso por qué?

—¿Me estás tomando el pelo? —Abracé a Darian un poco más fuerte—. ¿Ya nos olvidamos del incidente de la doula? No voy a confiarle mi hijo a una desconocida. Nunca más. No me importa si vienen con brillantes referencias de la mismísima Hada Madrina. No me arriesgaré. —No iba a entregarle mi hijo a una extraña, no después de lo que pasó con la doula. Por eso dudaba tanto de las guarderías. Mi hijo era diferente. Especial. Y sabía en mi interior que habría más doulas falsas acechando a mi hijo. Necesitaba tener a Darian muy cerca de mí.

Dolores y sus hermanas compartieron una mirada silenciosa: el tipo de conversación sin palabras que sólo los hermanos o los conspiradores de toda la vida podían mantener, en la que frases enteras pasaban entre ellos sin que se pronunciara una sola palabra.

Entrecerré los ojos.

—Bueno. ¿Qué fue eso? ¿Qué está pasando?

Ruth rompió el silencio. Dio un paso adelante, con las manos juntas y los ojos desorbitados de alegría.

—¡*Nosotras* queremos ser las niñeras de Darian!

Parpadeé.

—Espera. ¿Qué?

—Nos encantaría cuidar de él —continuó—. Ya somos sus tías abuelas, así que tiene mucho sentido. ¿Quién mejor para cuidarlo que su propia familia?

Dolores asintió.

—Podríamos alternar turnos. Siempre estaría a salvo con nosotras.

Las miré fijamente.

—¿Quieren cuidar a mi bebé monstruo? ¿De buena gana? —No mentiré y fingiré que eso no era exactamente lo que esperaba. Porque lo era.

—Pero, para que quede claro —dijo Beverly, enroscándose un mechón de pelo rubio suelto detrás de la oreja—, me apunto siempre que no me vean con el bebé. Nada estropea tanto la vida sexual de una mujer como que la confundan con una abuela. Ningún hombre quiere susurrarle cosas dulces y amorosas a alguien que cree que está hasta las rodillas de pañales.

Dolores puso los ojos en blanco.

—Ay, por favor. Como si algo pudiera estropear tu vida sexual.

Beverly se alegró.

—Tienes toda la razón. Soy una fuerza de la naturaleza. Pero no tentemos al destino.

—Sin contar —añadió Ruth—, que lo malcriaríamos muchísimo, y tú no tendrías absolutamente nada que decir al respecto.

Sonreí. Si iba a confiarle el cuidado de Darian a alguien, sería a ellas. Aun así, la idea de que ellas quisieran ser las que se lo llevaran, las que se aseguraran de que siempre estuviera con la familia, hizo que sintiera algo muy lindo en mi pecho. Amaba a mis tías. Y tenía suerte de tenerlas.

Dejé escapar un suspiro lento.

—Gracias. Me encanta esta idea, de verdad.

—¿Sí? —Ruth aplaudió—. Ay, esto es genial.

—Pero —dije levantando un dedo—, ¿y cuando estemos *todas* en un trabajo?

La sala se quedó en silencio.

Miré entre ellas. De repente, Beverly encontró algo muy interesante en sus uñas. Ruth frunció los labios y empezó a mecerse hacia delante y hacia atrás, como si estuviera esperando un autobús.

Dolores exhaló por la nariz y su rostro se contorsionó.

—Si estás a punto de decir Katherine Durand, puede que tenga que hechizarte.

Resoplé.

—Esa abuela no. La otra. Mi madre.

Por una vez, sentí que podía respirar. Claro que mi madre y yo teníamos una historia complicada —bueno, sí, una historia francamente desastrosa—, pero sabía que ella cuidaría de Darian. En todo caso, lo vería como su oportunidad de demostrar que era la Madre del Año, aunque ese barco ya hubiera zarpado, se hubiera hundido y se lo hubiera comido un kraken. Y mi padre estaría allí, lo que significaba al menos un adulto responsable en la situación.

Dolores asintió, complacida.

—Bueno. Entonces está decidido.

Pero antes de que pudiera saborear la pequeña victoria de haber resuelto la crisis del cuidado de mi hijo, los ojos de Dolores se entrecerraron ante algo.

—¿Ruth? —Su voz era aguda, suspicaz—. ¿Qué tienes en la mano?

Ruth, que había estado girando alegremente una tarjetita entre sus dedos como si fuera algo casual, parpadeó.

—Ah. Se me olvidaba. Toma. Acabamos de recibir esto. —Levantó la tarjeta pero antes de que pudiera siquiera mostrármela, Dolores se la arrancó de las manos.

Observé a Dolores de cerca, intentando descifrar su expresión. Su mandíbula se tensó. Sus ojos se oscurecieron. La preocupación se apoderó de su rostro y, de repente, toda mi paz se evaporó.

—¿Qué pasa? —pregunté, ya preparándome—. ¿Un nuevo trabajo?

Porque si esto tenía —*algo*— que ver con mi hijo, iba a enloquecer.

Apreté a Darian contra mi pecho, apretándolo instintivamente mientras la ansiedad se apoderaba de mí. Mi ritmo cardíaco se

disparó y, por un segundo, todo en mí se sintió alterado, tenso, listo para luchar... hasta que una mano pequeña y regordeta me presionó la mejilla.

Parpadeé.

Darian me observaba, con sus grandes ojos grises fijos, sin pestañear, como si lo supiera. Como si pudiera sentir el cambio en mis emociones, el modo en que se me había acelerado el pulso, la forma en que se me había entrecortado la respiración. Su pequeña y cálida palma permaneció pegada a mi cara, sujetándome; sus dedos se curvaron ligeramente, como si intentara anclarme en su sitio.

Y maldita sea, funcionó.

Respiré más despacio y aflojé un poco el agarre. Él no lloraba, no se quejaba. Solo me miraba con una extraña calma, un recordatorio silencioso de que, fuera cual fuera la tormenta que se avecinaba, yo seguía teniéndolo a él.

*Mi pequeño.*

Le di un beso en la frente.

—Eres demasiado perspicaz para tu propio bien. ¿Lo sabías? —Igual que su padre.

Darian arrulló, el sonido más suave, y me dolió el pecho de la mejor y de la peor manera.

Volví a centrar mi atención en mi alta tía.

—¿Y?

Dolores dudó un segundo. Lo suficiente para que mi paranoia se disparara.

Y luego exhaló, nos miró y dijo:

—Hubo un asesinato.

—¿Asesinato? ¿Quién? —preguntó Beverly.

Dolores nos miró atónita antes de decir finalmente:

—Gilbert está muerto.

Bueno. *Mierda.*

# CAPÍTULO 2

Gilbert, el pequeño búho metamorfo, alcalde de Hollow Cove y orgulloso dueño de Gilbert's Grocer & Gifts, estaba muerto.

De verdad no me lo esperaba.

Pero allí estaba él, tendido en el suelo de la oficina, con el cuerpo rígido y la piel de un tono gris antinatural.

Ahora, seamos claros. Gilbert no era mi persona favorita. Ni siquiera entre los cincuenta primeros. Sí, me había hecho enojar más veces de las que podía contar. Sí, me descontó la paga en varias ocasiones por «daños» que, sí, técnicamente fueron culpa mía, pero en mi defensa, la magia es impredecible. Sí, había imaginado volarle la cabeza una o dos veces —figurativamente—.

Pero en realidad nunca *quise* que muriera.

Sin embargo, alguien sí quería.

Era un poco surrealista mirarlo ahora. Desde que llegué a Hollow Cove, Gilbert me había estado regañando por una cosa u otra, siempre buscando la forma de insultarme. Por extraño que parezca, iba a echar de menos esos momentos.

Una joven cajera —una mujer ciervo, a juzgar por el ligero olor a caballo que desprendía y por el aspecto de estar a punto de salir corriendo en cualquier momento— había encontrado a Gilbert primero. Estaba de pie al lado de la puerta, temblorosa, con la cara llena de granos y la emoción a flor de piel. Ruth tenía un brazo alrededor de los hombros de la muchacha, murmurando algo mientras trataba de consolarla.

Había visto muchos cadáveres en mi trabajo, pero su reacción me recordó lo «anormal» que era para la mayoría de la gente. Todavía estaba en la fase de ojos desorbitado mientras pensaba «Dios mío, la muerte es real y está delante de mí».

Me agaché cerca de Gilbert, frunciendo el ceño.

—No hay sangre. No tiene marcas visibles. Y ninguna causa obvia de muerte aparte del hecho de que está rígido y su piel es, bueno... gris oscura. Esa no es la coloración propia de los metamorfos de búho. ¿Verdad?

—No, a menos que estuviera haciendo una rutina de cuidado para la piel muy experimental. —Beverly se alejó varios metros con los brazos cruzados fuertemente sobre el pecho, como si repeliera físicamente la escena del crimen.

Dolores nos ignoró y se arrodilló junto al cadáver, con las manos sobre Gilbert mientras susurraba un conjuro en voz baja. Sus dedos se crisparon, trazando símbolos en el aire, y un tenue resplandor cobró vida entre sus palmas. El aroma de las flores silvestres y la tierra húmeda me llenó la nariz mientras ella utilizaba su magia blanca. Estaba buscando algo, algún rastro de magia, alguna esencia persistente de lo que lo había matado, sospeché.

Observé atentamente, pero un fuerte y teatral grito ahogado me robó de repente la atención desde la puerta.

—¿Es verdad? —dijo una voz detrás de mí.

Suspiré antes de darme la vuelta.

Martha.

Cada pueblo tenía una, una persona chismosa tan poderosa, tan omnipresente, que uno se preguntaba si tendría algún tipo de habilidad para teletransportarse impulsada por el olor del escándalo.

Martha, una bruja regordeta aficionada a las telas estampadas florales chillonas y con una personalidad aún más escandalosa, estaba en la puerta, agarrándose el pecho como si acabara de presenciar un asesinato en tiempo real.

—¿Gilbert está muerta? —jadeó dramáticamente. Luego lo vio en el piso y soltó un chillido tan agudo que estaba segura de que solo los perros metamorfos pudieron oírlo.

Agitó las manos en el aire para crear un efecto dramático antes de centrarse en mí, concretamente en mí y en el cochecito que estaba estacionado al lado del mostrador.

Se quedó con la boca abierta.

—Tessa. ¿Tuviste que traer a tu hijo a la escena de un crimen? Quedará marcado de por vida.

Exhalé lentamente, el tipo de exhalación que uno hace cuando resiste el impulso de incendiar algo.

—Yo giré el cochecito —dije, señalando el cochecito obviamente inclinado—. ¿Ves? El bebé está de espaldas al cadáver. Aquí no hay trauma.

Martha entornó los ojos.

—Igual, es un cadáver. Podría sentirlo. Nosotros no sabemos todavía cuáles serán sus habilidades mágicas.

El «nosotros» que acaba de decir no se me había escapado.

Miré a Darian, que en ese momento estaba royendo felizmente su pulgar y babeándose la pijama.

—Sí, a mí me parece que está marcado de por vida —dije secamente.

Martha resopló, poco impresionada.

—Yo ya habría buscado una niñera.

—Intenté dejarlo con mi madre —respondí, enderezándome y acercándome al cochecito para girarlo ligeramente y poder ver mejor la cara de felicidad de Darian—. Pero ella no estaba en su casa. —Totalmente cierto. Realmente no quería tener que llevar a Darian conmigo, pero viendo que mi madre no estaba, y que nos necesitaban a mis tías y a mí, esto era cosa del grupo Merlín. No tenía elección.

Martha desvió la mirada, pero no hacia Gilbert. No, su mirada se había fijado en algo completamente distinto.

Darian.

Su expresión oscilaba entre la curiosidad y la inquietud, como si no estuviera segura de si debía estar intrigada o aterrorizada. Sus ojos se movieron entre su regordeta figura en el cochecito y yo, y sus labios se entreabrieron ligeramente como si estuviera a punto de decir algo, pero se lo pensó mejor.

Martha retrocedió un paso muy deliberadamente.

—Oh —dijo, su voz inusualmente cautelosa—. Ha... *crecido*. Mucho.

Me puse rígida y apreté con fuerza el asa del cochecito.

—Sí, los bebés tienden a hacer eso.

Martha frunció ligeramente el ceño, como si no estuviera convencida de que se tratara del crecimiento normal de un bebé.

—Es que... es muy rápido. ¿Verdad que sí? Hace un mes era pequeñito y ahora... —Se interrumpió, dando otro medio paso atrás, como si Darian fuera a abalanzarse sobre ella.

Mi mandíbula se apretó.

—¿Y ahora qué?

Martha no contestó. Se quedó mirando, alejándose como si el cochecito contuviera algo sacado de una película de terror y no a mi hijo.

Y entonces lo oí. Los murmullos. Las voces bajas y silenciosas de la gente que se había reunido ante la puerta del despacho. Levanté la vista y los vi. Más brujas, más metamorfos, que miraban hacia dentro, sus ojos parpadeaban del cuerpo de Gilbert a Darian.

Conocía esa mirada. La había visto antes.

Era el mismo modo en que me habían mirado cuando descubrieron que tenía sangre demoníaca, que era una bruja de las sombras: una mezcla de miedo, sospecha y el tipo de recelo que hace que la gente susurre a tus espaldas en lugar de decirte las cosas a la cara.

No sólo miraban a Darian. Lo estaban estudiando. Como si fuera algo antinatural. Como si fuera una abominación.

Una ira aguda y caliente se encendió en mi pecho.

—¿Hay algún problema? —pregunté, con la voz irritada.

Martha vaciló.

—No, claro que no —dijo rápidamente. Demasiado rápido. Esbozó una sonrisa forzada, consciente de que estaba caminando sobre una capa de hielo muy fina. Los demás se callaron y sus murmullos se apagaron cuando mis palabras resonaron en el despacho.

Exhalé lentamente, tratando de contener el fuego en mi pecho. No quería pelearme con Martha. No en este momento.

Darian, ajeno a la tensión, murmuró en voz baja, con sus deditos enroscándose en el borde de la manta. No tenía ni idea de que aquella gente ya le estaba mirando como si fuera algo a lo que temer. Un bicho raro.

Que se jodan. No los necesitaba ni a ellos ni a Martha. Y si esos paranormales pensaban por un segundo que podían hacer sentir a mi hijo que no pertenecía aquí...

Se iban a llevar una buena sorpresa.

Después de apartar el cochecito de las miradas indiscretas, volví hacia donde Dolores seguía arrodillada junto al cuerpo de Gilbert, aunque sus ojos estaban fijos en mí.

—¿Estás bien? —preguntó mi alta tía.

—De lo mejor. —Me arrodillé y miré el cuerpo muerto del metamorfo búho, un repentino sentimiento de tristeza me invadió. Me sentía mal por Gilbert. Lo dije. No se merecía morir así. Era una piedra en el zapato, sí. Pero era nuestra piedra.

Y averiguaría quién hizo esto.

Envié mis sentidos de bruja, dejando que mi magia fluyera hacia afuera como tentáculos invisibles, buscando, sintiendo.

*Había* algo allí, tenue pero inconfundible. Una energía persistente y antinatural que se aferraba al cuerpo de Gilbert como viejas telarañas. No era el tipo de esencia suave y desvanecida que deja a su paso la muerte natural. No, esta muerte había sido causada por la magia.

Fruncí el ceño.

—Puedo sentir vibraciones mágicas. Y Gilbert no practicaba magia. —Bueno, no que yo supiera.

Dolores ni siquiera parecía sorprendida. Simplemente asintió.

—Yo también lo siento. —Puso las manos sobre el pecho de Gilbert y susurró otro conjuro. Un suave resplandor parpadeó sobre su cuerpo agarrotado, iluminando su piel canosa durante un breve segundo antes de desvanecerse.

Luego exhaló y su expresión se ensombreció.

—Tenía una maldición.

Fruncí el ceño.

—¿Una maldición? ¿Qué clase de maldición puede matar a un metamorfo y dejarlo con ese aspecto?

Dolores me miró.

—Una del tipo ilegal.

Beverly suspiró, retocándose el labial en un espejo compacto.

—Ah, qué bien. Maldiciones asesinas ilegales antes del mediodía. Por primera vez, me gustaría tener una mañana tranquila. Quizás un brunch. Una mimosa. Algo que no tenga que ver con un cadáver.

La ignoré.

—¿De qué tipo de maldición estamos hablando? —Yo no había sido Merlín ni había estado en el mundo mágico el tiempo suficiente para conocer o reconocer una maldición ilegal. Ahí es donde mis tías eran expertas. Por eso eran las brujas tan rudas que eran.

—Fue la Maleficium Noctis —dijo Dolores.

Parpadeé.

—La... ¿qué dijiste?

Dolores suspiró.

—La Maldición Nocturna. Una de las maldiciones más prohibidas en el mundo paranormal. Es poderosa, irreversible y completamente ilegal.

Beverly cerró su compacto.

—¿Como una sentencia de muerte sobrenatural?

—Exactamente —respondió Dolores.

Martha soltó un chillido dramático y agudo. Mierda. Me había olvidado que todavía estaba allí.

—¡Gilbert fue maldecido! —chilló, agarrándose el pecho cubierto de flores como si era ella la que acababa de ser hechizada—. ¡Con una maldición *ilegal*!

Un grito ahogado recorrió a los curiosos de la puerta y los murmullos surgieron al instante.

Maravilloso.

Martha aumentó el dramatismo. Se agarró a la persona más cercana —un hombre gato asustado— y prácticamente la zarandeó.

—¿Escuchaste eso? Un asesino que camina entre nosotros. Podría ser cualquiera de nosotros. —Agitó una mano hacia el cuerpo

de Gilbert, con los ojos desorbitados—. ¡Podrías ser tú!

El hombre se zafó de su agarre con un siseo y se alejó. Los murmullos afuera del lugar se estaban convirtiendo en un auténtico zumbido de pánico.

Simplemente. Genial.

Dolores se levantó.

—Cállate, Martha.

Martha se quedó paralizada en medio de un jadeo teatral.

—¿Perdón?

—Estás sembrando el pánico —gruñó Dolores—. Y lo último que necesitamos es que todo el pueblo entre en una histeria colectiva porque estás chillando como un alma en pena en pleno día de mercado.

Martha resopló, profundamente ofendida.

—Bueno, alguien tiene que informarle a la gente. ¿Y si el asesino sigue aquí? ¿Y si todos somos los siguientes?

Dolores la miró con desprecio.

—Si tengo que escucharte cinco minutos más, seré la siguiente.

Me mordí el interior de la mejilla para no sonreír ni echarme a reír. Porque eso sería totalmente inapropiado.

Martha frunció el ceño, mirando a Dolores.

—No me gusta tu tono.

—Bien —respondió Dolores—. A ver si así te vas.

La cara de Martha se sonrojó, pero la bruja se quedó quieta.

Y antes de que Martha pudiera abrir la boca para hacer otra declaración dramática, una voz grave y autoritaria atravesó la sala.

—Afuera todo el mundo.

Las cabezas se giraron hacia la entrada.

Marcus.

Estaba de pie en la puerta, con su ancha figura ocupando todo el espacio como un gorila sobrenatural que acabara de meterse en una pelea de bar. Sus penetrantes ojos grises recorrieron la habitación, se posaron en el cuerpo de Gilbert y luego me miraron a mí.

Martha, sabiamente, cerró la boca. La multitud de curiosos retrocedió de inmediato como escolares culpables sorprendidos merodeando por los pasillos.

Marcus señaló con la barbilla a sus ayudantes, que lo seguían de cerca: Lori, una mujer oso de mirada penetrante y sin pelos en la lengua que vestía una chaqueta de cuero, y otro ayudante, un hombre lobo corpulento al que reconocí vagamente pero no recordaba su nombre.

—Que salgan todos los que no sean del grupo Merlín —ordenó el jefe.

Lori ya estaba actuando.

—Bueno gente, se acabó el espectáculo. Muévanse antes de que empiece a dar multas por andar merodeando y por los gritos innecesarios. —Le lanzó a Martha una mirada mordaz.

Martha frunció el ceño a la mujer osa que era más alta y se retiró enfadada.

El resto de los transeúntes —algunos refunfuñando, otros susurrando— finalmente empezaron a salir mientras el otro ayudante del jefe se aseguraba de que nadie se quedara. Después de unos segundos, la sala se había despejado y sólo quedábamos yo, mis tías, Marcus y el cadáver de Gilbert.

Marcus se adentró un poco más, con las botas pesadas contra el suelo de madera. Observó la escena y un músculo le dio un respingo en la mandíbula.

Entonces vio el cochecito.

Su mirada pasó del cochecito hacia mí y frunció el ceño, pero no dijo nada.

*Ups*. Me preparé para un comentario, pero cuando no lo hizo, me sentí... extrañamente peor. Era como si supiera que no le hacía gracia, pero prefería no discutir por eso, lo que de algún modo me hacía sentir más culpable. Qué raro.

—No había nadie que lo vigilara —dije a la defensiva antes de poder contenerme.

Marcus exhaló por la nariz, con expresión ilegible. No dijo nada bueno ni malo. Sólo asintió una vez. Luego, sin decir nada más, se acercó a Gilbert.

Por un momento, se quedó allí arrodillado, con las manos apoyadas en los muslos. Y luego se inclinó ligeramente, inhalando.

No sabía qué estaba olfateando, probablemente intentaba captar algún olor de quienquiera que hubiera estado aquí la última vez. Pero al cabo de un segundo, su expresión se ensombreció.

—Lo mataron con magia —dijo Marcus al cabo de un momento. Sabía que los hombres simio y la mayoría de los cambiaformas estaban dotados de sentidos del olfato y auras agudizados. No me sorprendía que él también pudiera sentir la magia que aún emanaba de Gilbert. Me miró a mí y luego a mis tías—. ¿Saben qué tipo de magia lo mató?

Dolores, que seguía de pie cerca del cuerpo de Gilbert, cruzó los brazos.

—Se llama La Maldición Nocturna.

La mirada de Marcus se agudizó.

—Y alguien la usó con él.

Dolores asintió sombríamente.

—Sí. Es una muerte segura. Quien hizo esto sabía que no había vuelta atrás.

Marcus miró hacia el cuerpo gris y sin vida de Gilbert, con las cejas fruncidas.

—Nuestro alcalde ha sido asesinado.

Dolores asintió.

—Eso es lo que parece.

Ruth, que había permanecido sospechosamente callada, se adelantó de repente.

—Conozco a alguien que fue asesinado con esa misma maldición.

Levanté la vista.

—¿En serio?

Ruth asintió, cruzando los brazos.

—Una bruja, unos pueblos paranormales más allá, Caroline Cornfoot, murió de la misma manera. La encontraron en su jardín, rígida como una estatua y gris, igual que Gilbert. Nadie se dio cuenta al principio porque pensaron que era una de esas estatuas de jardín tan elegantes.

¡Caramba! Entrecerré los ojos.

—¿Sabes quién le echó la maldición?

Ruth sonrió.

—Ah, sí. Su marido.

Qué lindo.

—Clásico —murmuró Beverly.

Volví a mirar a Gilbert.

—Excepto que Gilbert no estaba casado. Y hasta donde sabía, era soltero. —Solté un suspiro—. Entonces, ¿quién lo mató? ¿Quién se la tenía jurada?

Beverly se burló.

—Es una lista *muy* larga.

No se equivocaba. Gilbert no era precisamente el ciudadano más querido del pueblo. Tenía un don para enojar a la gente, y su actitud gruñona y avara probablemente le habían generado más enemigos que amigos.

Sin embargo. La Maldición Nocturna no era un hechizo casual que cualquiera podía comprar en una tienda de magia local. Según lo que sabía sobre maldiciones y maleficios ilegales, se requería un poder inmenso. Magia negra y oscura. Un profundo conocimiento de lo prohibido.

El que haya hecho esto no sólo quería matar a Gilbert. Quería que sufriera *y* luego muriera.

Exhalé lentamente.

—Lo único que sabemos con certeza es que alguien usó una maldición muy ilegal para matarlo.

Dolores se puso las manos en las caderas.

—Lo que significa que estamos tratando con alguien peligroso.

Marcus se enderezó y se sacudió los jeans.

—Voy a hacer unas llamadas —dijo, sacando ya el teléfono—. A ver si ha habido algún arresto reciente o informes de maleficios y maldiciones ilegales en las otras comunidades. Alguien tuvo que haber obtenido esta magia de alguna manera. —Volvió a mirar a Gilbert, con la mandíbula tensa—. Mi equipo forense está en camino. Buscarán huellas, comprobarán si hay algún residuo mágico que se nos haya pasado por alto y verán si podemos extraer alguna prueba física de la escena.

Asentí con la cabeza.

—Bien. Mientras tanto, investigaré los antecedentes de Gilbert. Hablaré con sus amigos —bueno, conocidos, seamos realistas— y veré si así puedo conseguir algo de información.

Beverly se quedó pensativa, examinándose las uñas.

—Si es que tenía amigos. O sea, es Gilbert.

Ruth suspiró.

—Tuvo que tener a alguien que lo tolerara.

—Sí. —Lo pensé—. Alguien que claramente no lo toleraba lo suficiente como para dejarlo vivir.

Las palabras flotaban en el aire. Esto no fue al azar. No fue un accidente.

Quien haya hecho esto, lo había planeado. Lo había calculado. Y si pudieron convertir a Gilbert en piedra, podrían hacerlo de nuevo.

¿Y la próxima vez? Quizás no nos demos cuenta hasta que ya sea demasiado tarde.

Sí. Este caso acababa de empezar. Y algo me decía que no nos iba a gustar lo que encontráramos.

# CAPÍTULO 3

—¡No puede ser! ¿Gilbert está muerto? —Ronin se pasó una mano por el pelo revuelto, parecía estar muy sorprendido. Parpadeó un par de veces, como si su cerebro todavía estuviera procesando la noticia.

—Lo está —dije, levantando mi taza de café—. Muy muerto.

El medio vampiro se puso las manos en las caderas y me miró fijamente.

—Maldita sea. Y yo que pensaba que iba a tener un día tranquilo. ¿Cómo se murió? ¿Alguien finalmente se hartó y lo lanzó a la carretera?

—Cerca —dije—. Fue asesinado por una maldición ilegal llamada el medallón oscuro o algo así.

—La Maldición Nocturna —corrigió Iris, que estaba sentada en el sofá a mi lado, hojeando un enorme álbum —Doris, su nuevo álbum de ADN de todo lo paranormal—. Una maldición muy ilegal. Creo que nunca he visto a nadie que haya muerto por ella.

Ronin soltó un silbido bajo antes de arrastrar una silla, voltearla hacia atrás y sentarse a horcajadas sobre ella.

—Alguien de verdad lo quería ver muerto.

—Sí. —Dejé el café sobre la mesa—. Eso es lo que estamos tratando de averiguar. Por eso les pedí a ustedes dos que me ayudaran a reconstruir este caso. ¿Quiénes eran sus amigos? ¿Salía con alguien? Ese tipo de cosas. O sea, eres el dueño del edificio

donde Gilbert tenía su tienda. Probablemente tengas más información más que yo.

Ronin soltó una carcajada seca.

—Sí, «tener más información» podría ser una exageración. Era mi inquilino. Y un idiota. Hasta ahí llegaba nuestra relación.

—No me sorprende —dije—. Pero tuviste que haberlo visto con alguien. ¿Con una amiga? ¿Una amante secreta? ¿Una figura oscura entregándole un pergamino misterioso en mitad de la noche? Dame algo, Ronin.

El medio vampiro encogió los hombros.

—La mayor parte del tiempo, estaba con Martha.

Gemí.

—Por supuesto que sí.

Ronin sonrió complacido.

—Sí. Si alguien sabe algo más, es ella.

Perfecto. Justo lo que necesitaba, otra excusa para soportar el interminable interrogatorio de Martha con su método de «sólo pregunto».

—Sabes —añadió Ronin, frotándose la mandíbula—, ahora que lo dices, ayer lo vi con alguien. Un tipo alto con el pelo blanco.

Me enderecé.

—¿Pelo blanco? ¿Quién era?

Sacudió la cabeza.

—Ni idea. Nunca lo había visto. Estaban hablando afuera de su tienda. Le dio a Gilbert una caja pequeña.

Entrecerré los ojos.

—Un tipo alto con pelo blanco y una caja pequeña. ¿Eso es todo?

—Sólo los vi hablando. No percibí ninguna vibración asesina en ese momento, pero oye, ¿qué sé yo?

—Bueno —dijo Iris, todavía hojeando su enorme álbum de ADN paranormal. Sacó una bolsa plástica para evidencia como si fuera lo más normal—. Pude sacar algo de ADN de Gilbert antes de que se lo llevaran a la morgue.

Ronin le sonrió a Iris.

—¿Es normal que esté muy excitado ahora mismo?

—Cállate —espetó Iris, fulminando con la mirada a su novio, que le dedicaba sonrisas sensuales.

Me giré hacia mi amiga bruja oscura.

—¿En serio? —pregunté, sorprendida, pero en realidad no.

—Tengo algo de pelo, algo de piel y recortes de su camisa —respondió Iris.

Ronin soltó una carcajada.

—Lo dices como si fuera una frase totalmente normal.

Suspiré.

—Bueno, hasta ahora tenemos a Gilbert muerto por una maldición ilegal y a un misterioso visitante de pelo blanco ayer.

Iris me miró.

—¿En qué estás pensando?

—Ya me conoces. No creo en las coincidencias. —Miré a mis dos amigos—. Ese desconocido de pelo blanco sabe algo. Tenemos que encontrarlo. O averiguar quién es.

—Quizás Martha lo sepa —añadió Iris.

Ronin se echó hacia atrás, y cruzó los brazos.

—Te juro que si esa bruja vuelve a intentar venderme sus productos caseros para el pelo, me vuelvo loco. Cada vez que la veo, me dice: «Ronin, querido, a tu pelo le vendría bien algo de vida. Prueba mi suero de romero encantado».

Resoplé.

—Para ser honestos, tu pelo grita «acabo de salir de una cripta».

Ronin me señaló.

—Sin embargo, se ve mucho mejor que el de la mitad de los hombres de este pueblo. Por eso no necesito que Martha se me acerque con sus frasquitos de cristal de pociones misteriosas, actuando como si fuera el hada madrina de los cabellos estupendos.

Sonreí.

—Pero sus productos son increíbles. Una vez compré su spray voluminizador y juro que mi pelo tuvo mente propia por toda una semana.

Ronin hizo una mueca.

—¿Ves? Por eso mismo no me fío.

Me reí.

—Escucha. Hablaremos con Martha, pero si intenta que compres algo, asiente con la cabeza y finge considerarlo.

Ronin suspiró.

—Bien. Pero si salgo de esta con una lata de spray desenredante encantado, te culparé a ti.

—Chicos. —Iris cerró su álbum de ADN—. Tal vez este tipo de pelo blanco no es un extraño en absoluto. Tal vez era un contacto regular, y nunca nos dimos cuenta porque tenemos vidas.

—Es discutible —dijo Ronin—. Conozco a todos los tipos buenos del pueblo. Me habría dado cuenta si fuera un visitante regular. No lo era.

Me eché hacia atrás, pensativa.

—Bueno. Repasemos la lista. ¿Quién odiaba a Gilbert tanto como para matarlo?

Ronin dejó escapar un lento silbido.

—Es una larga lista. Ese hombre coleccionaba enemigos como un hombre lobo colecciona juguetes para masticar: agresivamente y sin intención de soltarlos.

Iris asintió.

—Sí pero, entonces ¿a quién beneficia su muerte? Tal vez no se trataba sólo de alguien que lo odiaba. Tal vez se trata de lo que dejó.

Tenía razón.

—Cierto. ¿Quién? ¿Quién se beneficiaría de su muerte?

Ronin tamborileó con los dedos contra el respaldo de la silla en la que seguía sentado.

—Es dueño de la marca de su tienda. Además de las inversiones que pudiera tener. Podría estar relacionado con el dinero.

—Excepto —dije—, ¿quién querría esa tienda? O sea, sí, es un negocio sólido, pero no veo posible que se cometa un asesinato por productos enlatados caros y tazas de recuerdo cuestionables.

Iris lo consideró.

—¿Qué hay de la política? Fue alcalde.

Ronin se burló.

—Por favor. La política de Hollow Cove no es tan seria. No es como si tuviéramos campañas despiadadas de puñaladas por la

espalda para ser el tesorero del pueblo. Apenas ganó la última vez porque la otra candidata se aburrió y se retiró a mitad de las elecciones.

Parpadeé.

—Espera, ¿qué? ¿En serio?

Ronin asintió.

—Sí. A mitad del debate, Candace Henshaw se levantó y dijo: «¿Saben qué? En realidad odio el papeleo», y se fue. Nunca volvió.

Iris frunció el ceño.

—¿Y ese fue el camino de Gilbert al poder?

Ronin encogió los hombros.

—Era él o dejar que al pueblo lo dirigiera una silla vacía. Nadie quería el puesto.

Solté un lento suspiro.

—Entonces... ¿qué? —Fruncí el ceño—. ¿Alguien lo mató por motivos personales?

—Era un poquito imbécil —dijo Iris—. Hace tiempo me contaste que te recortó el sueldo. Estoy seguro de que tampoco era la primera vez. Se lo ha hecho a otros.

Asentí con la cabeza.

—Sí, más de una vez. Y seamos realistas, Gilbert tenía la costumbre de joder a la gente como si fuera su deporte favorito. Es como si le encantara hacerlo.

—Exacto —coincidió Iris—. Si molestó a la persona equivocada, tal vez finalmente perdió la paciencia.

Miré a Ronin.

—¿Sabemos si Gilbert se había metido en problemas últimamente? ¿Debía dinero? ¿Se cruzó con la gente equivocada?

Ronin dejó escapar un dramático suspiro.

—Solo por el hecho de existir Gilbert se metía en problemas. Ese hombre podía buscar pelea en una habitación vacía.

Levanté una ceja.

—Entonces, ¿era un comportamiento estándar?

Ronin asintió.

—Discutía por el alquiler atrasado, discutía con los proveedores, hacía enojar a los clientes. Ah, y aquella vez que intentó cobrarle el

triple a un hombre lobo por un filete alegando: «Es mi tienda». Eso casi termina en una pelea.

Iris hizo una mueca.

—Bueno, sí, eso podría haber sido un detonante.

Exhalé.

—Así que en tu opinión, no pasó nada tan importante como para que alguien pudiera haber usado una maldición ilegal en su contra.

Ronin encogió los hombros.

—En mi opinión, no. Pero tal vez finalmente tentó a su suerte. Quizás alguien no pudo soportarlo más y decidió entrar en modo venganza con magia oscura.

Iris asintió.

—Eso tiene sentido para mí. Hay un motivo.

—Y ahora lo único que tenemos que hacer es encontrar al que lo hizo —dije, sabiendo muy bien que eso iba a ser un infierno porque Gilbert hacía enojar a la gente por diversión.

Una sonrisa ladeada se dibujó en los labios de Ronin.

—Genial. Solo hay que encontrar a un paranormal enfadado en un pueblo lleno de paranormales. Debería tomarnos qué… cinco, diez minutos?

Le lancé una mirada.

—De verdad no estás ayudando.

—Sí, pero yo hago que se vea bien —dijo, mostrándome su mejor sonrisa de vampiro.

Exhalé y me recosté en el sofá.

—Voy a hablar con Martha. ¿Algún interesado?

—Santo cielo. ¿Ese es tu hijo? —Ronin estaba señalando algo a mi izquierda, con la boca ligeramente abierta.

Fruncí el ceño y me giré hacia donde señalaba.

Y enseguida me atraganté con el aire.

Allí, colgando de los armarios superiores de la cocina como un bebé gorila en un gimnasio de la selva, estaba mi hijo de un mes.

El corazón casi se me sale del pecho.

—¡Darian!

—¿No dijiste que lo habías puesto a dormir la siesta? —se rio mi amigo medio vampiro.

—Lo hice. —Me levanté de un salto y corrí hacia la cocina.

Darian, completamente imperturbable, se agarró a uno de los tiradores del armario, levantó las piernas como una especie de gimnasta olímpico y pasó fácilmente al siguiente. Sus deditos se enroscaban en la madera como si llevara toda la vida escalando edificios.

Ronin entró detrás de mí, con las manos en los bolsillos.

—Bueno, tengo que decir, Tess, que esto es nuevo. La mayoría de los padres están lidiando con berrinches y entrenamientos para ir al baño. Aquí tienes al bebé araña recreando Misión Imposible.

—¡Tiene un mes! —grité, el pánico se apoderó de mí mientras corría bajo los armarios, con los brazos extendidos, lista para atraparlo en caso de que resbalara—. Se supone que no puede hacer esto. —No, se suponía que tenía que estar babeando y llorando como todos los niños de un mes.

—Bueno —dijo Ronin, acariciándose la barbilla—, técnicamente *es* en parte hombre simio. Así que, ya sabes. Es algo propio de él.

—Esto no es propio de él. Esto *no* es normal. —¿O sí? Maldita sea. Iba a tener que llamar a Katherine y tener una conversación con ella. Ella sabría qué hacer. Ella crió a Marcus.

—Define «normal» en esta casa —bromeó Ronin.

Darian, todavía sin notar mi creciente horror, soltó una risita alegre y utilizó una de las manillas del armario para ponerse de pie.

Juro que casi me desmayo. Incluso Iris chilló en algún lugar detrás de mí.

—Darian, ven con mami —dije mientras estiraba los brazos—. Baja hasta mami.

—¿Acaso puede entender qué es «bajar» a esta edad? —preguntó Ronin.

—¡No lo sé, pero espero que al menos entienda el terror que hay en mi voz!

Darian me mostró una sonrisa complacida característica de su padre antes de agacharse y saltar al siguiente armario como si fuera lo más normal del mundo.

Iris dejó escapar un grito real.

—¡Ronin, haz algo!

Ronin se cruzó de brazos, claramente disfrutando.

—¿Qué quieres que haga? ¿Que lo entrene? ¡A ver, muchacho, aprieta ese agarre, usa la fuerza de tu cuerpo, y aterriza con estilo!

—Eso no ayuda —siseó Iris, el pánico en su voz sólo se sumó al pánico dentro de mí.

El medio vampiro encogió los hombros.

—Bueno, no es que tenga experiencia con bebés hombre simio. ¿Quieres que lo busque en Google?

Darian volvió a soltar una risita, ignorando por completo mi crisis mental mientras clavaba los ojos en la mesa del comedor —a seis metros de distancia-, como si de verdad estuviera *considerando* dar el salto. Su pequeño cuerpo se agachó y sus piernecitas se tensaron, como hacía Marcus justo antes de lanzarse a una pelea.

El pánico se apoderó de mí. Sentí que el corazón se me *paró* por un segundo antes de acelerarse.

¿En serio iba a...?

Darian saltó.

*¡Mierda!*

Apenas tuve tiempo de reaccionar. Mis instintos cobraron vida, mi magia se encendió bajo mi piel e hice lo único que podía hacer.

Recurrí a los elementos que me rodeaban y grité:

—¡Viverra!

Una ráfaga de fuerza cinética salió disparada de mis manos extendidas, envolviendo a mi hijo en pleno vuelo. Fue un arranque de magia inesperado y temerario, y durante una fracción de segundo el mundo se detuvo.

Darian quedó flotando en el aire, riéndose como si fuera el mejor juego de la historia. Lo jalé hacia mí con un fuerte impulso de poder.

Voló directamente a mis brazos, y yo lo estreché contra mi pecho, jadeando, con todo el cuerpo tembloroso por el puro terror de lo que estuvo a punto de ocurrir.

—Te tengo —respiré, con la voz desigual y el pulso aún acelerado.

Darian se retorció en mis brazos, intentando mirar por encima de mi hombro, probablemente para ver si aún podía volver a intentar el salto.

Apreté el agarre.

—No. Claro que no. No vas a hacerlo. Tienes un mes. Un mes. Se supone que tienes que gatear, tal vez tambalearte, y babear, no saltar de los armarios de mi cocina como un héroe de acción.

Darian me parpadeó y su pequeña boca se curvó en esa sonrisita de suficiencia que siempre se le salía a Marcus cuando estaba a punto de cometer una imprudencia y sabía que yo no podía impedírselo.

Ahora tengo dos.

Enterré la cara en su pelo de bebé salvaje, inhalando su cálido y familiar aroma, e intenté estabilizar la respiración. Esto no era normal. Nada de esto era normal.

¿Y si no lo hubiera atrapado a tiempo? ¿Y si mi magia hubiera fallado? ¿Y si él hubiera...

Apreté los ojos. No. No podía pensar así. *No* pensaría así.

Pero aun así, me temblaban las manos.

La voz de Ronin interrumpió mi espiral de pensamientos.

—Bueno... sé que dije que tu hijo no era normal, pero no esperaba que fuera capaz de hacer sus propias acrobacias.

Abrí un ojo y le fulminé con la mirada.

—No. Ayudas.

Señaló a Darian, que seguía contoneándose en mis brazos, claramente intentando encontrar otra superficie a la cual treparse.

—En serio. Esto es de otro nivel. La mayoría de los bebés están ocupados intentando comerse sus propios pies. El tuyo está aquí intentando hacer acrobacias aéreas que desafían a la muerte.

Dejé escapar un suspiro agudo.

—Dime algo que no sepa.

Iris se movió en mi línea de visión.

—Técnicamente, tiene sentido. Genética de hombre simio combinada con un linaje mágico mejorado, es lógico que sus habilidades físicas se desarrollen a un ritmo acelerado.

Me giré lentamente para mirarla.

—¿Estás diciendo que esto es normal?

Iris ladeó la cabeza.

—Totalmente.

Ronin resopló.

—Personalmente, preferiría no tener que presenciar a un infante intentando deportes extremos antes de tomarme una cerveza primero.

Darian emitió un pequeño gruñido de protesta, retorciéndose de nuevo, y tuve que sujetarlo con más fuerza.

Me quedé mirando la cara de mi hijo, tan linda, tan inocente.

—Necesito una jaula para bebés. ¿Eso existe? ¿Existe?

Iris parpadeó.

—¿Quieres decir una cuna?

—No, me refiero a una cámara de contención sobrenatural reforzada disfrazada de cuna porque está claro que la contención normal de bebés no sirve.

Ronin sonrió.

—Siempre puedes comprarle una correa.

Le lancé una mirada.

Levantó las manos.

—Oye, sólo digo. Podría ser útil.

Exhalé por la nariz y estampé un beso en la coronilla de Darian, con los brazos aún apretados a su alrededor. Por fin, por fin, mi ritmo cardíaco empezaba a disminuir, pero mi cerebro seguía funcionando en un bucle frenético.

Mi hijo crecía demasiado rápido. Y no solo en tamaño: su fuerza, su coordinación, sus habilidades...

No tenía ni idea de qué más sería capaz dentro de otro mes. ¿O dentro de una semana?

Y eso me asustaba más que cualquier maldición ilegal.

# CAPÍTULO 4

Después de que Ronin e Iris se fueran a hacer su propia investigación, pasé dos horas agotadoras intentando enseñarle a Darian que los armarios de mi cocina no eran un rocódromo olímpico. Al final, me rendí.

No es que me faltara paciencia. O sea, sí tenía, pero ese no era el problema. El problema era que mi hijo, de un mes, no tenía ningún interés en aprender que la gravedad existía. No le importaba que caerse desde una altura de dos metros pudiera ser peligroso.

No. Simplemente seguía sonriéndome, con sus mejillas gorditas irradiando pura inocencia y sus ojos grises llenos de absoluta adoración por su mamá, como si yo fuera lo más grande del universo. Como si yo fuera el centro de su pequeño mundo que desafía a la muerte.

Y así, sin más, no podía imaginar mi vida sin él.

Antes de Darian, no pensé que quisiera tener un hijo.

¿Ahora que lo tenía? Ni siquiera podía imaginarme estando sin él.

Por eso era un verdadero problema que pareciera empeñado en provocarme un infarto antes de su primer cumpleaños.

Agarré mi teléfono y llamé a Marcus. En cuanto contestó, no estuve con rodeos.

—¡Se está trepando por los armarios de la cocina! —grité en el auricular. Sí. Una crisis total de madre primeriza.

Hubo una pausa. Luego dijo:

—¿Tessa? ¿Quién?

—¡Tu hijo! ¿Quién crees?

Otra pausa. Y luego... risas. Se estaba *riendo*.

Fruncí tanto el ceño que casi parto el teléfono por la mitad.

—¿Te estás riendo de mí ahora mismo?

Más risitas.

—Escucha, tienes un bebé simio ahí.

—Mitad simio, mitad brujo —insistí, aunque cada vez parecía menos que Darian hubiera heredado algo de magia de brujo y más que yo había dado a luz a una amenaza andante dispuesta a treparse en todo. Cuando estaba en mi vientre, había sentido la magia. ¿Pero ahora? Nada. Era algo sobre lo que tenía que hablar con mis tías, pero cada vez que tenía un momento para pensar en eso, estaba demasiado ocupada intentando evitar que mi hijo se subiera por las paredes.

Mientras tanto, mi supuesto esposo lo tomaba como si fuera un hecho divertido y no una crisis paternal de enormes proporciones.

—Bueno, no te preocupes por eso —dijo Marcus, demasiado a la ligera, como si acababa de informarle de que Darian había aprendido a dar palmas, no a desafiar los protocolos básicos de seguridad.

—Estoy preocupada —espeté—. Podría caerse y hacerse daño.

—No lo hará —dijo Marcus, con tanta calma que quise atravesar el teléfono y sacudirlo—. Mira, en cuanto a los hombres simio, si ya está escalando, significa que es lo bastante fuerte para hacerlo. No se caerá. Así es como somos. Su genética no se lo permitirá.

Apreté los ojos.

—A ver si lo entiendo. ¿Me estás diciendo que se supone que debo dejar que se balancee del armario a la barra de la cortina como si no fuera gran cosa?

—Estás pensando como una bruja. Es un hombre simio. Los bebés simio hacen eso.

—¿Ah, sí? —Siseé—. ¿Los bebés simio también les sacan canas prematuras a sus madres? Porque creo que acabo de envejecer diez años en la última hora.

—Te verás preciosa con canas —dijo el jefe, y juro que pude oír la sonrisa burlona en su voz.

Colgué. Furiosa.

Lo que explicaba por qué, diez minutos después, estaba tocando la puerta de la casa de mi madre, sin recordar siquiera cómo había llegado hasta allí.

La puerta principal se abrió de golpe.

—¿Tessa? ¿Por qué tienes la cara roja? —Sus ojos se clavaron en Darian—. ¿Ese es mi niño? Sí, es él. Ven con la abuelita.

Parpadeé. ¿Abuelita?

Darian inmediatamente se acercó a mi madre, arrullándola como si fuera su persona favorita en el mundo. Traidor.

Suspiré y se lo entregué.

—¿Puedes vigilarlo unas horas mientras investigo el asesinato de Gilbert?

Amelia levantó las cejas.

—Ay, ya me enteré. Qué horror. —Acomodó a Darian en su cadera y le acarició la espalda—. Sabes, siempre pensé que alguien acabaría con él un día. Tenía la cara de un hombre que sería asesinado. Algunas personas simplemente tienen ese aspecto, ¿sabes?

—No. —Sin embargo, había fantaseado con golpear la cara de Gilbert más de una vez.

—Bueno, sólo digo que quizás se lo merecía. —Hizo rebotar ligeramente a Darian, haciéndole soltar una risita—. No te preocupes por nada, cariño. La abuelita lo tiene todo bajo control.

Exhalé.

—Sí, sobre eso. Sólo un aviso. Darian puede trepar ahora. Como escalar paredes, armarios, encimeras... básicamente cualquier cosa que se quede quieta el tiempo suficiente.

Amelia se burló como si no fuera para tanto.

—Ay, por favor. Creo que sé lo que hago. Yo te crié. ¿O no?

Le dediqué una mirada inexpresiva.

—Claro. —En aquel entonces, no era ningún secreto que mi querida madre no era precisamente la Madre del Año. Tenía la costumbre de olvidar las cosas —recogerme del colegio, hacer las compras— mientras le dedicaba todo su tiempo a ese músico humano que era Sean. Mi madre tenía talento para la negación y un don aún mayor para la pérdida selectiva de memoria.

—Y mira lo bien que saliste —añadió.

Abrí la boca y la cerré. Había tantos argumentos que podría esgrimir, pero sinceramente... Ya estaba agotada. No quería tocar ese tema con ella en este instante.

—Sólo... vigílalo de cerca —advertí—. No necesito que me llames en una hora diciéndome que está colgando del candelabro.

—Ay, deja de preocuparte. —Hizo un gesto con la mano—. Ve a hacer tu pequeña investigación. Darian está en buenas manos.

Cerré la puerta detrás de mí, sabiendo que en una hora recibiría una llamada telefónica de una frenética Amelia. Pero no podía dejar que eso me distrajera. Necesitaba hablar con Martha y conseguir alguna información sobre Gilbert para ver si conocía a algún amigo suyo, como el misterioso desconocido de pelo blanco.

Apenas había bajado la calle, en dirección a casa de Martha, cuando oí los gritos.

—¡Auxilio! ¡Alguien, por favor!

La voz era frenética, cruda de pánico. Giré la cabeza hacia el sonido. Había una mujer en el porche, agitando los brazos como si intentara llamar a un taxi en hora pico.

—¡Tú! —Me miró a los ojos y jadeó—. Eres una Merlín. ¿No?

*Ah. Aquí vamos.*

Me acerqué corriendo, preparándome para cualquier desastre sobrenatural que estuviera a punto de caer sobre mi regazo.

—Sí, me llamo Tessa. ¿Qué pasa?

—¡Es mi hija! —La mujer, una bruja blanca por el aura que recibí de ella, sólo tenía puesta una camiseta fina, pantalones de yoga y unas zapatillas. Hacía demasiado frío afuera para llevar eso, pero la bruja parecía demasiado aterrada para darse cuenta—. ¡Está atrapada! Por favor, ¡tienes que ayudarnos!

Atrapada. Eso no era misterioso o amenazante en absoluto.

—¿Atrapada? ¿Dónde está?

—¡Adentro, rápido!

La seguí hasta el porche y atravesé la puerta principal, entrando en una pintoresca casita de colores pastel que parecía tener la misma distribución que la casa de mi madre.

La bruja me condujo al segundo piso, por un corto pasillo, hasta el dormitorio de su hija.

Y fue entonces cuando lo vi.

En un rincón de la habitación había un antiguo espejo de pie, con un marco plateado que brillaba a la luz. Pero eso no fue lo que hizo que se me hundiera el estómago.

Era la chica.

Estaba *dentro* del espejo.

Santo cielo.

La adolescente tenía las manos apretadas contra el cristal y los ojos desorbitados por el pánico. Sus labios se movían rápidamente, formando palabras que yo no podía oír.

Di un paso lento hacia adelante.

—¿Qué pasó? ¿Cómo...? —Nunca había visto algo así. Demonios, nunca había oído hablar de tal cosa como estar atrapado en un espejo. Pero ahí estaba, mirándome a la cara.

La madre se agarró los lados de la cabeza.

—La ayudé a subir el espejo a su habitación. Estaba allí de pie, mirándose. Y de repente, ella... —Se le cortó la respiración—. Simplemente... se metió ahí adentro.

Volví a mirar a la chica. Su rostro estaba ligeramente distorsionado, como si la estuviera mirando a través del agua. Sus puños golpeaban el cristal y su boca seguía moviéndose, desesperada.

Esto no era bueno.

La madre se retorcía las manos, con el rostro pálido por la conmoción.

—Se suponía que la haría más hermosa —dijo, con voz temblorosa—. Nos dijeron que sólo tenía que mirarlo y... cambiaría.

Parpadeé. ¿Cambiar? Eso no sonaba ni remotamente a algo que debiera hacer un espejo.

—¿Quién les dijo eso? —insistí, acercándome—. ¿Quién les vendió el espejo?

La mujer entreabrió los labios, pero luego frunció el ceño, confundida. Dudó, el pánico se reflejó en su rostro.

—No lo sé.

Un escalofrío me recorrió la espalda.

—¿Cómo que no lo sabes? Tuviste que comprárselo a alguien.

Su respiración se volvió agitada y se agarró el pelo con las manos.

—No me acuerdo. Sé que lo compramos, sé que Emily lo quería, pero no recuerdo dónde. Ni a quién. Ni siquiera puedo imaginarme sus caras.

Demonios. Alguien le había borrado la memoria. Esto era peor de lo que pensaba.

Exhalé.

—Bueno. Saquémosla de ahí. —*¿Cómo diablos hago esto?*

El espejo zumbaba, su superficie ondulaba como plata líquida.

Esto me daba muy mala espina. Me miré al espejo y mi estómago dio un vuelco incómodo.

Sí. Esto estaba *muy* por encima de mi nivel salarial. Ni siquiera sabría por dónde empezar.

El rostro de la chica cambió y se deformó tras el cristal. Movía los labios y golpeaba la superficie con los puños, pero no emitía ningún sonido. Era como si estuviera encerrada en el vacío.

Me giré hacia la frenética madre.

—Necesito ayuda. No puedo hacerlo sola. Mis tías tienen experiencia en estas cosas. —Dios, esperaba que la tuvieran, porque yo no la tenía.

—¡Qué! —Los ojos de la mujer se volvieron locos de pánico—. ¡No, no, no, tienes que ayudarla! ¡Eres una Merlín! Haz algo.

—Sí, y hasta una Merlín sabe cuándo algo está fuera de su alcance1. —Di un paso atrás, calculando ya la forma más rápida de llegar hasta mis tías. No tenían teléfonos (porque, por supuesto, no los tenían), así que tendría que correr o... no, a la mierda con eso... podría usar la línea ley y llegar allí en cuestión de segundos. ¿Por qué correr cuando podía usar mis increíbles líneas ley?

Pivoté hacia la puerta, lista para salir corriendo...

Y entonces algo me atrapó.

Con una fuerza antinatural, la madre se aferró a mi brazo y sus dedos se clavaron en mi piel como pinzas de acero.

—¡Se está muriendo! ¡Mira!

El corazón me golpeó contra las costillas cuando volví a girar la cabeza hacia el espejo.

La chica.

Oh, Dios.

Su piel se había vuelto de un blanco enfermizo, casi translúcido. Las venas oscuras se extendían bajo la superficie y sus dedos temblaban contra el cristal. Sus movimientos desesperados se ralentizaban.

El espejo. Sea cual sea la magia que lo sostenía, era maligna. Y la estaba drenando. Para cuando llegara con mis tías, estaría muerta.

Mierda.

—Bueno. Está bien. —Me zafé de su agarre y volví a mirarme al espejo—. Intentaré algo. Pero no sé si funcionará.

No hay tiempo para pensarlo. No hay tiempo para dudar.

Recurrí a los elementos que me rodeaban y levanté las manos, la magia surgió en la punta de mis dedos.

—¡Viverra!

Una ráfaga de fuerza cinética salió disparada hacia el espejo, golpeándolo como un ariete. La superficie se onduló violentamente, pero la chica permaneció atrapada.

—¡Viverra! —Lo intenté de nuevo, esta vez con más fuerza. Pero nada.

—¡Inflitus! —Envié otro pulso de magia, con la esperanza de romper la conexión, pero nada.

El pánico me subió por la garganta. Esto no estaba funcionando, y a la chica no le quedaba mucho tiempo. Tenía que pensar en algo rápido.

La madre lanzó un grito desgarrador.

—¡Rómpelo! ¡Rompe el espejo!

No necesitaba que me lo dijeran dos veces.

Levanté las manos e reuní toda la fuerza que pude.

—¡Inflitus!

Una ráfaga de energía bruta salió disparada hacia el espejo, golpeando el cristal como una bola de demolición. Todo el marco se

estremeció, la superficie se onduló, pero esa maldita cosa no se rompió.

La chica que llevaba dentro se retorcía violentamente, sus movimientos eran ahora lentos. Sus dedos rozaban débilmente el cristal y su boca apenas formaba palabras. Sus ojos, antes brillantes, estaban vidriosos y hundidos.

—¡Otra vez! —sollozó la madre—. ¡Otra vez!

—¡Accendo!

Una ráfaga de llamas brotó de mis palmas y se estrelló contra el espejo. El fuego lamió los bordes del marco, pero en lugar de arder, las llamas se curvaron hacia dentro y se desvanecieron, como si el espejo se las hubiera comido.

¿Qué demonios era esta cosa?

—¡Evorto! —Lo intenté, deseando que el espejo explotara hacia fuera, pero el hechizo se desvaneció en cuanto tocó la superficie.

El espejo zumbaba, su cristal se deformaba, se retorcía y se oscurecía.

La chica se estremeció.

Ahora podía sentirlo. El espejo la estaba asfixiando, drenando su alma como un parásito.

Me estaba quedando sin tiempo.

—¡Maldita sea! —Apreté los puños. La magia no funcionaba. Y estaba muy segura de que la madre también había probado su magia blanca en él.

Eso sólo dejaba una opción.

Busqué en mi interior la otra parte de mí, el oscuro y frío mojo demoníaco que vivía bajo la superficie. El poder era crudo y algo impredecible... pero era mi única oportunidad.

Lo dejé salir.

De mis manos brotaron oscuras hebras de energía negra que se enroscaban y golpeaban el espejo como serpientes. Se estrellaron contra el cristal, envolviendo el marco, apretando, tirando, intentando romperlo.

Por un segundo, el espejo se defendió.

Los tentáculos oscuros palpitaron, presionando con más fuerza, venas negras s arrastraban por el cristal, pero entonces el espejo lo

absorbió.

Se comió mi magia demoníaca.

Santo cielo. ¿Qué demonios era esta cosa?

La madre, ahora histérica, agarró una silla y la lanzó contra el espejo.

Buena idea, pero el cristal ni siquiera se rompió.

Agarró una lámpara, un jarrón, un estante, cualquier cosa que tuviera a mano, y la estrelló contra la superficie.

Pero nada. El espejo no se rompía.

Y la chica que estaba adentro... Ahora estaba casi completamente quieta.

—¡Emily! —gritó la madre.

Fue crudo, desgarrador, el tipo de grito que desgarra el alma: uno de agonía pura e impotente.

Me destrozó de una forma que antes no lo habría hecho.

Antes de Darian, aún lo habría sentido: el dolor, el horror, la pena insoportable de una madre que pierde a su hijo delante de sus narices. ¿Pero ahora? Ahora que tenía a mi propio hijo, mi pequeño y perfecto pedazo de todo lo que importaba, este sonido me impactaba de una manera diferente.

Se clavó en mis costillas como una cuchilla dentada, cortando mi interior.

Podía verlo, verme en su lugar. Darian al otro lado de ese maldito cristal. Yo gritando su nombre, suplicando que alguien, cualquiera, lo salvara.

Me negué a que eso ocurriera.

Cerré los puños y recurrí a todo mi poder. Cada gramo de magia dentro de mí. Cada hilo, cada partícula, cada célula mágica de mi cuerpo. Escarbé más hondo que nunca, buscando un poder que ni siquiera sabía que tenía.

Inspiré con fuerza y solté un rugido, un grito de pura magia, de pura voluntad, de pura desesperación.

—¡Evorto!

—¡Inflitus!

—¡Viverra!

Lancé todo lo que tenía contra el espejo, golpeándolo con una oleada tras otra de poder.

La habitación tembló. Las luces parpadeaban. El aire crepitaba con energía bruta, mi magia azotaba el espacio como una tormenta furiosa.

Pero el espejo no se movió. Ni una sola grieta. Ni un signo de debilidad.

Y entonces...

Emily se detuvo. Sus manos temblorosas se deslizaron por el cristal. Su pecho dejó de levantarse. Sus ojos grandes y aterrorizados, tan llenos de vida hacía unos instantes, se apagaron. Su cuerpo empezó a desmoronarse.

*No.*

Di un paso hacia adelante, con las manos golpeando el espejo y la respiración entrecortada.

—¡Emily!

Pero no pude hacer nada. Ante mis ojos, su cuerpo se desintegró en una fina ceniza plateada, arremolinándose en las profundidades del espejo como el humo.

Y luego se fue.

El grito de la madre retumbó por toda la casa, crudo y primitivo, el tipo de dolor que cuaja el aire y dificulta la respiración. Cayó de rodillas, gimiendo, temblando, a escasos centímetros del espejo.

Y todo lo que pude hacer fue quedarme allí, congelada, mirando mi propio reflejo en aquel cristal maldito e irrompible. Mi propio rostro pálido me devolvía la mirada, con los ojos muy abiertos, horrorizados y confusos.

El pecho me pesaba, las náuseas me retorcían el estómago, pero a través del aplastante peso del fracaso, una horrible comprensión se abalanzó sobre mí. El espejo seguía aquí. Aún zumbaba, podía sentir su energía. Seguía hambriento.

Había devorado a Emily. ¿Y si no había terminado?

Mi cuerpo se movió antes que mi cerebro. Me abalancé hacia la cama, agarré lo primero que pude —una sábana gruesa de color azul pálido— y lo arrojé sobre el espejo.

En cuanto la tela cubrió el cristal, el zumbido cesó.

La magia seguía palpitando bajo ella, hirviendo a fuego lento como si algo estuviera esperando. Observando.

Me quedé helada, con los ojos fijos en el espejo cubierto. Lo que sea que acababa de ocurrir, no había sido capaz de detenerlo. Le había lanzado todo lo que tenía. Cada gramo de magia en mí.

Y no había servido de nada.

Había hecho todo lo que estaba en mis manos. Y con todo y eso, había fracasado.

Yo era una bruja poderosa. Una Merlín.

Y nunca me había sentido tan inútil.

# CAPÍTULO 5

—Lyra, ¿de dónde sacaste ese espejo? —volví a preguntar por tercera vez—. ¿Lyra?

Lyra, la madre de Emily, estaba sentada en el borde de la cama de su hija, con la mirada perdida, los ojos enrojecidos e hinchados por las lágrimas, distantes, como si no estuviera aquí.

—Está en shock —dijo Dolores, de pie detrás de mí—. Perdió el rumbo. No podrás sacarle información estando así.

Agité la mano ante los ojos de Lyra, pero no obtuve ninguna reacción. Ya no estaba aquí, estaba perdida en su mente.

Me enderecé.

—Necesita un curandero.

—Y una bebida —dijo Beverly, mirando alrededor de la habitación. —Preferiblemente algo fuerte.

—Es peor que eso —dije, con la voz llena de inquietud—. Me dijo que no recuerda dónde lo consiguió. No recuerda dónde lo compró ni la persona que se lo vendió.

Eso atrajo toda la atención de Dolores. Levantó la cabeza y sus ojos oscuros se clavaron en los míos.

—¿Qué?

Asentí con la cabeza.

—Estaba frenética al respecto. Dijo que sabía que lo habían comprado, pero que el recuerdo... había desaparecido. Como si alguien se lo hubiera arrancado de la cabeza.

Dolores cruzó los brazos y su expresión se ensombreció. Aquel espejo no sólo estaba maldito. Estaba hechizado deliberadamente para ocultar su origen. Eso no solo es peligroso. Es con toda la intención. Significa que quien les vendió ese espejo no quiere que lo encuentren.

Ruth tenía un unicornio de peluche en los brazos y lo acariciaba, moviéndose de un pie a otro como si necesitara ir al baño.

—Esto es malo. En serio es muy malo.

—Gracias por la perspicacia, Ruth —soltó Dolores. Exhaló y se colocó cerca del espejo—. ¿Y por más que lo intentaste, no pudiste sacar a la chica?

Me sentí mal. Entonces supe que nunca podría dejar de ver el miedo y la desesperación en el rostro de aquella niña. Sus ojos me perseguirían hasta mi último aliento.

—No. Le lancé de todo a esa cosa maligna. Nada funcionó. Ni siquiera mi magia demoníaca. Nada.

Dolores exhaló con fuerza y se frotó las manos como si estuviera a punto de hacer algo desagradable. Luego las levantó hacia el espejo, con las palmas a escasos centímetros de la tela que yo había colocado encima.

Murmuró un conjuro en voz baja, con palabras cargadas de magia blanca, antiguas y pesadas. El olor a tierra y agujas de pino llenó la habitación. El aire se hizo más denso, las paredes se contraían, como si la propia casa supiera lo que había en su interior.

Un momento después, dejó caer las manos.

—Qué extraordinario... e inquietante.

Crucé los brazos.

—Eh, disculpa, ¿qué?

—Este no es un espejo corriente —dijo Dolores.

Le lancé una mirada.

—No me digas.

—Lo digo en serio, Tessa. Esto no es sólo una baratija maldita. Es un... —titubeó, mirando al espejo como si le preocupara que pudiera oírnos—. Es un Arranca-Almas.

Un frío escalofrío se deslizó por mi espina dorsal.

—¿Un qué? —Nunca había escuchado hablar de un Arranca-Almas, y mucho menos de un espejo que podía absorberte y matarte. Y lo odiaba con cada célula de mi cuerpo.

—Un Arranca-Almas —repitió sombríamente—. Estos espejos fueron prohibidos en 1789. Se suponía que todos debían ser destruidos. Parece que se les escapó uno.

Beverly silbó bajo.

—Ah, he escuchado de ellos. Son muy desagradables. Te engañan, te atraen, te atrapan y luego... —Hizo un dramático ruido de succión y agitó los dedos en el aire—. Te drenan como a una caja de jugo.

Fruncí el ceño.

—Gracias por la imagen. —Pero ya lo había visto con mis propios ojos.

—Estos espejos están llenos de la magia más negra —continuó Dolores—. Los crearon magos oscuros —no los brujos, ni los hechiceros— para robar poder y dejar a los brujos completamente sin magia.

Me quedé mirando el espejo cubierto como si fuera a arremeter contra mí en cualquier momento. Cuanto más lo miraba, más culpable me sentía. Lyra se lo había comprado a su hija porque le habían dicho que la haría más bonita. Vano, sí. Pero no merecía morir. No así.

—Entonces me estás diciendo —dije lentamente—, que le lancé cada gramo de mi magia a un dispositivo diseñado para devorar brujas como una aspiradora mágica?

Dolores asintió.

—Sí. Y tienes suerte de que no intentara absorberte a ti también.

Dejé escapar un suspiro agudo.

—Súper. —Pero Dolores tenía razón. Había tenido suerte. Yo también podría haber quedado atrapada, sin forma de salir, dejando a mi hijo sin madre.

Sí, en serio odiaba este maldito espejo.

Volví a mirar a Lyra, que seguía inmóvil en el borde de la cama de su hija. No se había movido, no había hablado, solo miraba al suelo como si ya no estuviera aquí.

Su hija ya no estaba. Y la cosa que se la había llevado seguía allí, zumbando suavemente bajo la sábana, como si estuviera esperando su próxima comida.

Dejé escapar un suspiro lento.

—Si se suponía que todos debían ser destruidos, ¿quién demonios tiene uno de estos todavía? —Me obligué a mantener la voz uniforme—. ¿Y por qué? O sea, tenerlo cerca es una catástrofe inminente. ¿Cómo es posible que alguien tenga esto en su casa?

Dolores negó con la cabeza.

—Esa es la verdadera pregunta. ¿No? Estos no sólo eran objetos malditos, Tessa. Eran armas. Si al menos una de estas cosas sobrevivió, significa que alguien sabía exactamente lo que estaba haciendo. No sólo encontró este espejo. Se lo quedó.

Luché por mantener la voz firme.

—Entonces, ¿por qué vendérselo a Lyra? ¿Por qué alguien pondría algo tan peligroso en manos de una madre y una hija desprevenidas? ¿Por qué mintieron sobre lo que hace?

Beverly hizo una mueca.

—¿Tal vez no sabían lo que tenían? Tal vez esto es sólo un error horrible.

—Es poco probable —dice Dolores—. Uno no se tropieza con un Arranca-Almas y piensa: «Guao, qué antigüedad tan divertida». Alguien quería ponerlo en circulación. Alguien quería que lo usaran.

Tragué con fuerza, un peso frío se instaló en mis entrañas.

—Si estos espejos estaban destinados a ser destruidos, ¿por qué no destruyeron este? —pregunté—. ¿Dónde demonios estuvo escondido durante más de dos siglos?

Dolores suspiró.

—Buena pregunta.

Era una buena pregunta que necesitaba respuesta.

Ruth abrazó más fuerte al unicornio de peluche.

—¿Y ahora qué hacemos? No podemos dejarlo aquí. —Miraba fijamente el espejo como si estuviera debatiéndose entre darle una patada o huir de él.

Dolores exhaló un largo suspiro, con los ojos todavía fijos en el espejo, como si estuviera contemplando si podría quemarlo hasta los

cimientos sólo con su fuerza de voluntad.

—Primero —dijo, enderezando los hombros—, tenemos que sellar la magia que hay en su interior. Si es que podemos.

Eso no sonaba tranquilizador.

—¿Acaso tienes una magia lo suficientemente fuerte como para hacer eso? —pregunté, mirando entre mis tías.

Dolores giró la cabeza y me fulminó con la mirada.

—Por supuesto que *la tengo*.

Levanté las manos.

—Sólo me aseguraba. No tienes que prenderme fuego con tu mente.

—Por ahora —murmuró en voz baja antes de girarse hacia el espejo—. Cuando esté sellado, tendremos que contactar al Consejo Gris.

Me estremecí.

—Odio a esos tipos.

—Tampoco son mi grupo favorito —dijo Dolores con una mirada punzante—. Es demasiado peligroso para tenerlo en el sótano de alguien. Ni siquiera me fiaría de él en la Casa Davenport. El Consejo Gris es el único que puede deshacerse de este espejo sin peligro.

Ruth arrugó la nariz.

—Quieres decir que lo pondrán en una de sus cámaras acorazadas.

Un peso frío se instaló en mi estómago. Porque eso era exactamente lo que harían. El Consejo Gris no se limitaba a deshacerse de objetos mágicos peligrosos.

Los acaparaban.

Los encerraban en bóvedas llenas de otros artefactos prohibidos, reliquias perdidas y armas mágicas que nunca deberían haber existido. Porque si se presentaba la ocasión, las usarían.

—Entonces, ¿qué? —Crucé los brazos—. ¿Simplemente se lo entregamos y confiamos en que no lo usarán para sus propios fines?

Dolores me lanzó una mirada penetrante.

—¿Tienes una idea mejor?

No la tenía. Y eso me hizo odiarlo aún más.

Entregar algo tan peligroso al Consejo Gris era como lanzar un fósforo encendido en una habitación llena de dinamita y esperar que nadie decidiera lanzar otro por diversión. Pero el espejo ya se había cobrado una vida. Eso lo sabía. La pregunta era por qué.

¿Quién demonios sacaría a la luz algo así? ¿Quién se beneficiaría de la muerte de una chica? A menos... A menos que no fuera exactamente para Emily.

Miré a Lyra, que seguía sentada en el borde de la cama, con los ojos hundidos, mirando a la nada. Sabía que no le sacaría ninguna información. Tendría que averiguarlo por mi cuenta.

Lo que significaba que tenía que mirar más de cerca este espejo de la muerte.

Decidida, me acerqué un paso al espejo y agarré la sábana. Con cuidado, levanté una pequeña esquina de la tela, lo suficiente para dejar al descubierto el marco antiguo y ornamentado.

Y fue entonces cuando lo vi.

En la esquina inferior derecha del marco había grabado un diminuto y brillante sigilo, sutil pero inconfundible.

—¡Cuidado! —siseó Ruth, dando un paso adelante presa del pánico—. ¿Qué estás haciendo? No le des la oportunidad de...

—Está bien —dije, manteniendo mi agarre firme pero seguro sobre la tela—. Veo algo.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Beverly, acercándose.

Señalé.

—Justo aquí. Hay una marca. Está brillando. ¿Ves?

El rostro de Dolores se ensombreció. Se acercó y se agachó un poco para examinar el sigilo con el ceño fruncido.

Luego, después de un tiempo, exhaló por la nariz.

—Tenía miedo de esto.

—¿Miedo de qué? —pregunté, con el pulso acelerado.

Dolores se enderezó, su mirada aguda.

—No es una marca cualquiera. Es un sigilo.

Fruncí el ceño.

—No entiendo. ¿Qué quieres decir exactamente?

—Es un identificador mágico —respondió Dolores—. Un sigilo.

—¿Un sigilo? —repetí—. ¿Como... propiedad del inframundo?

—Más bien es una firma mágica —corrigió Dolores—. Quien marcó este objeto quería que se supiera que le pertenecía. Y eso ni siquiera es lo peor.

Exhalé bruscamente.

—Sólo dime, sin acertijos por favor.

Dolores asintió sombríamente.

—Este sigilo no creó la maldición. La reclamó. Lo que significa que el objeto en sí es mucho más antiguo que la persona que lo marcó. Esto fue tomado de alguna parte. Y ahora está siendo controlado.

Se me hundió el estómago.

—¿Controlado? Como...

—Como si está siendo activado, rastreado o incluso manipulado a distancia — confirmó Dolores, con expresión tensa.

Parpadeé, intentando asimilar lo que acababa de decir.

—Eso es...

—Es horrible —dijo Ruth, todavía agarrada a su unicornio.

—Es peor que horrible —continuó Dolores—. Significa que quien vendió esto sabía exactamente lo que era. Y exactamente lo que haría.

Exhalé lentamente, con el peso de todo este lío presionándome. Era la segunda muerte en Hollow Cove en dos días. No creía en las coincidencias.

La muerte de Gilbert había sido un desastre, estaba llena de magia negra y además, estaba combinada con una maldición ilegal y mortal. La de Emily había sido silenciosa, insidiosa, una lenta y horrible sangría hasta que no quedó nada.

Dos tipos diferentes de magia prohibida. Dos cuerpos.

Tenía que haber una conexión.

—¿En qué estás pensando? —Dolores me miraba—. Puedo verlo en toda tu cara. Ya pensaste algo. Suéltalo.

Lo pensé.

—No estoy segura, pero mi instinto me dice que estas dos muertes no fueron al azar.

—¿Crees que están conectadas? —preguntó Ruth—. ¿Cómo?

—Aún no lo sé. —Me di la vuelta y me fui hacia la puerta—. Se los haré saber. Pero primero, necesito asegurarme.

—Espera, ¿a dónde vas? —preguntó Beverly.

Pero antes de que pudiera responder, invoqué una línea ley, sentí su energía cruda y eléctrica recorrer mi cuerpo y salté.

El mundo que me rodeaba se difuminaba, se estiraba y se retorcía en rayas de luz y movimiento. La línea ley no era sólo un camino. Era un pulso de magia, una corriente ancestral que atravesaba el tejido mismo de Hollow Cove. Se sentía ingrávida y salvaje, como si te arrastraran por el ojo de una tormenta a la velocidad del pensamiento.

Apreté los dientes, estabilicé el cuerpo contra el tirón y me concentré en mi destino: la tienda de Gilbert.

Me lancé a través de la línea ley, dejando atrás atisbos de Hollow Cove que parpadeaban como instantáneas en movimiento. Edificios, árboles, tejados... todo se difuminó hasta que, tan repentinamente como había empezado, tiré de la magia y ralenticé mi descenso.

La línea ley se me soltó como una banda elástica y salí dando tumbos a la parte trasera de Gilbert's Grocer & Gifts.

Aterricé en cuclillas, con una rodilla golpeando el piso de madera, el corazón aún martilleándome por el ajetreo del viaje.

Exhalé, me levanté y observé el espacio. Con cuidado, escudriñé el despacho. Estaba buscando algo. Pero no sabía qué era en ese momento.

Los estantes seguían abarrotados de papeles, recibos viejos y frascos de extraños productos sobrenaturales. La habitación olía a café rancio y tinta, con un rastro persistente de magia, tenue pero presente.

Pasé una mano por el borde del escritorio, entrecerrando los ojos ante la superficie. Nada sobresalía.

Y entonces lo vi. Bueno, primero lo *sentí*.

Ese ligero cambio en el aire, el leve pulso de la magia apenas perceptible a menos que estuvieras en sintonía con ella.

Mi mirada se desvió más allá del desorden de recibos y tazas de café medio vacías, posándose en un pequeño reloj de mesa antiguo.

Fruncí el ceño. Eso no había estado allí antes. Había estado en esta oficina unas cuantas veces, sobre todo para discutir sobre mi sueldo o para exigirle a Gilbert que dejara de cobrarme de más por alimentos básicos. (En serio, ¿ocho dólares por una barra de pan?) Pero en todos esos encuentros, ese reloj nunca había estado sobre su mesa.

Me acerqué y se me aceleró el pulso. Cuanto más me acercaba, más lo sentía: un pulso débil y constante de magia que irradiaba del reloj. No era un tipo de magia que reconociera.

El reloj era antiguo, su marco de latón estaba desgastado y ligeramente deslustrado, el cristal que cubría la esfera un poco empañado. Números romanos, delicadas manecillas de plata, el tipo de artesanía que sugería que había existido durante siglos.

Extendí la mano y coloqué los dedos justo encima. La magia volvió a pulsar. Débil. Extraño. Como si estuviera esperando. Sí, algo me decía que este reloj no estaba aquí sólo para dar la hora.

Exhalé con fuerza y me moví alrededor del escritorio, escudriñando cada centímetro del reloj. Si el espejo tenía un sigilo, entonces tal vez...

Y ahí estaba.

Tallado en el lateral del reloj, casi oculto entre los detalles ornamentales, había un diminuto sigilo brillante.

La *misma* marca exacta que había en el espejo.

Dos muertes. Una tras otra. Ambas relacionadas con magia ilegal.

Esto no fue al azar.

Quienquiera que haya vendido ese espejo y ese reloj no lo había hecho por lucro o por amor al arte. Lo había hecho para matar.

Y si había dos de estos objetos por ahí...

Quiere decir que hay más.

# CAPÍTULO 6

Como no me atrevía a respirar demasiado cerca del reloj antiguo, y mucho menos a tocarlo, hice lo único responsable. Llamé a Iris.

Porque, en este punto, necesitaba a alguien que supiera lidiar con artefactos mágicos peligrosos que ya ni siquiera deberían existir.

Le conté todo lo que había pasado con el espejo maldito, el reloj antiguo, el mismo sigilo y cómo ya no podía con la situación. Ella aceptó ir directamente a casa de Lyra para poner al tanto a mis tías mientras yo esperaba aquí, sin perder de vista el reloj, como si de repente le fueran a crecer piernas y fuera a salir corriendo.

Mientras esperaba, también le había enviado un mensaje a Marcus. Era el jefe de la seguridad de Hollow Cove. Necesitaba saber lo que estaba pasando.

Yo: *Hola. Malas noticias. Una joven ha muerto, fue asesinada por un espejo maldito ilegal. Es una larga historia. Pero mis tías están esperando al Consejo Gris para recogerlo.*

Marcus: *¿Estás bien?*

Por supuesto que lo preguntaría.

Yo: *Sí. Y tengo más malas noticias. Sé lo que mató a Gilbert. Un reloj antiguo. Eso es lo que tenía esa maldición ilegal.*

Marcus: *¿Dónde está Darian?*

Yo: *A salvo con mi madre*.

Marcus: *¿Dónde estás ahora?*

Yo: *En la oficina de Gilbert. Estoy esperando a mis tías.*

Marcus: *Ya voy para allá.*

Quince minutos después, escuché el chirrido de la puerta del despacho de Gilbert.

Me giré, esperando el familiar andar pesado y presumido de Marcus, como buen hombre simio.

En su lugar, entró Iris, con un aspecto demasiado alegre para alguien que investiga asesinatos paranormales.

—¿Qué? ¿Marcus te mandó para ver cómo estaba? —le pregunté.

Iris sonrió, mirando alrededor del lugar.

—Pensé que debería estar aquí antes de que hicieras algo imprudente. Como intentar luchar contra el reloj.

Me burlé.

—No iba a luchar contra el reloj.

Enarcó una ceja.

Suspiré.

—Bueno, sí *pensé* en luchar contra el reloj. Pero sólo porque está maldito y me mira raro.

Iris negó con la cabeza, riéndose. Luego miró al escritorio.

—Por cierto, me mandaron tus tías.

Fruncí el ceño.

—¿Siguen en casa de Lyra?

—Sí. Ocupadas con los oficiales del Consejo Gris —dijo Iris, agitando una mano como si eso lo explicara todo—. Al parecer, esos tipos no llegan, agarran objetos malditos y se van. Hay papeleo. Y poses. Y Dolores amenazando con convertir a alguien en una cabra. Lo normal. Lo de siempre.

Exhalé.

—Por supuesto.

—Ah, y Beverly ha estado coqueteando descaradamente con uno de los oficiales. Un hechicero alto y de hombros anchos con aires de «rebelde peligroso».

—Naturalmente.

—¿Y Ruth? —añadió Iris, negando con la cabeza—. Estaba allí de pie, con los brazos cruzados, lanzándole su versión del mal de ojo al espejo, como si pudiera hechizarlo para que se rindiera.

—Sí, Ruth haría eso. —Aunque su mal de ojo no era más que una versión muy mona de ella con una mirada de ojos muy abiertos

mezclada con el ceño fruncido—. ¿Y Lyra? ¿Ha dicho algo ya?

La sonrisa de Iris se desvaneció ligeramente.

—No lo creo. Cuando llegué, un curandero ya se la estaba llevando. Probablemente a una clínica. El curandero dijo que estaba en un estado disociativo, como si su mente se hubiera apagado.

Lyra había perdido a su hija de la peor manera imaginable. Un minuto tenía una vida normal. Al siguiente, veía cómo su hija se desvanecía ante sus ojos.

Y ahora también se había ido, se había marchado a una clínica, con los ojos vacíos y destrozada.

¿Cómo demonios se procesa algo así?

—De cualquier forma —continuó Iris, acercándose al reloj—, tus tías me dijeron lo que tenía que hacer y me encomendaron la tarea de pasar buscando el malvado reloj de la perdición.

Parpadeé.

—¿Te lo encomendaron?

—¿Qué? —Se puso una mano en la cadera—. Soy una bruja oscura perfectamente responsable.

—Una vez lamiste un artefacto maldito sólo para ver qué hacía.

—Y ese día aprendimos una valiosa lección.

Sonreí.

—Sí. Que no tienes instintos de autoconservación. Y estás un poco loca.

Iris me sonrió como si acabara de hacerle el mejor cumplido de su vida. Luego se acercó al escritorio de Gilbert, sacó a Doris —su preciado álbum de ADN— de su bolso y lo dejó caer encima con un ruido sordo. Luego, sacó un pequeña cartera plateada y la levantó como si fuera la presentadora de un concurso, revelando el gran premio.

—No te preocupes. Vine preparada —dijo orgullosa—. Esto está reforzado para contener energía mágica. Ponemos el reloj aquí, y se mantiene bien resguardado hasta que podamos entregárselo a alguien que sepa cómo destruirlo adecuadamente. Como el Consejo Gris.

Entrecerré los ojos.

—¿Qué tan seguras estamos de que no va a derretir la cartera y nos comerá a las dos?

—Ochenta por ciento.

La miré fijamente.

—No me gustan esas probabilidades.

—¿Prefieres que lo agarre con mis propias manos?

Suspiré, agitando una mano.

—Bueno. Haz lo que quieras. Sólo... ten cuidado. Esa cosa tiene un recuento de cadáveres.

En lugar de agarrar inmediatamente el reloj, Iris rebuscó en su bolso y sacó...

¿Qué. Demonios. Era eso?

Parpadeé.

—¿Son guantes de cocina?

Movió los dedos, y los guantes plateados y brillantes captaron la luz de una forma profundamente antinatural.

—No —dijo indignada—. Estos son mis nuevos guantes contra hechizos. Una pieza muy real y muy avanzada de tecnología mágica protectora.

—Iris, esos son guantes de cocina brillantes.

—No lo son —resopló, deslizándolos sobre sus manos—. Son resistentes a los maleficios, repelen los hechizos y proporcionan una capa de aislamiento entre el usuario y cualquier objeto mágico malicioso.

—Así, como los guantes de cocina.

—Por favor. Respeta la magia oscura. Además, Ruth me ayudó a diseñarlas.

—No me sorprende. —Sacudí la cabeza, riéndome—. Está bien. Pero si esa cosa empieza a brillar y a susurrar en latín, le prendo fuego, con guantes o sin ellos.

—Si empieza a susurrar en latín, nos vamos las dos —dijo antes de flexionar sus relucientes guantes, supuestamente a prueba de maleficios, y mirar el antiguo reloj con cautela profesional—. Entonces, ¿este es el culpable?

—Sí. —Señalé con la cabeza—. No parece gran cosa, ¿verdad? Sólo la típica reliquia siniestra y chupadora de magia salida directo del infierno.

—Puedo ver el sigilo del que me hablaste. —Iris pasó sus dedos enguantados sobre él, sin llegar a tocarlo—. ¿Lo sientes?

Y lo hice. Cuanto más me acercaba, más espeso y cargado se sentía el aire.

—Es débil —admití—, pero sí. Todavía emite magia. Y no de la que es divertida.

Iris frunció el ceño.

—¿Dónde demonios se consigue una antigüedad maldita?

—Eso es lo que me he estado preguntando. —Empecé a pasear —. O sea, alguien está vendiendo estos objetos. No sólo acumulándolos en una espeluznante guarida subterránea, sino vendiéndolos. ¿Quién se levanta un día y piensa: «Oye, ¿sabes lo que necesita Hollow Cove? Unos muebles que sean trampas mortales».

Iris suspiró, frotándose la sien.

—No es sólo que los vendan... Es a quién se los venden. Lyra no tenía ni idea de lo que estaba metiendo en su casa. Es como si alguien pusiera estas cosas intencionalmente en manos de gente que no sabe cómo protegerse.

Eso me cayó como una piedra en el estómago.

—Exactamente —dije—. No es como si Lyra estuviera incursionando en la magia negra o buscando problemas. Es una bruja blanca, por el amor de Dios. ¿Y Gilbert? Era una piedrita en el zapato, pero apostaría mi vida a que no estaba involucrado en el comercio mágico ilegal. No tiene sentido.

—Lo sé —asintió Iris, mientras abría la bolsa con cuidado, con la cara arrugada por la concentración, como si estuviera intentando desactivar una bomba en lugar de manipular un reloj antiguo de muy mala calidad.

Fue entonces cuando me di cuenta.

—Espera. ¿Qué hay del tipo ese de pelo blanco que Ronin vio hablando con Gilbert? ¿Recordó algo más?

Iris suspiró, sin levantar la vista.

—No. Ha estado demasiado ocupado ahogándose en papeles por lo de la tienda de Gilbert. Por lo visto, cuando el inquilino fallece en el local, se complican los contratos de alquiler. Así que ahora está indeciso pensando si cierra la tienda por completo o si busca a un nuevo inquilino.

—Eso no será fácil. «Bienvenidos a Gilbert's Grocer & Gifts. Ahora bajo una nueva administración. Por favor, ignoren el trágico asesinato que ocurrió recientemente en la parte trasera de la tienda».

Iris levantó la vista del reloj.

—Pero no, Ronin no ha recordado nada más sobre el tipo de pelo blanco.

Suspiré. No sabía por qué, pero mi instinto me decía que este tipo estaba relacionado de algún modo. Ronin lo había visto entregándole una caja a Gilbert. ¿Una caja con un reloj maldito adentro? Era posible. Y yo averiguaría quién era.

Iris flexionó los dedos dentro de sus ridículos guantes brillantes, respiró hondo como si estuviera a punto de practicar una operación a corazón abierto y, con mucho cuidado, levantó el reloj antiguo.

Me puse tensa, dispuesta a lanzar un hechizo, una silla o mi propio cuerpo si aquella cosa parpadeaba de forma extraña.

No fue así.

La introdujo con cautela en la cartera plateada, manteniendo los brazos rígidos como si estuviera manipulando una bomba. Luego, con precisión, cerró la cartera, presionó el sello y le dio una última palmadita.

Se enderezó, sonriente.

—Todavía estoy viva.

Solté un suspiro.

—Entonces, ¿los guantes de cocina brillantes funcionan?

—Guantes contra hechizos —corrigió con suficiencia, agitando sus brillantes dedos—. Y, sí, funcionan. El reloj maligno está oficialmente resguardado.

Miré la cartera.

—¿Segura? ¿No está, como, esperando para atacarnos?

Iris balanceó ligeramente la cartera y luego se detuvo, probablemente dándose cuenta de que balancear casualmente un objeto que acababa de asesinar a un hombre no era la mejor idea.

—Creo que estamos bien. Aunque, si empieza a gruñir, corremos.

—Ya lo creo.

Con el reloj resguardado, parecía que debíamos tener un momento de alivio. Una victoria, por pequeña que fuera. Pero no hubo ninguna.

Mi teléfono zumbó con un mensaje de texto y lo saqué.

Marcus: *Pasó algo. No podré ir a la tienda de Gilbert por un momento. ¿Estás bien allí?*

Fruncí el ceño.

Yo: *Sí. Iris aseguró el objeto maldito. Ya no tienes que venir. ¿Pero por qué? ¿Qué ha pasado?*

Luego de una breve pausa, mi teléfono volvió a vibrar.

Marcus: *Estoy en la casa de Lindsay O'Toole. Compró un medallón que se suponía que mejoraría su magia. En vez de eso, le está drenando la vida. Parece como si hubiera envejecido cincuenta años de la noche a la mañana. Su piel es delgada como el papel y tiene las venas ennegrecidas. Apenas está consciente.*

Yo*: Ay no.*

Marcus: *Hay más. Lorenzo Varga compró una pluma maldita. Se suponía que haría que sus hechizos fueran más fuertes. La maldita cosa lo hizo seguir escribiendo y escribiendo. No podía parar, ni siquiera para comer o dormir. Sus manos están en carne viva, tiene los dedos rotos, cubiertos de tinta. Lo encontramos garabateando hechizos en las paredes de su casa con su propia sangre.*

Rayos.

Yo*: Dime que eso es todo.*

Marcus: *Ya quisiera. Rebecca Carmine compró un frasco de «Aliento de Bruja». Que se suponía que le permitiría robar el poder de otras brujas.*

Yo*: Eso suena... ilegal.*

*Marcus: Porque lo es. Y le salió el tiro por la culata. Cada vez que intentaba sacarle poder a alguien, se debilitaba. Ahora apenas respira.*

Exhalé, agarrando mi teléfono con fuerza. Estas personas compraron estos objetos porque querían poder. Una ventaja. Quizás hasta una venganza. Pero les estaba saliendo el tiro por la culata.

Yo*: Quienquiera que los venda está haciendo sufrir a la gente.*

Marcus: *Lo sé. Por eso tenemos que parar esto. Rápido. Me tengo que ir. Hablamos luego.*

Yo: *Está bien*.

Bajé el teléfono lentamente, mi cerebro se detuvo durante cinco segundos antes de que pudiera empezar a procesar.

Los asesinatos de Gilbert y Emily no fueron unos incidentes aislados. Esto se estaba extendiendo.

Iris, que me había estado observando todo el tiempo, ladeó la cabeza.

—¿Qué está pasando?

Respiré hondo, aún intentando asimilar el absoluto desastre en que se había convertido mi vida en las últimas veinticuatro horas, y repetí lo que me había dicho Marcus.

La cara de Iris se quedó en blanco durante tres segundos.

Y luego dijo:

—Qué. Demonios.

—Pienso exactamente lo mismo.

Se pasó una mano por el pelo oscuro, tan horrorizada como yo.

—Eso significa... eso significa que hay muchos más objetos malditos por ahí de lo que pensábamos.

—Sí —estuve de acuerdo. Significaba que quienquiera que estuviera detrás de esto no sólo andaba regando antigüedades malditas por todo Hollow Cove por diversión. Había una razón para hacerlo. Sólo que no sabía cuál era. Todavía.

Crucé los brazos y empecé a pasear por el despacho, reconstruyendo los hechos en mi cabeza.

—Bueno —dije, pensando en voz alta—. Primero, Gilbert, asesinado por un reloj maldito que nadie sabía que existía hasta hoy. Segundo, Emily, asesinada por un espejo chupador de almas que supuestamente fue destruido hace siglos. Y ahora un medallón, una pluma y un frasco malditos.

—Y algunos son mortales, otros no.

Asentí con la cabeza.

—Exacto. Pero tenemos que hacernos la pregunta más importante. ¿Por qué aquí? ¿Por qué Hollow Cove?

Iris se apoyó en el escritorio, frunciendo el ceño.

—No lo sé.

Lo pensé.

—Dolores dijo que esa marca era el símbolo de los encantamientos del mercado negro. Se venden en el mercado negro a personas que no tenían ni idea de lo que estaban tocando.

Iris se puso rígida y su expresión pasó por una docena de emociones en rápida sucesión. Pero el miedo era lo que más destacaba.

Me acerqué, con el pulso acelerado.

—¿Qué pasa? ¿Sabes algo?

Dejó escapar una risa forzada, pero era demasiado aguda, demasiado antinatural.

—Es que... eso es malvado.

Entrecerré los ojos y la observé atentamente. La conocía demasiado bien: la forma en que desviaba la mirada, el modo en que sus dedos se tensaban ligeramente contra la tela de sus pantalones.

Estaba ocultando algo.

No insistí. Todavía no. Pero hice una nota mental. Íbamos a tener esta conversación más tarde.

Exhalé bruscamente.

—Así es. Y estoy segura de que esto no terminaría aquí.

Si de verdad existía un mercado negro paranormal, era una herida supurante. Los paranormales que querían una ventaja querían comprar cosas allí. Criminales y marginados, aquellos que habían sido exiliados o a los que se les había prohibido usar la magia. Incluso los desesperados, los que habían perdido su magia y estaban dispuestos a comprar cualquier cosa para recuperarla a cualquier precio. Y también estaban los coleccionistas. Los obsesionados con la magia rara y antigua.

La lista era larga.

Iris frunció el ceño, mirando la bolsa donde ahora estaba el reloj.

—Y si tienen más, ¿cuántos han llevado ya a sus casas, sin saberlo, sus propias sentencias de muerte?

Ese era el verdadero miedo que me corroía.

Exhalé con fuerza.

—Necesito averiguar de dónde vienen estas cosas. Y lo más importante, quién las está trayendo a Hollow Cove.

Porque no se trataba de un simple intercambio en el mercado negro que salió mal. Mi instinto me decía que alguien había ingresado deliberadamente esos objetos malditos en este pueblo.

Pero, ¿por qué aquí? ¿Por qué ahora? Una sensación de malestar me revolvía el estómago.

Había una conexión. Podía sentirla. Sólo tenía que encontrarla.

Antes de que más personas murieran.

# CAPÍTULO 7

Con el malvado reloj asesino ya asegurado, Iris prácticamente vibraba de emoción con la idea de contactar a los del Consejo Gris. Su primera llamada *oficial* a los peces gordos.

Prácticamente había saltado por todo el camino de vuelta a la agencia de seguridad, como un niño a punto de conocer a Papá Noel, sólo que este Papá Noel era un grupo de agentes mágicos burocráticos y estirados con una ética cuestionable.

Sin embargo, la dejé tener su momento porque tenía cosas más importantes en la cabeza.

Sí, me sentí aliviada de haber descubierto que la muerte de Gilbert no fue un accidente mágico al azar. El reloj maldito significaba que había una conexión, que esto no fue sólo una ocurrencia extraña. Alguien había vendido estos objetos.

Pero eso no me hizo sentir mejor.

Mientras salía de la tienda de Gilbert, la cara aterrorizada de Emily se repetía en mi mente una y otra vez, como un puto video que no podía parar. Y luego siguió el grito desgarrador de Lyra. Esa fue la parte que me afectó.

Aquel grito se me había clavado en el pecho, profundo e irregular, y se negaba a marcharse. Antes de Darian, me habría sentido fatal, seguro. Habría odiado que no la hubiéramos salvado.

¿Pero ahora? Ahora sí lo entendía. Porque ahora era madre.

Y eso significaba que podía imaginarlo demasiado bien.

Podía imaginarme de rodillas, gritando su nombre, impotente, viendo cómo se me escapaba mi bebé delante de mí.

Se me hizo un nudo en la garganta. Me ardían los ojos.

No.

Me negué a pensar así.

Me enjugué los ojos antes de que las lágrimas pudieran traicionarme e hice lo único que tenía sentido.

Necesitaba ver a mi hijo.

Necesitaba abrazarlo, sentir su calor y recordarme a mí misma que estaba a salvo.

Así que invoqué la línea ley más cercana y salté.

La magia me envolvió, jalándome y arrastrándome por la corriente. Fue un viaje de tres segundos, pero me pareció una eternidad.

Cuando aterricé en el porche de la casa de mi madre, ya me estaba acercando a la puerta, dispuesta a tomar a mi hijo en brazos y no soltarlo nunca.

Giré la manilla de la puerta y empujé.

—Santo cielo.

La inmaculada casa de mi madre, digna de portada de revista, la que prácticamente limpiaba el polvo mientras dormía, parecía haber sido azotada por un tornado mágico de categoría cinco.

Sillas volcadas. Cojines de sofá tirados por todas partes. Plumas flotando en el aire como si acabara de producirse una extraña masacre de pájaros. La mesa de centro estaba de lado, había platos destrozados por el piso, las toallas colgadas sobre el ventilador de techo como si alguien hubiera intentado improvisar un paracaídas.

Di otro paso cauteloso hacia el interior, con los ojos desviados de la zona desastrosa que solía ser la inmaculada sala de mi madre.

Pero no fue eso lo que me dejó boquiabierto.

Mi padre, Obiryn, un demonio extraordinario, giraba en el aire como un ventilador de techo poseído.

—Darian, ya puedes bajarme —dijo Obiryn, su profunda voz sonaba notablemente calmada para alguien que claramente llevaba un rato en el aire—. Haz lo que te pide tu abuelo, por favor.

Su habitual presencia regia y todopoderosa de señor de los demonios se veía algo empañada por el hecho de que en ese momento estaba girando lentamente de un modo muy poco digno. Mi padre podría haberse limitado a chasquear los dedos y obligar a Darian a poner fin a su magia, pero sospeché que temía que pudiera hacerle daño. Bien pensado.

Parpadeé.

—¿Qué está pasando aquí?

Mi mirada se posó en el culpable. Darian, sentado solo con un pañal, las piernas en el piso y sus deditos gorditos se movían con deleite mientras miraba alegremente a su abuelo flotante y giratorio. Sonreía. Como si acabara de descubrir el mejor juego de la historia y estuviera muy orgulloso de sí mismo.

Oh. Dios. Dios.

—Lo que pasa es que... —Mi madre tropezó con unos libros, pateó una silla por la frustración y se abalanzó sobre mí, con cara de estar absolutamente desquiciada.

Su pelo, normalmente impecable, era un desastre encrespado, su blusa cara tenía una mancha misteriosa y sus ojos, bueno, estaban llenos de un agotamiento que no había visto desde la vez que intentó hacerse una limpieza a base de jugos.

—¡Ese hijo tuyo es una amenaza! —chilló—. ¡No me dijiste que podía hacer magia!

Me quedé mirándola, desconcertada.

—No creí que pudiera. —Totalmente cierto.

—¿En serio? —Extendió los brazos—. ¡¿Me estás diciendo que no te diste cuenta de que tu hijo era capaz de hacer levitación telequinética y de destruir cosas como un ciclón de alta potencia?!

Me mordí el labio.

—O sea, se subió a los armarios de mi cocina como un gorila bebé, pero yo sólo pensaba que era el lado hombre simio de él... no había mostrado este lado de sí mismo todavía.

—Bueno, felicidades, Tessa. Resulta que tiene muchos talentos.

Me pasé una mano por la cara.

—Está bien, bueno... ¿Dónde está su ropa?

Mi madre pegó un grito de espanto.

—¿A quién le importa su ropa? Se la quitó él mismo. Sólo... ¡haz que pare!

Buena observación.

Me volví hacia mi hijo, que estaba muy satisfecho de sí mismo.

—Darian. Cariño. Suelta al abuelo.

Darian chilló alegremente en respuesta, agitando sus manitas como si estuviera dirigiendo una orquesta.

Obiryn dejó escapar un largo y paciente suspiro.

—Tessa, parece que no te está escuchando.

Fruncí el ceño.

—Darian. En serio. Suéltalo ya.

Nada.

Más risitas. Más pequeños movimientos de manos. Más giros del abuelo.

—Darian. —Lo intenté de nuevo, bajando la voz y buscando ese tono autoritario de mamá—. Lo digo en serio. Deja que el abuelo baje. Ahora.

Darian me miró, parpadeó con sus grandes ojos grises... y sonrió aún más.

Mi madre soltó un chillido frustrado.

—Bueno, eso es maravilloso. Te está ignorando. Tessa, esto es inaceptable.

—Bueno, no tengo exactamente el manual de cómo disciplinar a un hijo híbrido mitad brujo, mitad hombre simio y también demonio, madre.

—¡Bueno, compra uno!

Obiryn, que seguía girando grácilmente en el aire, dijo secamente:

—Odio interrumpir esta fascinante discusión sobre la crianza de los hijos, pero me gustaría mucho estar en tierra hoy mismo.

Exhalé, poniéndome las manos en las caderas.

—¡Darian Durand Davenport!

La sonrisa de Darian vaciló.

Ah, sí. El nombre completo. Iba a jugar esa carta.

—Baja a tu abuelo. *Ahora mismo*.

Darian hizo una mueca, pero dejó caer lentamente sus regordetes bracitos.

Obiryn soltó un gruñido al caer de inmediato al piso, aterrizando de espaldas con un ruido sordo muy poco común en un abuelo.

—Ah, gracias al caldero —jadeó mi madre, hundiéndose contra la pared.

Obiryn gimió desde el suelo.

—Estoy... muy orgulloso de mi nieto. Pero también me gustaría un trago.

Exhalé un largo y lento suspiro, mirando fijamente a mi hijo. Me sonrió. Orgulloso. Completamente imperturbable. Como si él solo no hubiera convertido la casa de mi madre en una zona de guerra y a su abuelo en un ventilador de techo.

Debería haberme enojado. Debería haber estado agotada. Pero en lugar de eso, me sentí... feliz. Aliviada.

Porque durante las últimas semanas me había preocupado que sólo hubiera heredado la parte de su padre. Que sus genes de hombre simio se hubieran impuesto frente a mi sangre de bruja y que, de algún modo, hubiera perdido la oportunidad de compartir esa parte mía con él.

¿Pero ahora? Ahora, lo sabía. Tenía magia. Y no sólo un poquito.

Tenía mucha.

Me agaché, lo levanté y le di un beso en la mejilla.

—Muy bien, pequeño. Eres una amenaza, pero una amenaza mágica.

Darian soltó una risita, me agarró del pelo y lo jaló.

—Auuu… Bueno, trabajemos en la parte delicada de tu magia. ¿Sí?

Sólo se rio más fuerte, aferrándose a mí como un bebé koala.

Miré a mi padre, que se levantaba lentamente del piso, moviéndose con la gracia de alguien que ha estado dando vueltas durante demasiado tiempo.

Obiryn dejó escapar un largo suspiro, quitándose el polvo imaginario de su carísimo traje negro antes de dirigirse directamente a la licorera.

Arqueé una ceja.

—¿Estás bien, papá?

—Estoy bien —dijo, sacando una jarra de cristal de whisky y sirviéndose un vaso generoso—. Sólo... recalibrando mi equilibrio.

—Claro, porque básicamente fuiste un spinner demoníaco por cuánto, ¿una hora?

—Aproximadamente una hora y diecisiete minutos —murmuró, bebiéndose su trago de un sólo sorbo.

Resoplé y ajusté a Darian en mi cadera, observando cómo ahora mordisqueaba mi manga como un gremlin al que le están saliendo los dientes.

—Entonces —dije, meciéndolo ligeramente—, ¿qué opinas? ¿Su magia es más de brujo o de demonio? —Era algo en lo que había pensado mucho durante el embarazo. ¿Sería como yo, un bruja de las sombras, poseedor tanto de magia oscura como blanca? ¿O su poder sería únicamente demoníaco?

Obiryn se sirvió otro vaso, agitó el líquido ámbar y observó atentamente a mi hijo antes de responder.

—De los dos tipos.

Parpadeé.

—¿De los dos?

—Sí —dijo, dando un sorbo esta vez, porque al parecer, el segundo asalto era un momento para saborear el whisky—. Su poder parece una fusión de ambos linajes. La naturaleza estructurada y compleja de la magia demoníaca —antigua, precisa, siempre metódica— se entrelaza con la energía cruda e instintiva de la brujería.

Fruncí el ceño.

—Creía que era al revés. ¿Que la magia demoníaca se suponía que era salvaje y caótica?

Obiryn sonrió.

—Es un error muy común. La magia demoníaca siempre ha estado muy estructurada, ha sido muy compleja y se ha regido por leyes específicas de poder y control. Los brujos, en cambio, tomaron la magia de los demonios y la transformaron en algo más adaptable, más instintivo. Pero en el fondo, la brujería no es más que una

versión fragmentada de la magia demoníaca: más fluida, sí, pero no tan estable.

Miré fijamente a Darian.

—Entonces, lo que estás diciendo es... ¿mi hijo tiene lo mejor de ambos mundos? ¿Igual que yo?

Obiryn dio un sorbo a su bebida.

—No exactamente.

Fruncí el ceño.

—¿Qué me estoy perdiendo?

Mi padre bajó su vaso y me estudió, con sus ojos plateados brillando.

—Darian no es sólo tiene una mezcla de magia de demonio y brujo como tú. También posee la magia de los metamorfos.

Parpadeé.

—Sí. Lo de transformarse en bestia.

La boca de Obiryn se curvó ligeramente.

—La magia adopta muchas formas. Los metamorfos no usan hechizos, pero su transformación es una forma de magia primigenia profundamente arraigada: una magia que se adapta, evoluciona y responde al instinto más que al encantamiento. Darian lleva eso dentro, junto con el poder de un brujo y la fuerza bruta de un demonio.

Volví a mirar a mi hijo.

—Entonces lo que quieres decir es que... él no es sólo raro. Es único en su especie.

Obiryn asintió.

—La refinada complejidad de la magia demoníaca, la adaptabilidad intuitiva de la brujería y la naturaleza cruda e instintiva de la magia cambiaformas. Tres tipos distintos de poder convergiendo en un solo ser. —Su expresión se ensombreció ligeramente—. Eso lo hace... extremadamente raro. Y, potencialmente, extremadamente poderoso.

Ajusté a Darian en mi cadera, y sentí mi estómago retorciéndose ligeramente al pensarlo.

Estupendo. Como si la paternidad no fuera ya aterradora, ahora tenía que averiguar cómo criar a un prodigio híbrido mágico.

Miré a mi hijo semidesnudo y cubierto de baba, que ahora intentaba meterse todo el puño en la boca.

—Claro. —Exhalé—. Sin presiones.

Mi padre soltó una carcajada tranquila, apuntando su vaso hacia Darian.

—Es poderoso, Tessa. Tendrás que empezar a entrenarlo pronto.

Mi madre, que había estado arreglando una almohada como si fuera el último acto de cordura que le quedaba, giró la cabeza tan rápido que pensé que se le iba a romper.

—¿Perdón? —preguntó—. ¿Entrenarlo? Es un bebé. Necesita estar meciéndose en un moisés, no... invocando el apocalipsis.

—¿Por qué no las dos cosas? —me reí. Mi madre me fulminó con la mirada.

Obiryn sonrió complacido y bebió otro sorbo de whisky.

—Necesitará orientación, Amelia. Su poder no hará más que crecer y, sin disciplina, podría volverse... problemático.

Mi madre emitió un sonido estrangulador y sus ojos se desviaron hacia los restos de su casa, que alguna vez fue perfecta.

—No me digas.

Suspiré, frotando la espalda de Darian.

—Empecemos poco a poco, ¿sí? ¿Quizás enseñándole a no hacer levitar a su abuelo por diversión?

Obiryn levantó su vaso en señal de acuerdo.

—Un buen punto de partida. —Volvió a estudiar a Darian, esta vez con mayor intensidad, como si estuviera observando algo para lo que el mundo aún no estaba preparado.

Luego, en voz baja, casi para sí mismo, dijo:

—Un hombre simio que puede hacer magia... es algo inaudito.

Miré fijamente a mi padre.

—¿Estás seguro? —Una parte de mí había pensado lo mismo, pero aún quedaba una pequeña posibilidad de que en algún lugar del mundo hubiera otro niño como el mío.

—Los hombres simio son seres físicos, Tessa. Su poder radica en su fuerza, su resistencia, sus instintos. ¿Pero la magia? —Sacudió la cabeza—. No la usan. Nunca lo han hecho. Incluso aquellos que se

han adentrado en ella sólo han podido tomarla prestada, nunca poseerla como propia. Tu hijo... es algo totalmente distinto.

Tragué saliva y apreté con más fuerza a Darian, que ahora babeaba alegremente sobre mi hombro, felizmente inconsciente de que su mera existencia estaba reescribiendo las normas sobrenaturales.

—¿Y eso qué significa? —pregunté, un poco indecisa ante la respuesta. Mi padre era un demonio del mundo de las tinieblas, probablemente de miles de años y con muchos conocimientos. Sería una idiota si no lo escuchara.

Obiryn dio un sorbo medido a su whisky, con expresión seria.

—Su magia sólo se hará más fuerte, y si no aprende a controlarla, ella lo controlará a él.

No me gustó cómo sonaba eso.

La magia no era algo que se tenía. Era algo que tenías que dominar. Y si Darian estaba rompiendo todas las reglas conocidas de la genética sobrenatural, estábamos entrando en territorio desconocido.

Mi madre gimió desde su silla, echándose un brazo dramáticamente sobre la cara.

—Genial. ¿Así que ahora tengo que preocuparme de que trepe por mis paredes *y* potencialmente las incendie?

—Potencialmente —reflexionó Obiryn—, pero esperemos poder evitar la parte del fuego.

Me froté las sienes.

—Impresionante.

Darian bostezó, por fin parecía un poco cansado.

Mi madre frunció el ceño, con los brazos cruzados.

—Así que ya te lo llevas. ¿Verdad?

Me reí.

—Sí. Creo que ya hemos hecho bastante daño por hoy.

Ella exhaló dramáticamente.

—Bien. Porque lo amo, lo adoro, pero si veo a ese niño flotando aunque sea un centímetro, me encierro en mi habitación con una botella de vino.

Sonreí.

—Lo tendré en cuenta.

Antes de que pudiera darle demasiadas vueltas a la pesadilla logística de criar a un prodigio híbrido mágico, me asaltó un pensamiento.

Me giré hacia mi madre.

—Oye, hazme un favor, en realidad, hazte un favor a ti misma. No compres nada por un tiempo.

Amelia frunció el ceño, claramente no apreciaba que le dijeran cómo gastar su dinero.

—¿Cómo dices?

—Lo digo en serio. Ni muebles, ni adornitos de lujo, ni compras impulsivas a ese vendedor raro del mercado agrícola que vende teteras «encantadas» que siempre resultan estar malditas sin razón. Sólo... espérate. ¿Entendido?

Cruzó los brazos y entrecerró los ojos con desconfianza.

—¿Por qué?

Dejé escapar un suspiro.

—Porque, mamá. Una chica llamada Emily murió hoy. Fue absorbida por un espejo maldito. Y ahora con la muerte de Gilbert, son dos personas muertas en menos de un día. Y acabamos de descubrir que más objetos malditos están apareciendo por todo el pueblo. Una pluma maldita que enloquece a la gente. Un frasco que roba la magia. Un medallón que drena la fuerza vital. Todo está empeorando.

Los labios de mi madre se apretaron en una fina línea, su habitual dramatismo momentáneamente ausente. Incluso Obiryn dejó su vaso y me miró con severidad.

—¿Estás segura de que están conectados? —preguntó mi padre.

—Apostaría mi última botella de vino a que sí —le dije, moviendo a Darian hacia mi otra cadera—. Dos de los objetos tenían el mismo sigilo del mercado negro. Y apuesto a que los otros también los tienen. Un mercado negro paranormal está operando cerca, y quienquiera que esté detrás sabe exactamente lo que está haciendo.

Obiryn exhaló bruscamente mientras mi madre parecía profundamente turbada, lo cual, sinceramente, era algo raro de ver.

—¿Así que me estás diciendo —dijo lentamente—, que la gente vende estas cosas malditas a propósito?

—Básicamente.

Parpadeó, claramente replanteándose todas sus recientes compras de casa.

—Genial —dijo secamente—. Bueno, no he comprado nada nuevo desde la semana pasada. Supongo que puedo esperar un poco.

—Te lo agradecería —le dije.

Mi madre suspiró pesadamente, arrastrando una mano por su cabello oscuro.

—Acabo de pasarme las últimas tres horas aterrorizada por mi nieto, ¿y ahora ni siquiera puedo sobrellevarlo haciendo terapia de compras?

—Exactamente.

Suspiró pesadamente y se recostó en su silla.

—Vivimos en un mundo cruel.

Acomodé a Darian mientras roía felizmente mi hombro.

—Pero estoy trabajando en eso. Tus hermanas y Marcus también lo están haciendo. Intentamos encontrar la fuente antes de que muera más gente.

Obiryn frunció el ceño y sus ojos plateados se entrecerraron ligeramente.

—Si necesitas ayuda... ya sabes dónde encontrarme. Estaré encantado de ayudar.

Le sonreí a mi padre.

—Gracias, papá. Puede que te tome la palabra. —Porque si no encontrábamos pronto ese mercado negro, tenía la sensación de que Hollow Cove se iba a convertir en un cementerio de objetos malditos.

Obiryn se rio entre dientes, terminando su bebida.

—Buen viaje, hija mía. Y, tal vez... invierte en algo mágico a prueba de bebés.

Dejé escapar un largo suspiro.

—Sí, estoy en eso. —Poner todo a prueba del bebé *y* también entrenarlo.

Mientras acomodaba a Darian en mis brazos y caminaba hacia la puerta principal, hice una nota mental.

Él tenía magia. No cualquier magia. No sólo la mía. No sólo la de Marcus.

Un poder diferente a todo lo que había escuchado. Una magia que no se suponía que existiera.

¿Y eso? Eso me asustaba muchísimo.

Porque una magia así nunca permanece en secreto por mucho tiempo.

# CAPÍTULO 8

Cuando llegamos al Centro Comunitario de Hollow Cove, el sitio estaba abarrotado con al menos doscientos paranormales, todos zumbando con ansiosa energía. Parecía como si todo el pueblo se había metido a la fuerza, desesperado —o tal vez temiendo— descubrir qué nuevo desastre había aterrizado en nuestra puerta.

El aire estaba denso, cargado de una mezcla de sudor, magia y frustración latente. Un rápido vistazo a la multitud me dijo todo lo que necesitaba saber: irritación, cautela y un poco de miedo.

Adelante, mis tías Dolores, Beverly y Ruth, estaban sentadas al lado de mi madre, manteniendo cuidadosamente la compostura. Beverly se sacudía el pelo como si quisiera liberarse de la tensión, pero su columna estaba demasiado rígida y sus movimientos demasiado deliberados. Dolores miraba al frente como un halcón.

Seguí su mirada.

Martha estaba sentada en la larga mesa de metal situada en la parte delantera de la sala, con el mazo agarrado en la mano como un arma. Ahora que Gilbert estaba muerto, ella había asumido el cargo de alcaldesa interina, probablemente antes de que se secara la tinta del acta de defunción. Era raro no ver a Gilbert allí, con la cara roja, golpeando ese mazo. Y ahora nunca lo volveríamos a ver en acción, nunca.

Marcus estaba sentado al lado de Martha, con los brazos cruzados y una expresión indescifrable, pero la tensión se le sentía a kilómetros. Sus ojos grises se clavaron en mí desde el otro extremo

del lugar, su expresión cuidadosamente inexpresiva, pero sus músculos estaban tensos, el apretón de su mandíbula era lo bastante profundo como para resquebrajar la piedra. Conocía esa mirada, era la mirada de «voy a matar a quien se meta en mi pueblo».

Ruth nos vio en la entrada y me hizo señas para que me acercara.

—Vamos para allá. Ruth nos guardó unos asientos —les dije a Iris y Ronin mientras me abría paso entre la multitud, lo cual era más fácil de decir que de hacer porque, por supuesto, llevaba a Darian en su cochecito.

Mira, lo intenté. De verdad. Había planeado dejarlo con mi madre, pero después de todo el incidente del abuelo volador, ella casi me empujó por la puerta, alegando que tenía migraña y que la «energía» de Darian estaba perturbando su aura.

Así que aquí estábamos. Intentando atravesar doscientos paranormales con un cochecito en un salón que no estaba hecho para cochecitos. Y nos estaba saliendo terrible.

¡Pum!

–¡Au!

Me encogí.

—Ay Dios, disculpa...

¡Clac!

—¡Oye, cuidado!

—¡Quiero mis espinillas intactas!

—Lo estoy intentando, ¿sí? —Le respondí—. Esto no es un todo terreno.

Iris intentaba ayudar abriendo camino, pero Ronin no hacía más que reírse a carcajadas, disfrutando claramente de mi carrera de obstáculos personal relacionada con el bebé. Iba a arrancarle uno de sus colmillos.

Finalmente, después de haber chocado con al menos diez personas diferentes y recibir un número récord de miradas, llegué a la primera fila, donde Dolores y mi madre estaban sentadas observando mi lucha con puro juicio. Ruth, sin embargo, miraba el cochecito como si tuviera planes para él.

Beverly le sopló un beso a un apuesto hombre paranormal sentado dos filas más atrás. Sin embargo, la mujer que estaba a su lado se quedó mirando a mi tía.

—Qué bien trajiste al bebé a una reunión sobre asesinatos —dijo mi queridísima madre, con un tono de reproche, como si no acabara de rechazarme cuando le pedí que cuidara al bebé para poder concentrarme en dicha reunión.

Suspiré, ubiqué a Darian al lado de mi silla y finalmente me dejé caer en ella.

—No iba a dejar a mi hijo solo —dije, acomodando el cochecito y asegurándome de que Darian no estaba tramando su próxima gran escapada—. O veníamos juntos o no veníamos.

Dolores miró el cochecito con leve desdén.

—Acabemos esta reunión antes de que alguien intente hechizarte por magullarle las rótulas.

Beverly suspiró dramáticamente, desabrochando la parte superior de su blusa para exponer más escote.

—No le hagas caso. Es una vieja gruñona desde la última vez que tuvo un orgasmo. Y cariño, a juzgar por esa actitud, diría que estamos hablando de hace unos treinta años.

Me atraganté con mi saliva. Con un jadeo descontrolado.

Dolores giró la cabeza hacia ella.

—Te escuché.

Beverly agitó las pestañas inocentemente.

—Ay, bueno. Entonces tal vez te inspire para sacudirte las telarañas y conseguirte un buen hombre fornido. O, ya sabes, un buen sustituto a pilas.

Dolores entrecerró los ojos.

—Sigue hablando, Beverly, y te maldeciré con cinco años de sequía.

Beverly jadeó dramáticamente, agarrándose el pecho.

—No te atreverías.

Dolores se burló.

—Pruébame.

Ronin resopló. Una enorme sonrisa se dibujó en su atractivo rostro.

—Esta es la mejor reunión del pueblo que hemos tenido.

—¡Ah! —Ruth se animó, aplaudiendo con entusiasmo—. Hablando de eso, estuve trabajando en un hechizo para hacer levitar el cochecito. Así ya no tendrá ruedas. Será mucho más fácil maniobrarlo por el pueblo.

Parpadeé.

—¿Puedes hacer eso? —¿Qué puedo decir? No había nadie mejor en este mundo que mi tía Ruthy.

Ruth sonrió orgullosa.

—Sí. Campanita y yo hemos estado trabajando juntas en eso. Un poco de magia de hadas combinada con algo de magia blanca, y tendrás un cochecito volador. Se acabaron las aceras llenas de baches. No más atascos. Sólo un suave y mágico deslizamiento a donde sea que vayas.

Me quedé mirándola, horrorizada y fascinada al mismo tiempo.

—Entonces, qué... ¿lo empujo en el aire como si fuera un bebé globo mágico?

—Exacto —exclamó Ruth con alegría.

Miré a Darian, que en ese momento se jalaba los dedos de los pies. Un cochecito volador sonaba increíble.

Sentí que Iris me observaba, que sus penetrantes ojos oscuros estudiaban mi rostro.

—Entonces —dije, mirándola—, ¿cómo te fue con el Consejo Gris? ¿Vinieron a recoger el reloj?

Iris resopló.

—Ah, claro que vinieron. Entraron como si fueran de la realeza, actuando como si me estuvieran haciendo un favor al llevárselo. —Puso los ojos en blanco—. Eran demasiado serios para gente que literalmente se especializa en acaparar objetos malditos.

Suspiré.

—Sí, bueno, la paranoia es lo suyo. Apuesto que te hicieron un montón de preguntas.

Iris ladeó la cabeza.

—¿Preguntas? Fue más bien un interrogatorio. Incluso intentaron insinuar que *yo* tenía algo que ver.

Parpadeé.

—¿Qué?

Ella encogió los hombros, sin inmutarse.

—Uno de ellos decía: «¿Cómo encontraste el reloj tan rápido?» y «¿Segura que no te lo encontraste antes del asesinato? —Enarcó una ceja—. Como si tuviera un negocio secreto de objetos malditos que se me hubiera olvidado mencionar.

Sacudí la cabeza.

—Siempre son así. A un paso de culpar a cualquiera menos a ellos mismos.

Iris sonrió de repente, poniendo su bolso sobre su regazo.

—Pero la sorpresa se la llevarán ellos.

Eso nunca era una buena señal.

Entrecerré los ojos.

—¿Qué hiciste?

—Puedo o no haber... tomado algunas muestras de ADN de ellos.

Me quedé mirándola.

—¿Robaste ADN de los oficiales del Consejo Gris? —Mi amiga la bruja oscura había perdido la cabeza.

Iris sonrió.

—Bueno, cuando lo dices así, suena mal. Preferiría decir que «recopilé datos mágicos con fines de investigación».

Exhalé lentamente.

—Iris, eso es... posiblemente ilegal.

Agitó una mano.

—Sólo si me descubren. Cosa que no pasará.

Ronin, que había estado escuchando a escondidas, sonrió.

—Estoy loco por ti en este momento. ¿Podemos saltarnos esta reunión e irnos a casa?

Iris lo ignoró y le dio unos golpecitos al bolso grande que llevaba sobre el regazo, en cuyo interior estaba segura de que Doris tenía el ADN de los nuevos agentes del Consejo Gris.

—La cuestión es que si alguien de ese equipo tiene alguna conexión con este caso, lo encontraré. ¿Y si están ocultando algo? —Volvió a golpear su bolso—. Pronto lo sabremos.

La miré fijamente durante un largo segundo antes de negar con la cabeza.

—¿Sabes qué? Ya ni siquiera me sorprende. —Porque esto era totalmente característico de ella.

Iris sonrió.

—Ese es la actitud.

Y así sin más, Martha golpeó el mazo, haciéndome estremecer. El público enmudeció y comenzó oficialmente la locura. Los gigantescos brazaletes de oro de sus muñecas tintinearon con fuerza mientras se ajustaba el enorme collar que llevaba en el pecho, porque, por supuesto, Martha creía que menos nunca era más.

—Muy bien, todo el mundo a sentarse. Siéntense. —dijo Martha, subiéndose las gafas deslumbrantes con un gesto de prepotencia mientras se removía en su asiento. Llevaba una blusa larga y vaporosa con estampados atrevidos y arremolinados que parecían el resultado de un sueño psicodélico de fiebre cosido y llamado moda. Los pantalones anchos que hacían juego con la blusa aumentaban el dramatismo del conjunto, que se ondulaba ligeramente cada vez que se movía, como si fuera una especie de oráculo bohemio a punto de pronunciar una profecía.

Iris se inclinó hacia mí y murmuró:

—Parece una adivina que se perdió en una tienda de telas.

Reprimí una carcajada y volví a concentrarme cuando Martha carraspeó y levantó la barbilla.

—Como nueva alcaldesa...

—Alcaldesa *interina* —ladró Dolores, con el rostro ensombrecido y el ceño fruncido.

Martha giró la cabeza hacia Dolores, sus ojos se entrecerraron en pequeñas rendijas sospechosas.

—¿Disculpa?

Dolores se levantó de la silla y su voz retumbó en la sala.

—*No* eres la alcaldesa. Eres la alcaldesa interina, Martha. O sea, temporal. Una sustituta. Una calentadora del puesto glorificada hasta las próximas elecciones.

*Ay, mierda.*

Martha resopló, agarrando el mazo como si estuviera a punto de aporrear a alguien con él. Posiblemente Dolores.

—Actuaré como alcaldesa hasta la elección oficial...

—Que debería ser ahora, no «cuando te apetezca» —replicó Dolores, con las manos en las caderas, irradiando pura indignación.

Martha sonrió fríamente.

—Viendo que nadie en este pueblo se va a atrever a enfrentarse a mí, yo diría que deberías acostumbrarte a la idea de que soy la alcaldesa.

Un murmullo colectivo recorrió la multitud.

Iris me dio un codazo.

—¿Eso es cierto?

Encogí los hombros.

—Ni idea. Pero es audaz. Lo admito.

Ruth se inclinó hacia adelante y susurró:

—Tiene ganas de morir, eso es.

La expresión de Dolores se torció en una fea mueca. Luego enderezó la espalda y apuntó directamente a Martha.

—Bueno. Entonces *yo* me postulo como alcaldesa.

Jadeos. Jadeos de verdad. Como si alguien hubiera tirado una bomba en medio de la sala.

Me incliné hacia adelante.

—¿Habla en serio? —No es que pensara que fuera algo malo, pero a Dolores le gustaba la autoridad. Sólo un poquito demasiado.

Ruth asintió.

—Va en serio.

—Caldero ayúdanos —dijo Beverly, sacudiendo la cabeza.

Ronin dejó escapar un silbido largo y bajo y aplaudió lentamente como un espectador orgulloso.

—Ohhh, esto se está poniendo bueno. Debería haber traído cerveza.

La expresión de suficiencia de Martha vaciló, pero sólo por un segundo. Se inclinó hacia adelante, apoyando los codos en el escritorio, con el mazo golpeando distraídamente la madera.

—Dolores, Dolores, Dolores...

Dolores cruzó los brazos.

—Martha, Martha, Martha.

—¿Hablas en serio? —preguntó Martha, ladeando la cabeza.

—Tan serio como un nigromante con un cadáver fresco.

*Asco.*

Martha exhaló por la nariz y sus uñas tamborilearon contra el escritorio.

—Bueno. Supongo que tenemos que prepararnos para las elecciones.

—Sí —respondió Dolores—. Tenemos que hacerlo.

Ronin me dio un codazo.

—Creo que deberíamos vender entradas para esto.

Iris se inclinó.

—Deberíamos haber traído palomitas.

Beverly, claramente aburrida, suspiró y se alisó las arrugas de la blusa.

—Más vale que esto valga mi tiempo. Tenía planes para esta noche.

Después de que Dolores volviera a tomar asiento, Martha se aclaró la garganta.

—Como la mayoría de ustedes probablemente ya sabe —comenzó, su voz llena de dramatismo—, nuestro querido alcalde del pueblo, Gilbert, ha muerto.

Enarqué una ceja. «Querido» era un poco exagerado.

Desde algún lugar de la multitud, alguien murmuró:

—¿Estamos hablando del mismo Gilbert?

Justo a eso me refería.

Martha hizo caso omiso, levantando la barbilla.

—Y como alcaldesa interina, es mi deber informarles que fue asesinado.

Una fuerte inhalación colectiva recorrió la multitud, seguida de murmullos en voz baja.

—¿Asesinado? —gritó una mujer cerca de la parte de atrás con el pelo rojo vibrante.

Martha asintió solemnemente, empapándose del dramatismo del momento.

—Sí. Asesinado. Por arte de magia.

Los susurros se intensificaron, transformándose en algo nervioso y temeroso.

Un hombre alto y paranormal de piel oscura se levantó en la segunda fila, con los brazos cruzados sobre el pecho, frunció el ceño.

—¿Qué tipo de magia?

Martha miró a Marcus, que asintió con la cabeza apretando la mandíbula, antes de que ella continuara.

—Un objeto maldito —declaró—. Un reloj antiguo, encantado con la magia más ilegal y peligrosa que existe: una maldición de muerte.

La multitud estalló.

Gritos de «Magia negra» y «¿Quién demonios haría eso?» llenaron la sala.

Algunas personas hicieron instintivamente gestos de protección, como si quisieran alejar la mera mención de la magia negra.

Martha levantó una mano en señal de silencio.

—Eso no es todo. No mucho después de la muerte de Gilbert —continuó—, una joven llamada Emily Parker fue asesinada en su propio dormitorio. La encontraron... *atrapada* en un espejo.

Más jadeos. Algunas personas hicieron señales de protección, como si se protegieran de sólo pensarlo.

—Un espejo maldito —añadió Martha, con expresión sombría—. Uno que la atrapó, drenó su fuerza vital y la dejó sin escapatoria.

Se escuchó una arcada.

—Caldero ayúdanos —susurró una bruja mayor que reconocí como Agatha cerca del frente, sacudiendo la cabeza—. Eso es horrible.

—Es maligna —gritó otra voz, con voz temblorosa—. ¡Es magia maligna!

—Magia del mercado negro —dijo Marcus con firmeza. Su sola presencia hizo callar a la sala, como si el peso de su autoridad lo exigiera—. Creemos que alguien está vendiendo objetos malditos, encantamientos ilegales y mortales, aquí mismo, en Hollow Cove o en algún lugar cercano.

Otra oleada de murmullos horrorizados recorrió la multitud.

Me vino a la mente el rostro pálido y demacrado de Emily e instintivamente miré hacia Darian en su cochecito.

Sólo que... él no estaba allí.

*¡Ay, mierda!*

El pánico me ahogó.

—¡Darian! —Siseé, girando la cabeza.

Iris y Ronin dirigieron inmediatamente su atención hacia mí.

—¿Qué ocurre? —preguntó Iris, ya en alerta.

Mi corazón latía con fuerza.

—¡Darian se fue!

Dolores, que había estado concentrada en las tonterías de Martha, se dio la vuelta.

—¿Cómo que se fue? No puede desaparecer así como así.

—Bueno —dije, ya escaneando frenéticamente todo el lugar—, ahora tiene magia, así que, sí, quizás pueda. —Esperaba equivocarme con eso de la desaparición mágica.

Dolores se me quedó mirando como si le estuviera hablando en otro idioma. Sí, había olvidado mencionar esa parte.

Beverly gritó y saltó de su asiento.

—Ay Dios, podría estar en cualquier parte.

Mi madre señaló hacia arriba.

—Busca por el techo. Le gusta trepar cosas.

Estaba a dos segundos de voltear las sillas cuando...

—Ahí está —dijo Ronin, señalando hacia la parte delantera de la sala.

Efectivamente, Darian estaba escalando la pierna de Marcus como un bebé gorila, agarrando los jeans de su padre con manos diminutas pero absurdamente fuertes.

Solté un enorme suspiro de alivio y casi se me doblan las rodillas.

Marcus, completamente imperturbable, sonrió a su hijo.

—Mírate —murmuró, con su profunda voz llena de orgullo paternal. Se agachó, levantó sin esfuerzo a su hijo y lo acomodó en su regazo. Darian soltó una risita triunfal y luego acarició la cara de Marcus como un orgulloso explorador que acababa de conquistar el Monte Papá.

Di un pisotón y señalé a mi hijo.

—Mamá va a tener unas palabras contigo.

Darian chilló y aplaudió.

Marcus se rio entre dientes, frotando la espalda de Darian.

—Te das cuenta de que aún no entiende las amenazas. ¿Verdad?

—Oh, él sí lo entiende. —Entrecerré los ojos hacia Darian, que me devolvió la mirada con una cara inocente de la que no me fiaba en absoluto.

—¿Quieres decir que hay un mercado negro de objetos malditos? —gritó alguien desde el fondo, haciéndome recordar por qué estábamos aquí mientras volvía a sentarme.

—No sólo un mercado negro —dijo Marcus, dirigiendo su atención a la multitud—. Sino una operación organizada. Alguien está vendiendo artefactos mortales, y no les importa quién salga herido en el proceso.

Un hombre paranormal de la primera fila se levantó con las cejas pobladas. Fornido como un camión, probablemente era algún tipo de metamorfo.

—Si alguien está vendiendo estas cosas, eso significa que la gente las está comprando. ¿Eso significa que hay más gente maldita?

Marcus exhaló con fuerza.

—Sí. Ya hemos recibido múltiples informes de objetos que afectan a sus dueños. Y por eso estamos aquí esta noche.

Martha asintió, empuñando su mazo.

—Con efecto inmediato, advertimos a todos los residentes que se mantengan alejados de cualquier objeto mágico desconocido. No le compren nada a ningún vendedor desconocido. No lleven ningún artefacto sospechoso a su casa.

La multitud se agitó inquieta, la gente se miraba entre sí, como preguntándose si su vecino había comprado sin saberlo una trampa mortal.

Marcus miró al grupo de paranormales.

—Si han comprado algo recientemente de una fuente desconocida, si se les ha acercado alguien vendiendo objetos mágicos... tienen que decirnos.

Más inquietud y murmullos.

—Las Merlíns se están encargando de la contención —continuó Marcus—. Si tienen algo sospechoso en su poder, no intenten usarlo, abrirlo o interactuar con él. Llévenselo a ellas inmediatamente.

—¿Y si no lo hacemos? —preguntó alguien.

Dolores se levantó de nuevo, con expresión severa.

—Entonces terminarán como Gilbert y Emily. No lo toquen. No intenten probarlo. Y lo más importante: no lo *usen*.

Silencio.

—¿Por qué no cierran el mercado? —dijo una mujer alta y paranormal que me recordó a Lori.

Marcus me miró a los ojos antes de responder.

—Porque no sabemos dónde está. Parece que los que compraron en este mercado también han sido hechizados para olvidar dónde está.

La multitud se mueve nerviosa.

—Ahora escuchen con atención —continuó Marcus—. Tenemos razones para creer que este mercado negro está operando cerca de Hollow Cove. Estamos investigando su origen, pero hasta entonces, estoy emitiendo una advertencia a todo el pueblo. Que nadie le compre nada a un vendedor desconocido. Nadie comercia, nadie regatea. Si ven algo sospechoso, denúncienlo.

La habitación estaba en un silencio sepulcral porque ahora el miedo era real.

—Sugiero que todos vayan a casa esta noche y revisen cuidadosamente sus pertenencias —declaró Martha—. Si algo les parece raro, no esperen. Llamen al grupo Merlín o al jefe de seguridad inmediatamente.

Exhalé lentamente y observé la habitación. La tensión flotaba en el aire. Los paranormales susurraban entre sí, lanzaban miradas incómodas a sus vecinos y se cuestionaban todos los objetos de sus casas.

Y deberían tener miedo.

Porque hasta que no encontráramos a los responsables, hasta que no cerráramos este mercado negro, nadie en Hollow Cove estaría a salvo.

# CAPÍTULO 9

Me senté en la mesa de la cocina de la Casa Davenport, mirando la tostadora, con las manos alrededor de una taza de café caliente.

Eran las nueve y media de la noche. Estaba exhausta, mentalmente agotada y ligeramente delirante, pero, al parecer, los objetos mágicos ilegales y asesinos no creían en los horarios comerciales.

Desde que la reunión municipal se convirtió en un festival del pánico, una avalancha de ciudadanos preocupados había inundado las líneas mágicas de emergencia, llamando, enviando tarjetas con mensajes encantados e incluso dejando notas desesperadas marcadas con runas en nuestra puerta. Todo el mundo y hasta la abuela metamorfa estaban convencidos de que habían comprado algo maldito.

¿Hasta ahora? Cincuenta y cuatro casos.

¿Objetos malditos reales? Cero.

Dolores había regresando dando tumbos hacía una hora después de investigar uno, murmurando en voz baja que «perdió el tiempo con una maldita mecedora antigua que crujía demasiado».

Pero como éramos las del grupo Merlín y estábamos legalmente obligadas a investigar cada uno de esos gritos de socorro inducidos por el pánico, aquí estaba yo, atendiendo el servicio de mensajería, con nada más que café, agotamiento y una leve sensación de pavor existencial.

Al menos uno de los dos estaba descansando. Miré hacia la cuna de Darian, junto a la mesa. Mi hijo estaba acurrucado, completamente muerto para el mundo, roncando suavemente como una pequeña y adorable motosierra.

Suspiré, y le di un sorbo a mi café.

—Me alegro de que alguien duerma por aquí.

La tostadora se estremeció y se oyó un ruido metálico en su interior.

Hildo saltó sobre la mesa, con la cola en alto, las pupilas dilatadas y las orejas gachas mientras movía las patas traseras como si estuviera a punto de cazar un ratón.

Por desgracia para él, no era el único que aspiraba a la victoria.

Desde el otro lado de la cocina, un pequeño rayo dorado atravesó el aire.

Campanita avanzó a toda velocidad, con sus alas zumbando como un pequeño motor de guerra y sus ojos decididos fijos en el objetivo: la tostadora.

*Pop.*

Una tarjeta blanca salió disparada como un pancito con esteroides.

Hildo se lanzó. Campanita se zambulló.

Hubo un movimiento borroso, un choque de fuerzas, y luego...

Hildo aterrizó primero, derrapando sobre la mesa con la carta firmemente sujeta en la boca, victorioso.

Campanita se estrelló contra el frasco de azúcar.

La pequeña hada se incorporó, chisporroteando, cubierta de gránulos de azúcar, con sus diminutas alas crispadas de pura indignación.

Hildo arqueó la espalda y agitó la cola mientras se acercaba a mí, muy satisfecho. Dejó caer la carta en mis manos y se volvió hacia el campo de batalla de la tostadora, con sus ojos amarillos brillantes por la promesa de futuras victorias.

Recogí la tarjeta sin dejar de mirar cómo Campanita se sacudía el azúcar del pelo.

Miró al gato.

—Eso fue trampa.

Hildo se lamió la pata con dramática lentitud.

—No es culpa mía que seas lenta, Alitas Brillantes.

Campanita frunció el ceño.

—Gato callejero brujo.

Le di la vuelta a la tarjeta y leí el texto cuidadosamente inscrito:

*Alerta de notificación:*

*Atención: Grupo Merlín. Servicios requeridos.*

*Asunto: El Sr. Van Dort de la casa 22 de la calle Maple Drive encontró un objeto maldito en su residencia.*

*Acción: Solicitar asistencia inmediata para la retirada del objeto.*

—Déjame adivinar, ¿otra? —Iris me miró desde el otro lado de la mesa. Su pila de tarjetas con mensajes era un poco más alta que la mía. Se había ofrecido a ayudarme en cuanto vio el montón de trabajo al que nos enfrentábamos mis tías y yo. Y se lo agradecía con el corazón.

—Sí. —Coloqué la tarjeta con el mensaje en mi pila—. Si las cosas siguen a este ritmo, todo el maldito pueblo reclamará objetos malditos en sus casas.

—Están aterrorizados —dijo la bruja oscura.

—Lo entiendo. Pero no ayuda a nadie que anden por sus casas buscando «presuntos» objetos malditos cuando no han comprado ninguno.

Iris dejó escapar un largo suspiro, hojeando la creciente pila de tarjetas de mensajes que tenía delante.

—La gente entra en pánico. Es lo que hacen. Dales algo que temer y, de repente, la antigua mantequera de su abuela se convierte en una bomba de relojería.

Resoplé.

—Sí, bueno, no me extrañaría que alguno de estos objetos encantados empezara de repente a susurrar amenazas en latín a las tres de la madrugada, pero aun así, los números no cuadran. —Arrojé la carta más reciente a mi creciente pila y me incliné hacia adelante—. No es sólo que la gente entre en pánico. Es que ninguno

de ellos recuerda de dónde sacaron sus objetos malditos. Eso no es normal.

Iris se puso un poco rígida y sus dedos juguetearon con el borde de una tarjeta.

—Sí. Eso es... raro.

La miré con los ojos entrecerrados.

—Esa fue una respuesta muy cuidadosa. —Por lo general, ella estaría súper metida en todo esto, dándome razones de por qué nadie recordaba de dónde habían sacado sus objetos malditos. Normalmente algo oscuro y siniestro. ¿Pero ahora? Seguía teniendo la sensación de que me ocultaba algo.

Ella parpadeó inocentemente.

—Sólo estoy de acuerdo contigo.

—Mmhmm.

—Lo estoy. De verdad.

Suspiré, echando la silla hacia atrás.

—Esto no me gusta. Alguien está borrando deliberadamente los recuerdos de la gente sobre estas transacciones. Ese es un hechizo de alto nivel. Por no mencionar profundamente ilegal. —O eso me había informado Dolores.

Iris asintió, aún haciéndose la desentendida.

—Sí... totalmente ilegal.

La observé.

—Mucho.

Iris evitó mi mirada, ocupándose de una tarjeta que tenía en las manos.

—Bueno, me suena a algún tipo de precaución. Ya sabes, ¿como cuando algunos traficantes de magia borran la memoria para evitar que el comprador no los delate? Ese tipo de cosas.

Fruncí el ceño, porque tenía razón.

—Tiene sentido. ¿Quizás quien los vende quiere asegurarse de que nadie pueda rastrearlos hasta ellos?

Eso significaba que esto no era sólo un trato mágico imprudente. Esto fue intencional. Organizado. Y peligroso.

Agarré mi taza de café y le di un largo sorbo. ¿Qué demonios estaba pasando en este pueblo?

Iris se aclaró la garganta y cambió de tema.

—Entonces, ¿cómo está mi favorito Darian?

Me reí.

—Está creciendo a un ritmo alarmante, comiendo todo lo que ve y desarrollando una fuerza en la parte superior del cuerpo que dejaría en ridículo a los gimnastas olímpicos.

Iris sonrió con satisfacción.

—Entonces, ¿comportamiento normal de hombre simio?

Exhalé dramáticamente.

—Sí, pero también no. No sólo está se desarrollando rápido físicamente. Su magia también.

Iris asintió con complicidad, sorbiendo su café.

—Sí. Todo eso de que el bebé convirtió a tu padre en un ventilador del techo. —Sacudió la cabeza, sonriendo—. Sigue siendo icónico.

Dejé escapar un suspiro.

—Ay, sí. Un verdadero hito de la paternidad. Junto con los primeros pasos, las primeras palabras y la primera vez que convierte a un miembro de la familia en un carrusel.

La diversión bailaba en los ojos de Iris.

—Deberías poner eso en su libro de bebé. «Primera levitación accidental de un abuelo».

Me reí.

—Lo haría, pero estoy muy segura de que mi madre aún se está recuperando. Tenías que haberla visto. Pelo por todas partes, la casa destrozada, chillando como una banshee. Mientras tanto, Darian estaba ahí sentado en pañales, con cara de pícaro.

Iris se rio, sacudiendo la cabeza.

—Bueno, pero en serio. Los hombres simio no usan magia. Eso... no existe. Pero... Darian es *diferente*.

La señalé.

—Exacto. Pero también es brujo. Mi padre está de acuerdo en que se debe a su mezcla híbrida de demonio, brujo y hombre simio. Y eso significa que la magia de Darian va a necesitar un serio entrenamiento.

Iris me miró fijamente.

—¿Pero cómo se entrena a un bebé? O sea, sigue siendo sólo un bebé, aunque parezca que tiene un año.

Buen punto.

—Ni idea. Supongo que tendré que improvisar, como todo lo demás.

No sólo tenía que detener este mercado negro paranormal, sino que también tenía que prepararme para un campamento mágico para bebés.

Iris se rio entre dientes.

—Bienvenida a la paternidad.

Sacudí la cabeza.

—Este niño va a ser mi muerte.

Iris le dio un sorbo a su café, imperturbable.

—Pero, de la manera más linda posible.

Miré a mi hijo que dormía plácidamente en su cuna. Por ahora.

—Sí. Así es como te enganchan.

La puerta principal se abrió con un fuerte golpe, seguido del inconfundible sonido del dramático suspiro de Beverly.

—No puedo *creer* que haya tenido que cancelar mi cita por esto —anunció, entrando en la cocina como una mujer víctima personal de la responsabilidad. Tiró el bolso sobre la encimera—. ¿Tienes idea de lo difícil que es encontrar un hombre decente en este pueblo? ¿Uno que no esté maldito, casado o sea un troll?

Detrás de ella, Ruth se arrastró hacia el interior, alborotándose el pelo blanco, con aspecto desaliñado y un poco atormentado.

—Todo el mundo tiene mucho miedo —gimió, dirigiéndose directamente a la mesa—. Una bruja estaba convencida de que su planta encantada con riego automático intentaba estrangularla mientras dormía. —Se le torció la cara—. Pero yo conocí a una bruja llamada Maddy Pearson, cuya Venus atrapamoscas *se la comió*. De *un bocado,* desapareció. Encontraron sus botas con los pies todavía dentro de ellas dos días después.

*Rayos*.

La puerta principal se cerró con más fuerza. Un momento después, Dolores apareció en la cocina con el ceño fruncido.

—Ni uno solo de esos objetos estaba maldito. —Sacó una silla y se sentó—. Sólo eran objetos normales. Objetos normales, aburridos e inofensivos.

Levanté una ceja.

—Entonces, ¿nada de relojes de pie sedientos de sangre? ¿Nada de tazones de sopa que roban almas? —Me reí. Ella no.

Dolores me lanzó una mirada.

—No.

Beverly resopló y se dejó caer en una silla, estirando las piernas.

—No sé qué es peor: las falsas alarmas o el hecho de que podría estar tomando vino y desnudándome con un sexy hombre lobo en este momento.

Campanita cruzó la habitación como un cometa diminuto y brillante y aterrizó con gracia en el hombro de Ruth. Ella acarició al hada distraídamente, mirando la montaña de tarjetas con mensajes. Sentí una punzada en el pecho por mi tía. Se veía agotada.

La mirada de Dolores se posó en la pila de tarjetas con mensajes.

—¿Supongo que no son tarjetas de disculpa de la gente del pueblo por hacernos perder el tiempo?

Fruncí los labios.

—No.

—Maravilloso. —Dolores encorvó los hombros. Luego, en lo que sólo podía describirse como un colapso a cámara lenta, se dejó caer en la silla más cercana, completamente agotada—. Tessa, si no encontramos pronto este maldito mercado negro, será nuestra muerte.

Un silencio tenso llenó la sala porque no se equivocaba.

—Hemos estado jugando a la defensiva —dijo Beverly—. Y es agotador. Cuanto más tiempo perdamos persiguiendo falsas alarmas, peor será.

Ruth asintió, levantando la cabeza.

—Puede que aún no hayamos tenido otro incidente... pero lo habrá. Es sólo cuestión de tiempo.

Eso era lo que más me preocupaba. No sólo estábamos persiguiendo fantasmas. Estábamos esperando a que cayera el

siguiente cuerpo.

—Tiene que haber una forma de rastrearlo —dije, enderezándome—. ¿Y si usamos un hechizo de rastreo en uno de los objetos? ¿Y así localizamos de dónde vino?

Ruth suspiró pesadamente.

—Ya lo intenté. —Señaló vagamente su sala de pociones, al lado de la cocina—. Usé un hechizo de rastreo en el medallón encantado para seguir su último rastro mágico conocido.

—¿Y?

—Callejón sin salida. —Ruth se frotó los ojos, frustrada—. Es como si hubiera borrado su propia historia. Ningún rastro de dónde vino, ninguna energía persistente del vendedor. Nada.

Dolores frunció el ceño.

—Quienquiera que dirija esto sabe lo que hace. No es sólo un aficionado vendiendo chatarra en la parte trasera de una furgoneta maldita.

—Eso es reconfortante —murmuré.

Beverly se recostó en su silla.

—Lo juro, si esto no me mata, hará que me salgan arrugas.

—Creo que ese barco ya zarpó —dijo Dolores.

Beverly jadeó como si la hubieran apuñalado personalmente.

—Mi piel es impecable. Tengo el cutis de una diosa. Tú lo sabes.

Dejé que discutieran un segundo, pero mi mente seguía acelerada. Si no podíamos rastrear los objetos, ¿entonces qué? Necesitábamos otra forma de entrar. Algo que obligara al mercado negro a salir a la luz. ¿Pero cómo? ¿Cómo íbamos a hacerlo si ni siquiera sabíamos dónde buscar?

Miré a mis exhaustas tías, sabiendo que no pararían. No hasta que encontráramos a los responsables.

—Muy bien —dije, echando hacia atrás mi silla—. Es mi turno. Iré a ver el siguiente lote de objetos «potencialmente embrujados». Ustedes tómense un descanso.

Beverly agitó una mano flácida.

—Cariño, eso es adorable de tu parte, pero tienes un bebé.

Señalé a Darian, que seguía plácidamente dormido en su cuna.

—Y se va a quedar aquí. Tiene a tres brujas de primera para hacerle compañía. ¿Qué podría salir mal?

Tres pares de ojos cansados y desconfiados voltearon a mirarme.

Levanté una mano.

—Esperen. No. No respondan a eso.

Dolores se pellizcó el puente de la nariz, pero luego se contuvo y soltó la mano.

—Tessa, si no nos adelantamos a esto, no sólo va a empeorar. Se convertirá en una catástrofe.

—Por eso me voy —dije con firmeza.

Ruth me señaló.

—No toques nada sospechoso.

—Entendido.

—O que *parezca* sospechoso —añadió Ruth, entrecerrando los ojos.

—Por supuesto.

—O que *huela* sospechoso.

Parpadeé.

—¿Por qué iba a olerlo?

Ruth encogió los hombros.

—Nunca se sabe. El mal a veces tiene olor. Como a azufre. O a pescado.

—¿Pescado?

Ruth asintió solemnemente.

—La magia negra a veces huele a pescado podrido. Y también a pachuli, pero puede que sea porque odio el pachuli.

Dolores levantó las manos.

—Ruth, por el amor a la magia, deja de darle reglas ridículas y déjala que se vaya.

Ruth hizo una mueca, entrecerrando los ojos.

—No son ridículas.

Dolores le lanzó una mirada fulminante.

—Sí, lo son. Ella no es un sabueso. Es una bruja. No necesita *oler* nada.

Ruth entrecerró los ojos, considerándolo.

—Bien. Pero sigo manteniendo mi regla de «no oler objetos malditos». La última vez que la ignoré, me desmayé y desperté mágicamente atada a un palo de escoba llamado Carl.

*Perfecto.*

Di una palmada.

—Fantástico. Prometo mantener mi nariz alejada de las cosas malvadas. Ahora, si hemos terminado con el seminario de Seguridad Mágica para Dummies, me gustaría irme antes de que recibamos otro mensaje de tostadora.

—Espera. —Iris se levantó.

—No tienes que venir conmigo —le dije a mi amiga bruja oscura, aunque no la culpaba. Me estaba entumeciendo de tanto estar sentada, así que sabía que a ella le pasaba lo mismo.

Iris negó con la cabeza.

—No es eso.

Enarqué una ceja.

—¿Qué pasa?

Iris vaciló, cambiando su peso de un pie a otro. Parecía... nerviosa. Y eso me dio mucha curiosidad.

Me puse las manos en las caderas.

—Bueno, escúpelo. ¿Qué está pasando?

Iris exhaló un suspiro lento, arrastrando los dedos por su cabello oscuro.

—Podría... saber cómo ayudar... creo... no estoy segura.

Fruncí el ceño.

—¿Cómo? ¿Tienes en la manga algún súperhechizo rastreador de bruja oscura que pueda localizar a los supuestamente imposibles de rastrear. ¿Me has estado ocultando algo?

Iris negó con la cabeza.

—No, pero... puede que conozca a alguien que pueda ayudarnos a localizar el mercado negro paranormal.

Parpadeé.

—¿Qué tú qué? ¿Quién?

Sus ojos se desviaron, como si estuviera debatiendo si valía la pena mantener esta conversación o si debía salir corriendo. Apuesto a que estaba deseando poder saltar una línea ley ahora mismo.

—Iris. ¿Por qué no nos habías dicho antes? —preguntó mi tía Dolores con el ceño fruncido.

La bruja oscura dejó escapar una risa nerviosa y se frotó la nuca, con cara de querer estar literalmente en cualquier otro sitio.

—Porque... —Suspiró pesadamente y finalmente se encontró con mi mirada—. Porque es mi hermano.

La miré fijamente. El mundo se ralentizó un segundo mientras las palabras encajaban en su sitio.

—¿Cedric? ¿Sabe dónde está el mercado negro?

Iris se encogió.

—Sí.

Bueno, *esto* sí era interesante.

# CAPÍTULO 10

Estábamos volando.

Atravesamos la línea ley a una velocidad que parecía de un millón de kilómetros por hora mientras la magia pulsaba a nuestro alrededor, hilos de energía que se arremolinaban, se retorcían y nos transportaban por el limbo. Era como subirse en la montaña rusa más alocada que existe, solo que sin vías, ni barras de seguridad, ni promesas de que acabaríamos donde se suponía que debíamos. Pero bueno, ya le estaba agarrando el truco a eso de «no salirme accidentalmente de la línea ley y caer estrellarme contra el piso. Estaba progresando.

Bueno, sí, la última vez que utilicé una línea ley con Iris, ella perdió a Dana y yo estuve a punto de perder el control, casi matándonos a las dos. Mi magia había sido un desastre durante el embarazo, inestable en el mejor de los casos y peligrosa en el peor.

Pero eso había sido por culpa de Vara. La malvada doula. Me había estado envenenando, y casi extingue mi magia. Pero Ruth y mis tías me habían hecho una «Desintoxicación de Doula». Y ahora sentía que mi mojo volvía a zumbar en mi interior, firme y estable. Wynona, la curandera, me había dicho que mi magia no estaba dañada ni perdida, sólo un poco desordenada, y que volvería a la normalidad. Que incluso podría ser más fuerte.

Es hora de poner a prueba esa teoría.

Le lancé una rápida mirada a Iris. La cara de la bruja oscura estaba iluminada como la de un niño en la mañana de Navidad, con

una sonrisa de oreja a oreja mientras su pelo se agitaba detrás de ella, fluyendo a través de las coloridas corrientes de magia. Sus ojos brillaban de emoción y todo su cuerpo vibraba de energía. Si no la conociera, diría que estaba radiante.

Sacudí la cabeza, riéndome.

—Parece que estás en el mejor viaje de tu vida.

A Iris le brillaron los ojos cuando se giró hacia mí.

—¿Estás bromeando? Esto es mejor que el sexo. No se lo digas a Ronin.

Me reí.

—No lo haré.

—Hablo en serio. —Soltó una risita, inclinándose hacia el flujo de magia y dejándolo pasar como el túnel de viento más colorido del mundo—. Esto es... increíble, como surfear sobre pura energía.

Sonreí, pero la sonrisa se desvaneció cuando mis pensamientos se desviaron hacia dónde íbamos y a quién íbamos a ver.

A Cedric.

En una ocasión, el brujo había mirado a Ronin como si fuera algo asqueroso pegado a su zapato. Había hecho comentarios sarcásticos sobre los mestizos y cuestionado el juicio de su hermana por relacionarse con un vampiro, y más aún por estar saliendo con uno. Ese hombre no respetaba en absoluto las decisiones de su hermana, ni a sus amigos, ni su vida. En más de una ocasión había querido darle un puño en la cara.

Iris no se merecía eso. Se merecía a alguien que la amara y la apoyara incondicionalmente. Cedric no era ese tipo. Y francamente, la idea de pedirle ayuda me erizaba la piel.

Pero nos quedamos sin opciones.

Si Cedric tenía información del mercado negro, si tenía alguna pista de quién vendía esos objetos malditos... lo necesitábamos. Me gustara o no.

Miré a Iris. Seguía sonriendo, seguía en la cresta de la ola, pero sus ojos estaban tensos y sus hombros rígidos. Estaba nerviosa. No por la línea ley. Por Cedric.

Y odiaba que tuviera que sentirse así por su propio hermano.

Grité por encima del viento:

—¿Seguro que estás dispuesta a hacer esto?

La sonrisa de Iris vaciló, pero asintió.

—Estoy bien. Además, me vas a necesitar. Cedric no hablará con nadie más sino conmigo. Y aun así, es una posibilidad al cincuenta por ciento.

—Genial. —Hice una mueca—. Me encanta tratar con sociópatas encantadores.

Una pequeña sonrisa se dibujó en la boca de Iris.

—Él no es tan malo.

La miré.

—Recuerdo claramente que llamó a Ronin «mestizo chupasangre».

Su mandíbula se tensó.

—Sí. Es así de malo.

No pude evitarlo. Me acerqué y le apreté el brazo, la magia crepitó entre nosotros.

—Oye. Si esto es demasiado complicado, nos iremos. Encontraremos otra forma.

El rostro de Iris se suavizó.

—No. Se trata de algo más importante que él. La gente está muriendo. Si Cedric sabe algo, tenemos que averiguarlo. Y quién sabe... tal vez nos sorprenda.

—Si por sorpresa te refieres a que «no sea un completo imbécil», entonces sí, sería una sorpresa.

Iris se rio, sus hombros se relajaron un poco.

—Sabes, casi desearía que Ronin estuviera aquí. Sólo para ver la cara de Cedric.

—No puedo decidir si eso sería divertidísimo o si terminaríamos con dos cadáveres.

—¿Ambas?

Me reí.

—Es justo.

Antes de irme, había esperado a que Marcus llegara a casa para que cuidara de Darian. También, porque necesitaba contarle lo que Iris había dicho.

El jefe apenas había cruzado la puerta cuando me abalancé sobre él y le conté todo de una vez. Sus ojos se entrecerraron, su mandíbula se tensó y su expresión se endureció al escuchar.

Luego me rodeó con sus brazos y me acercó mientras su boca me presionaba la oreja.

—Cuídate. Y si no te sientes con fuerzas, ven directamente a casa.

Me eché hacia atrás, arqueando una ceja.

—Sabes con quién estás hablando. ¿Verdad? ¿Cuándo me he echado para atrás?

Me miró.

—Exactamente por eso lo digo. Y no te confíes. Si algo te parece mal, te vas. Sin hazañas de heroína.

Sonreí.

—Yo no hago hazañas de heroína. Hago maniobras inteligentes y calculadas. —Mentira total.

Dejó escapar un largo suspiro y prácticamente pude ver cómo se le formaban las canas.

—Sólo... ten cuidado.

—Siempre lo tengo.

Me acarició la cara con dedos firmes pero suaves. Sus ojos se ablandaron, el acero que había en ellos dio paso a algo más cálido.

—Lo digo en serio, Tessa. Si te sientes un poco mal, vuelve.

Lo miré directamente a los ojos.

—Estoy bien, Marcus. Me siento muy bien. Fuerte. Bastante bien, de hecho.

Sus labios se crisparon.

—Sí, bueno, que siga siendo así.

Me puse de puntillas y le di un beso rápido en los labios.

—Te preocupas demasiado.

—Estoy casado contigo. Eso viene incluido en el paquete.

—Ja, ja. Muy gracioso.

Sus brazos me rodearon con fuerza.

—Lo digo en serio. Nada de riesgos. Nada de acrobacias de heroína. Y si el hermano de ella te causa problemas, me llamas.

Sonreí.

—¿Qué, y perder la oportunidad de patearle el culo a Cedric yo misma? Ni hablar.

Marcus resopló, sacudiendo la cabeza.

—Vas a ser mi muerte.

—Sí, pero morirás feliz.

Su risa era grave, un suave retumbar en su pecho mientras me besaba de nuevo, esta vez más largo, más profundo, dejándome sin aliento.

—Vuelve a mí —susurró contra mis labios.

—Siempre lo hago.

Di un paso atrás, sintiendo la atracción de la línea ley, la magia vibrando bajo mi piel. Le lancé una sonrisa arrogante.

—Cuida el fuerte, Jefe.

Cruzó los brazos, apoyándose en el marco de la puerta.

—Vuelve completa, Merlín.

—Ya me conoces. Soy inquebrantable.

Resopló.

—Sí. Eso es lo que me preocupa.

Me despedí con la mano y salí por la puerta. Jalé la línea ley, sintiendo cómo su poder surgía alrededor de mí, agarré a Iris, que había estado esperando pacientemente, y salté.

Unos minutos después, la magia se arremolinó a nuestro alrededor, la línea ley se hacía más brillante y su poder se intensificaba. Podía sentir nuestra parada, el punto de salida cerca, el lugar donde la energía se diluía lo suficiente para que pudiéramos pasar.

—Ya casi llegamos —grité, preparándome.

La sonrisa de Iris se desvaneció, sustituida por una mirada decidida.

—Bien.

Me concentré en el flujo de magia, curvándolo a nuestro alrededor y frenando nuestro impulso lo suficiente. Los colores se atenuaron, las corrientes arremolinadas se ralentizaron y entonces...

Nos abrimos paso y el mundo se volvió a enfocar cuando tropezamos con tierra firme.

La línea ley desapareció detrás de nosotras, la energía se disipó como la niebla en el viento.

Respiré hondo, enfocándome. Habíamos llegado.

Frente a nosotras se alzaba una oscura e imponente casa de piedra rojiza rodeada por una reja de hierro forjado con pinchos tan afilados como para ensartar a alguien tan estúpido si quisiera treparla. Su exterior era tan elegante como amenazador, con intrincadas tallas de serpientes enroscadas en el marco de la puerta y gárgolas encaramadas en las esquinas, que nos miraban como si nos juzgaran por atrevernos a acercarnos. El aire era pesado, cargado de un residuo mágico que me erizaba la piel.

Iris miró fijamente la casa, su rostro era una máscara de nervios y determinación.

—Bienvenidos a la casa de Cedric.

Enarqué una ceja.

—Qué sutil. ¿Eso es una gárgola? ¿Y esas son... estatuas de serpientes?

Iris puso los ojos en blanco.

—Sí. Está pasando por una fase.

—¿Se cree Lord Voldemort?

Sonrió, pero la sonrisa no le llegó a los ojos.

—Más o menos.

Suspiré, preparándome.

—Bueno. Vamos.

Iris respiró hondo y sus hombros se enderezaron.

—Sí. Acabemos con esto.

Subimos por el camino de entrada, con las sombras bailando a nuestro alrededor. Mantuve los sentidos en alerta máxima, todos los músculos tensos.

Si Cedric sabía algo del mercado negro, se lo iba a sacar a rastras, pataleando y gritando.

Estábamos aquí por respuestas. Y no me iba a ir hasta que las obtuviéramos.

La miré.

—Entonces... ¿cómo sabes exactamente que Cedric está involucrado en este mercado negro?

Dudó, sus ojos se desviaron hacia la puerta antes de contestar.

—Lo escuché hablando por teléfono un par de veces. Hablaba de «adquisiciones» y «mercancía exclusiva». Al principio, pensé que sólo era su habitual actitud de creído, pero luego... —Vaciló de nuevo, con el rostro tenso—. Lo vi con otros brujos. Vinieron a la casa de mis padres. Uno de ellos le enseñó un pendiente que sentí que estaba maldito.

Respiré hondo.

—¿Por qué no nos lo dijiste antes?

Iris bajó los ojos al suelo.

—Porque es mi hermano. Y yo quería equivocarme. Seguía esperando que fuera sólo una coincidencia o algún tipo de malentendido. Pero ahora... —Miró hacia la casa de piedra rojiza y su boca se tensó en una línea sombría—. Ahora necesito saber la verdad.

Antes de que pudiera decir algo más, levantó la mano y tocó la puerta cubierta de serpientes.

Aproveché el momento de silencio para escudriñar la calle, con el vello de la nuca erizado. Había demasiado silencio. Y estaba demasiado oscuro. Hubiera jurado que las gárgolas nos observaban, que sus ojos de piedra seguían cada uno de nuestros movimientos.

Espeluznante.

El cuerpo de Iris se puso rígido cuando la puerta se abrió chirriando, revelando a Cedric en todo su engreído y perfecto esplendor.

Se apoyó en el marco de la puerta y sus ojos oscuros brillaron con divertido desdén cuando recorrieron a su hermana y se posaron en mí.

—Iris —dijo, curvando los labios en una mueca—. Me preguntaba cuándo tendrías el valor de venir a verme. —Los ojos de Cedric se desviaron hacia mí y sus labios se curvaron con desdén—. Y, por supuesto, tenías que traerla a *ella*. —Lo dijo como si yo fuera una especie de plaga—. Pensé que tenías mejor gusto, Iris.

Crucé los brazos y le dediqué una dulce sonrisa falsa.

—Yo también me alegro de verte, Cedric. Veo que decoraste tu casa al estilo mauseleo fantasma chic. Una elección atrevida.

—Veo que sigues hablando de más —dijo Cedric—. Algunas cosas nunca cambian.

Encogí los hombros.

—¿Por qué arreglar lo que no está roto?

Los ojos de Cedric brillaron de irritación.

—Tan insufrible como siempre. Debería haber sabido que estarías detrás de esto. —Miró a Iris, su tono destilaba sarcasmo—. En serio necesitas mejores amigos, hermanita.

Iris puso los ojos en blanco.

—Tessa es la mejor amiga que he tenido.

Sonreí.

—Sabía que era tu favorita.

Los hombros de Iris se pusieron rígidos.

—Tenemos que hablar, Cedric. —Su voz era firme, pero pude ver que le temblaban un poco las manos, y no me gustó el placer que Cedric parecía sentir al ver a su hermana incómoda.

Los ojos de Cedric se desviaron hacia la calle y luego volvieron a nosotras.

—¿Ronin no vino? —Fingió decepción, con un rostro burlonamente compasivo—. ¿Ya hay problemas en el paraíso?

—No empieces —dijo Iris.

Levantó las manos en señal de rendición, pero su sonrisa no vaciló.

—Sólo conversaba, querida hermana. —Luego se hizo a un lado, con el brazo extendiéndose dramáticamente—. Bueno, no se queden ahí paradas. Entren antes de que los vecinos empiecen a hablar sobre la basura en mi puerta.

Ignoré la indirecta y seguí a Iris al interior, resistiendo el impulso de meterle el pie al entrar. Por poco no me resisto.

Las fosas nasales de Cedric se encendieron sutilmente y su irritación aumentó.

—No toques nada. Prefiero no pasar la noche descontaminando mi casa.

—Ni lo sueñes —respondí—. Estoy muy segura de que acabaría maldita si tocara algo en este espectáculo de bichos raros.

Pasé junto a él, chocando deliberadamente con su hombro al entrar.

—Ups. Lo siento.

Los ojos de Cedric brillaron peligrosamente.

—Estás poniendo a prueba mi paciencia, Merlín.

Miré por encima del hombro, sonriendo.

—Estaría decepcionada si no lo hiciera.

Sus fosas nasales se encendieron, pero se contuvo, y sus ojos me siguieron con un desdén apenas disimulado mientras me dirigía a su oscuro edificio infestado de serpientes.

Sí, esto iba a ser divertido.

El interior de la casa era tan lujoso y ostentoso como esperaba. Los pisos de madera pulida brillaban bajo el resplandor de costosas arañas de cristal. Las paredes estaban decoradas con papel tapiz oscuro y lleno de patrones, interrumpido sólo por estantes repletos de tomos encuadernados en cuero y curiosidades antiguas que parecían haber sido embrujadas sólo por diversión. Y, por supuesto, más serpientes. Estatuas, tallas, cuadros... serpientes enroscadas por todas partes.

—¿En serio? ¿Otra vez con las serpientes? —Le susurré a Iris—. Porque esto roza lo obsesivo.

Sus labios se crisparon.

—Si crees que esto es malo, espera a ver su oficina.

—No puedo esperar.

Cedric cerró la puerta detrás de nosotros, y el chasquido resonó ominosamente en el gran vestíbulo. Señaló hacia la sala.

—¿Pasamos?

Dudé, mis sentidos de bruja hormigueaban. Había algo raro en este lugar. Algo más que el espeluznante mobiliario. Estaba en el aire: un leve zumbido de magia, algo frío y oscuro, como una sombra persistente que no pertenecía a este lugar.

Cedric me sorprendió mirando alrededor y su sonrisa se ensanchó.

—Cuidado, Merlín. No quisiera que te perdieras. Es una casa grande para alguien tan... *pequeño*.

—¿Pequeño? —Me acaricié la barriga—. Y yo que pensaba que todavía tenía que perder algo de peso. Gracias.

Su sonrisa vaciló, sólo una fracción. Una pequeña victoria, pero la aceptaría.

Al pasar al lado de una puerta abierta, vislumbré un estudio cubierto con ricas cortinas de terciopelo y sofás de cuero oscuro. Dos mujeres estaban acostadas en los sofás, con la ropa apenas colgando, el pelo alborotado y los ojos vidriosos con sonrisas perezosas y satisfechas. Nos miraron con una curiosidad pausada y lenta antes de volver a su estado de embriaguez, riéndose suavemente entre ellas.

Lancé una mirada de reojo a Iris, cuyo rostro se tensó, pero mantuvo la mirada al frente.

Cedric se dio cuenta. Sus labios se curvaron en una sonrisa de suficiencia.

—No les hagan caso. Sólo están... descansando.

Resoplé.

—Sí, seguro.

No lo negó. Siguió caminando, con los hombros erguidos y una fanfarronería autocomplaciente. Asqueroso.

Iris se aclaró la garganta, atrayendo de nuevo la atención de Cedric hacia ella.

—No estamos aquí para jugar, Cedric. Necesitamos información sobre el mercado negro paranormal. La gente se está muriendo en Hollow Cove, y creo que puedes ayudarnos a detener esto.

Sus ojos brillaron con algo que no supe descifrar. ¿Molestia? ¿Preocupación? Pero desapareció antes de que pudiera estar segura. Cruzó los brazos y se apoyó en el marco de la puerta, con la postura relajada pero la mirada penetrante.

—Interesante. ¿Y por qué, exactamente, piensas eso?

Iris vaciló y me miró. Le hice un pequeño gesto con la cabeza. Es hora de soltarlo.

Respiró hondo.

—Porque la gente está comprando objetos malditos ilegales. Y no recuerdan de dónde los han sacado. —Levantó la barbilla, con el desafío marcando sus rasgos—. Te vi con un hombre. Te estaba

enseñando uno de esos objetos: un pendiente. Estaba maldito. Sé que lo compraste en el mercado negro.

Durante una fracción de segundo, vi que el rostro de Cedric se quedó en blanco, sus ojos me miraban a mí antes de volver a posarse en Iris. Entonces hizo algo que me hirvió la sangre.

Se rio.

Una risita lenta y burlona llenó la habitación con un eco condescendiente.

—Ay, Iris. Siempre tan dramática. —Se apartó del marco de la puerta y avanzó hacia nosotras, con sus pasos resonando en el piso pulido—. Estás inventando cosas, hermanita. Que me hayas visto hablando con alguien no significa que tenga una tienda de antigüedades malditas.

Di un paso adelante, cruzando los brazos.

—Qué curioso. Todos los objetos malditos que hemos encontrado tienen grabado el mismo sello. Un sello vinculado a un mercado negro de objetos mágicos peligrosos.

Los ojos de Cedric se oscurecieron.

—No sabes con qué te estás metiendo, Merlín.

No parpadeé.

—No, pero estoy a punto de averiguarlo. Porque si les estás comprando, sabes quién está a cargo de este mercado. Y nos lo vas a decir. La gente se está muriendo. Necesito saber lo que sabes.

Un destello de algo —¿culpa?— cruzó el rostro de Cedric antes de apartar la mirada.

—Yo no le vendí nada a esa gente.

—Pero le compraste a la gente que sí lo hizo. Sabes quién está detrás de esto —insistí, acercándome un paso—. Y nos lo vas a decir. Porque si no lo haces, más gente va a morir. Y esa sangre estará en tus manos.

A Cedric se le desencajó la mandíbula y desvió la mirada hacia un lado. Guardó silencio durante un largo rato antes de decir por fin:

—No sé quién está detrás del mercado negro. No exactamente.

Iris ladeó la cabeza.

—Pero sabes algo.

Vaciló, con los hombros ligeramente caídos.

—Sé quién dirige las ventas. Quién organiza los tratos. Pero es intocable.

Entrecerré los ojos.

—¿Quién?

—Soren Tex.

—¿Soren Tex? —repetí, tratando de ubicar el nombre—. ¿Quién demonios es? —Nunca había escuchado ese nombre.

Los ojos de Cedric estaban serios.

—Un elfo de alto rango. Y no cualquier elfo. Es conocido por contrabandear artefactos malditos, traficar con criaturas mágicas... cualquier cosa oscura y poderosa, él la trafica. Y se le da muy bien pasar desapercibido.

Se me heló la sangre.

—¿Por qué nadie lo ha detenido?

Cedric soltó una carcajada amarga.

—Porque es intocable. Está metido en todo: dinero, poder e influencia. Si vas tras él, estás muerta.

La cara de Iris palideció.

—¿Cómo... cómo sabes todo esto?

Cedric vaciló y apretó la mandíbula antes de admitir:

—Porque le he comprado. Le he vendido. Tiene contactos en todo el mundo mágico. Si quieres algo poderoso, algo ilegal... es el tipo al que debes buscar.

Crucé los brazos.

—¿Dónde lo encontramos?

Cedric negó con la cabeza.

—No se puede. El mercado se mueve. Nunca está dos veces en el mismo sitio. Así es como lo mantiene oculto. Una noche está en un almacén del centro y la siguiente en una mansión al otro lado del pueblo. Y si no estás invitado, no entras.

Apreté los dientes.

—Tiene que haber una manera. Alguna pista sobre dónde estará después.

Cedric vaciló y miró a Iris. Bajó la voz.

—La hay... pero es arriesgado.

Crucé los brazos, inclinándome.

—Nos arriesgaremos. ¿Cuál es?

Sus ojos se clavaron en los míos, con expresión muy seria.

—Tienes que entrar en la lista de Soren. Él le envía invitaciones a sus compradores de confianza. Es la única forma de entrar.

Iris frunció el ceño.

—¿Y cómo lo hacemos?

La boca de Cedric se torció.

—Ustedes no pueden. Están demasiado limpias. Demasiado... buenas. ¿Pero yo? —Bajó la mirada, con voz amarga—. Ya estoy en su red. Puedo conseguirles una invitación. Pero cuando estén adentro... estarán solas. Si descubren que eres una Merlín, estás muerta. No hay segundas oportunidades.

Aunque se me retorcían las entrañas, me mantuve inexpresiva.

—Nos arriesgaremos.

Los ojos de Cedric se ablandaron, sólo un poco.

—No lo entiendes. Soren Tex no sólo es poderoso. Tiene contactos y es influyente. Si lo persigues, le estás declarando la guerra. Y será mejor que estés preparada para perderlo todo.

Lo miré fijamente, con voz firme.

—Nos hemos enfrentado a cosas peores. Ponnos en esa lista.

Por un momento, pareció que iba a negarse. Pero entonces sus hombros se hundieron y su rostro se endureció con determinación.

—Está bien. Haré la llamada. Pero si esto sale mal... no digan que no se los advertí.

Se dio la vuelta y se alejó, sus pasos resonaron en el vestíbulo.

Los hombros de Iris se desplomaron, y me miró, con los ojos llenos de preocupación.

—Tessa... ¿en qué nos estamos metiendo?

Le apreté el brazo, mis propios nervios se agitaban dentro de mí.

—En algo malo.

Vi a Cedric desaparecer al doblar la esquina, con la mente acelerada.

Teníamos un nombre, una pista, pero algo me decía que nos estábamos metiendo en camisa de once varas.

Soren Tex. Un elfo de alto rango con acceso a objetos malditos ilegales y magia oscura.

Y si Cedric tenía razón, estábamos a punto de entrar directamente en la boca del lobo.

# CAPÍTULO II

—¿Soren Tex? Nunca había escuchado de él —dijo Dolores, con las manos alrededor de su taza de café—. ¿Y dices que es un elfo?

—Un elfo de alto rango con acceso a objetos malditos ilegales y magia negra —respondí, equilibrando a Darian en mi regazo mientras intentaba agarrarme la nariz por decimoquinta vez—. Al parecer, es el capo detrás de este mercado negro paranormal.

Me había dado cuenta de que Hildo y Campanita habían desaparecido cuando llegué esta mañana. Probablemente seguían en una de sus cacerías. No quería saber qué estaban cazando ahora. Así que no pregunté.

—¿Marcus ha escuchado algo de él? —preguntó Beverly, sirviéndose una taza de café. Estaba vestida con otro de sus conjuntos perfectamente coordinados: jeans azul oscuro con un top rojo, joyas de oro que de algún modo no eran comunes y corrientes y un pelo que desafiaba las leyes de la gravedad.

Sacudí la cabeza.

—Le pregunté cuando llegué a casa anoche. Tampoco ha escuchado nada del duende.

Después de mi viaje a Nueva York para visitar a Cedric y dejar a Iris en su casa, había vuelto a casa y le había preguntado al jefe por ese elfo. También le había hablado de su implicación en el mercado negro paranormal, de cómo se mueve, y de que Cedric nos iba a meter en esa «lista».

—No me gusta la idea —había gruñido el jefe.

—A mí tampoco me gusta, pero es la única oportunidad que tenemos de saber más sobre este mercado y sobre quién es el tal Soren.

Las facciones de Marcus se habían tensado.

—Haré algunas llamadas. Si está en el sistema, lo encontraré. —Sacó su teléfono y empezó a deslizar el dedo por la pantalla—. Voy a la oficina —me había dicho, y se había quedado allí toda la noche.

¿Y yo? Después de que Marcus se fue, estaba tan entusiasmada con la nueva información que abrí la laptop, entré en la base de datos Merlín y empecé a buscar. Pero después de media hora, no conseguí nada. No conseguí nada sobre Soren Tex. Era como si no existiera.

Así que decidí investigar un poco sobre los elfos. Los únicos elfos que conocía eran Arwen y Legolas, de las películas de El Señor de los Anillos.

Pulsé enter y leí:

*Los elfos poseen una magia ancestral profundamente arraigada en las fuerzas elementales, predominantemente la tierra y la sombra. Sus hechizos se elaboran con precisión, complejidad e inmenso poder. Pueden manipular la naturaleza, doblar las sombras a su antojo y crear ilusiones casi imposibles de detectar. Su magia está muy estructurada, es ritualista y a menudo se canaliza a través de artefactos encantados.*

*Debilidades: Desconocidas. No hay registros confirmados de vulnerabilidades o contrahechizos contra la magia élfica.*

*Sociedad y cultura: Los elfos son una de las razas paranormales más reservadas, conocidas por sus sociedades insulares y sus rígidas jerarquías. Rara vez interactúan con otras razas y, cuando lo hacen, suele ser a través de intermediarios. Se rumora que su estructura política está fuertemente influenciada por antiguas líneas de sangre y que los elfos de alto rango ostentan un poder y una influencia significativos.*

*Nota: Debido a su naturaleza reservada, la mayor parte de la información sobre los elfos es especulativa y no está verificada. Proceda con cautela al tratar con entidades élficas.*

Me quedé mirando la pantalla.

—Perfecto. Toda una raza de ninjas mágicos sin debilidades conocidas. —Esto iba a ser simplemente genial.

Conciliar el sueño después de leer esa información había sido todo un reto. Mi mente se había agitado con visiones de elfos que blandían sombras y objetos malditos que acechaban en cada rincón de Hollow Cove. Pero al final me venció el cansancio y me quedé dormida.

—Entonces, ¿hasta qué punto es fiable esta información? —La voz cortante de Dolores me sacó de mis pensamientos, devolviéndome al presente en la Casa Davenport—. Tu fuente no es precisamente el personaje más digno de confianza.

—Cedric tiene de todo un poco —admití—. Manipulador, santurrón, egocéntrico y es una piedra en el zapato, por nombrar algunas cosas. Pero en este caso, es muy fiable. —Al menos, eso me había dicho Iris cuando salimos de su casa. Y puede que no confiara en Cedric, pero confiaba en los instintos de su hermana.

Dolores frunció los labios.

—Sigue sin gustarme que hayas ido a verlo. Esos Clairmonts son puros problemas.

—Tal vez. Pero Iris no es así —continué—. Además, Cedric nos está ayudando para entrar en la lista de Soren. Es la única manera de encontrar el mercado. La maldita cosa se mueve, al parecer. Nunca está dos veces en el mismo sitio. Así es como ese tal Soren lo mantiene oculto.

Ruth se apartó de los fogones y sus ojos brillaron de alegría.

—¿Un mercado negro en movimiento? ¿Cómo funciona? ¿Tiene ruedas? ¿O es como una de esas tiendas pop-up del pueblo? —En el delantal que tenía puesto en la cintura se leía: SI NO PUEDES CON MIS POCIONES, ALÉJATE DE MI CALDERO.

—Esto no es un viaje en tren al pueblo de Papá Noel, idiota —espetó Dolores—. Esto es un mercado ilegal.

Ruth hizo una mueca.

—Lo sé. Se acercó a la mesa y me puso en el plato unos panqueques con forma de árbol y monos colgando.

Parpadeé.

—Guao. Estos están increíbles. —Mi tía era realmente una artista cuando se trataba de sus panqueques.

Ruth sonríe.

—Y además saben bien.

Antes de que pudiera agarrar el tenedor, la manita regordeta de Darian salió disparada como un rayo, agarró un panqueque y se lo metió entera en la boca. No lo masticó. Simplemente desapareció. Como un truco de magia.

Beverly casi se atraganta con el café.

—No me extraña que sea tan grande. Mira lo que come.

Dolores enarcó las cejas.

—Mira *cómo* come. Es como un triturador de basura.

Ruth agitó la espátula hacia Dolores.

—Es un bebé. Puede comer como quiera.

Me quedé mirando a mi hijo, con las mejillas abultadas como las de una ardilla mientras engullía el panqueque hasta acabar con él, con los ojos brillantes de pura alegría.

—Claro, pero ese era *mi* desayuno.

Darian soltó una risita y sus manos pegajosas se estiraron para agarrar más mientras el sirop le chorreaba por la barbilla. Suspiré y le pasé otro panqueque con forma de mono.

—Sabes, cuando seas más grande, vamos a tener unas palabras sobre compartir.

Emitió un gorgoteo que sonó sospechosamente como una risa antes de meterse el segundo panqueque en la boca con el mismo entusiasmo.

Dolores lo observaba, con expresión a la vez horrorizada y fascinada.

—Come como un hombre simio pero con la coordinación de un brujo.

Beverly sonrió con satisfacción, meneando su taza de café.

—Un pequeño híbrido perfecto. Míralo. Es como ver alimentarse a una piraña.

El rostro de Ruth se suavizó y se puso detrás de Darian, secándole la cara con un paño.

—Es perfecto. Y no es más que un niño en crecimiento. No hay nada malo en tener un apetito sano.

Sonreí y se me encogió el corazón al ver a mi hijo, pegajoso y sonriente, agarrando otro panqueque.

—Gracias, Ruth. —Miré a mis tías, cada una completamente enamorada de él a su manera—. Pero, en serio, ¿cómo voy a pagar la factura de la comida cuando sea adolescente?

El rostro de Dolores palideció.

—Necesitaremos un segundo ingreso.

Darian volvió a gorgotear, golpeó la mesa con las manos y lanzó el sirope por los aires. Esquivé la cosa pegajosa y negué la cabeza.

—Y yo que pensaba que los peligrosos objetos malditos eran mi mayor problema.

—Los bebés son deliciosos —dice Ruth sonriendo—. Cada uno es un milagro.

Dolores resopló.

—Suenas como si quisieras comértelos.

Ruth fulminó a su hermana mayor con la mirada, pero no dijo nada.

—Entonces —dije, queriendo cambiar el tema de conversación—. ¿Qué hacemos con nuestro problema con el elfo?

—Este Soren Tex —dijo Dolores—. Si es tan poderoso como dices, estamos tratando con alguien que tiene contactos. Influencia política. Una red. —Sus ojos se oscurecieron—. Y eso lo convierte en alguien extremadamente peligroso.

—No me digas. —Asentí—. Y el tipo ha borrado su rastro muy bien. Me pasé media noche en la base de datos de Merlín, buscando su nombre. Ni una sola mención. Es como si no existiera.

Beverly sacó un compacto y empezó a empolvarse la nariz.

—¿Y tú le crees a Cedric?

Suspiré.

—Le creo a Cedric cuando está asustado. Y se veía aterrorizado. Sea quien sea este Soren, no es cualquier elfo. Es uno de alto rango. Intocable. Marcus está haciendo llamadas para ver si hay alguna información sobre él en el sistema de crímenes paranormales, pero hasta ahora... nada.

Dolores frunció el ceño.

—Eso es preocupante. ¿Ningún rastro de papel?

—Ninguno. —Es como si fuera un fantasma. Y por lo que dijo Cedric, trafica con algo más que objetos malditos. Estamos hablando de contrabando de criaturas mágicas, tráfico de pociones ilegales, venta de hechizos de magia negra al mejor postor. Si algo es poderoso y peligroso, él lo vende.

La cara de Ruth se puso pálida.

—¿Criaturas mágicas? ¿Crees que les está haciendo daño?

Probablemente.

—No lo sé. Por eso tenemos que encontrarlo —dije—. Si estos objetos malditos provienen de su mercado, él es responsable de esas muertes. Y si no lo detenemos, habrá más.

—Está bien —dijo Dolores—. Pero tenemos que ser inteligentes. Nos enfrentamos a alguien poderoso. Él sabe que eventualmente iremos tras él.

—Sí, bueno, por eso vamos a entrar en la lista de invitados —dije, reclinándome en la silla—. Cedric lo está preparando. Sólo tenemos que jugar el papel de compradoras interesadas.

A Beverly se le iluminaron los ojos.

—¡Ay sí! ¡Me encanta ir de compras!

Parpadeé.

—Es un mercado negro, Beverly, no Bloomingdale's.

Se echó el pelo hacia atrás.

—Por favor. He estado en suficientes ventas inmobiliarias como para pasar desapercibida. Además, ¿quién mejor para investigar objetos malditos ilegales que la reina de las tiendas?

Tenía razón. Probablemente ella lo haría mejor que yo.

—Bien. Pero nos apegamos al plan. Entramos, averiguamos lo que podamos sobre Soren, y salimos. Nadie compra nada. Nadie toca nada.

Los ojos de Dolores se oscurecieron.

—¿Y si Soren descubre quién eres?

Miré a Darian, que ahora me roía el pulgar.

—No lo hará. No puede. Porque si lo hiciera, todos estaríamos jodidas.

Pero no teníamos elección. No si queríamos detener este mercado negro antes de que se cobrara más vidas.

—Seguiré investigando —dijo Dolores, agarrando un viejo tomo encuadernado en cuero naranja que había sobre la mesa. Lo abrió y hojeó las páginas—. Si este Soren Tex existe, tiene que haber algo sobre él. Algún rastro. Lo encontraré.

Asentí con la cabeza.

—Bien. Porque si Cedric tiene razón, y este tipo es tan poderoso como dice... vamos a necesitar toda la ventaja que sea posible.

La expresión de Dolores se endureció y, con un golpe seco, estampó la palma de la mano contra el tomo abierto.

—Entonces, manos a la obra.

Agarré con más fuerza a Darian, que ahora intentaba morderme la clavícula.

—Oye, bebé piraña. No estoy en el menú.

Soltó una risita, mostrándome una sonrisa pegajosa y almibarada que era a la vez adorable y ligeramente aterradora.

—Soren Tex. —Saboreé el nombre en mi lengua, sintiendo su peso. Se sentía como una maldición. Si él estaba detrás de todo esto... entonces estaba a punto de descubrir exactamente lo peligrosas que podían ser unas Merlíns furiosas.

Miré a mis tías, que ya estaban hojeando la colección de tomos antiguos de Dolores.

—Eh, ¿qué saben realmente sobre los elfos? O sea, más allá de lo que dicen los libros. —Había leído lo que la base de datos de Merlín decía sobre ellos, pero la experiencia de primera mano siempre es más fiable.

Dolores no levantó la vista de su grueso libro.

—Son poderosos. Su magia es antigua, más antigua que todo lo que nosotros practicamos. Es... diferente. Una magia superior. Más refinada. Y nunca he visto a nadie derrotar a la magia élfica de frente. No sin pagar un alto precio.

Bueno, eso era reconfortante.

Beverly suspiró soñadoramente, una sonrisa melancólica se dibujó en su rostro.

—Nunca he conocido a un elfo... pero siempre fantaseo con ellos. Yo, desnuda, corriendo por un bosque encantado mientras un grupo de preciosos elfos igualmente desnudos —muy bien dotados, eso sí — me persiguen...

Me atraganté con el café.

—Es demasiado temprano para imaginar esa escena tan gráfica.

Ella encogió los hombros, completamente indiferente.

—¿Qué? Los elfos tienen fama de ser *irresistiblemente* bellos. Es natural. —Agitó las pestañas—. Además, he escuchado que son muy... ágiles.

Dolores gimió.

—¿Quieres guardarte tus perversiones para ti? Estamos intentando investigar.

Ruth levantó la vista de su tomo y le brillaron los ojos.

—Siempre he querido tener orejas puntiagudas. —Se dio un golpecito en la cabeza, pensativa—. Tal vez podría oír a través de las paredes. O quizá me harían más aerodinámica. Por fin podría correr más rápido que Dolores cuando se enoja conmigo.

Me mordí el interior de la mejilla para no echarme a reír. Adoraba a mi tía Ruthy.

—Tessa. —La expresión de Dolores se volvió seria—. Tienes que tener mucho cuidado. La magia élfica es engañosa. No sigue las reglas.

Asentí, con el peso de sus palabras sobre mis hombros.

—Lo tendré en cuenta. Pero yo tampoco. —Desvié la mirada y fue entonces cuando me di cuenta de que Dolores tenía un montón de papeles bajo la mano. Era casi como si lo estuviera guardando—. ¿Qué es eso? —dije, señalando.

—Su discurso de campaña —dijo Beverly con una sonrisa picarona.

Parpadeé.

—Entonces, ¿estás pensando *seriamente* en postularte como alcaldesa?

Dolores levantó la barbilla y su expresión se tornó imperiosa.

—¿Por qué? ¿No crees que sería una buena alcaldesa?

Ups. Estaba entrando en terreno peligroso.

—No. O sea... sí. Sí, serías increíble. Aterradora. Pero increíble.

Ruth soltó una risita.

—Ya está practicando su discurso de aceptación. Esta mañana la escuché en el baño diciendo: «Como alcaldesa, no toleraré la estupidez».

Me reí. No pude evitarlo. Y eso sólo hizo reír a Darian.

Dolores entrecerró los ojos.

—No dije estupidez. Dije incompetencia.

Beverly se echó a reír.

—Es lo mismo.

Dolores resopló.

—Si yo estoy al mando, las cosas se harán de verdad en este pueblo. Y no gastaré el dinero de los contribuyentes en horribles arreglos florales y ridículos desfiles.

—A Gilbert le encantaban esos desfiles —le dije.

Ruth juntó las manos.

—A mí también. Quizás podríamos hacer un desfile de criaturas mágicas con una carroza hecha enteramente de malvaviscos encantados. Ya sabes, para que la gente pueda comérsela mientras pasa.

*Cielos.*

Beverly ladeó la cabeza.

—Me gusta. Interactivo y delicioso.

—De ninguna manera —refutó Dolores—. La última vez que hechizaste comida, las magdalenas te mordieron.

Ruth hizo una mueca.

—Eso fue una vez.

—Una vez es suficiente. —Los ojos de Dolores brillaron mientras enderezaba los hombros—. Ya empecé a redactar mi lista de normas.

Resoplé.

—¿Ya estás redactando leyes?

Encogió los hombros y sus labios se curvaron en una sonrisa malévola.

—¿Para qué esperar?

Me eché hacia atrás, sacudiendo la cabeza.

—Hollow Cove está a punto de ponerse mucho más interesante.

Beverly levantó su taza de café.

—Por la alcaldesa Dolores.

Todas chocamos nuestras tazas y, al dar un sorbo, no pude evitar sonreír. Oh, sí, las cosas definitivamente se iban a poner interesantes.

Y así eran.

La puerta principal se abrió de un golpe y unos pasos pesados resonaron en el pasillo. Un momento después, Marcus entró en la cocina con expresión tensa. No parecía agotado, aunque no había dormido. Parecía preocupado.

Me enderecé en la silla.

—¿Marcus? ¿Qué pasa?

Sus ojos grises nos recorrieron a todos, deteniéndose en Darian antes de clavarse en los míos.

—Hubo otra muerte.

# CAPÍTULO 12

—¿Cómo se llama? —pregunté, mirando alrededor del búngalo que parecía pertenecer a las páginas de un catálogo de diseño de casas. Elegantes sofás grises, almohadas perfectamente mullidas, una mesa de centro de cristal tan limpia que podía ver mi reflejo en ella. Ni una mota de polvo a la vista. De hecho, lo único que estaba fuera de lugar era la mujer muerta tirada sobre la inmaculada alfombra blanca.

Mis tías y yo nos habíamos apresurado a seguir a Marcus después de que irrumpiera en la Casa Davenport con la noticia de un cadáver reciente.

—Gregory Lorne. Un mago. Trabajaba en la farmacia del centro —respondió Marcus. Estaba de pie al lado de la ventana, con el cuerpo tenso y los brazos cruzados. Su mirada estaba fija en el mago, que ahora estaba desplomado en el sofá, esposado y mirando al suelo.

Volví a mirar a Gregory. No parecía un asesino. En sus treinta, con pelo oscuro, barba bien recortada, un suéter entallado y pantalones de vestir. Si ignorabas las esposas y la mirada atormentada de sus ojos, parecía el típico esposo que vive en los suburbios.

—Encontró a su mujer engañándolo —continuó Marcus—. Dijo que quería darle una lección. Se suponía que el anillo la hechizaría, la haría leal de nuevo. Pero... —Su voz se entrecortó y sus mirada se endureció—. Hizo más que eso.

No me digas.

Miré a la víctima. Parecía tranquila, casi como si durmiera, si no fuera por las venas negras que le subían por el cuello, oscuras y retorcidas, como tinta derramada bajo la piel.

En su dedo lucía un anillo de oro que brillaba a la luz de la mañana.

—¿De dónde sacaste el anillo? —le pregunté al mago ahora esposado.

Gregory Lorne me miró, con los ojos muy rojos, confuso, las lágrimas manchaban sus mejillas hundidas.

—No... no lo sé —susurró, con la voz entrecortada—. No me acuerdo.

Crucé los brazos, intentando mantener la voz firme.

—¿No recuerdas haber comprado un objeto maldito que mató a tu mujer? —Ajusté el fular de Darian que llevaba pegado a mi pecho, sintiendo cómo se movía su cálido cuerpecito mientras dormía plácidamente. Un niño afortunado, felizmente inconsciente de los horrores del mundo.

Su rostro se arrugó, todo su cuerpo se estremeció mientras caía una nueva oleada de lágrimas.

—Yo no sabía... Yo no... No se suponía que... Yo sólo quería que ella me amara de nuevo. Sólo quería que dejara de... engañarme. —Su voz se quebró, su cabeza cayó sobre su pecho.

Miré a Marcus, de pie detrás de mí, con los brazos cruzados y la mandíbula tensa. Sus ojos eran oscuros, duros, pero vi un destello de compasión en ellos.

—Yo sólo... quería recuperarla —gimoteó Gregory, con el cuerpo tembloroso—. El hombre dijo que la haría leal de nuevo. Que... lo arreglaría todo. —Me miró con los ojos muy abiertos y desesperados —. Lo juro, no sabía que... no sabía que la mataría.

—¿El hombre? —Se me retorció el estómago y se me endureció el corazón—. ¿Quién era ese hombre? ¿Dónde lo conociste? —Sabía que era una exageración. Ninguna de las otras víctimas y compradores recordaba quién les había vendido los objetos ni de dónde procedían. Pero valía la pena intentarlo.

El rostro de Gregory se quedó en blanco. Sus ojos se vidriaron, su boca se movió sin sonido durante un segundo antes de que finalmente hablara.

—Yo... yo no... no puedo recordar.

Sentí cómo aumentaba mi frustración.

—Esfuérzate más. ¿Dónde compraste el anillo?

Sacudió la cabeza, con los ojos llenos de pánico.

—No lo sé. No lo sé, no lo sé. Es como si... hubiera ido a algún sitio... pero no lo hice. Todo está... borroso. Como un sueño.

Compartí una mirada con Marcus. Otro que no podía recordar. Igual que los demás.

Me acerqué un paso, manteniendo la voz baja pero firme.

—Eres un mago. Has tratado con objetos encantados antes. ¿Cómo es que no te acuerdas?

Su cara se torció de dolor, sus ojos suplicantes.

—Te juro que no lo sé. No... Es como... si se borró. Simplemente... se borró.

Un escalofrío me recorrió la espalda. Los objetos malditos eran más que mortíferos. Estaban encantados para borrar recuerdos.

—¿Viste su cara? —insistí—. ¿Oíste su voz? ¿Tenía acento? ¿Una marca? ¿Algo?

Los ojos de Gregory se volvieron locos, su cabeza temblaba.

—No... no puedo... no me acuerdo. —Sus hombros se hundieron, su cuerpo temblaba—. No recuerdo nada.

Marcus se adelantó, con voz grave y ronca.

—¿Al menos pagaste por eso?

Gregory abrió y cerró la boca como un pez fuera del agua. Miró a Marcus y luego a mí, con el rostro pálido.

—No me acuerdo.

Exhalé lentamente y apreté los dedos a los lados. Parecía que este Soren Tex era bueno cubriendo su rastro. Quizás demasiado.

—¿Y una lista? ¿Estabas en una lista? —Lo intenté de nuevo.

Gregory movió los labios como si intentara recordar.

—Yo... no... no lo sé. —Su rostro era un amasijo de lágrimas y confusión. Había sido manipulado. Igual que los demás.

La voz de Marcus era firme, su mirada penetrante.

—Tenemos que encontrar este mercado negro antes de que más gente muera.

Asentí con la cabeza, decidida.

—Más vale que Cedric nos ponga rápido en esa lista. Es la única pista que tenemos.

Pero incluso mientras lo decía, no podía evitar la sensación de que se nos estaba acabando el tiempo. Y cuanto más tardáramos en encontrar ese mercado... más gente iba a morir.

Dolores se acercó con los brazos cruzados.

—Tenemos que quitarle el anillo. Ponerlo en un lugar seguro.

—De acuerdo —dijo Ruth, abrazándose a sí misma.

—Lora Lorne. —Beverly suspiró—. Pobrecita. Era linda.

Todos miramos el cuerpo.

Lora Lorne yacía de espaldas. Unas venas negras y dentadas se extendían desde debajo del anillo de oro de su dedo, serpenteándole por la garganta y la mandíbula, como si un veneno se hubiera metido bajo su piel y la hubiera asfixiado desde adentro. Su piel era pálida, casi gris, y las venas negras sobresalían tanto que parecían a punto de estallar.

Tragué con fuerza, con el estómago revuelto.

—Parece que el anillo la estranguló.

Dolores se agachó y su rostro se endureció al inspeccionar el cadáver.

—Hizo más que eso. La envenenó. ¿Ves cómo se le oscurecieron las venas? —Señaló las líneas negras que se enroscaban a un lado de la cara de Lora—. Eso es magia negra. Algo asqueroso. No sólo la ahogó. Acabó con sus órganos. Uno por uno.

Ruth soltó un pequeño gemido, abrazándose más fuerte.

—Esa pobre mujer... ¿Qué clase de monstruo vende algo así?

Volví a mirar a Gregory, que estaba encorvado, sollozando, con los hombros temblorosos. Era difícil ver a un hombre tan destrozado como el villano, pero el anillo no sólo había acabado con la vida de su mujer. Había arruinado la suya.

Beverly suspiró, mirando a su alrededor, y apoyó las manos en las caderas.

—Esta casa es deprimente. Y no me gusta el beige.

Acaricié el pelo de mi hijo, sintiéndome reconfortada.

—Esto no me gusta. No es sólo para matarlos. Es para torturarlos. Para hacerlos sufrir.

—Así es la magia negra —dijo Beverly, con una voz inusualmente solemne—. Nunca es rápida. Nunca es indolora. Se alimenta del sufrimiento.

Volví a mirar el anillo, la magia negra y siniestra que irradiaba. Era tenue, apenas perceptible, pero podía sentirla. Se sentía fría. Hambrienta. Como si estuviera esperando a la siguiente persona lo bastante tonta como para tocarlo.

—Tenemos que quitarle el anillo ahora. —La mirada de Dolores se desvió hacia la mano de Lora, el anillo de oro brillaba inocentemente bajo las luces fluorescentes.

—¡No... no lo toques! —Gregory gritó, sus ojos muy abiertos con pánico—. ¡Está maldito! Te matará a ti también.

Miré al hombre que sollozaba, con la cara retorcida por el miedo. Le creí.

Por eso teníamos que ser muy, muy cuidadosos.

—Espera. —Ruth se apresuró, con la cara sonrojada y el pelo soltándose de su moño desordenado. En sus manos tenía los guantes naranjas más gruesos y brillantes que jamás había visto. Parecían guantes de cocina con esteroides, cubiertos de runas plateadas que brillaban tenuemente. Y se parecían a los que Iris se había puesto para quitarle el reloj maldito a Gilbert.

—¿Son guantes contra hechizos? —Pregunté.

Ruth sonrió y metió las manos en los guantes con un sonoro chirrido.

—Sí. Están diseñados para repeler la magia negra y las maldiciones. Los hice yo misma. Incluso ayudé a Iris a hacer un par, pero los suyos son más... estilizados. Ella quería algo «más cool», pero a mí me gustan mis guantes. Son cómodos. —Movió los dedos y las runas brillaron—. Las llamo «Chupa-Maldiciones».

*¿Por qué eso sonó sucio?*

Dolores se quedó mirando a su hermana, con la boca abierta.

—Parece que estás a punto de sacar un pavo del horno.

Ruth le sacó la lengua a Dolores antes de arrastrar los pies hacia el cadáver.

—Sí, bueno, no te reirás cuando estos bebés me quiten la asquerosa maldición de encima. Están reforzados con tres capas de hechizos de protección. Nada los atravesará.

Dolores suspiró.

—Sólo hazlo.

Ruth agarró con cuidado la mano de Lora, las runas brillantes de las manoplas iluminaron las oscuras venas que subían por la garganta de la víctima. Su rostro se dulcificó cuando levantó suavemente los dedos de la mujer muerta y retiró el anillo con sorprendente elegancia. En cuanto el anillo se soltó, las venas negras se dispersaron, dejando un tenue contorno de donde habían estado.

Me estremecí.

—Esa es una magia bien asquerosa.

Dolores le tendió el bolso forrado de plata, con rostro estoico.

—Mételo aquí. Tenemos que contenerlo antes de que infecte a alguien más.

Ruth se dispuso a meter el anillo en el bolso, pero se quedó paralizada y su cuerpo se puso rígido. Sus dedos enguantados se enroscaron alrededor del anillo mientras su rostro perdía el color.

—¿Ruth? —pregunté, con un escalofrío recorriéndome la espalda —. ¿Qué pasa?

Ruth no contestó. Se limitó a sostener el anillo, con la mano enguantada temblorosa.

—Dolores... mira.

Dolores se inclinó y su mirada se clavó en algo tallado en el interior de la banda. Se puso pálida y se quedó con la boca abierta.

—¿Chicas? ¿Qué pasa? —preguntó Beverly, acercándose y entrecerrando los ojos para ver qué miraban sus hermanas.

Miré a Marcus, que ya no miraba a Gregory, sino a mis tías. Concretamente, a Ruth, que sostenía el anillo con sus ridículas manoplas naranjas y le temblaba la mano.

Nuestras miradas se cruzaron y una fría oleada de comprensión pasó entre nosotros. No se trataba de otro objeto maldito. Era algo

peor. Mucho peor.

Y a juzgar por las caras de mis tías, sabían exactamente lo que era.

Dolores tenía la boca rígida y los dedos apretados alrededor del bolso forrado de plata, como si fuera a cobrar vida y atacarla. El habitual comportamiento juguetón de Beverly se había desvanecido, su rostro estaba pálido y tenso mientras sus ojos verdes se clavaban en aquel anillo maldito con una expresión atormentada que nunca antes había visto. Ruth se había quedado completamente inmóvil.

Se me formó un nudo frío en el estómago. Sabían algo. Algo muy importante.

Y conociéndolas... no iban a entregar esa información fácilmente.

Mis tías eran reservadas por naturaleza. Siempre lo habían sido. Incluso ahora, después de años de mi formación como Merlín, seguían siendo expertas en desviar las preguntas que no querían responder. Si se habían topado con algo importante, lo enterraban profundamente, igual que habían enterrado el resto de los secretos de las Davenport.

Secretos. Las Davenport se estaban ahogando en ellos. Y alguien iba a morir si no empezaban a hablar.

Miré a Marcus, que los observaba con la misma atención. Tenía la mandíbula desencajada y los ojos grises entrecerrados. Estaba pensando lo mismo que yo.

No nos lo iban a decir. No a menos que las obligáramos.

Dolores fue la primera en recuperarse. Le chasqueó los dedos a Ruth.

—Al bolso. —Su voz era aguda y su expresión feroz—. Ahora.

Ruth se movió robóticamente, introdujo el anillo en el bolso y la cerró. Le temblaban las manos. Le pasó el bolso a Dolores, que inmediatamente se lo metió en el bolsillo del abrigo, con una postura rígida y defensiva.

Mis puños se cerraron.

—¿Qué es lo que no nos estás contando? ¿Tiene algo que ver con las marcas? ¿Tiene el sigilo del mercado negro?

Instintivamente, abracé más fuerte a Darian y pegándolo de mí. Sus deditos se enredaron en mi cuello y su cabeza se apoyó en mi

hombro mientras se acurrucaba contra mí.

La mirada de Marcus se endureció mientras avanzaba lentamente, con los hombros tensos y movimientos cautelosos, como si se acercara a una bomba de tiempo.

Me acerqué un paso, con una sensación de malestar en el estómago.

—¿Qué es? ¿Qué ven?

La voz de Dolores era hueca. Me miró y dijo:

—Esto no es cualquier objeto maldito. Es uno de los nuestros.

Sentí que el piso debajo de mí se tambaleaba.

—¿Uno de... los nuestros? Quieres decir...

Dolores asintió, con expresión sombría.

—Este anillo... vino de la bóveda Davenport.

*Ah, qué maravilla.*

# CAPÍTULO 13

Parpadeé. Y luego parpadeé un poco más.

—¿Qué bóveda Davenport? ¿Existe una bóveda Davenport? —Cuando ninguna de ellas respondió, insistí—: Háblenme de esta bóveda Davenport. Ahora.

Dolores enderezó los hombros.

—No es cualquier bóveda. Es *la* bóveda. La bóveda Davenport. Nuestros antepasados la crearon hace doscientos años. Allí resguardaron artefactos extremadamente peligrosos, objetos demasiado malditos para destruirlos. Estaba destinada a proteger al mundo de su poder.

La miré fijamente.

—¿Me estás diciendo que hay una bóveda mágica llena de objetos malditos y nunca se te ocurrió mencionarlo antes? Ya sabes, ¿durante cualquiera de las otras crisis mágicas con peligro de muerte a las que nos hemos enfrentado?

Dolores apretó los labios.

—Es segura.

—Claramente no lo es. —Le contesté.

Ruth se retorció las manos nerviosa.

—Bueno, no pensábamos que alguien pudiera entrar en ella...

La miré.

—Bueno, alguien lo hizo. —Un escalofrío me recorrió la espalda al darme cuenta—. Soren Tex. —La rabia hervía en mis venas—. Fue él. Tiene que ser él. Él es quien está detrás de este mercado negro

que conocemos. Es el que vende los objetos malditos. Y es el que entró en la bóveda. —Estaba segura de eso. Mis instintos de bruja estaban convencidos.

Dolores parecía estupefacta.

—¿El elfo?

—Todo tiene sentido —dije, con la voz temblorosa por la ira—. Cedric dijo que es poderoso. Dijo que trafica con artefactos del mercado negro. Si alguien puede atravesar tus barreras, es él. —Sin mencionar que los elfos tenían poderes mágicos.

Beverly se puso pálida.

—Pero... ¿cómo iba a saber lo de la bóveda?

Dolores sacudió la cabeza, con el horror retorciéndole las facciones.

—No lo sé. Sólo los Davenport lo saben. Ha sido un secreto durante generaciones.

—Quizás no sea tan secreto como creías —espeté con furia—. De algún modo, Soren se enteró. Y ahora está vendiendo nuestros objetos malditos a la gente de Hollow Cove, haciendo que los maten.

El rostro de Marcus se ensombreció y sus manos se cerraron en puños.

—Si es él, tiene que haber una razón por la que las escogería a ustedes.

Buen punto. Esto empezaba a sentirse como un ataque personal a mi familia.

—Preguntémosle cuando lo veamos en su próxima subasta o como se llame.

Se me ocurrió una idea.

—Tendremos que revisar los otros artefactos malditos. El reloj, el espejo, el medallón, todo.

Los hombros de Dolores se hundieron y su rostro se puso pálido.

—Si el anillo vino de la bóveda... los otros también.

La miré fijamente.

—¿Estás segura?

Cerró los ojos un momento, con una expresión de derrota en sus facciones.

—Casi segura. ¿El reloj de Gilbert? El Reloj de las Horas Interminables que te concede más tiempo hasta que un día, te conviertes en el sacrificio. El espejo. El medallón. Todos son objetos malditos lo suficientemente poderosos como para matar. Y coinciden con las descripciones de lo que fue resguardado.

Se me encogió el corazón.

—¿Lo sabías?

Dolores abrió los ojos de golpe, con un destello de dolor.

—Lo sospechaba. Después del espejo. Pero no quería creerlo.

Beverly parecía horrorizada.

—¿Estás diciendo que... todos estos objetos repugnantes... estaban en *nuestra* bóveda?

Dolores asintió lentamente.

—Sí. Ahora estoy casi segura. Todos esos son artefactos que no podíamos destruir. Eran demasiado peligrosos. Están demasiado malditos. Fueron guardados para mantener a la gente a salvo.

Sentí que me invadía una fría oleada de ira.

—Y ahora están fuera de la bóveda y matando gente.

Dolores dio un respingo, la culpa ensombrecía su rostro.

—Lo sé. Es que... nunca pensamos... nunca antes había sido violada. Nunca, en doscientos años. Quien haya hecho esto... si de verdad fue este *elfo*, es tan poderoso como para burlar las guardas y romper los sigilos.

Mi voz se alzó irritada.

—¿Cómo fuiste incapaz de decírmelo? Soy una Davenport y una Merlín como tú. —Sí, me faltaban conocimientos y mucha experiencia cuando me comparaba con mis tías. Y si yo estuviera en su lugar, tampoco me lo habría dicho. Pero aun así me dolía y mucho.

Dolores apretó la boca y cruzó los brazos a la defensiva.

—No hemos tenido que ocuparnos de la bóveda en más de veinticinco años. No desde que el Consejo Gris creó sus propias cámaras de seguridad. Creíamos... creíamos que estaba a salvo. Olvidada. Que nadie sabría buscarla.

—¿Olvidada? —hice eco, mi voz goteando incredulidad—. ¿Así que simplemente... qué? ¿Decidieron dejarla ahí y esperar lo mejor?

Ruth se miró las manos.

—Pensamos que ya no era importante. En vista de que el Consejo Gris estaba manejando la mayoría de los artefactos peligrosos, la bóveda se volvió... irrelevante.

Balanceé a Darian de un lado a otro, intentando evitar que se saliera de su fular portabebés. Sus deditos me agarraban el pelo y jalaban con tanta fuerza que me ardía el cuero cabelludo.

—Ay, no, no lo hagas —murmuré, rebotando sobre mis talones—. El pelo de mamá no es un juguete, hombrecito.

Darian soltó una risita, disfrutando claramente de mi dolor. Qué suerte la mía.

Miré hacia Marcus.

—¿Sabías algo de esto? —Y si lo sabía y no me lo dijo, iba a tener unas palabras con él más tarde.

Marcus tenía los brazos cruzados y una expresión pétrea.

—No. No estaba consciente de eso. —Su voz era baja, apenas controlada—. Soy el jefe de seguridad de este pueblo, Dolores. Necesito saber estas cosas.

Dolores levantó la barbilla.

—Es un asunto familiar. Y durante los últimos doscientos años, los Davenport han protegido perfectamente esa bóveda.

—Está claro que ya no es así —dijo Marcus.

Dolores abrió la boca para replicar pero luego la cerró.

—No. Ya no.

Miré entre ellos, con el corazón latiéndome.

—¿Qué más hay ahí? —Sí, era una bestia curiosa. Y la idea de que mis antepasados fueran unos brujos malvados que escondían artefactos peligrosos y mortales era emocionante.

Dolores vaciló, su mirada se desvió hacia Beverly y Ruth.

—De todo.

Fruncí el ceño.

—Define *de todo*.

Dolores bajó la voz.

—El Velo de los Lamentos. Un velo negro hecho trizas que, cuando alguien se lo pone, le permite ver y oír a los espíritus de los condenados. El Grimorio de la Destrucción, un libro prohibido que

contiene hechizos que pueden borrar a alguien de la existencia. La Daga Risueña, una daga que, una vez que prueba la sangre, hace que su portador se vuelva incontrolablemente violento. La Mano de Valthor, una mano cortada y momificada que concede cualquier deseo, pero los deseos siempre se convierten en algo terrible. Y... cosas peores que esas.

La expresión de Marcus se endureció, sin apartar los ojos de Dolores.

—Deberías habérmelo dicho.

Dolores se erizó, su postura era defensiva.

—No hacía falta. Hasta ahora nadie había entrado. Las protecciones son antiguas y poderosas. Deberían haber sido impenetrables.

—Pero no lo fueron —señalé, con voz áspera.

—¿Quién más sabe de esta bóveda? —Los ojos de Marcus eran fríos, calculadores—. ¿Es posible que uno de tus enemigos la haya descubierto?

—Nadie aparte de esta familia lo sabe —dijo Dolores—. Nadie.

Me burlé.

—Bueno, obviamente *alguien* lo sabe. Alguien que no sólo es lo bastante poderoso como para entrar en ella, sino que además sabe cómo manejar los objetos malditos que están en su interior.

Los ojos de Marcus no se apartaban de Dolores.

—¿De cuántos objetos estamos hablando?

Su rostro palideció.

—Cientos. Tal vez más.

Mi corazón se hundió.

Así que quienquiera que entrara... ¿podría haberse llevado cualquier cosa?

Dolores asintió sombríamente.

—Sí. Y si lo hicieron... tienen acceso a una magia más oscura que cualquier cosa a la que nos hayamos enfrentado.

Esto era peor de lo que había pensado. Mucho peor.

No sólo estábamos tratando con un mercado negro paranormal que vendía objetos malditos, sino que ahora estábamos lidiando con

unos artefactos robados de una bóveda familiar maldita que ni siquiera sabía que existía.

*Bueno, que me parta un rayo.*

Marcus soltó un gruñido frustrado, pasándose los dedos por el pelo.

—No lo puedo creer.

El rostro de Dolores era inexpresivo.

—No era asunto tuyo. Era un secreto de *familia*. Y cuanta menos gente lo supiera, mejor. Intentábamos proteger la bóveda.

—¿Proteger la bóveda? —La voz de Marcus era fría, furia controlada—. Bueno, no hicieron un buen trabajo. ¿O sí?

Demonios. Sí. También estaba enojado. Totalmente comprensible.

Dolores bajó los hombros, sintiendo el peso de sus palabras.

—No. No lo hicimos.

El jefe miró a Dolores con el ceño fruncido.

—Se supone que debo proteger este pueblo. Debería haber sabido de cada artefacto peligroso dentro de sus fronteras.

—Pues ahora lo sabes —dijo Dolores en voz baja.

Miré a mis tías y mi enojo se desinfló al ver el miedo que había detrás de su determinación. Estaban asustadas. Mis tías, que nunca se acobardaban ante el peligro, estaban muy aterrorizadas.

Y eso me asustó más que cualquier otra cosa.

El rostro de Dolores se palideció aún más.

—La bóveda está llena de artefactos malditos. Si están todos por ahí...

—Entonces estamos tratando con algo más que un mercado negro. Estamos tratando con un gigantesco desastre. —Respiré hondo—. Bueno. Vamos a visitar esa bóveda. Vamos a ver exactamente lo que falta.

Dolores parecía ansiosa por discutir, pero asintió.

—De acuerdo.

Miré a mi alta tía, esperando que dijera algo más, pero no lo hizo.

—Entonces, ¿dónde está?

Dolores se encontró con mi mirada.

—Está al final de la línea de propiedad de los Davenport... abajo... en la cueva del mar.

Me quedé helada.

—¿La cueva del *mar*?

Dolores asintió con el rostro sombrío.

—Ha estado ahí por siglos. Escondida con encantamientos y guardas. Oculta por el océano.

*Sólo que no se ocultó lo suficientemente bien.*

—Nuestra reputación quedará arruinada si se corre la voz —dijo Beverly, con el rostro pálido por el horror—. Nadie confiará en nosotros.

—Todo el mundo nos odiará —convino Ruth, con voz temblorosa —. Seremos parias. Excluidas. Seremos esa familia rara y espeluznante que la gente evitará al cruzar la calle.

—¿Acaso no somos eso ya? —murmuré. Beverly me fulminó con la mirada.

Dolores suspiró y se desplomó contra la pared. Nunca la había visto tan... vieja. Sus hombros se hundieron, y las líneas alrededor de sus ojos parecían más profundas.

—Es peor que eso.

—¿Cómo? —preguntó Ruth, retorciéndose las manos—. Perderemos a todos nuestros amigos.

Beverly resopló.

—No tenemos amigos. Tenemos conocidos, enemigos y esa señora del supermercado que nos hace descuento en la crema agria porque cree que hemos maldecido a su gato.

—Edith es una mujer encantadora —dijo Ruth moqueando—. Y su gato se lo merecía. Se comió a Bonjo.

Ni idea de quién era Bonjo.

Los ojos de Dolores se oscurecieron.

—No estoy hablando de perder amigos o incluso de que el pueblo se ponga en contra de nosotras. Hablo de nuestras licencias Merlín.

Beverly respiró hondo.

—¿Crees que llegaremos a eso?

—Sí —respondió Dolores, con la voz inexpresiva—. Estoy segura de eso. Si el Consejo Gris descubre que nuestra bóveda ha sido

violada —una cámara de la que *no* saben *nada* y que debería habérseles revelado hace veinticinco años— y que nuestros objetos malditos han matado a gente... estamos acabadas. Acabadas. Harán que la directiva del Grupo Merlín revoque nuestras licencias. Puede que incluso volvamos a ver el interior de Grimway.

—No. —Ruth jadeó—. No pueden hacer eso.

—Es el Consejo Gris —susurró Beverly, con una mano en el pecho—. Pueden hacer lo que quieran.

Los observé, con el corazón un poco roto. Recordé cuando perdí mi licencia de Merlín. Fue temporal, pero sentí que había perdido una parte de mí. Mis tías... habían sido Merlín más tiempo del que yo había vivido. Perder sus licencias las destruiría.

—Bueno, entonces asegurémonos de que nunca se enteren —dije, con voz firme.

Tres pares de ojos se fijaron en mí.

—¿Estás sugiriendo que le mintamos al Consejo Gris? —exigió Dolores.

—No sería mentirles —corregí—. Sólo... no decirles toda la verdad.

—Lo cual es mentir —señaló Beverly.

—Son detalles —dije, agitando una mano—. Mira, tal y como yo lo veo, tenemos dos opciones. Una, confesarlo todo, contárselo todo al Consejo Gris, y perder nuestras licencias, nuestra reputación, y nuestras vidas tal y como las conocemos.

Ruth se estremeció.

—No me gusta esa opción.

—A mí tampoco. Opción dos, encontramos todos los objetos malditos, los devolvemos a la bóveda y la cerramos herméticamente antes de que el Consejo Gris sospeche algo.

A Beverly le brillaron los ojos.

—Me gusta un buen encubrimiento.

La boca de Dolores se crispó, sólo un poco.

—Eres retorcida. Me gusta.

—Y más vale que lo hagamos rápido —añadió Beverly—. Con todas estas muertes recientes, el Consejo Gris va a venir a husmear. Es sólo cuestión de tiempo.

Miré a Gregory, que seguía desplomado en el suelo junto al cadáver de su mujer, murmurando incoherencias. Tenía los ojos vidriosos y las manos temblorosas. Estaba sumido en el dolor y la culpa. Dudaba de que nos hubiera oído. Aun así, bajé la voz.

—¿Cómo vamos a recuperar los objetos que se llevó el Consejo Gris?

Dolores se llevó las manos a las caderas, con el ceño fruncido, pensativa.

—Tendremos que... *recuperarlos*.

Enarqué una ceja.

—Quieres decir *robarlos*.

Dolores encogió los hombros, con expresión inocente.

—Quiero decir... recuperarlos. Hasta donde sé, probablemente aún estén siendo procesados. Lo que significa...

—Que estarán en el almacén —dijo Ruth, con los ojos iluminados —. ¡Ah! Ahí es donde guardan todo el contrabando mágico confiscado. Tendremos más posibilidades de... *recuperarlos* allí. —Se frotó las manos, con cara de regocijo.

Entrecerré los ojos.

—Parece que estás... muy entusiasmada con esto, Ruth.

Ruth movió las cejas y, por un segundo, pareció que tenía doce años.

—Lo estoy.

Beverly suspiró y se apartó un mechón de pelo rubio de los ojos.

—Ah, esto va a ser divertido. Hace siglos que no hacemos un atraco.

Las miré fijamente.

—Esperen... ¿han hecho esto antes?

Dolores levantó la barbilla.

—Somos Davenports. Claro que sí.

Parpadeé.

—Bueno, qué bien.

Beverly dio una palmada.

—Necesitaré un traje nuevo. Algo oscuro, dramático y sexy. Estoy pensando en cuero... con botas de tacón de aguja hasta la rodilla.

Dolores suspiró pesadamente.

—Vamos a entrar en un almacén del Consejo Gris, no audicionaremos para la lista VIP de un club nocturno.

Beverly agitó una mano.

—Por favor. Si vamos a hacer esto, lo haremos con estilo.

Me pasé una mano por el pelo, con la mente ya acelerada.

—Si vamos a hacer esto, necesitaremos un plan, uno bueno.

Dolores asintió, su expresión se endureció.

—Entonces, manos a la obra.

Miré a mis tías, a mi familia, y sentí una oleada de determinación. Estábamos juntas en esto. E íbamos a arreglarlo. Costara lo que costara.

Incluso si eso significaba robar al Consejo Gris.

—Pues bien —dije, con voz firme—. Es hora de poner nuestras porquerías malditas a donde pertenecen.

Primer paso. Revisar la bóveda. Segundo paso. Que cunda el pánico.

Buen plan.

# CAPÍTULO 14

Una bóveda que contenía cientos, si no miles, de mortíferos artefactos mágicos ilegales, no era lugar para un bebé. No, a menos que quisiera que accidentalmente desatara alguna antigua maldición o, conociendo a Darian, que de alguna manera se comiera uno de los artefactos sólo para ver qué tal era su sabor. Así que, antes de adentrarnos en la ominosa cueva marina, pasé por casa de Iris.

—¿Estás segura? —pregunté, entregándole mi paquetito inquieto. Darian se agarró inmediatamente la parte delantera de Iris, con sus dedos regordetes agarrando su pelo como si fueran riendas—. Es tu día libre. ¿De verdad quieres cuidar de este montoncito de locuras? Marcus tenía que salir. Tenía que ver algo relacionado con una pista sobre los artefactos malditos. De lo contrario, se habría quedado con Darian.

Iris le sonrió a mi hijo, con la cara prácticamente iluminada.

—Por supuesto. Además, será una buena práctica para Ronin cuando tengamos hijos.

—¡Escuché eso! —gritó Ronin desde algún lugar dentro de su lujosa mansión, haciendo eco a través del pasillo de mármol.

Resoplé.

—Ojalá pudiera quedarme a mirar.

Iris sonrió, mirando a Darian y luego de nuevo a mí.

—Oye, ¿has... visto más señales de su magia?

Negué con la cabeza.

—No después de todo el incidente del ventilador de techo con mi padre. Pensé que vería más. Pero ha estado... normal. No ha puesto a levitar a los abuelos. Sólo se trepa por las paredes, así que prepárate.

El rostro de Iris se suavizó.

—No pasa nada. Probablemente se esté acostumbrando a sus poderes.

Miré a mi hijo, que se había quedado dormido en el hombro de Iris, con la boquita ligeramente abierta mientras babeaba su blusa.

—Sí, ya lo sé. Es que... no quiero que le dé miedo. O peor, no quiero que se haga daño.

Los ojos de Iris eran cálidos y me dio un apretón tranquilizador en el brazo.

—Estará bien. Te tiene a ti. Y a Marcus. Y a todos nosotros.

Me tragué el nudo en la garganta e intenté sonreír.

—Gracias.

Ladeó la cabeza, con un brillo travieso en los ojos.

—Aunque... tengo curiosidad por saber qué más puede hacer. ¿Hay alguna posibilidad de que ya haya descubierto cómo volar?

Me reí, sintiendo cómo se disipaba parte de la tensión.

—Dios, espero que no. Apenas puedo seguirle el ritmo en el piso.

Iris también se rio, apartando el pelo de la frente de Darian.

—Sabes, con su linaje, él va a ser muy especial.

Intenté ocultar el pánico que me invadió. Especial. Esa era una forma de describirlo. Aterradora era otra. Pero no quería decirlo en voz alta. Todavía no.

Respiré hondo.

—Bueno, mejor me voy.

La expresión de Iris se volvió seria.

—No puedo creer que estos objetos provengan de la bóveda de tu familia. Es una locura.

Encogí los hombros, metiéndome las manos en los bolsillos.

—Bienvenida a mi vida.

—Quiero que me cuentes todo cuando vuelvas —dijo Iris, con los ojos brillantes de curiosidad. Estoy segura de que si le hubiera

pedido que viniera, lo habría hecho. Lo más probable es que fuera para conseguir algunas muestras para su álbum, Doris.

—Serás la primera persona en saberlo. —Me incliné y besé la frente de Darian, susurrándole—: Pórtate bien con la tía Iris, ¿sí? No la conviertas en un ventilador de techo.

Iris hizo una mueca.

—Por favor, no le des ideas.

Vacilé, con la mano puesta en el pequeño pie de Darian, que gorjeaba con ojos soñolientos.

—¿Cedric te ha dicho algo? ¿Sobre la lista?

El rostro de Iris se tensó y negó con la cabeza.

—Todavía no. Pero lo hará. No es de los que olvidan responder... incluso para decir que no.

La observé atentamente, notando cómo sus ojos se desviaban hacia un lado y sus hombros se ponían rígidos.

—¿Estás segura de que va a ayudarnos?

Iris dejó escapar un suspiro pesado, sus dedos jugueteando con la correa del fular de Darian.

—No lo sé. Pero le pedí este favor. Y a Cedric le gustan las apariencias. Aunque no esté de buenas conmigo, no querrá quedar mal. No delante de su red de «poderosos socios». —Su voz estaba impregnada de sarcasmo, pero también escuché un rastro de esperanza—. Lo hará. Aunque sólo sea para guardar las apariencias.

Asentí despacio, aún poco convencida. Cedric era escurridizo, poco de fiar y un imbécil de primera clase. Pero era nuestra única pista. Y si Iris creía que ayudaría, confiaría en ella.

—Está bien. Pero en cuanto sepas algo, me llamas.

—Lo haré.

Me despedí con la mano mientras me alejaba, con el corazón encogido por dejar a Darian. Pero no podía llevarlo a donde yo iba. No a una bóveda llena de magia negra peligrosa y objetos malditos.

Diez minutos más tarde, me encontraba en el límite de la propiedad de la casa Davenport, mirando al océano, pero no estaba sola.

Dolores estaba de pie con los brazos cruzados, la postura rígida y la mirada clavada en las olas.

Beverly temblaba dramáticamente, frotándose los brazos.

—Lo juro, nunca he pasado tanto frío en mi vida. Este cuerpo es demasiado delicado para un clima tan duro. Debería estar en la cama con un hombre, calentándome con su cuerpo caliente y delicioso y sus manos fuertes frotándome por todas partes.

Intenté no poner los ojos en blanco cuando Ruth se acercó, con aspecto de malvavisco humano. Tenía tres bufandas, un gorro rosa neón demasiado grande que se le deslizaba sobre los ojos y suficientes capas de ropa como para sobrevivir a una escalada al Everest. Ni siquiera estaba segura de que pudiera doblar bien los codos.

Campanita revoloteaba a su lado, con una diminuta bufanda tejida que hacía juego con el gorro de Ruth, tenía sus bracitos cruzados mientras refunfuñaba:

—No siento mis alas.

—Ruth, te ves ridícula —soltó Dolores—. Pero no puedo decir que me sorprende.

Ruth resopló, con la voz apagada por un pañuelo que le envolvía dos veces la cara.

—Me da igual lo que digas. Hoy no me voy a morir de hipotermia.

—No vas a morir de hipotermia —dijo Dolores rotundamente—. Vamos a bajar a la cueva del mar. Está protegida del viento.

Beverly arrugó la nariz, observando el camino irregular que conducía a la cueva.

—Estupendo. Justo lo que siempre quise: una aventura en una cueva marina. Mis botas se van a llenar de baba.

Dolores la miró de arriba abajo, curvando los labios.

—Qué vestimenta tan absurda. ¿Botas de tacón alto y chaqueta corta de cuero? ¿Planeas coquetear con los objetos malditos?

Beverly resopló, con la nariz en el aire.

—Si se convierte en un príncipe sexy, entonces sí, sí lo haré.

Dolores puso los ojos en blanco.

—No hay nadie ahí abajo, salvo artefactos antiguos y peligrosos. Nadie va a verte.

—Eso no significa que no pueda estar linda para mí misma —replicó Beverly, cruzando los brazos—. No me visto para impresionar a los demás. Me visto para impresionarme a mí misma.

Ruth soltó una risita y su gorrito se deslizó sobre sus ojos.

—Creo que estás preciosa.

Beverly sonrió.

—Gracias, Ruth. Al menos alguien aquí tiene gusto.

Me mordí el labio, intentando contener una carcajada.

—Bueno, me siento mejor sabiendo que si uno de esos objetos malditos decide atacarnos, al menos te verás espectacular mientras corres por tu vida.

A Beverly le brillaron los ojos.

—Exacto. Y si muero, quiero salir bien en la foto del obituario.

Dolores volteó los ojos.

—Ya quisiéramos tener tanta suerte. —Dio media vuelta, marchando hacia el estrecho sendero—. En marcha. Y trata de no romperte un tobillo con esas ridículas botas.

Contuve otra carcajada mientras Beverly desfilaba como toda una diva, con los tacones chasqueando contra las rocas. Ruth la seguía, con sus bufandas ondeando al viento y Campanita revoloteando a su lado, con un vuelo errático.

Le di un último vistazo a las olas rompiendo debajo y dejé escapar un suspiro.

—Bueno, cueva marina de la muerte. Allá vamos.

Y con eso, seguí a mis tías por el resbaladizo camino, rezando para que todas saliéramos con vida —y las botas de Beverly— intactas.

—Entonces, ¿la bóveda está ahí abajo? —Señalé hacia las escarpadas rocas de abajo, donde las olas rompían furiosas contra el acantilado.

—Sí —gritó Dolores por encima del viento—. Al fondo del acantilado, dentro de la cueva del mar. Está protegido por hechizos y oculto por la marea.

Me quedé mirando el agitado océano.

—Entonces, ¿qué, tenemos que nadar hasta ahí? Caldero ayúdame si eso era cierto.

Dolores torció los labios.

—Por supuesto que no. Hay un camino entre las rocas. Pero es estrecho y resbaladizo, así que ten cuidado. Un paso en falso y serás arrastrada mar adentro.

—Súper. —Si sentía que me resbalaba, sacaría mi culo de aquí con una línea ley. Invoqué una, y la mantuve cerca, por si acaso.

Campanita zumbó junto a la oreja de Ruth.

—Sigo sin sentir mis alas.

Ruth le dio una palmadita en la cabeza a la pequeña hada.

—No te preocupes, Nita. En cuanto entremos, volverás a sentir calor.

Campanita puso cara de duda.

—Será mejor que tengas razón, o esas bufandas arderán en llamas.

—No puedo creer que por fin vayamos a bajar a la cueva del mar. —Los ojos de Ruth brillaban de emoción, las capas de pañuelos alrededor de su cabeza se balanceaban mientras ella prácticamente rebotaba sobre las puntas de sus pies—. Esto va a ser muy divertido.

Dolores fulminó a Ruth con la mirada.

—¿Divertido? Es un camino peligroso y resbaladizo por un acantilado hasta una cueva que probablemente esté llena de algas y limo. ¿Qué parte de eso suena divertida?

Ruth ya estaba marchando hacia adelante, sus botas crujían contra la grava mientras avanzaba por el estrecho y sinuoso sendero.

—Todo —respondió, con la voz muy baja por sus bufandas—. Ha pasado tanto tiempo que ya olvidé cómo es.

Beverly frunció el ceño, ajustándose la chaqueta de cuero.

—Te das cuenta de que esto no es Disneylandia. ¿Verdad?

Vi cómo el entusiasmo de Ruth se apoderaba de ella y su ritmo se aceleraba hasta el punto de que prácticamente trotaba por el traicionero sendero.

—Eh, ¿Ruth? Quizás deberías ir un poco más despacio...

Demasiado tarde.

Se le fue el pie en un espacio resbaladizo con musgo y cayó con fuerza, aterrizando de culo con un estruendoso golpe. Campanita,

que revoloteaba a su lado, soltó un chillido agudo.

—¡Ruth! —gritó Dolores, con el pánico reflejándose en su rostro —. ¿Estás bien?

La risa de Ruth resonó en el acantilado.

—Estoy bien —gritó, deslizándose ya por la empinada pendiente. Estiró las piernas, levantó los brazos y sonrió como una niña en un trineo—. ¡Yupiii!

—Por el amor de Dios —gritó Dolores, entrecerrando los ojos—. Ruth. Vuelve aquí. Esto no es un parque infantil.

—¡Ésta es la mejor manera de viajar! —gritó Ruth, y su risa continuó mientras se deslizaba por el sendero sobre su trasero.

Me reí a carcajadas y me llevé una mano al estómago mientras veía a Ruth avanzar a toda velocidad por el sendero como si estuviera en alguna atracción de una feria. Campanita volaba detrás de ella, intentando frenéticamente seguirla, con sus alitas borrosas.

Beverly enarcó una ceja.

—Al menos se está divirtiendo.

La cara de Dolores se puso roja.

—Eso es porque está loca. —Siguió caminando hacia delante, con la mandíbula apretada—. Te juro que un día va a hacer que la maten.

—Bueno —dijo Beverly, ajustándose su bufanda de diseñador—, al menos saldrá riendo.

Tenía razón.

Dolores nos fulminó con la mirada.

—No se queden ahí paradas. Vamos. Antes de que se deslice directo al océano.

Sonreí y las seguí por el sendero, mientras mis botas resbalaban en las piedras musgosas. Sólo Ruth podía convertir un descenso mortal por un acantilado en un paseo. Cuando su risa resonó desde abajo, sacudí la cabeza, preguntándome qué parentesco tenía aquella mujer conmigo.

Miré el estrecho y sinuoso sendero que conducía a la entrada de la cueva. Las rocas estaban resbaladizas por el agua de mar y el sendero apenas era visible entre las piedras irregulares.

Después de una cuidadosa y angustiosa bajada por el resbaladizo sendero, por fin llegamos abajo, donde nos esperaban Ruth y Campanita.

La cueva marina se alzaba ante nosotras, con su dentada entrada tallada en el acantilado como una boca abierta dispuesta a tragarnos enteras. Era más oscura de lo que esperaba, las sombras se enroscaban en los bordes rocosos y desaparecían en las profundidades. Soplaba una brisa fría y salada, con un penetrante aroma a algas y piedra húmeda. El aire era pesado, espeso, con una magia que prácticamente zumbaba contra mi piel, cosquilleándome hasta los dedos de los pies.

—Guao —respiré, mi voz resonando ligeramente—. Eso es... intenso.

Dolores se adelantó, con los hombros tensos mientras observaba la entrada.

—Las guardas siguen activas. Más fuertes de lo que recordaba. —Levantó las manos y, con los dedos crispados, palpó la magia en el aire—. Quienquiera que haya puesto estas guardas... no quería que nadie entrara. O que saliera.

Me estremecí, apretándome más la chaqueta mientras la fría brisa me mordía la piel.

—Es como entrar en una central eléctrica mágica.

—Es magia antigua —dijo Dolores, con el rostro tenso—. Muy antigua. Muy poderosa. Se ha mantenido durante siglos. Generaciones de Davenports hicieron esto.

Beverly arrugó la nariz mientras avanzaba con cautela y sus botas de tacón alto resbalaban ligeramente sobre las rocas mojadas.

—Huele a perro mojado y a pescado muerto. Te juro que si se me estropean las botas...

—Por el amor de Dios, Beverly, a nadie le importan tus botas —refutó Dolores—. Estamos a punto de entrar en el lugar más peligroso de todo Hollow Cove, ¿y te preocupa el calzado?

Beverly enarcó una ceja.

—Estas botas cuestan más que todo tu vestuario. Claro que estoy preocupada.

Estaba a punto de señalar que quizás llevar tacones de aguja a una cueva marina no había sido la mejor elección cuando Ruth apareció de repente delante de nosotras, con la cara radiante.

—¿Me vieron? Ese ha sido el mejor tobogán de mi vida —Sus ojos brillaban mientras rebotaba sobre las puntas de los pies, claramente subida de adrenalina—. Me siento como si tuviera diez años otra vez.

Me quedé mirándola, con la boca abierta. Su chaqueta estaba hecha trizas por la espalda, abierta como las alas de un pájaro roto. Y sus pantalones... la parte trasera de sus pantalones estaba toda rota, la tela apenas aguantaba. A través de los agujeros, vislumbré piel pálida. Demasiada piel pálida.

—Ruth... —tragué saliva, intentando mantener la cara seria—. Tus pantalones.

Ruth parpadeó y miró su parte inferior.

—Ah. Seguramente se desgarraron en las rocas.

—¿Se desgarraron? —Me atraganté—. Ruth, se te salió medio trasero.

Giró el cuerpo para intentar ver los daños.

—¿En serio? No puedo ver.

Dolores se frotó las sienes, murmurando algo sobre la pérdida de neuronas.

—No puedo creer que seas mi hermana.

Me mordí el labio, luchando por contener la risa. Al menos Ruth estaba haciendo divertido este terrible viaje.

Beverly suspiró.

—Bueno, si algo salta sobre nosotros en esa cueva, tal vez el trasero de Ruth los espante.

—¿Podemos concentrarnos, por favor? —gruñó Dolores—. Estamos a punto de entrar en una bóveda llena de objetos malditos mortales. No tenemos tiempo para discutir sobre el trasero de Ruth.

Sí. Esta era mi vida.

A medida que nos acercábamos a la entrada de la cueva, la energía de las guardas de protección palpitaba y nos bañaba en oleadas de energía fría y eléctrica. Me estremecí, el peso de la magia me oprimía los hombros como una mano invisible. Se me oprimió el

pecho y el corazón me golpeaba contra las costillas. Este lugar era peligroso. Y poderoso.

Ruth se acercó más, con la mirada llena de entusiasmo.

—Ay, se siente un hormigueo. Es como caminar entre electricidad estática.

Beverly se estremeció.

—Se siente como estar envuelto en telarañas. Telarañas muy frías y espeluznantes.

Dolores fijó la mirada en la entrada de la cueva.

—Este lugar está protegido por magia antigua. Algo antiguo y poderoso. Sólo un Davenport puede entrar. Fue diseñado así.

Miré la barrera brillante que se arremolinaba frente a nosotras. Parecía luz líquida, cayendo como una cascada de rayos de luna. Y zumbaba con fuerza. Suficiente para hacerme vibrar los dientes.

Dolores dio un paso adelante y levantó las manos, con las palmas hacia fuera, y empezó a cantar en ese latín antiguo e inventado que sólo las brujas blancas de la vieja escuela conocían.

—Ego, Dolores Davenport, introitum posco. —Su voz resonó en las paredes de la cueva, reverberando con autoridad—. Abre el camino para tu linaje.

Sentí el cosquilleo de su magia elemental, el aroma de los prados de flores silvestres llenó mi nariz.

Entonces, la luz brillante onduló, como el agua que es agitada por una piedra. Parpadeó una vez, dos veces, y luego se hizo añicos con el sonido de un cristal rompiéndose. La magia estalló y un viento frío pasó silbando junto a nosotras, con olor a sal y a algo antiguo, algo... malo.

Me estremecí y abracé la chaqueta con más fuerza. Un sudor frío me recorría la espalda y la piel se me erizaba de inquietud.

Dolores dejó escapar un suspiro, con los hombros caídos.

—Todavía nos reconoce. Eso es algo, al menos.

—Pero si sólo un Davenport puede abrirla —dije despacio—, entonces, ¿cómo demonios ha entrado Soren Tex?

—Eso es lo que vinimos a averiguar —dijo Dolores.

Se me ocurrió algo.

—¿Necesitas ser un Davenport de pura cepa? O llevar sólo un poco de sangre Davenport sería suficiente para pasar esas guardas.

Dolores me miró.

—¿Qué estás tratando de decir?

—Que si sólo hace falta tener un poco de sangre Davenport —dije, dándome cuenta de la verdad de mi propia teoría—, quizás Soren esté trabajando con alguien que podría abrirlo. ¿Quizás un pariente lejano que sí tiene suficiente sangre Davenport?

—Eso no es probable. —Dolores se puso rígida y su rostro se endureció—. Ninguno de nosotros traicionaría a la familia. Pero... sí... entiendo lo que quieres decir. Y si eso es cierto, tendremos que cambiar nuestras guardas.

Era una teoría, pero encajaba. Si ese tal Soren era un elfo ingenioso como yo apostaba que era, se las arregló para encontrar a alguien con suficiente sangre Davenport como para pasar las guardas.

El elfo era astuto. Pero nosotras también lo éramos.

Avanzamos, cruzamos el umbral y entramos en la cueva. El aire era húmedo y frío, y olía a sal y a algo rancio, como a libros viejos y polvo. Me estremecí cuando la magia antigua me erizó la piel, poniéndome los pelos de punta.

A medida que nos adentrábamos en la cueva, las paredes empezaron a brillar con tenues runas resplandecientes. La magia seguía activa, claramente seguía protegiendo la bóveda.

Pero Soren se había metido...

Miré a Dolores. Tenía la cara desencajada y unos ojos penetrantes que escrutaban cada centímetro del túnel como si esperara que se derrumbara sobre nosotras.

Ella estaba preocupada.

Y eso me preocupaba.

Porque lo que sea que estábamos por descubrir... no sería bueno.

# CAPÍTULO 15

La cueva se abrió en una enorme cámara que me dejó sin aliento.

Los muros de piedra se arqueaban por encima de nosotras, goteando agua salada y brillando de humedad. El aire era frío y húmedo, y desprendía un leve aroma metálico que me hizo arrugar la nariz. Una serie de orbes parpadeantes flotaban cerca del techo, proyectando una inquietante luz amarilla sobre la caverna. Luces de bruja. El piso era liso, desgastado por siglos de pisadas, y resonaba suavemente bajo nuestras botas.

Pero los estantes me llamaron la atención.

Delante de nosotras se extendían filas y filas de imponentes estantes de piedra, repletos de antiguos artefactos y baratijas que harían que cualquier historiador de l magia se desmayara de pura emoción —o de miedo—. Frascos de cristal de todos los tamaños se apilaban ordenadamente, cada uno de ellos contenía algo que palpitaba, brillaba o flotaba de un modo tan hipnotizador como aterrador. Un frasco contenía lo que parecía una mano amputada, cuyos dedos se movían cada pocos segundos, arañando el cristal como si trataran de salir. Otro contenía una niebla arremolinada que de vez en cuando formaba un par de ojos brillantes antes de disiparse de nuevo.

Algunos estantes estaban dedicados a las armas: espadas que zumbaban de poder, dagas con hojas que brillaban con una luz verde enfermiza y bastones tallados con intrincadas runas que parecían moverse si las miraban demasiado tiempo.

—Guao —respiré, mi voz resonaba en la cámara—. Esto es como un museo de terror mágico.

Beverly se estremeció.

—Esa es una forma de describirlo. Yo iba a decir que era «el ático del infierno», pero lo que dijiste también está bien. —Se miró las botas y arrugó la nariz—. Este sitio está asqueroso. Mis botas van a necesitar una limpieza profesional después de esto.

—Miren todo esto. —El cuerpo de Ruth vibraba de emoción mientras miraba las estanterías. Se acercó a uno de los frascos y se le iluminó la cara al mirar adentro—. Nita, mira. Es una cabecita flotante. ¿No es adorable?

Campanita zumbó a su lado, con su carita arrugada de disgusto.

—Adorable no es la palabra que yo usaría.

Me acerqué y vi la cabeza. Sus ojos se abrieron de golpe y mostró unos dientes diminutos y puntiagudos. Grité y di un salto hacia atrás.

—Sí, eso definitivamente no es adorable.

Ruth se rio.

—Ay, son tan miedosas.

—No —dije, señalando el frasco—. Eso es una *cabeza*. En un *frasco*. Y me está mirando. Eso es combustible de pesadilla.

Dolores nos ignoró a todas, concentrándose en un enorme atril antiguo situado en el centro del lugar, que sostenía un inmenso libro de contabilidad antiguo. El libro estaba abierto, sus páginas doradas brillaban tenuemente, las runas se movían y bailaban sobre el pergamino como si estuvieran vivas. Dolores pasó los dedos por el borde y su rostro se endureció.

—El Libro de la Bóveda —dijo, con voz reverente—. Cada artefacto que se trajo aquí fue registrado y firmado por el Davenport que lo almacenó.

Me acerqué más.

—Es un libro de visitas de objetos malditos.

—Básicamente —dijo Dolores, hojeando las páginas con mano experta—. Data de hace más de doscientos años. Cada objeto tiene una descripción, una fecha y un nombre. Así es como llevamos la cuenta de todo. Nada debería haber salido de esta bóveda. Nunca.

—Sus dedos se tensaron sobre el antiguo libro de contabilidad y su rostro se retorció al hojear las páginas—. Se llevaron más de lo que pensaba... faltan tantos artefactos.

Miré a mi alrededor, observé las zonas vacías, los frascos de cristal que antes contenían hechizos peligrosos y a los pedestales vacíos que parecían burlarse de nosotros con su ausencia.

—Déjame adivinar. Se llevaron lo peor de lo peor. ¿Verdad?

Dolores asintió, sin apartar los ojos del libro.

—Sí. Estas reliquias fueron resguardadas por una razón. Son demasiado peligrosas para ser destruidas, así que las escondimos aquí... esperando que nadie las encontrara nunca.

Me pasé una mano por el pelo, mirando a mi alrededor.

—Desafortunadamente, lo hicieron.

Beverly frunció el ceño y se rodeó con los brazos.

—Sigo sin entender cómo entraron.

Un músculo hizo tictac en la mejilla de Dolores.

—Si Tessa tiene razón, fue alguien con sangre Davenport. O... eran lo suficientemente poderosos como para atravesar las guardas. Pero eso es muy poco probable.

A Ruth se le borró la sonrisa.

—Pero... eso significaría que son más fuertes que nosotras. Más fuertes que las guardas.

Sentí que se me helaba la sangre.

—O tenían una magia que podía anular la nuestra. ¿Acaso la magia élfica podría hacer eso?

Tres pares de ojos se volvieron hacia mí, llenos de incertidumbre y conmoción.

—Soren Tex es un elfo, ¿verdad? Uno poderoso. Si alguien pudiera burlar nuestras barreras, sería él —les dije—. Tiene sentido. Está a cargo del mercado negro. Es el que vende estos objetos malditos. Y ahora sabemos de dónde los saca.

Beverly tragó saliva y su rostro se palideció.

—¿Pero cómo *supo* siquiera de nuestra bóveda?

Muy buena pregunta. Miré a mi alrededor, los antiguos estantes y las alcobas talladas en la piedra, la pesada magia persistente en el aire.

—Alguien se lo dijo.

El rostro de Dolores se ensombreció y apretó con fuerza el libro de contabilidad.

—No. Nadie de nuestra familia nos traicionaría así. Nadie sería tan estúpido como para dejarlo entrar.

—Tal vez no voluntariamente —estuve de acuerdo—. ¿Pero y si los engañó? O peor... ¿y si los manipuló?

Ruth abrió mucho los ojos.

—¿Quieres decir... control mental?

—O coacción —dije, con la boca apretada—. ¿Un chantaje tal vez? No sabemos cuánto tiempo lleva ocurriendo. Y no sabemos con quién más está trabajando.

Dolores recorrió el libro de contabilidad con los ojos y los dedos. Entreabrió los labios.

—Es lo que pensaba —dijo golpeando el libro con un dedo—. El espejo. Estaba aquí.

Un frío pavor me recorrió.

—Pobre Emily. —Todavía podía ver, muy vívidamente, el rostro atormentado de la chica.

Dolores parpadeó, con el rostro pálido.

—Fue confinado en esta bóveda hace más de cien años. Nunca debería haber visto la luz del día.

—Entonces los otros objetos malditos... —Mi voz se entrecortó, las piezas empezaron a encajar en su sitio—. Todos vinieron de aquí. ¿No es así?

Los hombros de Dolores se hundieron mientras hojeaba el libro de contabilidad. Se detuvo en una página y luego dijo:

—Sí. El frasco. El reloj. El medallón. Todos estaban aquí.

Tragué con fuerza, el sabor amargo del miedo cubría mi lengua.

—¿Cuántos faltan?

La mirada de Dolores se posó en el libro de contabilidad y su dedo se deslizó por la lista.

—Una docena.

—¿Una docena? —Los ojos de Beverly se abrieron de par en par —. ¿Estamos hablando de una docena de objetos malditos y mortales... ahí fuera, en el mundo? ¿En Hollow Cove?

Dolores asintió con el rostro sombrío.

—Incluyendo a los que ya sabemos. Lo que significa que hay seis con paradero desconocido.

Mi corazón se hundió. Seis artefactos malditos. Seis muertes potenciales más.

—Bueno —dije, forzando la voz para mantenerla firme—. Necesitamos una lista. Necesitamos saber exactamente a qué nos enfrentamos.

Dolores no lo dudó. Sacó un bolígrafo y un bloc de notas de su bolso y empezó a garabatear.

—Anotaré todos los objetos que faltan junto con sus descripciones y sus... efectos.

No me gustó cómo lo dijo, como si intentara ocultarnos lo peor.

—¿Efectos?

La boca de Dolores se tensó.

—Estos artefactos no sólo estaban plagados de maleficios y maldiciones. Estaban diseñados para matar. Para destruir. Para corromper.

—Mejor imposible —murmuró Beverly, cruzando los brazos—. ¿Se te olvidó decirnos algo más? ¿Quizás sea una lámpara asesina o una tetera homicida?

Dolores frunció los labios.

—En realidad... la tetera maldita sigue aquí.

Beverly parpadeó y luego suspiró.

—Sin duda.

Me incliné sobre el hombro de Dolores, con los ojos entrecerrados ante la lista que se formaba en el papel.

—Los encontraremos. Los recuperaremos todos.

—Antes de que el Consejo Gris se involucre —añadió Ruth, que había perdido parte de su sonrisa—. O que muera alguien más.

Dolores movió la cabeza mientras seguía escribiendo.

—De acuerdo. Pero tenemos que movernos rápido.

Beverly maldijo en voz baja.

—Todo esto es malo. Es malo para mi cutis. Soy demasiado guapa para tener arrugas. —Se apretó la cara—. ¿Ves eso? Líneas de estrés. Líneas de estrés reales.

Antes de que pudiera decirle que no veía ninguna arruga y que probablemente yo tenía más que ella, rebuscó en su bolso y sacó una botellita de cristal, rociándose la cara como si su vida dependiera de eso.

—El Spray Antiedad de Martha, funciona como el Botox, huele a pis. —Se echó otra rociada frenética—. A este paso, voy a tener que empezar a bañarme en él.

Le levanté el pulgar. ¿Qué demonios se suponía que tenía que decir a eso?

Ruth se abrazó a sí misma, con el rostro pálido mientras miraba los estantes vacíos.

—Somos la razón por la que murió esa gente.

—No —espeté, con la voz más aguda de lo que pretendía—. El que robó esta bóveda es la razón por la que murieron esas personas. Ese es el responsable. No nosotras. Aunque no estaba del todo equivocada. Los objetos procedían de la cámara de *nuestra* familia. Y eso nos hacía culpables por sangre.

—Hecho —dijo Dolores mientras cerraba el libro de contabilidad, con el bloc de notas entre los dedos. Sus ojos brillaban con determinación—. Ahora, todo lo que tenemos que hacer es poner unas cuantas guardas más para sellar esta bóveda. Y les aseguro que esta vez no entrarán... a menos que quieran tener una muerte dolorosa e *insoportable*. —Tenía una extraña sonrisita. Me gustó.

Miré alrededor de la cueva marina, sintiendo la fría magia presionándome. Esto era responsabilidad de nuestra familia. El desastre que nos correspondía limpiar. Y no iba a dejar que Soren Tex se saliera con la suya.

Nadie se metía con las Davenport.

Nadie.

Estaba segura de que Soren había entrado en la cámara sagrada de los Davenport y había robado los artefactos más oscuros y peligrosos de nuestra familia.

Y ahora los usaba para matar.

No se trataba sólo de un mercado negro ilegal.

Esto era personal.

Mi teléfono zumbó en mi bolsillo, la vibración resonó débilmente en la antigua cueva marina. Lo saqué y la pantalla brilló inquietantemente en la penumbra. Un mensaje de texto.

Deslicé los ojos por la pantalla para leer las palabras. El corazón me dio un salto.

Beverly echó un vistazo, tratando de ver.

—¿Qué pasó?

Levanté la vista y una lenta sonrisa triunfal se dibujó en mi rostro.

—Estamos dentro. Ya estamos en la lista.

Ahora empezaba el juego.

# CAPÍTULO 16

¿Alguna vez has entrado a un almacén mágico de alta seguridad?

Yo tampoco. Pero hay una primera vez para todo.

Después de identificar todos los artefactos mortales desaparecidos de la bóveda Davenport, Dolores añadió unas cuantas guardas y otros sellos mágicos.

Contemplar cómo Dolores preparaba aquellos conjuros había sido todo un espectáculo. Susurraba en latín y sus manos se movían en el aire en intrincados patrones, tan complejos que casi esperaba que alzara el vuelo como un majestuoso cisne enfadado. Sus brazos se agitaban, sus dedos se enroscaban y su túnica ondeaba espectacularmente.

Pero a pesar de la teatralidad, la magia no era ninguna broma. La había sentido crepitar en el aire, más fría y cortante que la brisa marina. Me recorría la piel y me ponía la carne de gallina, era poderosa y antigua. Esas guardas eran de cuidado. Peligrosas. Intocables.

No dudé ni un segundo de que alejarían a Soren o a cualquier otro. Mi tía era una dura, y lo sabía.

La comisura de sus labios se torció cuando terminó y me lanzó una mirada que decía:

«*Adelante, atrévanse a hacerlo otra vez*».

Sí. Nadie iba a pasar esas guardas. No sin dejar atrás un montón humeante de cenizas.

Casi sentí lástima por el pobre idiota que lo intente.

Casi.

Y después de que ella terminara con suficientes capas de guardas que hacían que Fort Knox pareciera una caja de cartón, apenas habíamos regresado a la casa antes de que Marcus entrara, con su cara tallada con líneas de preocupación.

—Dos muertes más —nos había informado, su voz pesada—. Un brujo retirado, Richard Halloway, y una metamorfa llamada Janine Cross.

Se me apretó el estómago.

—¿Qué pasó?

A Marcus le tembló un músculo de la mandíbula.

—Richard compró un reloj de arena antiguo que, según su mujer, prometía darle más tiempo. Más tiempo para alcanzar sus sueños, más tiempo para estar con su familia, más tiempo para corregir sus errores. Pero cada vez que le daba la vuelta, la arena corría más deprisa, los días se iban más rápido. Su mujer dijo que se obsesionó con darle la vuelta constantemente, convencido de que si conseguía captar el momento en que las arenas se detenían, podría controlar el tiempo. Dejó de dormir, dejó de comer, dejó de hacer todo menos mirar cómo caían las arenas. Se marchitó, convencido de que se le acababa el tiempo... hasta que finalmente colapsó, con un ataque al corazón por agotamiento.

—El reloj de arena se llama Tempus Devorare —nos había informado Dolores—. Se alimenta del tiempo. Promete más, pero termina consumiendo la esperanza de vida del usuario, dejándolo sólo como una cáscara marchita.

—Impresionante. —Suspiré mirando a Marcus—. ¿Y la otra víctima?

—Janine —dijo Marcus—. Compró unas gafas encantadas. Le dijeron que le mostrarían las verdades ocultas del mundo. Su marido dijo que al principio iba bien. Le gustaban las gafas, veía auras, magia, cosas que nadie más podía ver. Pero entonces... empezó a ver otras cosas. Sombras que acechaban detrás de la gente, susurros oscuros que la seguían a todas partes. Se volvió paranoica, convencida de que todo el mundo conspiraba contra ella. Atacó a su marido, acusándolo de ser un monstruo disfrazado. Se encerró en su

habitación, diciendo que las sombras la observaban. Cuando llegué, se había arrancado los ojos intentando detener las visiones.

Tragué con fuerza, luchando contra las lágrimas.

—Eso es... horrible.

La mirada de Dolores se ensombreció.

—*Oculus Veritatis.* Te muestran la verdad... pero no la verdad que quieres ver. Revelan cada miedo, cada paranoia que acecha en tu mente. Es suficiente para volver loco a cualquiera. Ambos salieron de nuestra bóveda familiar.

—Entonces, faltan cuatro objetos malditos, ¿no? —pregunté en voz alta.

—Sí. —Dolores miró el bolso plateado que tenía en la mano—. Cuando recuperemos esos dos y los volvamos a resguardar en la bóveda con los otros cuatro, y con los dos del almacén del Consejo Gris, quedarán cuatro aún en paradero desconocido y posiblemente circulando por el mercado negro paranormal.

Cuatro. Maldición.

—Tendremos que volver a comprarlos todos. Entramos en la lista —le dije a Marcus.

El jefe me observó, con expresión dura.

—¿Cuándo es la próxima subasta?

—Mañana por la noche, según Iris. Dijo que en cuanto tuviera más información, me avisaría. —No tenía ni idea de cuánto valían estos artefactos ilegales en el mercado negro, pero tenía la sensación de que serían caros. No estaba segura de dónde íbamos a conseguir esa cantidad de dinero, pero no podía pensar en eso ahora. Estábamos dentro. Era mejor que nada.

Así que, después de que mis tías resguardaran el reloj de arena, las gafas mágicas, el anillo, el frasco, la pluma y el medallón en la bóveda, dejé a Darian con Marcus y me uní a ellas en una misión para recuperar los artefactos ilegales del almacén del Consejo Gris.

Y así fue como nos encontramos en el puerto de Nueva York, encorvadas detrás de un gran contenedor de metal a medianoche.

Obviamente, ir en auto de Hollow Cove a Nueva York nos habría llevado demasiado tiempo, así que optamos por la ruta exprés —líneas ley—. Así nos ahorramos seis horas de viaje y tuvimos tiempo

de sobra para prepararnos, planificar y, lo más importante, disfrazarnos. Bueno, sobre todo Ruth, porque insistió en ponerse lo que parecía un traje para materiales peligrosos, salvo que estaba hecho de una tela púrpura oscura y brillante que crujía con fuerza cada vez que se movía.

—¿Qué se supone que eres? —preguntó Dolores, enarcando una ceja—. ¿Un arándano radiactivo?

Ruth sonrió y se ajustó la enorme capucha que le cubría los ojos.

—Modo sigilo —susurró, intentando parecer seria pero fracasando estrepitosamente—. Yo misma la cosí. Está encantada para ser impermeable, a prueba de viento y... a prueba de magia. Por si acaso. —Movió los dedos para dar efecto.

Dolores puso los ojos en blanco.

—No es a prueba de ridículos. Y es muy ruidosa. Suenas como una bolsa de basura intentando colarse en una biblioteca.

A Ruth se le ensombreció la cara.

—No. —Dio un paso más y el traje emitió un fuerte crujido. Hizo una mueca de dolor—. Bueno, quizás un poco.

Beverly negó con la cabeza.

—Parece que estás a punto de desinfectar el lugar, no de irrumpir en él.

—Me gusta venir preparada —dijo Ruth—. No sabemos lo que hay ahí adentro.

Dolores murmuró algo en voz baja sobre enanos de jardín, pero le hizo un gesto para que avanzara.

—Vamos, acabemos con esto antes de que alguien nos vea.

Ruth se adelantó dando saltitos, con el traje arrugándose ruidosamente a cada paso.

Suspiré.

—Esto va a ser interesante.

—Cariño, ¿cuándo hemos sido aburridas? —dijo Beverly con un guiño, revolviéndose el pelo y contoneando las caderas detrás de Ruth como si estuviera en una pasarela en lugar de estar a punto de entrar en una trampa mortal en potencia.

Tenía razón.

Sacudí la cabeza y eché un último vistazo a mi alrededor. De verdad estábamos haciendo esto. Íbamos a irrumpir en un almacén mágico... con una bolsa de basura andante.

*Sí, sí, lo haríamos.*

La brisa salada del mar azotaba a nuestro alrededor, fría y cortante. Sentía la cara helada y me estaba replanteando seriamente la chaqueta ligera que había agarrado al salir. Me estremecí y me froté los brazos mientras me asomaba por el borde del contenedor. El almacén se alzaba delante de nosotras, enorme y ominoso, con sus paredes metálicas revestidas de runas antiguas que palpitaban débilmente en la oscuridad.

Nos agazapamos detrás del gigantesco contenedor, el viento helado cortaba el aire y me producía escalofríos. El almacén paranormal se alzaba a unos quince metros de distancia, con su imponente silueta iluminada por los focos que cubrían el terreno. Una alta valla de hierro rodeaba el edificio, y sus pinchos brillaban debajo de la intensa luz.

El rostro de Dolores estaba tan sombrío como siempre. Esta noche estaba muy seria, con los ojos afilados mientras observaba la zona.

Beverly alisó su elegante chaqueta con un suspiro dramático.

—Cancelé una cita por esto, sabes. Y él estaba *bueno*. O sea tiene un yate y probablemente una villa secreta en el sur de Francia. —Pateó una piedra suelta—. Si no salgo viva de aquí, será mejor que alguien le mande un mensaje y le diga que se ha perdido la noche de su vida. —Me miró y me guiñó un ojo.

Ajá.

Ruth rebotaba sobre los dedos de los pies, prácticamente vibrando de emoción.

—No puedo creer que estemos haciendo esto. Me siento como una agente secreta.

—Baja la voz, «Agente». Estamos intentando que *no* nos descubran —le dije, mirando a mi alrededor con nerviosismo.

Los ojos de Dolores brillaban mientras miraba el almacén, sus dedos ya se movían en complejos patrones y tejían hebras de magia que yo apenas podía ver.

—Muy bien, escuchen. Las guardas están preparadas para detectar intrusos, pero un antiguo hechizo las activa. Puedo desactivarlas, pero tendremos que movernos rápido cuando se desactiven.

Enarqué una ceja, impresionada.

—¿Cómo sabes tanto sobre estas guardas?

Dolores entrecerró los ojos.

—La seguridad es más estricta que la última vez.

Parpadeé.

—¿La última vez? —Me giré para mirarla—. ¿Has estado aquí antes?

Beverly miró a su hermana con desconfianza.

—Oh, cuéntanos.

Dolores ni siquiera nos miró. Sus ojos estaban fijos en los guardias de patrulla que hacían su ronda.

—No tenemos tiempo para historias. Incrementaron la vigilancia. La última vez no estaba. Señaló unas tenues ondulaciones de energía que entraban y salían de la verja de hierro, casi invisibles a menos que se mirara bien.

La miré fijamente.

—Tú... ¿De verdad habías estado aquí antes?

Ruth soltó una risita.

—Dolores Davenport, ¿eres una ladrona?

Dolores finalmente nos miró, su rostro mortalmente serio.

—Por supuesto que no. Era... un préstamo. Temporalmente. Iba a devolverlo.

Beverly se burló.

—¿Y qué? ¿Lo olvidaste?

Dolores fulminó a su hermana con la mirada.

—Lo necesitaba para investigar. Es complicado.

La cara de Beverly se puso seria.

—Así que entramos, agarramos los artefactos que nos quitaron y salimos. Simple.

—Simple —repetí, pensando en cómo esto me recordaba a cuando irrumpí en la sede del Consejo Gris en Nueva York con Lilith.

Lástima que ella no estuviera aquí. Podría haber sido más fácil. Con más estilo, sí, pero más fácil.

Respiré hondo, mirando a mi familia, esta banda de inadaptadas que estaban a punto de arriesgarlo todo para arreglar un error que ni siquiera era del todo nuestro. Pero, ¿qué otra opción teníamos?

Me crují los nudillos.

—Hagámoslo.

Juntas avanzamos rápidamente hacia adelante y nos dirigimos a toda velocidad a la puerta lateral del almacén, mientras nuestros pasos resonaban contra los muros de hormigón. El edificio se alzaba sobre nosotras, una fortaleza de metal y magia, rodeada de guardas de protección invisibles para mantener alejados a los intrusos. Pero esas guardas no eran un desafío para Dolores.

Mi alta tía se acercó a la puerta, con el rostro serio y los ojos entrecerrados por la concentración. Susurró un conjuro en latín y sus manos tejieron delicados patrones en el aire mientras sus dedos danzaban como si dirigiera una orquesta invisible.

*—¡Dissi vincula, aperi verum!*

Sentí que el aire que nos rodeaba cambiaba y que un pulso de poder me recorría la piel. Las guardas brillaron débilmente y luego se rompieron como el cristal, evaporándose en la nada.

Alcé una ceja.

—Impresionante.

—Fanfarrona —murmuró Beverly, poniendo los ojos en blanco pero sin poder ocultar la admiración en su voz.

Dolores no contestó. Se limitó a empujar la puerta, con una postura rígida, ansiosa.

—Rápido. Muévanse.

Entramos y la puerta se cerró con un chasquido. El aire era frío y pesado, teñido del aroma metálico de la magia. El almacén era enorme, una extensión cavernosa que se extendía tan atrás que la oscuridad se tragaba el otro extremo. Las paredes estaban recubiertas de estantes metálicos, apilados con tomos antiguos, armas encantadas y reliquias que ni siquiera podía empezar a identificar. El lugar estaba lleno de vitrinas, cada una contenía algo

tan poderoso que, aunque estaba resguardado detrás del cristal, zumbaba con energía.

Dolores levantó la mano y unas diminutas orbes blancas flotaron sobre nuestras cabezas, proyectando una suave luz a nuestro alrededor. Luces de bruja. La iluminación suficiente como para ver, pero no para alertar a ningún guardia o hechizos de seguridad. Inteligente.

Me giré en el acto. El almacén era un laberinto de objetos mágicos, y el aire zumbaba de poder. Era como si estuviéramos en una habitación llena de dragones dormidos.

La voz de Dolores era baja, firme.

—Los artículos más nuevos aún no están identificados. Busca una zona donde guarden los artículos recién llegados.

Al pasar por las hileras de estantes, eché un vistazo a los objetos que estaban adentro. Una espada que parecía susurrar y cuya hoja brillaba débilmente. Un libro que pasaba sus propias páginas, escribiendo y reescribiendo su texto en letras doradas. Un frasco de líquido negro que latía como un latido.

Me estremecí. ¿Cuántas maldiciones mortales había aquí, esperando que las desataran?

Ruth se detuvo en seco.

—Este lugar es increíble —susurró, con la voz llena de asombro —. Es como el taller de Santa Claus para los criminales dementes.

¿Era raro que pareciera feliz por eso? Sí.

—Enfóquense —refutó Dolores, avanzando rápidamente por el siguiente pasillo—. No estamos aquí para mirar vitrinas. Busquen los artículos recién llegados y no toquen nada.

Ruth frunció el ceño.

—¿Por qué sólo me miras a mí?

Dolores entrecerró los ojos.

—Porque eso *era* para ti.

Ruth hizo una mueca y desapareció, corriendo por los pasillos y pasando al lado de las grandes cajas.

Nos separamos y examinamos las estanterías en busca de cualquier cosa que pareciera fuera de lugar o mal etiquetada. Era difícil concentrarse con toda la energía zumbando en el aire,

haciendo que me picara la piel, pero nos movimos con rapidez, sabiendo que el tiempo no estaba de nuestro lado.

Doblé una esquina y me quedé paralizada.

Al final del pasillo había un espejo. Estaba envuelto en una bolsa verde transparente que brillaba débilmente bajo las luces de las brujas. Tenía forma ovalada y un marco ornamentado y retorcido que parecía tallado con lianas y espinas. No necesité acercarme para sentir el frío pulso de la magia que desprendía.

Era el mismo espejo que había matado a Emily.

Tragué saliva, con la voz temblorosa.

—Encontré uno.

Dolores apareció a mi lado en un instante, con los ojos fijos en el espejo. Tenía la boca torcida.

—Entonces el reloj también debería estar aquí. Sigan buscando.

La voz de Beverly llegó flotando desde el pasillo de al lado.

—Seamos rápidas. Este lugar me da escalofríos.

Nos movimos rápido, recorriendo las filas de estantes en busca del objeto maldito que nos faltaba. La presión del aire era sofocante, el zumbido de la magia casi ensordecedor. Podía sentir su cosquilleo en la piel, un frío recordatorio de que todos y cada uno de los artefactos de este lugar podían acabar con nosotras si no teníamos cuidado.

—Por aquí —me llamó Beverly, haciéndome señas para que me acercara. Estaba delante de un estante repleto de objetos envueltos en brillantes bolsas verdes—. Encontré el reloj de Gilbert.

Dolores apareció con el rostro concentrado. Se puso un par de guantes plateados, los mismos que había usado antes para manipular artefactos malditos, y sus dedos se flexionaron dentro de la tela reluciente.

—No toquen nada. Señalen y yo me encargaré.

Beverly puso los ojos en blanco.

—Conozco el procedimiento, Dolores. No soy idiota.

—Eso es discutible —murmuró Dolores en voz baja mientras agarraba el último objeto: un pequeño reloj cuyos engranajes giraban con movimientos lentos y antinaturales. Un tic-tac débil y

rítmico resonaba en el aire, y cada tic-tac me recorría la columna como dedos helados.

Dolores colocó con cuidado el reloj en el bolso plateado, cerrándolo herméticamente. El aire a nuestro alrededor se aligeró ligeramente y solté un suspiro que no sabía que estaba conteniendo.

—Esos son los dos que faltaban. —Me sentí un poco mejor de que habíamos conseguido los artículos de la bóveda que faltaban. Regresaría a casa antes de lo que pensaba.

Volteé hacia el espejo. El marco brillaba bajo la luz de la bruja y la bolsa verde que lo cubría se movía como el humo. Saqué un par de guantes plateados que Dolores me había dado en la casa antes de irnos. Me los puse y estiré la mano para agarrar el espejo...

—¿Dónde está Ruth? —La voz de Dolores cortó el aire, aguda y helada.

Me quedé inmóvil, con la mano a escasos centímetros del espejo.

—¿Qué?

—Estaba justo detrás de mí hace un momento —dijo Beverly, dando una vuelta completa en el sitio—. ¿Ruth? —Su voz resonó por los pasillos, rebotando en los estantes metálicos.

La mirada de Dolores se agudizó, su voz era baja y furiosa.

—Ruth. Nos vamos. Ahora mismo.

Silencio.

Un frío nudo de miedo me oprimió el pecho. Se suponía que era una simple misión de recuperación. Entrar y salir. Sin complicaciones. Sin riesgos.

Debería haberlo sabido. Nada con mi familia nunca era tan fácil.

Abrí la boca para llamar a mi tía cuando sonó una alarma estridente en todo el almacén, que hizo temblar los estantes metálicas y envió un pulso vibrante por todo el piso.

Todas nos quedamos heladas.

Las luces rojas empezaron a parpadear, tiñendo la habitación de un brillo infernal y espeluznante.

—¿Supongo que esto es malo? —Miré a mis tías.

—¿Tú crees? —gruñó Dolores, girando la cabeza—. Tenemos que salir de aquí. *Ya*.

Un ruido resonó por el pasillo, un sonido ahogado y de pánico. Como si alguien intentara hablar a través de... algo que le tapaba la boca.

Eché a correr, mis botas patinaron contra el piso liso al doblar la esquina, Beverly y Dolores me pisaban los talones.

Y entonces la vi.

Ruth estaba suspendida en el aire, con los brazos y las piernas extendidos en la posición más incómoda que jamás había visto. Estaba envuelta en una gruesa telaraña rosa, parecida a la goma de mascar, que se te pega como un chicle cuando vas por una acera caliente. Se extendía desde sus hombros hasta sus rodillas, envolviéndola como una trampa para moscas humana. Tenía los ojos muy abiertos por el pánico y movía la boca detrás de la pegajosa telaraña, pero no emitía ningún sonido.

*Qué mierda.*

# CAPÍTULO 17

Parpadeé, frotándome los ojos para asegurarme de que no estaba alucinando.

—¿Ruth? —No. Ella seguía allí.

Lanzó un gruñido ahogado y me miró con los ojos entrecerrados.

Beverly se llevó las manos a la boca.

—Caldero ayúdanos. Parece un proyecto de arte rechazado.

Los ojos de Ruth se clavaron en los de Beverly.

Dolores se acercó furiosa, con las manos en las caderas.

—¿Qué hiciste?

Los ojos de Ruth se desviaron hacia el estante que tenía detrás y luego volvió a vernos, con el sentimiento de culpa reflejado en el rostro.

Seguí su mirada. Allí, en el estante, había una jaula. No era una jaula cualquiera: una prisión diminuta y ornamentada, hecha de barrotes dorados retorcidos en los que se habían grabado sigilos mágicos. Dentro, una pequeña criatura parpadeaba con sus enormes ojos llorosos. Parecía un gerbil, pero... raro. Su pelaje era un caleidoscopio de colores que cambiaban y brillaban como una mancha de aceite. Su cola se enroscaba como un resorte y sus ojos grandes y tristes brillaban débilmente en la oscuridad.

Lanzó un chillido suave que daba lástima, apretando sus pequeñas patas contra los barrotes.

Se me retorció el corazón. Incluso yo tenía que admitir que parecía desgarradoramente lindo.

La voz apagada de Ruth finalmente se abrió paso a través de la pegajosa telaraña, sus palabras apenas comprensibles pero inequívocamente avergonzadas.

—Yo... toqué algo.

Beverly echó la cabeza hacia atrás y gimió.

—Por supuesto que lo hiciste.

Ruth bajó los ojos y asintió lentamente, con la cara rosada detrás de la pegajosa tela de araña.

Suspiré. Conociendo a mi tía Ruth y su amor por todos los bichos grandes y pequeños, no me sorprendió que hubiera intentado abrir la jaula. Debería haberla vigilado.

Dolores parecía que iba a explotar, su cara se tornó de un violento tono rojo.

—¿Por qué? ¿Por qué no puedes tener las manos quietas por cinco minutos?

Ruth murmuró algo que sonó sospechosamente como:

—Me necesita.

La voz de Dolores fue como el chasquido de un látigo.

—¿Tocaste una jaula de contención en un almacén de artefactos malditos? ¿Estás loca?

Ruth parecía profundamente avergonzada, con los hombros caídos debajo de la telaraña.

—Se veía triste. Míralo. —Había liberado su boca de la mayor parte de la sustancia viscosa. Levantó la barbilla hacia la criatura—. Solo en esa jaula, mirándome con esos ojos grandes y llorosos. ¿Cómo iba a dejarlo allí?

—¿Y si usamos el sentido común? —refutó Dolores.

Beverly resopló.

—¿Ruth? ¿Sentido común? ¿La conoces?

Ruth resopló, luchando contra la tela de araña que parecía chicle.

—No podía dejarlo. Está en una jaula. Eso es cruel.

Miré a la criatura. Tenía un aspecto patéticamente adorable, parpadeando hacia nosotras con ojos grandes y brillantes. Soltó otro chillido y su pequeño cuerpo se estremeció en la jaula. Pero por muy lindo que fuera, seguía rodeado de sellos mágicos y encerrado en un

almacén de artefactos malditos de alta seguridad. No era precisamente el mejor lugar para encontrar una nueva mascota.

Dolores soltó un gruñido bajo.

—Eso no es un animal, Ruth. Es un hechizo de contención. Probablemente algún tipo de espíritu embaucador o familiar maldito. Parecen bonitos, así que la gente como tú los libera. Y luego se comen tu alma o maldicen tu linaje durante siete generaciones.

Ruth dejó de forcejear.

—Oh... no lo sabía.

Beverly negó con la cabeza, ahogando una carcajada.

—Sinceramente, Ruth, tienes suerte de que sólo se haya disparado la alarma. Podrías haber soltado quién sabe qué.

Ruth parecía horrorizada, con la boca abierta detrás de la pegajosa telaraña.

—Yo... sólo quería ayudar.

La criatura, parecida a un gerbil, chilló de nuevo y apretó su diminuta cara contra los barrotes. Juraría que sus ojos se agrandaron aún más, brillando de lágrimas.

—Oh, no te atrevas —murmuré, entrecerrando los ojos hacia él —. No uses esos ojos como armas conmigo.

Volvió a chirriar, el sonido era tan triste que me hizo doler el pecho.

—Ay, por el amor de Dios —murmuré—. Me estoy ablandando.

Beverly miró más de cerca, frunciendo el ceño.

—Es como un personaje de Disney viviente. Eso debería ser ilegal.

Dolores no estaba impresionada.

—Es un familiar embaucador, no un dibujo animado. Y no lo vamos a llevar a casa. —Se volvió hacia Ruth, con la mirada fría—. Debería dejarte aquí como castigo.

Los ojos de Ruth se abrieron de par en par, presa del pánico, y agitó sus extremidades, tratando de liberarse de la pegajosa trampa.

—¡No lo harías!

Los labios de Dolores se crisparon.

—Mira cómo lo hago.

Las alarmas seguían sonando, resonando en las paredes metálicas. Las luces rojas parpadeaban rítmicamente, iluminando la telaraña parecida a la goma de mascar que seguía envolviendo lentamente a Ruth.

Sacudí la cabeza, acercándome.

—Bueno, vamos a sacarte de este lío antes de que estés completamente momificada.

Los ojos de Ruth se iluminaron.

—Gracias. Prometo no tocar nada más.

Beverly resopló.

—Lo prometes siempre, y aquí estamos.

Ruth parecía ofendida.

—Esta vez lo digo en serio.

Dolores no estaba de acuerdo.

—Tienes prohibido tocar cualquier cosa. Nunca. Por el resto de tu vida.

Ruth abrió la boca en señal de protesta, pero la cerró rápidamente cuando los ojos de Dolores brillaron con una luz peligrosa.

—No te muevas —gruñó Dolores, con los ojos entrecerrados al ver en el desastre en que se había metido Ruth. Dio un paso adelante y sus manos brillaron con una suave luz dorada que crepitaba de poder—. Exime te in oblivionem —cantó.

La pegajosa telaraña siseó y retrocedió ante la luz dorada, enroscándose como una serpiente ante el fuego. Se disolvió en el aire y el residuo mágico brilló antes de evaporarse por completo.

Ruth cayó al suelo con un golpe indigno, con las extremidades extendidas como una estrella de mar.

—Auch —gimió, frotándose la cabeza—. Eso no fue divertido.

Dolores ladeó ligeramente la cabeza, con expresión poco impresionada.

—Tienes suerte de que sólo fuera un hechizo de contención. Si hubieras activado una maldición de seguridad, estaríamos lidiando con sabuesos infernales o algo peor.

Le ofrecí mi mano, ayudando a Ruth a ponerse en pie.

—¿Estás bien?

Ruth se apartó, más avergonzada que dolida.

—Sí. Gracias. —Su mirada se desvió hacia la jaula y se desinfló visiblemente—. Es que... no quería que estuviera solo.

La criatura, parecida a un gerbil, nos observaba a través de los barrotes y sus grandes ojos brillaban con lo que parecía auténtica tristeza. Emitió un sonido suave y triste que me llegó al corazón.

—No lo mires —dijo Dolores—. No pienses en ello. Lo dejaremos aquí, donde pertenece.

Los hombros de Ruth se hundieron.

—Pero... no pertenece aquí.

—Sin peros —espetó Dolores—. Ya tenemos los artefactos. Vamos a salir. Ahora. —Dio media vuelta y caminó por el pasillo con la cabeza alta y las botas chasqueando con fuerza contra el piso de cemento. Sí, a mi tía le encantaba mandar. Si se convertía en alcaldesa, las cosas se iban a poner *muy* interesantes.

Beverly siguió a Dolores, con los tacones chasqueando en el duro piso.

—Vamos. Tenemos vino y un cheesecake esperándonos en casa.

Pero Ruth estaba clavada en el sitio, con los ojos fijos en la criatura mágica de la jaula. No se movía.

—Ruth, tenemos que irnos. —Intenté jalarla hacia mí. Era más pesada de lo que parecía—. Vámonos antes de que venga alguien.

—¡Eh! ¡Ustedes! Alto ahí.

*Ay, mierda.*

Me di la vuelta. Allí, de pie al final del pasillo estaban cuatro hombres paranormales, vestidos con uniformes gris oscuro combinados con sombreros grises cortos. Dos llevaban lo que parecían escopetas mágicas, otro una larga porra (sí, sé cómo suena eso) y el último una espada. Eran los guardias del almacén.

Apreté los dientes. Claro que había guardias. ¿Por qué no iba a haberlos? Era un almacén mágico de alta seguridad, después de todo. Y lo estábamos robando.

Di media vuelta y empujé a Ruth hacia las demás.

—Agarra el espejo y sal. Yo me encargaré de estos tipos.

Dolores abrió mucho los ojos.

—¿Estás loca?

Sonreí.

—Probablemente. —Luego guiñé un ojo—. Vayan. Las alcanzaré. Se los prometo. Yo me encargo.

Beverly me lanzó una mirada que decía: «*Será mejor que no te mueras o te mataré yo misma*», y luego volteó hacia Ruth.

—Ya la escuchaste. Muévete.

Vi cómo las tres se apresuraban hacia el espejo y Dolores lo aseguraba en una bolsa plateada extragrande que lo cubría perfectamente. Cuando salieron por la puerta lateral, volví a mirar hacia los guardias, que avanzaban por el pasillo con las armas preparadas.

Me crují los nudillos y una sonrisa malvada se dibujó en mi cara.

—Muy bien, chicos. A bailar. —Hace tiempo que no tenía un buen enfrentamiento mágico. Y estaba preparada.

El guardia más cercano, un fornido metamorfo con una cicatriz que le recorría la mejilla, blandió su porra, que crepitaba con magia verde eléctrica.

—Robar al Consejo Gris es una sentencia de muerte.

Encogí los hombros.

—Peo hoy no me moriré.

—Esa fue una movida estúpida —dijo el mismo guardia—. Espero que lo que hayas venido a buscar haya valido la pena.

Ladeé la cabeza, fingiendo considerar su afirmación.

—Papa... patata... ¿Qué puedo decir? Me gustan los objetos brillantes y peligrosos. Llámalo un defecto de personalidad.

La mandíbula del guardia se tensó.

—Estás muerta. —Salió disparado hacia delante, con la porra en alto, y los demás le siguieron con las armas mágicas preparadas.

Tuve unos tres segundos para reaccionar. Menos mal que tres segundos era todo lo que necesitaba.

—¡Protego!

Una reluciente esfera dorada de magia estalló de mis manos, envolviéndome en un escudo en forma de cúpula. El bastón golpeó el escudo con un crujido de relámpagos, y la fuerza hizo vibrar el aire. El guardia entornó los ojos y retrocedió, desequilibrado.

—Buen intento —dije, agitando los dedos—. Pero no caigo tan fácilmente.

Su compañero, un hombre delgado con el pelo oscuro y los ojos inquietos, disparó su escopeta y soltó una llamarada azul que rugió hacia mí como un dragón enfurecido.

—Ay, por favor. Eso es de mala educación. —Puse los ojos en blanco—. ¡Cataracta!

Una pared de agua surgió, chocando contra la llama y extinguiéndola en un chisporroteo de vapor. La niebla se enroscó a mi alrededor cuando salí de detrás de mi escudo, sacudiéndome las gotas como si acabara de pasar por un túnel de lavado—. ¿Alguien tiene una toalla?

Las caras de los guardias se torcieron de ira y los tres se abalanzaron sobre mí a la vez. Ah, esto iba a ser divertido.

—¡Fulgur!

Un rayo de color blanco púrpura salió disparado de la palma de mi mano, zigzagueando por el aire antes de estrellarse contra el pecho del flacucho guardia. Se convulsionó y su cuerpo se sacudió como una marioneta con los hilos enredados antes de desplomarse, inconsciente.

—Bueno, ya cayó uno. ¿Quién es el siguiente?

El tipo de la porra gruñó, su rostro lleno de cicatrices se retorció mientras volvía a blandir su arma hacia mí, esta vez con más determinación.

Me aparté, dándome golpecitos en la barbilla, pensativa.

—Sabes, deberías ir a que te vean eso. Podría dejar una marca.

Sus ojos se encendieron y volvió a golpearme, esta vez con un chisporroteo de magia eléctrica que me habría frito en el acto... si me hubiera golpeado.

—¡Ventum!

Una ráfaga de viento salió disparada de la palma de mi mano, haciéndolo retroceder. Tropezó, sus pies patinaron contra el piso de cemento y sus brazos se balancearon mientras intentaba mantener el equilibrio.

El guardia que empuñaba la espada, que parecía salido de una novela fantástica con su hoja encantada de un verde espeluznante,

lanzó un grito de guerra y salió corriendo.

—¿En serio? —Crucé los brazos—. ¿Una espada? ¿En el siglo XXI? Qué... retro.

No aflojó el paso. Su rostro se retorció de rabia y blandió la espada en un arco mortal, apuntando a mi cabeza.

—¡Inflitus!

Un pulso de fuerza cinética brotó de la punta de mis dedos e impactó de lleno en el pecho del guardia que empuñaba la espada. Voló hacia atrás como un muñeco de trapo y se estrelló contra una fila de estantes. Los cristales se hicieron añicos y el ruido de los artefactos mágicos al caer al piso resonó por todo el almacén.

—Ups. Mala mía. —Hice una mueca, mirando el desastre—. Estoy muy segura de que esto se lo descontarán a alguien.

El último guardia, un vampiro por el aspecto de sus ojos negros y sus afilados colmillos, siseó, su cuerpo se desdibujó mientras corría hacia mí con una velocidad sobrenatural.

Lástima por él, yo era más rápida.

—¡Viverra!

El hechizo arrancó un estante metálico de detrás de él y se lo clavó en la espalda. El vampiro chilló y cayó hacia adelante, mientras el estante lo inmovilizaba contra el piso.

Me miró con rabia temblorosa.

—Pequeña...

—¡Declinare!

Una onda de energía blanca salió disparada, golpeándolo en la cara y dejándolo inconsciente. Su cabeza se inclinó hacia un lado y su cuerpo quedó inerte bajo el estante caído.

El guardia de la porra profirió un leve gemido. Abrió los ojos y su rostro se contorsionó de dolor mientras intentaba levantarse. Arqueé una ceja, me acerqué y me a su lado.

—¿Un consejo? —susurré, acercándome a él—. La próxima vez, trae más refuerzos.

Se tambaleó hacia atrás y se desmayó en el acto.

Me levanté, me sacudí los jeans y me eché el pelo por encima del hombro.

—Bueno, eso fue divertido.

Miré a mi alrededor, con el pecho agitado y la adrenalina corriendo por mis venas. Cuatro guardias inconscientes. Sin bajas. No está mal para una noche de trabajo.

Solté un suspiro y los hombros se me hundieron cuando la tensión desapareció. Mi magia había vuelto con más fuerza que antes. Zumbaba bajo mi piel, poderosa y estimulante, pero más controlada de lo que había estado en mucho tiempo.

¡Estaba de vuelta, mi gente!

Me di la vuelta y corrí por el pasillo hacia la salida. Mis botas golpearon el piso de cemento mientras corría hacia la puerta lateral, sintiendo ya el frío aire de la noche.

Me detuve en el exterior y encontré a mis tías acurrucadas, con el espejo en las manos de Dolores y el reloj en el bolso plateado de Beverly.

Dolores levantó una ceja al verme.

—Tardaste bastante.

Le dediqué una sonrisa.

—Hago lo que puedo.

Beverly se rio.

—¿Dejaste alguno vivo?

—Todos están vivos. Cuerpos y egos magullados, pero vivos —dije, quitándome la chaqueta—. Ahora, larguémonos de aquí antes de que aparezcan más guardias.

Por un segundo, juraría que vi algo moverse por la cintura de Ruth dentro de su traje mágico para materiales peligrosos. Pero parpadeé y ya no estaba.

Ruth cruzó los brazos sobre el pecho, notando claramente que yo había visto algo.

—¿Te reconocieron?

—Quién sabe —admití—. Dudo que recuerden mucho cuando despierten.

Dolores resopló.

—Todas iremos a la cárcel.

Sonreí, invoqué la línea ley más cercana y la jalé hacia nosotras.

—Sólo si nos atrapan. Lo cual no pasará. —Bueno, esta noche no.

Ruth chilló cuando la línea ley crepitó con energía.

—Me encanta este trabajo.

Sonreí. A mí también me encantaba. No me veía haciendo otra cosa.

Negué con la cabeza, riéndome, mientras saltábamos a la línea ley y salíamos disparadas hacia delante, con el mundo desdibujándose a nuestro alrededor en rayas de colores. El almacén con los guardias inconscientes desapareció a nuestras espaldas.

Pero mi risa se desvaneció cuando me di cuenta de la realidad de nuestra situación. Habíamos recuperado algunos artefactos, pero todavía faltaban cuatro: cuatro reliquias malditas que podían destruir vidas, retorcer mentes y dejar más cadáveres a su paso.

Mañana por la noche se celebraba la subasta del mercado negro, nuestra única oportunidad de recuperar esos artefactos antes de que desaparecieran en manos de quién sabe qué clase de monstruos.

Una oportunidad. Sin repeticiones. Sin segundos intentos.

Si no la aprovechábamos, los perderíamos para siempre. ¿Y si fallábamos?

No sólo perderíamos los artefactos.

Lo perderíamos todo.

# CAPÍTULO 18

—Listo. El reloj y el espejo vuelven a estar a salvo en nuestra bóveda —dijo Dolores, desenvolviendo su bufanda roja y enganchándola en la clavija de madera que estaba al lado de la puerta trasera de la casa Davenport. Se sirvió un café y se sentó, con los hombros por fin relajados—. Si algún idiota intenta entrar... —Se rio entre dientes—. Se llevará una desagradable sorpresa.

Darian, encaramado a mi regazo, aplaudió con sus manos gorditas, riéndose como si Dolores acabara de hacer el mejor truco de magia del mundo. Fruncí el ceño. ¿Lo había entendido? No. Pero era lindo, así que lo dejé creer que era parte del chiste.

Beverly cruzó las piernas y su tacón rojo se balanceaba mientras sorbía su café.

—Ya van dos veces hoy. Has bajado dos veces. ¿Qué esperabas, Dolores? ¿Que a los artefactos les salieran piernas y caminaran solos?

Dolores apretó los labios.

—Prefiero ser minuciosa. No hay ninguna regla que lo prohíba.

—No la hay —asentí, haciendo rebotar a Darian en mi regazo—. Me alegro de que estén a salvo. Los otros...

Un fuerte estruendo resonó en el aula de pociones, haciendo vibrar las paredes. Sonó como si se rompiera un cristal, seguido de lo que juraría que fue un leve estallido y una efervescencia.

Miré a mi alrededor.

—¿Esa fue...?

Dolores hizo un gesto despectivo con la mano.

—Ruth. Está experimentando de nuevo.

—Es demasiado temprano para explosiones —gritó Beverly hacia el aula de pociones.

Reprimí una carcajada, pero la tensión seguía ahí, apretándome el pecho.

—Todavía faltan cuatro artefactos. —Me incliné hacia atrás, meciendo a Darian mientras intentaba agarrarme la nariz—. Tenemos que recuperarlos esta noche.

Dolores asintió, con el rostro serio.

—Lo haremos. Debemos hacerlo.

A Beverly se le iluminaron los ojos.

—Ay, me encanta una buena guerra de subasta.

—No es una gala benéfica, Beverly —espetó Dolores—. Es una subasta en el mercado negro en la que se venden artefactos malditos que podrían matar a cualquiera que los compre. Intenta controlar tu emoción.

Beverly exclamó.

—Ay, por favor. ¿Artefactos mortales, criminales siniestros y ricos moralmente cuestionables? Parece el tipo de fiesta que me gusta. —Se pasó una mano por delante, ajustándose el escote—. Y seamos sinceras. Voy a ser la atracción principal. Estos hombres no sabrán si pujar por los artefactos o por mí. —Soltó una risita.

Dolores suspiró, sacudiendo la cabeza.

—Caldero ayúdanos.

Otra explosión. Esta sonó más cerca, seguida de un débil chisporroteo. Los ojos de Darian se abrieron de par en par mientras intentaba estirar el cuello hacia el ruido.

—¿Qué hace ahí adentro? —pregunté, mi curiosidad sacando lo mejor de mí—. Suena como un sitio de demolición.

Dolores suspiró.

—Lo último que supe es que estaba trabajando en una poción para despegar.

Parpadeé.

—¿Despegar? Como... ¿algo que se pega?

La cara de Dolores estaba muy seria.

—Para ese chicle trampa del almacén. Dijo que si volvía a quedar atrapada en ese desastre pegajoso, quería estar preparada. Así que ahora está preparando algo para «despegarse» por si acaso.

Los ojos de Beverly se abrieron de par en par.

—¿Quieres decir que está preparando una poción contra trampas?

Dolores asintió sombríamente.

—Al parecer, estar colgada como una piñata le dejó una gran impresión.

Pobre Ruth. Pero entendía perfectamente sus razones.

Otro estruendo resonó en el aula de pociones, seguido de la voz ahogada de Ruth:

—¡Ay, no, oh, no!

Beverly suspiró.

—Se da cuenta de que no pensamos entrar en otro almacén mágico a corto plazo. ¿Verdad?

Dolores la miró.

—¿Quieres ser tú quien se lo diga?

Beverly se estremeció.

—No. Déjala que se divierta. Al menos su corazón está en el lugar correcto.

Dolores puso los ojos en blanco.

—Pero, su cerebro sigue de vacaciones.

Sacudí la cabeza, incapaz de contener una carcajada.

—Bueno, volvamos a los negocios. La subasta de esta noche.

Dolores sacó su bloc de notas y hojeó las páginas.

—Como es sólo por invitación, será de alta seguridad. Y podemos suponer que hay magia élfica por todas partes. Si queremos lograrlo, tenemos que pasar desapercibidas.

A Beverly le brillaron los ojos.

—Por fin. Una razón para llevar ese glorioso vestido rojo que muestra mi excepcional escote.

Las fosas nasales de Dolores se encendieron.

—Beverly, nos estamos infiltrando en una subasta ilegal, no trabajando en la esquina de la Quinta Avenida.

Los labios de Beverly se curvaron en una sonrisa de suficiencia.

—¿Estás envidiosa?

—¿De qué? —dijo Dolores—. ¿De tu escote de más de cincuenta años? Por favor. He visto menos relleno en una fábrica de sofás.

Beverly se miró el pecho.

—Estos son totalmente naturales, muchas gracias.

Dolores se rio entre dientes.

—Sigue creyendo eso.

Beverly puso las manos en las caderas, con expresión desafiante.

—No puedo evitar que mi cuerpo desafíe las leyes de la gravedad. Algunas estamos bendecidas. Como yo —añadió con un guiño.

Dolores encogió los hombros, con expresión de suficiencia.

—Y algunas de nosotras somos putas.

Beverly miró fijamente a su hermana.

—Sólo estás envidiosa porque el año que viene por estas fechas tus pechos te llegarán a la cintura.

Auch.

Miré a Darian y lo hice rebotar en mi rodilla.

Dolores fulminó a su hermana con la mirada y, antes de que pudiera replicar, un estruendo más fuerte resonó en el aula de pociones, seguido de una débil maldición.

Fruncí el ceño.

—¿Estamos seguras de que está bien ahí dentro?

Dolores suspiró, reclinándose en su silla.

—Define qué es *bien*.

Beverly me hizo un gesto despectivo con la mano.

—No te preocupes. Si tuviera problemas de verdad, oiríamos gritos. O explosiones mucho más grandes. O la casa ya habría sido absorbida por un agujero negro.

—Eso es reconfortante —murmuré.

—Bueno. —Dolores se inclinó hacia adelante, sus ojos me miraban—. Volviendo al tema de esta noche. ¿Estás segura de que podemos confiar en la información de Cedric?

Vacilé, acomodando a Darian en mi regazo mientras gorgoteaba alegremente, con sus diminutos dedos agarrando una cuchara. La golpeaba contra la mesa, claramente contento con el ruido que

hacía. Lo giré suavemente para que me mirara, pero se limitó a soltar una risita y a golpear la cuchara con más fuerza.

—Iris dice que estamos en la lista —les dije—. Pero no sé nada de ella desde anoche.

Los labios de Dolores se afinaron.

—Esta noche a medianoche. ¿Pero aún no sabemos *dónde*?

Negué con la cabeza y miré a Darian mientras se metía la cuchara en la boca y le caía la baba por la barbilla.

—Exacto.

Beverly se abrazó a sí misma.

—No me gusta como suena eso.

No se equivocaba.

—No tenemos elección. Es la única manera de recuperar esos artefactos.

La mirada de Dolores se agudizó.

—¿Marcus ha encontrado alguna prueba de más artefactos ilegales en Hollow Cove?

Sacudí la cabeza.

—No que yo sepa. Todavía tenemos que investigar los otros supuestos casos que nos han llegado, pero tengo la sensación de que son objetos normales. Nada maldito.

Había pasado la noche en vela con Marcus, hablando de eso y diciéndole que aún nos faltaban cuatro artefactos de la bóveda. Hasta ahora, no se había informado de más bajas. Hasta ahora. Y el jefe estaba nervioso. No podía relajarse. Y no lo culpaba.

—Tengo que volver a la oficina —me había dicho anoche. Y una vez más, no volvió a casa.

De repente, a Darian se le cayó la cuchara y su carita se frunció de confusión. La recogí, se la limpié y se la devolví. Inmediatamente empezó a golpearla de nuevo contra la mesa, riéndose como si fuera lo más divertido del mundo.

Beverly lo observó, con una pequeña sonrisa en los labios.

—Sabes, creo que sacó su terquedad de ti.

Resoplé.

—Cielos, gracias. —Se me ocurrió algo—. Entonces, todas estamos de acuerdo en que la única forma de recuperar estos

artefactos de forma segura es si los compramos. ¿Verdad?

—Sí. —Dolores asintió—. Es la única manera.

—Yo también —dijo Beverly.

—Súper. —Las miré—. Entonces, ¿cómo pagamos por ellos?

Beverly resopló.

—Con dinero, tonta.

—Sí, lo sé, pero...

—Quiere decir que de dónde vamos a sacar tanto dinero si tenemos unos ingresos fijos —informó Dolores.

Beverly enarcó las cejas.

—Ah. Cierto.

—¿A quién conocemos que pueda prestarnos el dinero? —Tardaría años en saldar esa deuda si los artefactos eran tan caros como pensaba. Pero eso no importaba realmente en este momento. La gente estaba muriendo.

Dolores se quedó pensativa.

—La tesorería del pueblo. Sé a ciencia cierta que hay al menos diez mil dólares en la caja fuerte.

Parpadeé.

—¿Y crees que Martha nos lo prestará? —Sí, esa era la pregunta.

—Déjamela a mí —dijo Dolores.

Perfecto.

Balanceé a Darian contra mi pecho mientras me levantaba.

—Debería ir a ponerlo a dormir una siesta. Mantenme informada sobre la situación del dinero.

Dolores me señaló con el dedo.

—Estate lista a medianoche. Yo me encargaré de Martha. —Se crujió los nudillos con una sonrisa amenazadora—. Soy muy persuasiva cuando lo necesito.

—Recuérdame que nunca me ponga en tu contra. —Me reí, dirigiéndome hacia el pasillo.

Un fuerte estruendo resonó en el aula de pociones, seguido de un grito ahogado. Me detuve a medio paso y miré hacia la puerta cerrada.

Beverly levantó la vista, con expresión molesta.

—Me está dando dolor de cabeza con todo ese ruido.

—Admito que esto es un poco inusual, incluso para Ruth —dijo Dolores.

Otro golpe, más fuerte que el anterior, sacudió el piso debajo de mis pies. Darian levantó la cabeza y sus ojitos se abrieron más con curiosidad. Se le escapó una risita. Por supuesto que le hizo gracia.

—Voy a asegurarme de que no está invocando a un sabueso infernal ahí adentro o algo peor —dije, acercándome a la puerta.

—¿Crees que sería tan estúpida? —preguntó Beverly, dando un sorbo a su café.

Dolores ni siquiera levantó la vista.

—Creo que es Ruth.

Hice una mueca. Buen punto.

Giré el pomo y empujé la puerta para abrirla.

—¿Ruth? ¿Qué estás...?

Me quedé helada.

El aula de pociones era una zona desastrosa. Los estantes se habían caído, los frascos estaban destrozados en el piso y las pociones multicolores se filtraban por la madera. Y justo en medio del desastre estaba Ruth, tirada en el suelo, con el pelo revuelto.

Y a su alrededor había al menos veinte criaturas diminutas, multicolores, parecidas a gerbiles, cada una de las cuales saltaba y brincaba como si les hubieran inyectado un galón de cafeína.

—¿Qué... demonios? —Di un paso adelante, con la mandíbula desencajada—. Ruth, ¿qué has hecho?

Ruth levantó la vista, su cara era la imagen perfecta de una ovejita.

—Alimenté a Gerby... y entonces él simplemente... se *multiplicó*.

—Creo que he visto esta película. —Di un paso alrededor de un charco de poción verde brillante. Una de las criaturas saltó por encima de mi pie y trepó por la pared, clavando sus diminutas garras en el papel tapiz mientras desafiaba la gravedad—. ¿Cuántos hay?

—Dejé de contar a los veinte —admitió Ruth—. No paran de moverse el tiempo suficiente para contar bien.

Dolores apareció detrás de mí, contemplando la escena con los ojos muy abiertos.

—¡Ruth! ¿Qué has hecho?

Ruth levantó las manos.

—¡No lo sabía! Se veía tan triste y solo en esa jaula del almacén. No podía dejarlo allí.

Sí, sabía que había visto algo moviéndose en su traje de materiales peligrosos.

—No podía dejarlo... —El rostro de Dolores adquirió un alarmante tono rojo—. ¿Estás loca? ¿Has robado una criatura ilegal y la has traído a nuestra casa?

—Las criaturas no deben estar en jaulas —se defendió Ruth, con un toque de terquedad en la voz—. Y estaba tan hambriento...

Beverly asomó la cabeza y abrió mucho los ojos al ver el caos.

—Bueno, esa es una forma de redecorar.

—¿Crees que esto es divertido? —La voz de Dolores era peligrosamente baja—. No tenemos ni idea de lo que son estas cosas. O lo peligrosas que son. Mira. Ya se multiplicaron. ¿Qué más pueden hacer?

—¿Cómo iba a saberlo? —resopló Ruth, cruzando los brazos—. Parecen gerbiles. Me encantan los gerbiles.

Hildo se acercó, agitando la cola con irritación mientras contemplaba la escena. Suspiró, con voz exasperada.

—Son kerblix. Criaturas del inframundo. Son inofensivos por sí solos, pero... se multiplican cuando se les alimenta después de medianoche.

Ruth se quedó con la boca abierta.

—¿Cómo iba a saberlo? Estaba en una jaula, solo y solitario. No vi ninguna etiqueta de advertencia.

Dolores se enterró la cara entre las manos.

—Esto es una pesadilla.

Campanita pasó zumbando cerca de nosotras, con su vocecita chirriante, mientras dos de los kerblix jalaban sus alas, riéndose como niños traviesos. Ella forcejeaba para quitárselos de encima, pero ellos se aferraban a ella, con sus grandes ojos brillantes de inocente picardía.

—¡Suéltenme, pequeños demonios! —gritó Campanita, retorciéndose en el aire mientras intentaba quitárselos de encima.

Las criaturas se rieron más fuerte, rebotando en sus alas como si estuvieran en un trampolín.

—Ay, por el amor al caldero. —Dolores chasqueó los dedos y una ráfaga de magia blanca fulminó a las dos criaturas, haciéndolas caer al suelo, de donde salieron escabulléndose, completamente ilesas—. Tenemos que sacarlos de aquí antes de que lo destruyan todo.

—Intenté hacer una poción de reversión —admitió Ruth, con los hombros caídos—. Pero... no funcionó.

—No me digas. —Esquivé otro kerblix que rebotó en una estantería y se estrelló contra una pila de libros, tirándolos al suelo —. Ruth, ¿cuál es el original?

Ruth parpadeó mientras miraba a su alrededor.

—Yo... no sé... todos parecen iguales.

Los ojos de Dolores brillaron.

—Porque los alimentaste, todos se multiplicaron en copias *exactas*. Ahora no hay forma de distinguirlos.

Ruth puso cara de triste.

—Oh.

Me sentí mal por Ruth. Sabía que sus intenciones habían sido las mejores. Me la imaginaba como una de esas activistas que irrumpen en los laboratorios y liberan a todos los animales con los que se hacen experimentos. Lo entendía. ¿Pero estos? Estos no eran animales mortales normales. Eran pequeños demonios malhechores.

De repente, Darian soltó una risita de emoción, contoneándose entre mis brazos. Antes de que pudiera detenerlo, saltó de mi agarre, aterrizando con un ruido sordo en el suelo en posición agachada, sobre los nudillos y con los pies separados como un gorila diminuto.

—Darian —jadeé, acercándome a él, pero entonces me quedé paralizada.

Los veinte kerblix dejaron de moverse. Sus grandes ojos parpadearon al unísono antes de volverse hacia Darian. Y entonces, como atraídos por una fuerza invisible, corrieron hacia él y se sentaron frente a él, perfectamente alineados en dos filas ordenadas. Lo miraron fijamente, con los ojos muy abiertos, con... ¿adoración?

—¿Qué... demonios? —jadeé.

Beverly se quedó boquiabierta.

—Le... le están obedeciendo.

—¿Obedeciendo? —resonó Ruth, con los ojos abiertos como platos—. ¿Por qué?

Dolores se quedó pensativa.

—Muy buena pregunta.

La preocupación en su tono hizo que se me revolvieran el estómago.

Tragué saliva, con los ojos clavados en mi hijo, que ahora se reía mientras los kerblix agitaban sus hocicos hacia él.

Dolores se giró hacia mí, con el rostro sombrío.

—Tenemos que llamar a Obiryn. Él es el único que puede llevar estas cosas de vuelta al Inframundo.

Abrí la boca, pero no salieron palabras. Me limité a asentir, con el corazón latiéndome en el pecho, mientras Darian extendía la mano y acariciaba suavemente la cabeza de uno de los kerblix, con los ojos brillantes de alegría.

Y la criatura arrulló, frotando la cabeza contra su pequeña mano como una mascota obediente.

*¿Qué diablos significa esto?* Mi hijo acababa de comandar una manada de demonios del Inframundo.

Bueno, que me abofeteen con un grimorio maldito y me digan condenada.

# CAPÍTULO 19

—Y todos se quedaron allí sentados, mirándolo con adoración —dije, paseándome de un lado a otro por el dormitorio de Darian, con voz alta—. Esperando a que él les diera órdenes. Era casi como si él fuera su...

—Alfa —dijo Marcus, con su voz profunda, tranquila, firme, como si estuviera afirmando lo obvio.

Me detuve a mitad de camino y giré la cabeza para mirarlo.

—Sí. Pero... eso no puede ser. Es un *bebé*. Y no es un kerblix. —Me froté los ojos con las yemas de los dedos—. Estoy completamente confundida. Ayúdame.

Marcus se apoyó en la cuna y su enorme cuerpo consiguió parecer imponente y tierno al mismo tiempo. Sus ojos grises se ablandaron cuando miró a nuestro hijo dormido, que estaba todo extendido como una estrellita, con la boca ligeramente abierta, babeando sobre la manta. Completamente inconsciente de que acababa de exhibir una considerable energía alfa como todo un pequeño mandamás sobrenatural.

—Al poder no le importa la edad —dijo Marcus, con voz baja—. O la especie. Se trata de dominación. Y por lo que parece, Darian tiene mucho de eso.

Supongo que heredó más de Marcus de lo que había pensado.

—¿Pero por qué le harían caso? —Sacudí la cabeza, mis pensamientos se arremolinaban como un tornado—. Son kerblix. Son pequeños demonios del Inframundo. No deberían seguir las órdenes

de un bebé hombre simio. —Hice una pausa, con las manos en las caderas—. Si es por lo de tener sangre de demonio, bueno, yo también tengo sangre demoníaca y no sentí el impulso repentino de darles órdenes a los pequeños gerbiles.

Los labios de Marcus se crisparon y sus ojos se cruzaron con los míos.

—Quizás no das tanto miedo como crees.

Le lancé una mirada fulminante.

—Claro que soy aterradora, muchas gracias.

Su sonrisa se amplió.

—Aterradoramente *sexy.*

El calor se acumuló en mi vientre, pero entrecerré los ojos.

—Sabes, la mayoría de los esposos estarían un poco más preocupados de que su hijo de un mes acabara de ordenarle a una manada de criaturas del inframundo que se sentaran como si fueran sus secuaces personales.

La expresión de Marcus se suavizó y extendió una mano, una mano grande y cálida que me rodeó la cintura y me jaló para acercarme.

—Estoy preocupado. Pero tampoco me sorprende.

Parpadeé.

—¿No?

Miró a Darian con ojos llenos de una mezcla de orgullo y asombro.

—En cuanto lo vi, supe que era especial. Poderoso. Mira a sus padres. Su madre es mitad demonio, mitad bruja. Su padre es el jefe de los hombres simio y el alfa de su pueblo. Es una tormenta perfecta de magia y fuerza. Lleva el liderazgo en la sangre.

—¿De verdad crees que es... un alfa? —¿Cómo podría mi pequeño bebé ser un alfa? Esto era una locura.

Marcus volvió a mirarme, con ojos firmes e inquebrantables.

—No lo creo. Lo sé. Le dio órdenes a esas criaturas porque tiene la presencia, el poder y la magia para hacer que lo sigan. Y lo hicieron. Porque él es su alfa, lo sepan o no.

Sentí un peso en el pecho que me oprimía y me dificultaba la respiración.

—Pero es sólo un bebé. No debería tener tanto poder. No es... normal. —Sabía que iba a ser diferente. Tenía la sensación de que podría hacer magia y ser fuerte como su padre. ¿Pero esto? No. *No* estaba preparada para esto.

Marcus me acercó más, me rodeó con sus brazos para que su calor se filtrara en mi piel y calmara el miedo que me arañaba por dentro.

—Nada de nuestras vidas es normal, Tessa. ¿Por qué debería serlo?

Solté una risa temblorosa y apoyé la frente en su pecho.

—Se supone que tienes que ayudarme a sentirme mejor, no asustarme.

Su pecho vibró con una risita baja.

—¿Ayudaría si te dijera que también es adorable?

Resoplé, con los dedos enroscados en su camisa.

—Sí, hasta que empiece a ladrar órdenes y a dirigir un ejército de kerblix a la batalla.

Los hombros de Marcus temblaban de risa, sus dedos me rozaban la espalda de arriba abajo a un ritmo tranquilizador.

—Menos mal que nos tiene a nosotros para enseñarle a controlarlo.

Me eché hacia atrás, mirándolo.

—Exactamente. Mi padre me dijo que le enseñara, pero ¿cómo? ¿Cómo se lo enseñamos? ¿Cómo sabemos siquiera de lo que es capaz? No entiendo su magia. Es diferente. Es... No se parece a nada que haya visto antes.

El rostro de Marcus se suavizó y su pulgar rozó mi mejilla.

—Puede ser. Pero es nuestro hijo. Y estoy seguro de que lo resolveremos.

Respiré hondo, dejando que sus palabras me calmaran, me afianzaran.

—Espero que tengas razón.

—Siempre tengo razón —bromeó, mirándome los labios como si quisiera comérselos. Quizás quería. Sonrió con esa sonrisa confiada y pícara que hacía que se me derritieran las pantis—. Creo en ti. En nosotros. Y creo en él. —Volvió a mirar a Darian y su cara se volvió

más tierna—. Tiene más amor y fuerza a su alrededor de lo que la mayoría de los niños podrían soñar. Sea cual sea su poder, le enseñaremos a usarlo. A controlarlo.

Respiré despacio, sintiendo que el nudo del miedo en mi pecho empezaba a aflojarse.

—Haces que parezca tan fácil.

Marcus sonrió y sus ojos brillaron con picardía.

—Ese es mi trabajo, mi amor. Hacer que lo imposible parezca fácil.

Puse los ojos en blanco, pero una sonrisa se dibujó en mis labios.

—Estás loco.

—Sí —dijo, inclinándose para rozar sus labios con los míos, su voz bajando a un murmullo bajo y ronco—. Pero tú me amas.

Le devolví el beso, sintiendo el calor de su tacto que hacía palpitar mis regiones femeninas.

—Si. Te amo.

Se oyó un fuerte resoplido en la cuna y los dos miramos hacia abajo para ver a Darian moviéndose mientras dormía, con sus deditos enroscados en la manta mientras se revolcaba boca abajo, con el culito levantado.

Marcus se rio.

—Bueno, definitivamente se parece a ti. Así es exactamente como duermes.

Le di una palmada en el brazo.

—Yo no duermo así. —¿O sí? Ni idea.

Los ojos de Marcus brillaron con diversión.

—Sí lo haces. Y me gusta.

Negué con la cabeza, inclinándome hacia él y dejando que su fuerza y su calor me envolvieran.

—Eres un tonto.

Me dio un beso en la frente y me abrazó con fuerza.

—Sí. Pero te encanta mi trasero.

Totalmente cierto. Tenía un trasero muy sexy.

Suspiré y mis ojos volvieron a mirar a Darian. Nuestro hijo. Nuestro pequeño prodigio mágico, que era más poderoso de lo que ninguno de los dos podríamos haber imaginado.

—Vamos a necesitar ayuda —susurré, con los dedos apretados alrededor de la camisa de Marcus—. Le conté a mi padre lo del control de Darian sobre los kerblix cuando vino a buscarlos para llevarlos de vuelta al Inframundo. Dijo que lo investigaría. —Estaba muy agradecida de tener un padre demonio tan genial. Sabía que si había algo extraño en las nuevas habilidades de Darian, Obiryn lo descubriría.

El rostro de Marcus se volvió serio, su mano frotaba suavemente mi espalda.

—Bien.

Sí, lo que estaba pasando con mi hijo me daba miedo. Sí, era nueva en todo esto de la paternidad. Pero mientras tuviera a Marcus a mi lado, sabía que podría enfrentarme a cualquier desafío que se nos presentara, incluso si eso significaba criar al niño más poderoso que el mundo paranormal haya visto jamás. Caldero, ayúdame.

—Él es muy especial, Tessa.

Sonreí, apoyando la cabeza en el hombro de Marcus.

—Sí. Y es nuestro.

El brazo de Marcus me rodeó la cintura y me acercó.

—¿Estás bien? O sea, ¿realmente bien? ¿Con todo esto? —Su voz era baja y la preocupación era evidente.

Exhalé.

—Sí y no. Estoy emocionada, pero también... preocupada.

Sus ojos volvieron a nuestro hijo dormido.

—No te preocupes. Está a salvo conmigo.

Sabía que lo decía en serio. Marcus era muy protector. Era una de las cosas que más me gustaban de él.

Volvió a centrar su atención en mí.

—¿Estás lista para esta noche?

Suspiré.

—¿Sinceramente? No lo sé. Nunca había estado en una subasta del mercado negro. No tengo ni idea de qué esperar.

—No irás sola.

Fruncí el ceño, mirándolo.

—¿Vienes conmigo?

Sus ojos grises se endurecieron.

—Claro que sí.

Me mordí el labio.

—No sé si estás en la lista. Si no te dejan entrar...

—No me importa —interrumpió Marcus, con voz firme—. Encontraré la forma de entrar. Esta no es la primera vez que voy a un mercado negro paranormal. Tengo contactos.

Sentí una oleada de calor en el pecho y el corazón me dio un salto.

—¿Está mal que eso me parezca muy sexy?

Sus labios se curvaron en esa sonrisa picarona que hizo que me flaquearan las rodillas.

—No, no está mal en absoluto.

Una sonrisa se dibujó en mi cara.

—Me encanta mi hombre mala conducta.

Su mano se apretó a mi cintura, acercándome más.

—¿Porque quieres domar a la bestia salvaje que hay en mí?

—Tal vez. —Claro que sí.

Marcus se rio entre dientes.

—¿Estás segura de que estás lista para esta noche? No va a ser bonito. Estas subastas... son brutales. Y peligrosas.

Enderecé los hombros.

—No tenemos elección. Tenemos que apoderarnos de esos artefactos. Cuando los tengamos, podremos averiguar por qué se los llevó Soren... si realmente *fue* él.

Un músculo se tensó a lo largo de la mandíbula de Marcus.

—Esto no me gusta. No me gusta que estés involucrada en toda esta corrupción.

Apoyé la mano en su pecho, sintiendo los latidos de su corazón bajo mi palma.

—Ya estoy involucrada, Marcus. Y es culpa de mi familia. Esos artefactos procedían de nuestra bóveda. Si no los recuperamos, morirá más gente. No puedo permitir que eso ocurra.

Me estrechó entre sus brazos, abrazándome con fuerza. Cerré los ojos, hundiéndome en su calor, en su fuerza. Pasara lo que pasara esta noche, nos esperara cualquier peligro... lo afrontaríamos juntos.

Después de un largo momento, se echó hacia atrás, sus ojos buscando los míos.

—Aun así... ¿por qué la cámara acorazada de tu familia? ¿Por qué Soren atacaría a tu familia? ¿Cuál es la conexión?

Sacudí la cabeza, con la frustración carcomiéndome.

—No lo sé. Pero tiene que haber una razón. No se trata sólo de vender objetos malditos en el mercado negro. Es algo personal. Tiene que serlo.

Los ojos de Marcus se oscurecieron.

—No me gusta.

—A mí tampoco. Pero en este momento, tenemos que enfocarnos en esta noche. Al tener los artefactos, podremos empezar a averiguar el por qué.

Sus hombros se relajaron y sus dedos trazaron lentos círculos en mi espalda.

—Tienes razón. Primero conseguimos los artefactos. Luego cazamos a ese Soren Tex y hacemos que hable.

Sonreí con satisfacción.

—Me gusta cómo piensas.

Sus ojos brillaban con picardía.

—Pensé que así sería.

Me incliné y lo besé, un rápido roce de mis labios contra los suyos.

—Podemos con esto.

—Sí, podemos.

Volví a mirar a Darian, que dormía plácidamente en su cuna.

—Lo mantendremos a salvo. Pase lo que pase.

Marcus siguió mi mirada, su rostro se suavizó.

—Siempre.

Se me apretó el pecho. Estaba aterrorizada, pero también preparada. Lista para hacer lo que fuera necesario para proteger a mi familia. Para detener a Soren. Para acabar con esta pesadilla de una vez por todas.

—Entonces, esta noche a medianoche —dijo mi hombre simio, sus ojos viajando por mi cuerpo, muy lentamente.

—Sí.

—Bien. Entonces tenemos mucho tiempo.

—¿Tiempo para qué? —Sí, sabía lo que quería decir. Pero era divertido sólo decirlo.

Marcus me dedicó una sonrisa, de las que prometen un viaje especial, sexual y lleno de orgasmos. ¡Yupi!

Antes de que pudiera decir una palabra, sus labios estaban sobre los míos, firmes y exigentes, dejándome sin aliento.

Sí. Exactamente lo que necesitaba para liberarme de todo el estrés.

Gemí cuando su lengua se enredó con la mía. Sus manos se deslizaron por mi cuerpo, presionando mis caderas con los dedos antes de recorrer mis muslos. Le rodeé el cuello con los brazos, tirando de él hacia mí y sintiendo cómo su calor se filtraba en mi interior.

—Echaba de menos esto —murmuró contra mi boca, su voz áspera y profunda.

Sonreí.

—Lo sé.

Gruñó bajito y me apretó las caderas con las manos.

—Brujita engreída.

—También lo sé —bromeé, mientras mis dedos recorrían su musculosa espalda.

Su sonrisa de respuesta era pura maldad.

—Déjame enseñarte lo que este alfa le hace a las brujitas engreídas. —Su boca se acercó a mi cuello, sus dientes rozaron mi piel y me hicieron estremecer.

Gemí cuando sus besos se hicieron más intensos, sus manos se deslizaron bajo mi camisa mientras sus dedos exploraban, provocando y encendiendo llamas por todas partes. Me agarré a sus hombros, sintiendo la sólida fuerza bajo su piel.

—¿Intentas que arda en llamas? —pregunté, con la respiración entrecortada cuando su boca encontró mi clavícula.

—¿Funciona?

—Mmhmm. —Eché la cabeza hacia atrás mientras él me besaba ardientemente en el cuello, arañándome con su barba incipiente de la forma más deliciosa.

Se apartó y sus ojos grises se clavaron en los míos.

—Has estado muy agobiada con ese mercado negro. Ahora, no voy a dejar que pienses en eso. Ni una sola vez.

Abrí la boca para discutir, pero él me silenció con otro beso abrasador que me apagó el cerebro.

—No quiero que te preocupes por objetos malditos, subastas ni nada de eso —susurró, con voz baja y autoritaria—. Sólo quiero que pienses en mí. Aquí mismo. Ahora mismo.

—Bueno —respiré, mis manos se deslizaron por su pecho para sentir su corazón latiendo bajo mis palmas—. Tú ganas.

Una sonrisa de satisfacción curvó sus labios.

—Siempre lo hago.

—¿Quién es el engreído ahora? —Me burlé—. Entonces... ¿cómo planeas exactamente distraerme?

Sus ojos brillaron mientras me levantaba sin esfuerzo en sus brazos, estrechándome contra su pecho.

—Ah, tengo algunas ideas.

Me sacó de la habitación de Darian, con paso firme y seguro, mientras avanzaba por el pasillo hasta nuestro dormitorio. No pude evitar admirar la facilidad con que se movía, sus músculos ondulaban debajo de la camisa como si yo no pesara nada.

—Sabes —bromeé—, tengo piernas. Puedo caminar. —Pero esto era *mucho* mejor.

Sus labios se crisparon.

—Esta noche, no. Esta noche, eres mía.

Me estremecí, con el calor acumulándose en mi vientre.

—Tiene facilidad de palabra, jefe.

Abrió de una patada la puerta del dormitorio, sin apartar sus ojos de los míos.

—Y tú tienes una manera de volverme loco.

Cruzó la habitación con movimientos fluidos y elegantes mientras me bajaba a la cama. Las sábanas eran suaves y frescas contra mi piel mientras él me seguía, su cuerpo apretándose contra el mío, sólido y cálido.

Su boca volvió a encontrar la mía, su beso lento y exigente encendió un fuego que se propagó por todo mi cuerpo. Sus manos

recorrieron mi cuerpo, su tacto confiado y posesivo, sin dejarme ninguna duda de que hablaba en serio. Esta noche yo sería suya.

Me arqueé contra él y mis dedos se enredaron en su pelo mientras su boca se dirigía a mi cuello y su barba rasposa rozaba deliciosamente mi piel.

—Marcus... —Su nombre era un susurro, una súplica. Él respondió rodeándome con los brazos y estrechándome mientras sus besos se hacían más intensos.

Volvió a besarme, sus labios eran ardientes y exigentes, sus manos exploraban, provocaban, y encendían fuegos por todas partes.

Me perdí en él, en la sensación de su cuerpo apretado contra el mío, la forma en que se movía, la manera en que me besaba como si yo fuera el aire que necesitaba respirar. Por primera vez en días, no pensaba en el mercado negro ni en Soren Tex ni en los artefactos desaparecidos. Sólo pensaba en Marcus. Sólo pensaba en este momento.

Me hizo olvidar todo lo demás y me aferré a él, dejándome perder en él, en nosotros.

En este momento, nada más importaba.

# CAPÍTULO 20

—¿Qué demonios llevas puesto? —siseó Dolores, de pie en la entrada de la casa Davenport, con las manos en las caderas como si estuviera a punto de regañar a una adolescente que se escabullía de casa sin permiso.

—¿Qué? —Beverly dio una vuelta dramática, mostrando su vestido de lentejuelas rojas y negras que brillaba bajo la luz de la calle. El corpiño estaba tan ajustado que parecía que la habían encogido, y su sujetador pushup desafiaba las leyes de la gravedad, con los pechos prácticamente rozándole la barbilla—. Es mi nuevo sujetador pushup. Dijiste que fuera más grande. Y te hice caso.

—No quise decir que parecieras una puta —dijo Dolores.

Beverly hizo un gesto despectivo con la mano.

—Estás celosa porque tus caderas son demasiado grandes para caber en un vestido tan pequeño. —Se ajustó el escote con un contoneo practicado—. Además, se supone que tenemos que vernos como ricas. Las mujeres guapas y ricas usan este tipo de vestidos.

Dolores soltó un bufido lleno de indignación.

—¿En qué universo? ¿Las putas en Marte?

Reprimí una carcajada. Sin embargo, Beverly ni se inmutó.

—Pues llámame Miss Marte porque *estoy* fabulosa —declaró sacando pecho y revolviéndose el pelo—. Y cuando puje en esta subasta, nadie va a mirar mi cartera. Estarán demasiado ocupados mirando mi voluptuosa...

Dolores levantó una mano.

—Por favor. Ahórranos la lección de anatomía.

Miré a mis tías y me tranquilicé un poco. Claro, estábamos a punto de infiltrarnos en una subasta paranormal ilegal, pero al menos ellas venían conmigo.

—¿Dónde está Ruth? —pregunté, escudriñando el camino de entrada—. ¿Pensé que iríamos todas juntas?

Dolores suspiró, ajustándose la manga de su larga y vaporoso vestido azul marino. —Estará aquí. Dijo que estaba haciendo unos preparativos de última hora. —Se alisó un mechón de pelo suelto de su elegante moño, con el aspecto de una bruja regia—. Probablemente intentando entrar en ese horrible traje que insistió en ponerse.

Un fuerte crujido llamó nuestra atención cuando un BMW sedán oscuro se detuvo junto a la acera.

Iris fue la primera en salir, como una princesa gótica de una película de Tim Burton, con un vestido negro sin hombros y guantes de encaje. Un delicado sombrero adornaba su cabello oscuro, dándole un aire misterioso.

Ronin no se quedaba atrás, rezumando encanto con un elegante esmoquin que parecía haber sido confeccionado por manos mágicas. Se movía con la gracia natural de un depredador y sus ojos brillaban bajo la luz de la farola.

—Guao. Se ven increíbles —dije, mirándome. Me encogí de hombros. No tenía nada elegante que ponerme. Beverly me había ofrecido uno de sus vestidos, pero no me quedaba bien. Todavía me sobraba peso. Y, por desgracia, me había gastado todo el frasco de *Spray y Fit* de Martha*,* así que no contaba con trucos mágicos para mi ropa. Mis pantalones negros y mi top negro brillante no eran exactamente de alta costura. Los había combinado con una chaqueta, me había recogido el pelo e incluso había probado a maquillarme, pero al lado de Iris me sentía como una pariente pobre.

—Señoritas. —Ronin extendió los brazos—. Deleiten sus ojos con esto.

—Sí, sí, te ves bien —desestimó Iris, sacudiendo la cabeza—. Pero nadie sabe que te tardaste tres horas en arreglarte.

El medio vampiro sonrió.

—No se puede apresurar lo sexy.

—¿Dónde está Marcus? —preguntó Iris, con las manos enguantadas alisándose el vestido.

Abrí la boca para contestar justo cuando Marcus salía de nuestra cabaña, con paso seguro y relajado. Mi corazón dio un pequeño vuelco. No tenía puesto un esmoquin como Ronin; no, mi esposo había optado por una chaqueta corta de cuero negro sobre una camisa negra ceñida que se ceñía a su musculosa figura. Unos jeans oscuros completaban el look, amoldándose a sus largas piernas de una forma que me hizo agradecer la buena iluminación.

Parpadeé.

—Hola.

Los ojos de Marcus se clavaron en los míos, su boca se curvó en esa sonrisa exasperantemente sexy.

—Hola a ti también.

La puerta principal de la casa Davenport se abrió de golpe y Ruth salió dando tumbos, medio cubierta con una bata verde oscura que se parecía sospechosamente a un albornoz con hilos brillantes entretejidos. Tenía una capucha en la cabeza y unas gafas de sol gigantes y redondas que casi le cubrían la mitad de la cara.

—Por la diosa, ¿qué tienes puesto? —preguntó Dolores, con los ojos abiertos de par en par por el horror.

Ruth se levantó las gafas de sol, revelando una capa de purpurina dorada en los párpados.

—Es mi disfraz. Nadie me reconocerá. Parezco una misteriosa hechicera.

Beverly soltó una risita.

—Pareces la madre de Yoda.

Ruth frunció el ceño.

—Bueno, al menos no parezco una dama de compañía de pacotilla.

—Tonterías —ronroneó Beverly, ajustándose el escote—. Esto es alta costura.

—Sí claro —dijo Ruth, acercándose a mí—. Apuesto que venía con su propio poste.

Casi me ahogo de risa. Pero algo me inquietaba.

—Dolores. ¿Cómo te fue con Martha? ¿Conseguiste el dinero? —Miré el gran bolso de cuero que llevaba, que parecía inusualmente voluminoso.

Los labios de Dolores se curvaron en una sonrisa felina.

—Sí. Aunque me costó convencerla. Pero tengo mis maneras.

Enarqué una ceja.

—¿Qué hiciste?

Encogió los hombros, con una expresión tan inocente que me hizo sospechar.

—Sólo le recordé que el fondo de emergencia del pueblo se podía gastar en «iniciativas de seguridad comunitaria».

Beverly soltó un bufido.

—Más bien la chantajeaste.

La sonrisa de Dolores no vaciló.

—Fue una *negociación*. Resulta que yo tenía todas las cartas ganadoras.

Me quedé con la boca abierta.

—¿La chantajeaste? —*Así se hace Dolores.*

Dolores agitó la mano.

—Ah, deja de ser tan dramática. Martha me debía un favor.

Beverly alzó una ceja.

—¿Este favor incluía esas viejas fotos del Festival de la Cosecha de Hollow Cove? ¿Las del disfraz de payaso?

Los ojos de Dolores brillaron con picardía.

—Tal vez.

Beverly echó la cabeza hacia atrás y se rio.

—Eres *malvada*.

Dolores encogió los hombros.

—No es culpa mía que Martha tenga mal gusto para los disfraces. O que se emborrachara y bailara en la carroza.

Negué con la cabeza, intentando no reírme.

—Bueno, no importa lo que hayas hecho, me alegra que tengamos el dinero. Al menos ahora, tenemos una oportunidad de comprar todos esos artefactos.

Un nudo de ansiedad me oprimió el pecho. Intenté respirar hondo, pero la preocupación se negaba a desaparecer.

No era el hecho de que estuviéramos a punto de entrar en una subasta ilegal del mercado negro lo que ocupaba mis pensamientos. Era Darian.

Su muestra de... ¿qué? ¿De alfaísmo? (Sí, me acabo de inventar esa palabra) era muy preocupante. Si podía controlar a un grupo de demonios, ¿qué más podía controlar? ¿Y cómo podía hacerlo con sólo un mes de edad? ¿Cómo sería cuando tuviera seis meses?

Me mordí el labio inferior, con la cabeza dándome vueltas. Dejarlo con mi madre había sido duro, aunque Darian estaba profundamente dormido cuando me fui. Mi padre también estaba allí, observándolo con aquellos ojos plateados que no pasaban nada por alto, pero yo seguía sin poder quitarme la preocupación de encima.

¿Mostraría más magia esta noche? ¿Serían mis padres capaces de manejarlo si lo hacía? ¿Y qué significaba que tuviera ese tipo de poder?

Seguro me veía tan ansiosa como me sentía, porque Marcus se acercó y me apretó la mano. Su tacto era cálido y me tranquilizó.

—Él está bien —dijo Marcus suavemente—. Tu padre puede manejarlo. Y Darian es fuerte, como su madre.

Le dediqué una débil sonrisa.

—Sí, lo sé. Pero sigue siendo duro.

Los ojos grises de Marcus se suavizaron.

—Lo sé.

Lo que mi hombre simio no decía, aunque yo podía sentirlo en mis huesos de bruja, era que estaba orgulloso. Orgulloso de que Darian fuera capaz de comandar a esos demonios.

—¿A qué hora se supone que Cedric estará aquí? —preguntó Dolores, devolviéndome al presente—. Son las once y media. No quiero llegar tarde. Pareceremos aficionados.

—Él vendrá —dijo Iris, aunque se veía un poco preocupada.

Por lo poco que sabía de Cedric, probablemente nos estaba haciendo esperar a propósito, para demostrar su importancia.

El sonido de los neumáticos al crujir sobre la grava llamó nuestra atención. Un elegante todoterreno Range Rover negro con vidrios tintados se acercó a la acera. Después de un momento, salió Cedric, vestido con un traje impecablemente confeccionado que probablemente costaba más que todo mi clóset. Tenía el pelo oscuro peinado hacia atrás, reluciente bajo la luz de la calle.

—Hablando del rey de Roma… —murmuró Dolores.

Los ojos de Cedric nos recorrieron, su expresión rezumaba desdén.

—Veo que todos decidieron hacer un esfuerzo. Qué... pintoresco.

Beverly ladeó la cadera y sus lentejuelas brillaron bajo la luz.

—¿Estás envidioso?

La boca de Cedric se crispó.

—No en esta vida. —Se echó a reír—. ¿De verdad creían que *todos* están en la lista? Porque no lo están.

La risa de Cedric me erizó la piel, un sonido frío y burlón que resonó en los árboles circundantes. Nos miraba como si fuéramos hormigas a las que estuviera a punto de aplastar. Sus ojos brillaban con maliciosa diversión mientras cruzaba los brazos, con su traje a medida estirándose impecablemente sobre sus hombros.

Le lancé una mirada fulminante.

—¿Qué quieres decir con que no todos estamos en la lista?

Esbozó una sonrisa lenta y burlona, y sus ojos se posaron en Marcus y Ronin con puro desdén.

—¿De verdad creías que dejarían entrar a un mestizo y a un...? —Su labio se curvó—. ¿Una bestia sarnosa?

Los ojos de Ronin se volvieron negros, un destello de advertencia de su furia vampírica.

—Será mejor que cuides tu boca, Clairmont.

Cedric hizo un gesto despectivo con la mano, prácticamente irradiando su suficiencia.

—Por favor. Tienes suerte de que te deje respirar el mismo aire que yo. En cuanto a la subasta, sólo las brujas están en la lista.

Me quedé boquiabierta.

—¿Hablas en serio?

—Muy en serio —respondió Cedric.

Marcus apretó la mandíbula y se llevó las manos a los lados. Prácticamente podía sentir la furia que desprendía.

—¿Ah, sí? —dijo, con voz grave y peligrosa—. Pues qué mal. Porque igual iré.

Los ojos de Cedric bailaron de diversión.

—¿De verdad? ¿Y cómo piensas entrar? No dejan entrar animales en este tipo de eventos.

Ronin dio un paso adelante, sus ojos brillaban con un rojo aún más oscuro.

—Sigue hablando, amigo. Siempre he querido ver cuánto puedes sangrar.

El rostro de Iris se puso pálido.

—Cedric, basta.

Cedric miró a su hermana y su expresión se suavizó un poco.

—Hago esto por ti, Iris. No por ellos. —Volvió a mirar a Marcus y Ronin—. Especialmente no por ellos.

Marcus dio un paso adelante, con los ojos clavados en los de Cedric, impávidos.

—No te preocupes, no necesito tu permiso. Voy a entrar, de una forma u otra.

Cedric resopló, con los ojos brillantes de superioridad.

—Me gustaría ver cómo lo intentas.

Los labios de Marcus se curvaron en una sonrisa peligrosa.

—Lo verás.

La diversión de Cedric vaciló, pero se recuperó rápidamente, sacudiendo la cabeza con arrogancia.

—Bueno. Pero no me vengas llorando cuando te saquen a patadas con el culo lleno de pulgas.

Marcus no respondió. En lugar de eso, se inclinó hacia él, con voz grave y mortífera.

—No me importa lo que pienses. Y no me importan tus reglas. Voy a proteger a mi familia. Y nada me va a impedir estar allí esta noche.

La intensidad de sus palabras me produjo un escalofrío. Lo miré. Marcus hablaba en serio. No iba a dejar que nadie le impidiera entrar, ni siquiera Cedric y su pretenciosa lista.

Se giró hacia mí, sus ojos grises se ablandaron mientras me agarraba la cara entre sus grandes manos.

—Nos vemos más tarde.

Asentí con la cabeza.

—Ten cuidado.

Su pulgar rozó mi pómulo, su tacto cálido y firme.

—Recuperaremos esos artefactos esta noche. Y terminaremos con esto.

Asentí con la cabeza, sintiendo una oleada de determinación.

—Claro que sí.

Sonrió, con los ojos brillantes.

—Esa es mi mujer. —Se inclinó hacia mí y me besó, suave y dulcemente, antes de retirarse—. Te encontraré allá adentro. Quédate cerca de tus tías e Iris hasta entonces.

¿Era sobreprotector? Sí. ¿Me gustaba? Claro que sí.

El jefe miró a Ronin.

—Vámonos. Tenemos trabajo que hacer.

Los ojos de Ronin brillaban de expectación.

—Pensé que nunca me lo pedirías. —Le lanzó una mirada sombría a Cedric—. Te veré allá adentro, niño bonito.

El rostro de Cedric se puso rojo y sus ojos se entrecerraron con furia.

—Ya quisieras.

Ignorándolo, Marcus y Ronin se fueron hacia el Jeep de Marcus, con los hombros cuadrados y las posturas tensas. Los vi cuando se iban, con el pecho oprimido por una mezcla de preocupación y admiración.

Cuando volteé, Cedric me observaba con ojos calculadores.

—Ciertamente tienes un gusto interesante por los acompañantes.

Puse los ojos en blanco.

—Y tienes un gusto interesante por la gomina. Todos tenemos nuestros defectos.

Su mandíbula se tensó, pero no mordió el anzuelo.

—Vamos. Tenemos que irnos.

Se dio la vuelta y se fue hacia su elegante Range Rover negro, con el abrigo ondeando a sus espaldas. Miré a Iris, que encogió los

hombros disculpándose antes de seguir a su hermano.

—Vamos —les dije a mis tías, volteando hacia el auto de Cedric —. Cuanto antes lleguemos, más rápido se terminará esta pesadilla.

Beverly se pegó su bolso contra el pecho.

—Esto no me gusta. Ni un poquito.

Dolores suspiró, con los hombros rígidos.

—A mí tampoco. Pero es la única manera.

Los ojos de Ruth brillaban con picardía.

—Creo que es emocionante.

Dolores la fulminó con la mirada.

—Por supuesto que sí. Estás loca.

Ruth sonrió.

—Se llama ser excéntrica. Pero ya veo cómo confundirías las dos cosas.

Solté una carcajada, sacudiendo la cabeza.

—Están locas. Vamos.

Las cuatro subimos juntas a los asientos traseros del Range Rover de Cedric, mientras Iris se sentaba adelante. Los asientos de cuero se sentían fríos contra mi piel mientras miraba por la ventanilla, viendo cómo Marcus y Ronin subían al Jeep.

Marcus me miró y sus ojos se clavaron en los míos. Asintió con la cabeza, decidido.

Cedric subió al asiento del conductor, con la cara convertida en una máscara de irritación.

—No toques nada.

Me burlé.

—Créeme, no quiero contraer lo que sea que tengas.

Sus ojos me miraron por el retrovisor, entrecerrándose peligrosamente.

—Qué linda. —Giró la llave y encendió el motor— . Vámonos.

Mientras el todoterreno avanzaba a toda velocidad por la carretera, el corazón me latía con fuerza en el pecho. El momento había llegado. Esta noche recuperaríamos esos artefactos. Esta noche, nos enfrentaríamos al mercado negro.

Y esta noche, enfrentaríamos a Soren Tex.

Al igual que Dolores, empecé a pensar que llegaríamos tarde, pero después de diez minutos de viaje, Cedric detuvo su gran Range Rover en un camino de tierra a las afueras de Hollow Cove. Me giré y miré detrás de mí. No veía el jeep de Marcus, pero eso no significaba que no estuviera allí.

El camino de tierra estaba lleno de baches, los neumáticos del Range Rover crujían sobre la grava suelta y levantaban nubes de polvo. Miré por la ventana. Los árboles se hacían más espesos y sus ramas se arqueaban sobre nosotros como dedos esqueléticos. Estaba oscuro, la luna apenas asomaba entre las nubes, proyectando sombras espeluznantes que bailaban sobre el piso.

Cedric conducía en silencio, con la mandíbula desencajada y los ojos fijos en la carretera. Miré a Iris, que tenía la cara pálida y las manos entrelazadas en el regazo. Beverly, sentada a mi lado, se revolvía el pelo mientras murmuraba que la suciedad le estropeaba los zapatos.

Dolores, en cambio, estaba sentada con la espalda recta y un brillo escéptico en los ojos. Prácticamente podía ver cómo giraban los engranajes de su cabeza, tramando al menos una docena de formas de matar a Cedric si intentaba traicionarnos.

Y Ruth... bueno, Ruth estaba prácticamente rebotando en su asiento.

—Ahh. Me pregunto si venderán relámpagos embotellados. Me muero por conseguir unos de esos.

Dolores le lanzó una mirada.

—¿Estás loca? Eso es ilegal. Muy ilegal. Incluso para nuestros estándares.

Ruth encogió los hombros, con una sonrisa de oreja a oreja.

—¿Y? Por eso quiero algunos. ¿Tienes idea de lo difícil que es perseguir una tormenta con un frasco de conserva?

Dolores cerró los ojos.

—Necesito un trago fuerte.

La carretera bajó de golpe y, de repente, los árboles se abrieron, revelando un extenso campo bañado por la luz de la luna.

Y allí, en el centro de todo, estaba el mercado negro paranormal.

Inspiré con fuerza. Parecía una versión oscura y retorcida de un carnaval, un circo deformado y siniestro sacado directamente de una pesadilla. Había carpas de todas las formas y tamaños esparcidas por el campo, con colores desteñidos y andrajosos, ondeando al viento como velas destrozadas. La tela era negra, púrpura y carmesí oscuro, con extraños símbolos pintados en los laterales que parecían moverse y retorcerse bajo la luz de la luna.

Pulsé el botón de «bajar la ventana» de mi puerta. El aire olía a humo y ceniza, a salvia quemada y a algo que se pudría bajo la tierra. Se me arrugó la nariz y el hedor me atenazó la garganta.

A lo lejos, podía escuchar el murmullo de voces —bajas, gruñonas y siniestras— mezclado con el inquietante sonido de risas que resonaba en el aire. Este lugar estaba... mal. Retorcido. Como si la propia oscuridad se hubiera apoderado de todo aquí.

—Bienvenidas —dijo Cedric, con voz fría y llena de satisfacción—. Al mercado negro paranormal.

# CAPÍTULO 21

Bueno, este mercado negro paranormal no era exactamente lo que me esperaba. No es que *supiera* qué esperar, simplemente, no era esto.

Era básicamente móvil. Todo se podía empaquetar y trasladar. No es de extrañar que nunca estuviera en el mismo lugar. Inteligente. Pero eso no significaba que no acabaríamos con ellos.

Miré a Cedric, con la boca apretada. Parecía demasiado contento.

—¿Es esto?

Los ojos de Cedric brillaron mientras estacionaba el todoterreno y apagaba el motor.

—¿Decepcionada?

No respondí. Estaba demasiado ocupada contemplando la escena. Criaturas y seres de todas las formas y tamaños deambulaban entre las carpas: brujas con capas encapuchadas y rostros esqueléticos, vampiros con ojos rojos brillantes, metamorfos en forma de semiorcos e incluso demonios menores con cuernos enroscados y sonrisas perversas.

—Esos son nigromantes —susurró Iris, señalando a un grupo de figuras vestidas con túnicas de sombra, con los rostros ocultos tras máscaras plateadas—. Puedo sentir su magia desde aquí. Es fría... y hambrienta.

—Genial. —Desvié la mirada hacia la enorme carpa que estaba en el centro del mercado. Era la estructura más grande, se alzaba sobre las demás como una oscura catedral y su tela brillaba con

protecciones. La entrada estaba custodiada por dos enormes criaturas, trolls por el aspecto de su piel pétrea, con colmillos que salían de sus bocas.

—Ahí debe ser donde hacen la subasta —dije señalando.

Los labios de Cedric se curvaron en una sonrisa de satisfacción.

—Aprendes rápido.

Beverly dejó escapar un suspiro.

—He estado en algunas fiestas salvajes, pero esto...

Dolores frunció el ceño y cruzó los brazos sobre el pecho.

—Estamos aquí por los artefactos. No para mirar embobadas a esta panda de malvivientes.

—No —dijo Beverly, sacudiendo la cabeza—. Estoy embobada.

Ruth estaba prácticamente vibrando de emoción.

—Mira ese puesto de ahí. Están vendiendo calderos malditos. Tal vez debería comprar uno.

Dolores la agarró del brazo, con los ojos brillantes.

—¿Estás loca? No vamos a comprar nada más que esas reliquias.

Ruth hizo un mohín.

—No eres divertida.

—¿Cuándo Dolores ha sido divertida? —se burló Beverly.

Ruth encogió los hombros.

—Cierto.

Dolores fulminó con la mirada a sus hermanas.

—Por eso no me caen bien ninguna de las dos.

Aparté los ojos del mercado y miré a Cedric.

—¿Y estás seguro de que estamos en la lista?

Un destello de diversión parpadeó en el rostro de Cedric.

—No te preocupes, Merlín. Están en la lista. Mientras no me avergüencen. —Abrió la puerta—. Traten de actuar como si fueran de aquí. No llamen la atención.

Salió con el abrigo ondeando mientras se arreglaba el traje. Intercambié una mirada con Iris, que me dedicó una sonrisa nerviosa.

—Bueno, ya estamos aquí —dijo, con voz temblorosa.

Respiré hondo y me armé de valor.

—Sí. ¿Lista?

Tragó saliva.

—Ni un poquito.

Forcé una sonrisa.

—Bueno. Vámonos.

Salimos del todoterreno. El aire frío de la noche me mordía la piel y temblaba, ajustándome la chaqueta mientras miraba a mi alrededor. Parecía que las sombras se movían, susurraban y cambiaban, como si estuvieran vivas.

Cedric nos observó con una sonrisa de suficiencia, disfrutando claramente de nuestra incomodidad.

—Bienvenidas al mercado negro de lo paranormal —volvió a decir, su voz destilaba arrogancia—. Traten de no morirse.

Le lancé una mirada fulminante.

—Gracias por el consejo.

Se limitó a reír, con ojos fríos y burlones.

—Síganme. Y mantengan el ritmo. —Se dio la vuelta y empezó a caminar hacia la enorme carpa del centro, con su postura regia y arrogante.

Miré a mis tías, que observaban el mercado con distintos grados de horror y fascinación.

—Este lugar es pura maldad —susurró Beverly.

Dolores tenía los ojos duros y la mandíbula desencajada.

—Quédate cerca de nosotras. Y Ruth, no *toques* nada.

Ruth abrió los ojos como unos platos.

—No lo haré.

Por alguna razón, no le creía.

Respiré hondo.

—Vamos. Tenemos que comprar unos artefactos.

Avanzamos, nuestros pasos crujían sobre la tierra mientras seguíamos a Cedric. Miré por encima del hombro, medio esperando ver a Marcus y Ronin acechando en las sombras, pero no había rastro de ellos. Se me oprimió el pecho. Sabía que Marcus encontraría la forma de entrar. Era así de testarudo. Pero este lugar... algo andaba mal en este lugar. Aunque no sabía qué era.

La inmensa carpa se alzaba ante nosotros, con su tela resplandeciente de protecciones e ilusiones que me erizaban la piel.

Cedric se detuvo frente a dos imponentes trolls apostados en la entrada. Tenían la piel del color del granito y los músculos abultados bajo sus andrajosas armaduras de cuero. Cada uno sostenía un garrote con púas que parecía más un tronco de árbol que un arma.

Cedric les dedicó una sonrisa malvada y habló en un idioma que no entendí. Sonaba como siseos y chasquidos, casi serpenteante. Tal vez lo fuera. Después de un momento, los trolls gruñeron y se apartaron, permitiéndonos el paso.

Mis hombros se tensaron cuando entramos y mi mandíbula casi se cae al piso. Era como entrar en otra dimensión: un coliseo subterráneo lleno de opulencia y magia negra.

Filas de asientos suaves de terciopelo rojo se disponían en semicírculo alrededor de una plataforma elevada en el centro. Del techo colgaban arañas de cristal, cuya luz proyectaba sombras espeluznantes que danzaban por las paredes. El aire estaba cargado de encantamientos, el aroma de raras hierbas mágicas se mezclaba con algo más siniestro: algo podrido y putrefacto. Aguanté las ganas de vomitar.

Iris se acercó más a mí, con el rostro pálido.

—Este lugar... es extraño. Puedo sentir una presencia fría arrastrándose por mi piel.

Asentí, con los sentidos agitados por la energía que nos rodeaba.

—Se siente como si estuvieras caminando a través de una maldición. —Como dije. Había algo raro en este lugar.

Beverly arrugó la nariz.

—Creo que pisé algo. —Levantó el pie, dejando ver una sustancia negra y pegajosa que le chorreaba del tacón.

Cedric ni siquiera miró hacia atrás, pero capté la risa en su voz.

—Intenten pasar desapercibidas, señoritas. No queremos pasar vergüenza.

Dolores le lanzó una mirada.

—Sigue hablando, Cedric, y te enseñaré cómo se siente la verdadera vergüenza.

Sí, amaba a mi tía Dolores.

Se limitó a arquear una ceja y nos llevó por un estrecho pasillo hacia el frente. Recorrí la multitud con la mirada, observando la

extraña variedad de asistentes. Vampiros con el pelo engominado y sonrisas depredadoras, brujos con sigilos brillantes tatuados en la cara y metamorfos que no dejaban de moverse, como si estuvieran a punto de perder el control de sus formas humanas.

Alcancé a ver a una mujer vestida con una túnica carmesí, con el rostro oculto tras una máscara plateada. Sus dedos eran largos y huesudos, adornados con anillos que brillaban con oscuros encantamientos. Giró ligeramente la cabeza y sus ojos se clavaron en los míos durante un breve instante antes de apartarse.

Sí, espeluznante.

Pasamos cerca de una jaula donde estaba acurrucada una criatura que no era más grande que un gato, cuyo pelaje cambiaba de color como un camaleón. Tenía unos ojos enormes y conmovedores, llenos de miedo y miseria. Encima de la jaula había un cartel que decía: RAROS MUTANTES—PERFECTOS PARA MALDICIONES Y POSESIONES.

Ruth jadeó.

—Qué horrible. Deberíamos dejarlo salir.

Dolores la agarró del brazo con firmeza.

—Estamos aquí por los artefactos. No tenemos tiempo para esto. Y no podemos permitirnos otro episodio de kerblix.

Ruth apretó la mandíbula con frustración, pero asintió con la cabeza, con los ojos fijos en la criatura mientras pasábamos.

Nos acercamos a la plataforma elevada, donde había artefactos detrás de unas vitrinas, cada uno de ellos desprendía un matiz diferente de maldad. Mi mirada se detuvo en las pequeñas placas de latón que tenían delante, cuyas etiquetas estaban escritas con letra nítida y elegante.

Un violín maldito. *Toca melodías inquietantes que llevan a los oyentes a la locura.* Pues, ni de chiste.

A continuación, un frasco de sangre de dragón. *Extremadamente volátil. Manipular con extrema precaución.* El líquido brillaba como fuego fundido, pulsaba como si tuviera un latido del corazón. Sí, no, gracias.

Luego, una daga enjoyada. *Forjada en la oscuridad. Otorga el máximo poder a un costo mortal.* Fantástica. Prácticamente me

susurraba mientras pasábamos, su voz tan fría y maliciosa como la de un recaudador de impuestos.

Resistí el impulso de estremecerme. Quienquiera que comprara esta basura, estaba buscando la muerte o *era* la muerte en persona.

Tomamos asiento y los cojines de terciopelo se hundieron debajo de nuestro peso. No pude evitar darme cuenta de lo *masculino* que era este lugar. Aparte de la mujer de la máscara, que sospeché que era la pareja de alguien, éramos las únicas mujeres.

Seguí mirando por encima del hombro, buscando en la carpa a Marcus y Ronin, pero no vi ni rastro de ellos. Cedric se dio cuenta y se inclinó hacia mí, con voz de simpatía fingida.

—¿Extrañas a alguien?

Le lancé una mirada fulminante.

—Sólo admiraba la vista.

Había un destello de picardía en sus ojos.

—Claro.

Las luces se atenuaron y los murmullos de la multitud se apagaron. Una figura subió a la plataforma, su presencia era imponente y majestuosa. Era alto, su cuerpo delgado y grácil, vestido con túnicas negras que fluían a su alrededor como sombras. Tenía el pelo blanco como la nieve, que le caía hasta los hombros en ondas sedosas, y los ojos de un azul pálido, que brillaban con fría inteligencia.

Tenía que ser él. Soren Tex.

Se quedó de pie, como un rey que inspecciona su reino, con los labios curvados en una leve sonrisa mientras miraba a la multitud.

Y entonces su mirada se posó en mí.

Me puse rígida y el corazón me dio un salto. Sus ojos eran penetrantes, calculadores y demasiado divertidos. Él sabía quién era yo. Eso estaba claro.

Beverly soltó un silbido bajo y se abanicó con su bolso de lentejuelas.

—Vaya, vaya, vaya —ronroneó, con los ojos clavados en Soren como un gato avistando un canario especialmente apetitoso—. Si ese no es el mejor espécimen de hombría élfica que he visto en mi

vida... No me importaría que me *subastaran* para él, si saben a lo que me refiero.

Dolores dirigió su atención a Beverly.

—Por el amor de Dios, controla tu vagina. No estamos aquí para seducir al enemigo.

Beverly jadeó, llevándose una mano al pecho.

—¿Quién ha hablado de seducir? Sólo estoy admirando la arquitectura. Ese hombre está construido como un templo antiguo, y cariño, yo lo adoraría.

Ruth se rio, sacudiendo la cabeza.

—Zorra.

Beverly se limitó a sonreír, con los ojos todavía fijos en Soren.

—Lo dices como si fuera un insulto.

La mirada de Soren recorrió la multitud, su sonrisa se ensanchó mientras hablaba con una voz profunda y melódica que resonó en toda la carpa.

—Bienvenidos, honorables invitados, a la subasta de esta noche. Aquí sólo encontrarán los artefactos más raros y poderosos. Objetos de leyenda, impregnados de magia antigua y prohibida.

Mis manos se cerraron en puños. Magia prohibida. Artefactos antiguos. Artefactos de la bóveda de mi familia, hijo de puta.

—Disfruten y buena suerte. —Soren bajó de la plataforma y se acercó a una silla con respaldo alto, parecida a un trono, ubicada en el borde de la carpa. Se sentó, reclinándose como si no estuviera orquestando el acontecimiento más ilegal que haya presenciado en toda mi vida.

Eso estuvo bien. Estaba *bien*. Sólo necesitaba respirar. Tal vez contar hasta diez. Y quizás no salir disparada directo a patearle su cara de elfo.

¿Y dónde demonios estaban Marcus y Ronin? Si hubieran podido entrar, ya habrían llegado. Lo que significaba... que no pudieron entrar. Maldita sea.

Otra figura subió al escenario y tuve que reprimir un gesto de repulsión visible. Era delgado y huesudo, con el pelo oscuro y grasiento y un bigote que parecía estar a punto de abandonar la cara. Su cabeza se sacudía esporádicamente, como si estuviera

alimentada por un cableado defectuoso o perpetuamente a punto de estornudar.

Me incliné hacia Iris.

Si una cucaracha pudiera ser un hombre, sería él.

Iris resopló, agarrando con fuerza su bolso donde tenía a Doris.

—Eso es ofensivo para las cucarachas.

—¡Saquen el primer objeto! —graznó el subastador, con voz de fumador empedernido durante los últimos cuatrocientos años.

Un ayudante entró en escena llevando una bandeja forrada de terciopelo con una daga ornamentada que zumbaba con energía negra.

—Esto, queridos pujadores, es un artefacto único —dijo el subastador, señalando dramáticamente la daga—. Forjada en las profundidades de los Páramos Sangrientos en el Inframundo, imbuida de una magia que garantiza un ataque mortal. —Su voz adquirió un tono tranquilo y reverente—. Una puñalada. Una muerte. Garantizada.

—Ah, qué bien —dijo Beverly a mi lado—. Un kit de iniciación al asesinato.

—No me cae bien ese tipo —dijo Ruth, mirando al subastador con el ceño fruncido—. Huele raro.

No tenía ni idea de cómo Ruth podía oler a ese tipo desde nuestros asientos, pero, da igual.

Me incliné hacia adelante, con el pulso acelerado.

—Dolores. ¿Es uno de los nuestros?

Dolores hojeó su cuaderno con los dedos apretados alrededor de las páginas.

—Sí —confirmó sombríamente—. Es la Mors Anguis, la daga de la Serpiente de la Muerte.

Me removí en el asiento. Era el momento. Estaba sucediendo.

—La puja comienza en quince mil dólares —anunció el subastador.

Las manos se alzaron inmediatamente.

—¡Veinte mil!

—¡Treinta y cinco!

—¡Cincuenta!

Las cifras subían a un ritmo alarmante y me sentí mal. Miré a Dolores, cuyo rostro se había vuelto de piedra mientras apretaba su bolso.

—A menos que tengas un millón de dólares en ese bolso, estamos jodidas —murmuré.

Beverly se inclinó.

—¿Cuánto es que tenemos?

Dolores exhaló por la nariz y apretó el puño.

—Suficiente para pujar por un artefacto. *Tal vez*.

Mi estómago tocó fondo.

—¿Tal vez? Pensé que habías dicho que tenías el tesoro del pueblo.

Dolores no apartó los ojos del escenario.

—Lo hice. Pero resulta que diez de los grandes no dan para mucho cuando te enfrentas a antiguos lords del crimen y lords de la guerra sobrenaturales con cuentas en bancos suizos.

Beverly se burló.

—Te dije que le sacaras una buena tajada.

Dolores puso los ojos en blanco.

—Ay, disculpa, ¿te gustaría ser alcaldesa desde la cárcel?

—Depende —reflexiona Beverly—. ¿Estamos hablando de una cárcel de mínima seguridad o de monos naranjas? Porque el naranja me queda *espectacular*.

Las ignoré cuando la daga fue vendida a un hombre paranormal que irradiaba serias vibraciones de mago o hechicero. Vestido con una túnica carmesí, enroscó sus largos dedos alrededor de la empuñadura como si le hubiera tocado la lotería sobrenatural.

Mierda. Mierda. Mierda. Nos estábamos quedando sin tiempo.

Cedric, por supuesto, lo estaba disfrutando demasiado. Se acercó, con una sonrisa que pedía una rápida patada en la silla.

—¿Tienes problemas para mantener el ritmo, Merlín?

Giré la cabeza lentamente para mirarle.

—Ay, no sé, Cedric, ¿por qué no me dices cómo se supone que voy a superar las ofertas de vampiros ancestrales, psicópatas del mercado negro y paranormales multimillonarios?

Encogió los hombros y su sonrisa arrogante se ensanchó.

—Tú eras la que quería jugar en las grandes ligas.

—También quiero darte un puñetazo en la cara, pero no me ves *haciéndolo*.

Dolores me agarró de la muñeca.

—Ahora no —siseó—. Pero tienes mi permiso para pegarle más tarde.

Obligué a mis ojos a volver al escenario justo cuando sacaban el siguiente artefacto: una alta vitrina de cristal que contenía un orbe rojo brillante.

Respiré hondo.

Dolores se sentó más recta.

—Eso también es nuestro.

Tragué con fuerza, con el pulso rugiendo en mis oídos.

—¿Qué hace? —Aunque tenía una buena suposición si estuvo guardado en la bóveda de nuestra familia y ahora lo vendían aquí.

—Fue diseñado para amplificar la magia del usuario al triple de su fuerza normal —respondió mi alta tía—. Suena muy bien. ¿Verdad? Hasta que te das cuenta de que lo hace *drenando* la fuerza vital del usuario. Con el tiempo, los pudre de adentro hacia afuera, hasta que no queda más que polvo.

Sacudí la cabeza.

—¿A quién demonios se le ocurren estas cosas?

—Te sorprenderías —dijo Ruth, sin dejar de mirar al subastador como si quisiera escupirlo.

Iris se tensó.

—Tenemos que ganar esta.

—Sí, tenemos que hacerlo —asentí. ¿Cuántos paranormales hambrientos de poder en esta sala estaban tan desesperados como para pujar por eso?

No tuve que esperar mucho para averiguarlo.

El subastador señaló el orbe brillante que había dentro de la vitrina.

—Un raro amplificador mágico. Aumenta tu poder tres veces a costa de nada más que tu propia energía. Una oportunidad única en la vida. —Sonrió como un maldito vendedor de autos usados—. La puja inicial es de veinticinco mil dólares.

Un silencio se apoderó de nuestro grupo.

Beverly se volvió lentamente hacia Dolores.

—¿Supongo que no podríamos pedir prestado algo más de dinero al pueblo?

Dolores la miró.

—Ya robamos el fondo de emergencia del pueblo.

Cedric golpeó con los dedos el reposabrazos.

—¿Qué pasa? ¿No hay suficiente en la hucha de las Davenport?

Lo ignoré, con el corazón martilleándome mientras las pujas se disparaban.

—¡Treinta mil!

—¡Cuarenta y cinco!

—¡Sesenta!

Esto era una locura. Apreté los dientes y me agarré a los brazos de la silla hasta que se me pusieron blancos los nudillos. Ni siquiera estábamos en la puja. No teníamos suficiente dinero.

Dolores murmuró algo en voz baja que yo estaba segura de que no era en inglés, pero que sonaba como una antigua maldición.

No estaba segura de si iba dirigido al subastador o a nuestra grave situación financiera.

Probablemente ambos.

Miré hacia el escenario y me puse rígida. Porque al otro lado del lugar, más allá de la multitud de pujadores y bajo la luz tenue y parpadeante de la lámpara de araña, Soren me estaba observando.

Estaba recostado en su asiento, con una pierna cruzada sobre la otra, y su pelo blanco reflejaba la escasa luz con un brillo casi espeluznante. Su postura era relajada, casi aburrida, como si todo eso fuera lo más normal del mundo para él.

Pero sus ojos, penetrantes, evaluadores, se clavaron en los míos. Sin parpadear. Como si supiera algo que yo ignoraba. Como si estuviera... esperando.

No sabía si se estaba divirtiendo, si estaba intrigado o planeando mi muerte prematura. En cualquier caso, me heló las venas.

Las pujas seguían subiendo, y nosotras no podíamos hacer nada para detenerlas. El primer artefacto ya estaba perdido. El segundo se nos escapaba. Y aún nos quedaban dos más.

Esto no sólo no iba bien. Esto era un desastre.

Necesitábamos un nuevo plan. Rápido. O nos iríamos de aquí sin nada.

# CAPÍTULO 22

¿A quién se le ocurre un plan sobre la marcha que de alguna manera sea peor que el plan inicial? A esta bruja.

Me incliné hacia adelante en mi silla y esperé hasta tener toda la atención de mis tías e Iris.

—Tengo un plan.

—Vendido. Por setenta y cinco mil dólares, —anunció el subastador, señalando a un hombre bajo y fornido, con sombrero puntiagudo y túnica gris, cuyos dientes manchados de marrón se dejaban ver a través de su sonrisa.

Fantástico. Otro de nuestros artefactos mortales desaparecido.

—Más vale que sea rápido, porque vamos perdiendo —dijo Dolores, con la voz entrecortada y los dedos agarrando el bolso con tanta fuerza que creí que le arrancaría el asa.

—¿Qué vamos a hacer? —preguntó Ruth—. Nunca podremos pujar más que ellos. —Sus ojos se movían entre el escenario y los bolsillos llenos del público, que tiraban cantidades absurdas de dinero como si estuvieran en una subasta benéfica informal y no pujando por reliquias mortales.

—Lo sé —dije, bajando la voz—. Entonces... los *robamos*.

Silencio. Excepto por la estruendosa voz del subastador anunciando el siguiente objeto maldito en subasta.

Sentía la mirada de Cedric clavándose en mi cabeza, pero lo ignoré. Si quería delatarme, me encargaría de él más tarde. En este instante, esta era nuestra única oportunidad. ¿Y si se interponía en

mi camino? Bueno, le daría una patada en su culo engreído y con mocasines demasiado caros.

—¿Cómo vamos a hacerlo? —preguntó Iris.

Miré hacia el escenario, donde un par de hombres paranormales muy tatuados mostraban un nuevo artefacto: una daga malvadamente curvada con una hoja de obsidiana e intrincadas runas doradas talladas a lo largo de la empuñadura.

—¡Vendido! —bramó el subastador después de sólo unos segundos de puja. Las cifras se habían disparado antes de que pudiera pestañear. Vi cómo los hombres llevaban la daga hacia la misma cortina detrás de la que había desaparecido la esfera

Fue entonces cuando me di cuenta.

Señalé hacia el carrito.

—Robamos los artefactos antes de que se los entreguen a los compradores. Los ponen en una sala de espera provisional detrás de esa cortina. Entramos. Los agarramos. Y nos largamos.

—Ah, por supuesto —siseó Dolores sarcásticamente—. Irás entre bastidores, recogerás los artefactos mortales como si estuvieras comprando productos y saldrás por la puerta principal. —Me fulminó con la mirada—. ¿Estás loca?

—La mayoría de los días —admití—. ¿Pero tienes una idea mejor?

Dolores apretó la mandíbula y entrecerró los ojos.

—No.

—Entonces hacemos esto —dije—. O nos arriesgamos a que esas reliquias familiares maten a más personas. El Consejo Gris no tardará en aparecer. Lo descubrirán. Y entonces todo habrá terminado para nosotras. Estaremos acabadas.

Dolores se puso rígida en su silla.

—No dejaré que ese monstruo de pelo blanco me quite la alcaldía.

Ladeé una ceja.

—Entonces, ¿ya ganaste? No recuerdo unas elecciones.

Dolores me fulminó con la mirada.

—Ya sabes lo que quiero decir. Tengo aspiraciones y no voy a dejar que se me escapen.

—¿Cómo lo haremos sin que nos vean? —preguntó Ruth—. Esos dos tipos tatuados están parados al lado de la cortina.

Miré la cara de preocupación de mi tía.

—Necesitaremos una distracción.

—Yo seré la distracción. —Beverly levantó la barbilla, se veía demasiado orgullosa de sí misma.

Parpadeé.

—¿Qué?

—Ay, por favor. —Beverly puso los ojos en blanco—. Todas sabemos que soy la elección obvia. Soy la más hermosa aquí.

Dolores gimió.

—Por favor, no.

Beverly la ignoró y se ajustó espectacularmente el sujetador push-up, dando a su escote, que ya desafiaba a la gravedad, una elevación extra.

—Subiré al escenario y montaré una escena, quizá fingiendo que soy una borracha de la alta sociedad que quiere repartir cantidades obscenas de dinero. Eso mantendrá su atención.

Dolores sacudió la cabeza con un suspiro.

—Esto es una subasta clandestina del mercado negro, no un sórdido bar de Las Vegas.

Beverly agitó una mano.

—Ay, por favor. La mitad de la gente de aquí probablemente se hizo rica por medios cuestionables. Además, los hombres —no importa la especie— se distraen fácilmente con una mujer en un vestido escotado con el nivel de confianza adecuado.

Ruth asintió.

—Tiene razón.

Dolores la fulminó con la mirada.

—Ay, no la animes.

Iris, que había estado sospechosamente callada durante todo esto, finalmente intervino.

—Odio admitirlo, pero... podría funcionar.

Lo pensé. Si alguien podía distraer a toda una multitud de hombres con su aspecto, era Beverly.

—Bien. Beverly juega a la distracción. Pero será mejor que no te maten.

Beverly sonrió.

—Ay, cariño, he estado tocando a los hombres como violines desde antes de que nacieras.

Tenía razón.

Dolores murmuró algo en voz baja que sonó sospechosamente a *ramera*.

Miré a mi amiga bruja oscura.

—¿Iris? ¿Cuento contigo?

Los ojos de Iris se abrieron de par en par.

—Por supuesto.

—Entonces está decidido —dijo Beverly, ya ajustándose el pelo para maximizar su potencial de distracción—. Te doy tres minutos de glorioso caos antes de que se den cuenta de que pasa algo.

—Tres minutos no es mucho tiempo —murmuré.

—Tres minutos es toda una vida en una operación de alto riesgo —contraatacó Beverly—. Todo es cuestión de confianza, cariño.

Miré a Iris.

—¿Estás lista?

Ella sonrió.

—Sí.

Cedric, que había estado escuchando todo el tiempo con una expresión de suficiencia y diversión, se inclinó y dijo:

—Esto es una mala idea.

Le lancé una mirada fulminante.

—Si no vas a ayudar, cállate.

Su sonrisa se ensanchó.

—Ay, pero *estoy* ayudando —dijo—. Ayudo siendo el único de este grupo que no delira del todo.

Entrecerré los ojos.

—Qué aguafiestas.

Me ignoró, dirigiendo su atención a Iris, que ya se frotaba las sienes como si tuviera migraña.

—No pueden ir en serio con esto. —Se burló, mirando a su alrededor—. Piensen en lo que pasará si las descubren.

—No nos descubrirán —dijo Iris.

—A nadie le importan las brujas Davenport —continuó Cedric—. Están acabadas. Muy viejas. En decadencia. Pero a ti aún te queda vida por vivir.

Dolores, que había estado calculando algo en silencio en su bloc de notas, se detuvo de repente y su bolígrafo chasqueó entre sus dedos.

Cedric esbozó una sonrisa lenta y burlona.

—Ah, toqué una fibra sensible. ¿Verdad? Pobre Dolores. Antes temida, antes respetada. ¿Y ahora? Una broma. —Sus ojos oscuros brillaron con cruel diversión—. Las Davenport solían ser una fuerza en el mundo mágico, ¿pero ahora? No son nada. Un puñado de viejas aferradas a la relevancia mientras el mundo sigue adelante sin ustedes.

Dolores dejó su bloc de notas *muy* despacio, con una sonrisa tensa dibujándose en su rostro.

—Sabes, pensaba dejarte en paz por ser tan engreído. ¿Pero ahora? —Se crujió los nudillos—. Ahora quizás tenga que reconsiderarlo.

Ruth se inclinó y dijo:

—Tengo pociones que harán que las uñas de tus pies crezcan hacia adentro. Por decir algo.

—Cedric, para. —Iris le lanzó una mirada de advertencia a su hermano—. Esto no ayuda.

Se burló.

—Ay, Iris, dulce, ingenua Iris. ¿De verdad crees que estas idiotas pueden lograrlo? Señaló perezosamente hacia nosotras—. Ni siquiera pueden evitar que les falle la vejiga. ¿Crees que pueden superar a Soren Tex?

Este tipo me estaba enfureciendo de verdad. Apreté los dientes, con los dedos ansiosos por arrancarle la sonrisa de su cara.

—Si ya terminaste de monologar como un villano de pacotilla, algunas de nosotras tenemos trabajo que hacer.

Su sonrisa no vaciló.

—Estoy lejos de terminar. Porque cuando este pequeño intento de atraco se desmorone, y se *desmoronará*, quiero estar delante y

en el centro para decir que te lo dije.

Me incliné hacia él, bajando la voz.

—Cedric, el día que acepte tu consejo será el día en que el infierno se congele.

Sus ojos brillaron de satisfacción.

—Ay, Merlín —ronroneó—. El infierno ya se está enfriando.

Si no nos hubiera metido en la lista, le habría dado un puñetazo en la garganta. Lo sé. Tú lo sabes.

Me armé de valor y volví a enfocar mi atención en el escenario mientras el subastador anunciaba el siguiente artefacto.

Era ahora o nunca.

Beverly se levantó, ajustándose el vestido por última vez.

—Vean y aprendan, chicas.

Y con eso, se fue hacia el escenario como si fuera la dueña, con las caderas contoneándose con confianza, la barbilla alta y las lentejuelas brillando como una bola de discoteca bajo las tenues luces de la subasta.

Agarré el brazo de Iris.

—Nos movemos en cuanto quiten los ojos de la cortina.

Ella asintió, con el rostro sombrío y decidido.

En el momento en que Beverly llegó al escenario, saltó a la plataforma con una exagerada floritura, lanzando los brazos al aire.

—Y ahora, el artefacto más exquisito de la noche.

Sonreí. Beverly era increíble.

El subastador, con el tipo de cara que sugería que pasaba demasiado tiempo en sótanos oscuros, sacudió la cabeza hacia ella, con los ojos desorbitados.

—¿Qué demonios estás haciendo? ¡Fuera de mi escenario! Esto es una subasta.

Beverly se volvió hacia él, toda confianza deslumbrante y estilo dramático.

—Querido, *yo* soy la subasta.

Un murmullo se extendió entre la multitud. Algunos paranormales apenas le dedicaron una mirada, más interesados en sus paletas de puja y sus caros artefactos.

No es la reacción que esperaba.

Beverly frunció el ceño, pero enseguida se repuso, sacando pecho.

—Soy la más rara de las gemas. El tesoro más codiciado. Una belleza *invaluable* que espera ser reclamada.

Silencio.

Un hombre de la primera fila revisó despreocupadamente su reloj.

Otro bostezó.

Un vampiro, a juzgar por sus rasgos estúpidamente apuestos, susurró algo a su amigo, que enseguida soltó una risita.

A Beverly le tembló un ojo.

Bueno, el Plan A no funcionaba. ¿Teníamos un plan B? Nop. Nada.

Mi presión arterial subió peligrosamente mientras Iris y yo nos acercábamos despreocupadamente a la cortina. Si esto no funcionaba, estábamos jodidas.

Miré a Soren, que seguía sentado, agitando perezosamente un vaso de líquido oscuro. Tenía la mirada fija en Beverly y la boca torcida en una pequeña sonrisa.

La distracción de Beverly no estaba funcionando. Necesitábamos algo más grande.

Beverly también debió notarlo, porque cuando volví a mirarla, sus ojos brillaron de repente con determinación.

—Ay, está bien —dijo. Y antes de que yo pudiera parpadear, se llevó la mano a la cremallera del vestido, tiró de ella hacia abajo y lo dejó caer al suelo.

La sala inhaló colectivamente.

Porque allí estaba ella. De pie en nada más que su sujetador push-up de encaje rojo y unas pantis que le combinaban.

Beverly se echó el pelo por encima del hombro y dio un lento y sensual paseo por el escenario, mostrando todas sus curvas. Luego, con toda la gracia de una artista experimentada, se volteó hacia el frente, se puso una mano en la cadera y sonrió.

—¿Y bien? —ronroneó—. ¿Quién quiere empezar la puja?

La reacción fue instantánea.

Todos los hombres de la sala —todos— se pusieron en pie de un salto, gritando pujas como maníacos.

—¡Cinco mil!

—¡Veinte mil!

—¡Cincuenta mil!

Un vampiro gritó: —¡Cien mil y una isla privada!

—¡Quinientos mil y mi primogénito! —gritó un hombre de barba corta.

Dolores, sentada entre el público, se pasó una mano por la cara.

—Por el caldero, ella *ama* esto.

Y así era. Beverly esbozó una sonrisa deslumbrante, disfrutando de la atención como una flor al sol. Si Ronin estuviera aquí, estaría aplaudiendo y vitoreándole a mi tía.

La idea de que Marcus y mi amigo medio vampiro aún no estuvieran aquí me hizo preguntarme si les había pasado algo. Nop. No pensaré eso. Tenía un trabajo que hacer primero. Y era tomar esos artefactos y largarme de allí.

Iris y yo no esperamos a la segunda ronda de *¿Quién quiere comprar a Beverly?* Aprovechamos la conmoción para escabullirnos por la cortina.

Los guardias, demasiado ocupados perdiendo la cabeza por el inesperado cambio de carrera de mi tía, apenas miraron en nuestra dirección.

Y así sin más, estábamos adentro.

El problema era que no estábamos solas.

# CAPÍTULO 23

El elfo de pelo blanco, que hace unos instantes estaba fuera de la cortina, engreído y satisfecho de sí mismo, ahora estaba en el centro de la trastienda como si siempre hubiera estado allí.

—¿Cómo hiciste eso? —pregunté, entrecerrando los ojos. ¿Acaso los elfos podían manipular las líneas ley? Era lo único que tenía sentido. Un segundo estaba allí y al siguiente ya no. Conocía muy bien ese truco. Yo misma lo había dominado.

El alto y pálido elfo me dedicó una sonrisa lenta y paciente, como si le estuviera explicando algo muy sencillo a un niño muy lento.

—Magia —dijo, con voz fría, suave y controlada. La voz de alguien que creía haber ganado.

No me gustaba. Tampoco me gustaba que se interpusiera entre nuestros artefactos y yo.

Sentí que Iris se tensaba a mi lado, que apretaba con fuerza la correa de su bolso, sin duda a punto de lanzar uno de sus maleficios de bruja oscura. No la culpaba. Todo esto era malo.

Volví a enfocar mi atención en el elfo. No iba a irme sin nuestras cosas. Si tenía que luchar contra un elfo para conseguirlas, que así fuera.

—Sólo queremos lo que es nuestro —le dije—. Entonces seguiremos nuestro camino.

Los ojos de Soren brillaban de satisfacción, como quien acaba de hacer caer a un tonto en una trampa.

Levantó la muñeca y chasqueó los dedos.

Sentí un repentino influjo de magia fría y, entonces, todo a mi alrededor desapareció. Si no estuviera tan estresada y un poco asustada, podría haberme impresionado.

Un segundo, toda una multitud de paranormales cuestionables habían estado tirando dinero como si estuvieran en una bolsa de valores sobrenatural, y al siguiente... puf. Desaparecieron. Todos y cada uno de ellos. El subastador, los postores, incluso los guardias. Ya no estaban.

Mis tías, Cedric, Iris y yo éramos los únicos que quedábamos en el lugar, junto con Soren.

Tuve un momento de lapsus mental total. De esos en los que quedas en blanco, como computadora que no carga, sin entender nada.

La enorme carpa, que antes estaba llena de ruido y energía, ahora sólo albergaba silencio. Un silencio espeluznante y antinatural que simplemente era... malo.

Beverly, que seguía de pie en el escenario sin más ropa que su sujetador de encaje y sus pantis, agarró rápidamente su vestido del piso y se lo puso sin ningún pudor.

—Qué decepción —murmuró—. Estaba a punto de acumular una fortuna.

No estaba prestando atención al breve paso de mi tía por la industria del entretenimiento para adultos. Mi atención estaba puesta en él.

Soren Tex.

—¿Maestro de las ilusiones? —pregunté, recordando lo que había leído. La base de datos de Merlín decía que podían conjurar ilusiones, pero no me esperaba un nivel de manipulación semejante.

—Tengo muchas habilidades —respondió el elfo.

Miré a Cedric, quien, para mi fastidio, se veía demasiado tranquilo al respecto. Demasiado consciente de lo que estaba pasando. Y entonces me di cuenta.

Me quedé con la boca abierta.

—Lo sabías.

Cedric sonrió con un brillo en los ojos.

—Claro que lo sabía.

—Ah, hijo de p...

—Qué vocabulario, Merlín —me cortó Cedric, ajustándose los puños perfectamente confeccionados—. Estás en presencia de la nobleza.

Volteé hacia Soren, que había estado observando nuestro intercambio con cierta diversión. Sus labios se curvaron hacia arriba, pero la expresión no tenía nada de cálida. Era fría, afilada, el tipo de sonrisa que prometía dolor.

Extendió los brazos.

—Bienvenidas, Davenports. Veo que encontraron el camino hasta aquí, tal y como esperaba.

Dolores avanzó, con la barbilla levantada y la voz firme.

—¿Quién demonios eres tú? ¿Y por qué robaste de la bóveda de mi familia?

Soren inclinó ligeramente la cabeza y sus inquietantes ojos azul pálido se clavaron en mi tía.

—Porque estaba recuperando lo que era mío.

Dolores se burló.

—No tienes derecho a la bóveda Davenport. No eres un Davenport. Ni siquiera eres un brujo.

Una sonrisa lenta y fría curvó los labios de Soren, y la temperatura de la carpa pareció bajar.

Los ojos de Soren brillaron.

—Estaba pensando cuándo me lo preguntarías. —Dio un paso lento hacia nosotras, sus movimientos gráciles, sin esfuerzo—. Como tú, vengo del linaje Davenport.

Las palabras perduraron entre nosotras, pesadas y sofocantes.

—Mentira —refuté, tratando de ver un parecido familiar pero sin encontrar ninguno—. Buen intento, Legolas.

Ruth parpadeó.

—Disculpa, ¿qué dijo?

Beverly apoyó una mano en la cadera.

—No recuerdo ningún primo elfo sexy en el árbol genealógico. Créeme, yo recuerdo estas cosas.

Miré a Iris, que miraba a Soren con la misma confusión que yo. Me miró con cara de «qué carajos».

Dolores, a su favor, no reaccionó exteriormente, pero yo lo vi: el ceño fruncido, el parpadeo de reconocimiento en sus ojos. Ella sabía algo.

Soren la miró.

—Ah*, sí* te acuerdas —dijo, notando el mismo cambio en ella que yo.

Los labios de Dolores se apretaron en una fina línea.

—Recuerdo un Tex de los viejos registros. Pero eso fue hace casi doscientos años.

—Doscientos diecisiete —corrigió Soren con suavidad—. No es que nadie se preocupara de recordarlo.

Crucé los brazos.

—Bueno, basta de estupideces. Vayamos a la parte en la que explicas por qué robaste la bóveda de mi familia y pusiste en peligro la vida de la gente.

La sonrisa de Soren desapareció y sus pálidos ojos azules se volvieron glaciales.

—Porque tu familia me lo quitó todo. Y ahora, lo estoy recuperando.

—¿Recuperando? —repetí, con el pulso acelerado—. ¿De qué está hablando?

Dolores inhaló bruscamente, como si algo hubiera encajado en su sitio.

—Eres el hijo bastardo de Theron Davenport.

A Soren se le desencajó la mandíbula.

—No soy un bastardo. Soy el heredero legítimo.

¿Ah? Ahora, *esto* fue inesperado.

Los ojos de Ruth se abrieron de par en par, parecía emocionada.

—¿Eso significa que eres nuestro tatarabuelo?

El ojo de Soren se crispó.

—Prefiero primo.

Ruth dio una palmada.

—¡Primo! Acabamos de descubrir que tenemos otro pariente. ¿No es genial?

—No, Ruth —espetó Dolores—. No es así. Esto no es como la vez que encontraste aquel cachorro perdido. Este... *elfo* quiere algo de

nosotros. Y creo que no nos va a gustar.

—Oh. —A Ruth se le puso la cara triste, pero seguía mirando a Soren con un poco de esperanza.

Cedric se rio entre dientes, pero cuando lo fulminé con la mirada, se limitó a encoger los hombros.

—¿Qué? Es la reunión familiar más divertida a la que he asistido.

Volví a enfocar mi atención en Soren.

—Mira, no sé qué libros de historia has estado leyendo, pero que compartas algo de ADN con nosotras no significa que puedas entrar a robar en nuestra bóveda.

Pero ahora todo tenía sentido. El hecho de que fuera capaz de pasar las guardas era porque tenía sangre Davenport. Él era, de una manera inquietante, uno de nosotros.

La mirada de Soren se clavó en la mía.

—¿Su bóveda? —Su voz destilaba veneno cuando dio otro paso hacia adelante y, por primera vez, sentí toda la fuerza de su magia presionando sobre mí como una ola aplastante. Se me cerraron los pulmones. Sentí que se me iban a romper los huesos.

—Lo que hay en esa bóveda me pertenece. Por sangre. Por derecho de nacimiento. Por todo lo que me robaron. —Sus pálidos ojos azules ardían de furia—. Tu familia se lo llevó todo. El nombre de mi padre. Su legado. Su poder. ¿Y ahora están aquí, reclamando lo que es mío como si yo no existiera? —Su labio se curvó—. He existido mucho más tiempo que tú, prima.

Miré a mi alta tía.

—¿Es verdad?

Dolores exhaló lentamente, con expresión ilegible.

—Theron Davenport tuvo una aventura con una noble elfa. Cuando se descubrieron sus indiscreciones, el consejo consideró ilegítimo al niño. Su derecho al apellido fue borrado. Él fue... borrado.

Soren torció los labios.

—Es una forma educada de decir que fui exiliado, cazado y desechado como basura.

Caramba. Incluso yo tuve que admitir que eso estuvo mal.

—Mis padres se casaron en secreto —continuó Soren—. Pero ustedes los Davenport lo vieron como una traición a su linaje.

Beverly ladeó la cabeza.

—Espera, espera, espera. Así que todo esto... —Señaló a su alrededor—. El mercado negro, los artefactos malditos. ¿Todo esto fue porque tenías problemas con tu padre?

La expresión de Soren se ensombreció.

—Se trata de justicia.

Arqueé una ceja.

—¿Y la justicia se parece a lanzar reliquias mortales en manos de unos idiotas?

Sus ojos brillaron.

—La justicia parece reclamar mi poder.

Un peligroso zumbido de energía pulsaba en el aire, crepitaba como electricidad estática y me erizaba la piel.

Dolores se tensó a mi lado, con los dedos crispados a los lados.

—¿Qué crees exactamente que estás reclamando, Tex? Porque todo lo que veo es a un ladroncito mezquino que no pudo ganarse su propio poder, así que decidió robarlo.

La mandíbula de Soren se crispó y, por primera vez, su máscara cuidadosamente construida se resquebrajó.

—Tú lo verías así. ¿Verdad? —Su voz era suave, pero ahora había algo debajo de ella. Algo agudo, algo furioso—. Los Davenport nunca cambian. Siempre acaparando poder. Siempre decidiendo quién es digno y quién no.

Crucé los brazos, a pesar de que todos mis instintos me gritaban que aquel tipo era peligroso.

—No lo sé, amigo. Suenas como alguien que no pasó la prueba.

Eso bastó.

El aire que lo rodeaba estaba cargado de magia: espeso, opresivo, casi sofocante. Se me cortó la respiración y retrocedí un paso cuando una fuerza invisible me presionó. Sentí como si mis huesos vibraran, como si el suelo temblara bajo mis pies a causa de su furia.

*Ups.*

Soren soltó una carcajada sin gracia.

—En serio no tienen ni idea. ¿O sí? Hice todo esto por ustedes.

Entrecerré los ojos.

—¿Por nosotras?

Sus labios se curvaron en algo que no era del todo una sonrisa.

—Planeé cada paso, cada movimiento, cada paso en falso que daban. Y ustedes me siguieron, como ovejitas obedientes.

Beverly frunció el ceño.

—*No* somos ovejas.

—Podríamos ser ovejas —susurró Ruth.

Dolores respiró lenta y mesuradamente, pero pude ver el tic en su mandíbula.

—¿Por qué? —exigió— ¿Qué podrías ganar con esto?

Los ojos de Soren brillaban con algo afilado, algo victorioso.

—Su familia ha ostentado el poder durante siglos. Le ha dado forma a este pueblo, ha dictado sus leyes, ha vigilado su magia. —Sus dedos se crisparon y pude sentir su magia enroscándose a nuestro alrededor como una serpiente invisible, deslizándose y apretándose—. Tienen el título de Merlines, las guardianas del equilibrio, las protectoras de la comunidad. La gente confía en ustedes. Cuentan con ustedes.

Dio un paso adelante, el aire a su alrededor crepitó.

—Pero la confianza es algo frágil. ¿Verdad? Y una vez rota, nunca se puede recuperar del todo.

Sabía a dónde iba esto.

—¿De eso se trataba? —Me burlé, tratando de mantener mi voz firme—. ¿Querías acabar con nuestra reputación?

—Ay, no sólo quería acabar con ella —dijo, ronroneando—. Quería hacerla añicos. Asegurarme de que nadie volviera a mirar a una Davenport con otra cosa que no fuera sospecha y desprecio. Asegurarme de que el nombre que tanto aprecian quedara manchado para siempre.

Un escalofrío se deslizó por todo mi cuerpo.

Soren ladeó la cabeza.

—No bastaba con tomar lo que me habían robado. No, no. Quería más que eso. Quería verlas caer, verlas desmoronarse bajo el

peso de sus propios errores. Ver cómo Hollow Cove les daba la espalda, igual que sus antepasados me la dieron a mí.

Su voz se volvió más oscura, llena de algo viejo y retorcido.

—Su familia me lo arrebató todo: mi nombre, mi legado, mi derecho a estar entre ustedes. —Sus labios se curvaron, pero no había humor—. Así que yo les quité algo a ustedes. Sus preciados artefactos. Su responsabilidad. Su reputación. Y su Consejo Gris hará el resto.

Tragué saliva, con la garganta seca.

—Querías que el Consejo Gris nos persiga.

—Ah, y lo harán —dijo suavemente—. Cuando encajen todas las piezas, cuando se den cuenta de que todos y cada uno de los objetos malditos proceden de su bóveda... Tendrán suerte si no las encierran en una celda junto a los criminales de los que dices proteger a este pueblo.

Beverly exhaló bruscamente.

—Está intentando arruinarnos.

La mandíbula de Dolores estaba tensa.

—No. Está intentando borrarnos.

Una sonrisa lenta y satisfecha se dibujó en el rostro de Soren.

—Y lo has hecho tan fácil. —Soltó una risita tranquila, sacudiendo la cabeza—. Fue casi decepcionante lo rápido que encajaron las piezas. Todo lo que hizo falta fue que desaparecieran unos cuantos artefactos, unos cuantos rumores bien plantados, un puñado de gente desesperada dispuesta a comprar un poder que no entendían... y ustedes hicieron el resto.

Mis dedos se cerraron en puños.

—Quieres decir que intentamos detener el daño que causaste.

Los ojos de Soren se clavaron en los míos.

—Y miren a dónde las ha llevado eso.

El aire de la carpa era sofocante, lleno de una energía tan densa que me erizaba la piel.

Ahora podía verlo todo: todo su plan, trazado como una cruel partida de ajedrez. No sólo quería hacernos daño. Quería desmantelarnos, pieza por pieza. Convertirnos en las villanos,

quitarnos hasta la última pizca de confianza que el pueblo tenía en nosotras.

—Venganza —dije—. Todo se trata de venganza.

—Quería que sintieran lo que es perderlo todo. Perder su nombre. Su reputación. Ser rechazadas y apartadas de todas las comunidades paranormales. —Dejó escapar una risita ahogada—. Y dejé que se metieran en esto.

Asentí con la cabeza.

—Más o menos.

La presencia de Soren irradiaba tanto poder que juré que el piso temblaba debajo de él.

—No se merecen lo que tienen.

Dolores soltó un suspiro agudo.

—¿Y tú sí?

Le brillaban los ojos.

—Sí.

La magia crepitaba en el aire, cargada de furia. Su cuerpo vibraba con ella, sus dedos se flexionaban a los lados como si apenas pudiera contenerse.

—Durante generaciones, mi familia fue borrada. Negada. Apartada porque no éramos lo suficientemente puros. —Su voz se volvió aguda, cruda—. Porque éramos mezclados. Porque no éramos dignos.

Mestizo. Eso era lo que decía.

—Ustedes, los Davenport, me lo quitaron todo. —Su voz se hizo más fuerte, con más furia—. Mi nombre. Mi herencia. Mi legado. —Sus ojos brillaron con una luz casi antinatural—. Y ahora, lo estoy recuperando.

Ruth levantó lentamente la mano.

—Bueno, pero... ¿no habría sido más fácil ir a terapia?

El poder de Soren volvió a surgir. Una ráfaga de viento atravesó la carpa y derribó una mesa de artefactos, haciendo que objetos de valor incalculable cayeran al suelo.

Ruth chilló y escondió la mano.

La comisura de los labios de Dolores le tembló por contenerse.

—No puedes reescribir la historia sólo porque no te gustó tu papel en ella.

Los labios de Soren se curvaron en un gruñido, su respiración se hizo más fuerte ahora.

—¿No? Entonces mírame.

La magia en la carpa se volvió más fuerte, más espesa, sofocante. Estaba furioso. Y no me refería a la furia «normal». Esto era algo diferente. Algo peor.

Había estado rodeada de brujos poderosos, demonios, metamorfos y dioses. ¿Pero esto? Esto era algo que nunca había sentido antes. Era como una combinación de la magia elemental de cien brujos. Mil.

Su rabia no era sólo emocional. Era tangible, una fuerza real, una tormenta a punto de desatarse. Quería que sintiéramos su ira.

Me tranquilicé.

—Hablas mucho —dije, forzando la voz para mantenerla firme—. Pero todo lo que veo es a alguien haciendo un berrinche porque no consiguió un asiento en la mesa.

Las manos del elfo se crisparon a su lado.

—Las Davenport arderán por lo que han hecho —susurró mientras su poder volvía a surgir con tanta fuerza que juré que toda la carpa gemía bajo la presión.

Y me di cuenta, con un mal presentimiento, de que pretendía hacer precisamente eso.

Acabar con nosotras, una por una.

Él había preparado todo esto sólo para traernos aquí, a este momento exacto.

Habíamos caído directamente en su trampa.

Y ahora, estábamos a punto de descubrir exactamente qué clase de monstruo era en realidad.

# CAPÍTULO 24

¿Qué hace una bruja cuando está atrapada y lo sabe? Intenta hacerse la interesante. Eso es lo que hace.

—Tomaremos esos artefactos ilegales que nos robaste, y todas nos iremos de aquí. —¿Ves? Totalmente factible.

El rostro pálido de Soren se oscureció, al igual que sus ojos, hasta que se volvieron azul oscuro, casi negro.

—No lo creo.

—Eh... ¿Tessa? —dijo Iris a mi lado—. Se ve *muy* furioso.

—No me digas. —Pues, así que el elfo tenía un buen mojo. Pero yo también. Y mis tías también. Me mantuve firme. No iba a mostrarle ningún miedo a este elfo. De hecho, no sentía miedo, sólo rabia de que se estuviera metiendo con mi familia.

Un repentino crujido llenó el aire.

Me giré justo a tiempo para ver cómo Cedric levantaba la mano. Un rayo de energía oscura salió disparado, golpeando a Iris.

Jadeó, su cuerpo se bloqueó antes de desplomarse en el suelo.

Un escalofrío me recorrió.

—¡Iris!

Cedric avanzó, ajustándose la chaqueta con despreocupación, como si no acabara de dejar inconsciente a su hermana.

—Tranquila, Merlín. Ella está bien. Pero no se quedará para esta parte. —Se agachó junto a Iris, apartándole un mechón de pelo de la cara—. Me lo agradecerás después, hermanita.

Luego, sin decir nada más, la tomó en sus brazos y desapareció en un remolino de magia negra.

Desgraciado.

Soren ni siquiera se inmutó ante la gran salida de Cedric. Se giró hacia nosotras, completamente tranquilo y con demasiada calma.

—Ahora que las distracciones están fuera del camino —dijo suavemente—, podemos ir al grano.

Invoqué mi magia. Esperaba que hubiera puesto algún tipo de restricción mágica, pero no. Mi poder surgió, caliente y listo para salir. Ay, amigo, decidiste meterte con la familia equivocada.

Moví los dedos para que se viera. Porque, ¿por qué no?

—Si le haces daño a mis tías, vas a caer, Legolas.

Soren ladeó la cabeza, con un parpadeo de diversión en su rostro irritantemente perfecto.

—¿Daño? Voy a hacer algo más que daño.

Antes de que pudiera soltar otra ocurrencia, una ráfaga de viento antinatural se abalanzó sobre mí como un huracán enfurecido, levantándome de golpe.

Giré. Hice como una voltereta en pleno vuelo, con los brazos agitados, las piernas pataleando, probablemente pareciéndome a uno de esos hombres inflables que ponen en la entrada de un concesionario de autos usados.

Entonces... Caí al suelo. De culo. Con fuerza.

El impacto envió una onda expansiva de vergüenza directamente a mi alma.

*Ay. Ay no.*

¿Acabo de...?

Un pequeño y traicionero reguero de pis lo confirmó. Maravilloso.

Gemí, me puse de lado y jadeé.

—Pues —resollé—. Eso fue muy grosero.

Soren apenas parecía preocupado. En todo caso, parecía ligeramente decepcionado.

—Levántate, prima. Esperaba más de ti.

—Sí, bueno, todavía estoy un poco oxidada por haber dado a luz hace poco. —Apreté los dientes, agarrándome al piso para impulsarme—. Segundo asalto.

Bien, es hora de ponerse serios. Después de recuperar mi dignidad.

Pero Dolores se me adelantó.

Mi alta tía no esperó a Soren. Ya se estaba moviendo, sus manos se alzaban mientras magia al rojo vivo crepitaba en la punta de sus dedos.

—¡Aerofero!

El aroma a agujas de pino y tierra llenó la carpa, justo cuando el aire a nuestro alrededor cambió, formándose un violento ciclón a sus órdenes. El viento aulló mientras se retorcía en un instante, formando un vórtice controlado antes de lanzarse directamente contra Soren.

Y ese cabrón engreído ni se inmutó.

En lugar de eso, levantó una mano y el viento se detuvo en el aire, girando sobre sí mismo como una bestia rabiosa que responde a la llamada de su amo. Salió disparado hacia Dolores con el doble de fuerza.

Apenas tuvo tiempo de levantar una barrera defensiva antes de que el impacto la hiciera derrapar hacia atrás, con las botas cavando zanjas en la tierra.

—¿Crees que puedes luchar contra mí con magia elemental? —Soren se rio, con una risa oscura y antigua—. Nací de ella.

Beverly se crujió los nudillos.

—Muy bien, niño bonito. Tu piel puede ser más suave que la mía, pero veamos cómo manejas *esto*.

Levantó las manos y su magia se arremolinó a su alrededor, haciendo brotar una luz blanca y brillante.

—¡Ignis Voco!

Las llamas estallaron, enroscándose como una serpiente ardiente, retorciéndose y chasqueando mientras rugía hacia Soren.

Y con la misma facilidad que lo había hecho con Dolores, Soren suspiró como si lo estuviéramos agotando, y entonces el fuego se convirtió en hielo en el aire.

Las llamas se congelaron y se hicieron añicos antes tocarle.

—Oh. —Beverly parpadeó—. Eso no es bueno.

Dolores ya se estaba recuperando y sus dedos se curvaban al invocar su magia de bruja blanca. El suelo bajo los pies de Soren se agrietó y tembló, y unas rocas dentadas se alzaron en puntas afiladas e imponentes.

Esta vez, vi a Soren exhalar. Como si estuviera ligeramente molesto.

Levantó una mano y la tierra se detuvo.

Y entonces toda la caverna tembló al enviar una onda expansiva por todo el piso, convirtiendo los pinchos en polvo.

Su poder, antiguo, crudo, despiadado, se desató con furia.

Dolores apenas tuvo tiempo de lanzar un escudo, pero no aguantó.

En el momento en que Soren desató su poder, fue como si todo el lugar se derrumbara sobre sí mismo. Una ráfaga de magia cruda y antigua, espesa, pesada, sofocante, se estrelló contra su escudo como una bola de demolición. Por medio segundo, pensé que aguantaría.

Y entonces el escudo se hizo añicos.

La fuerza del impacto golpeó a Dolores. No sólo se tambaleó. Salió disparada hacia atrás como una muñeca de trapo, su cuerpo se retorció en el aire antes de estrellarse contra el suelo con un ruido sordo y nauseabundo. Duro. Demasiado fuerte.

—¡No! —grité, y sentí un peso en el estómago.

No se movía.

Respiré entrecortadamente, con el terror apretándome las costillas. Me zumbaban los oídos y se me nublaba la vista, pero no podía apartar la vista del lugar donde había caído, con las extremidades en ángulos extraños y el pelo oscuro revuelto contra el piso de tierra.

—¿Dolores? —Mi voz apenas salió de mi garganta.

Nada.

Una puntada de pánico me atravesó el estómago, caliente y nauseabunda. Esto no debía ocurrir. Se suponía que ella era la más fuerte. La inquebrantable. La que me sermoneaba sobre correr riesgos innecesarios y reprendía a Beverly por sus ridículas elecciones de vestuario. No podía estar ahí tirada.

—Levántate —ronqué, con la garganta apretada—. Por favor. Levántate.

Di un paso tembloroso hacia adelante, con las rodillas a punto de doblarse, pero antes de que pudiera alcanzarla...

Soren se movió. Su mirada fría e impasible se movía entre Beverly y Ruth. Como si estuviera eligiendo a su próxima víctima.

Mi corazón golpeó contra mis costillas. Ay, mierda, no. Otra vez no.

Beverly rugió, invocando su magia tan rápido y con tanta fuerza que toda la habitación palpitó con energía.

Una luz blanca crepitó en la punta de sus dedos, cruda y poderosa, chisporroteando como un cable con corriente. Ya no estaba jugando. La seductora juguetona que se había abierto paso hasta un escenario en ropa interior había desaparecido. Ahora era una Merlín, una Davenport, una bruja con poder suficiente para arrasar con toda una manzana.

Lanzó su ataque. Un potente rayo de energía salió disparado de sus palmas, lo bastante brillante como para cegar y lo bastante caliente como para incinerar. Un impacto directo como ese no dejaría más que un cráter humeante donde estaba Soren.

¿Pero Soren? Apenas levantó la vista.

Con un movimiento casual de muñeca, desvió el hechizo como si estuviera espantando una mosca molesta.

Y se la devolvió. El doble de fuerte.

La fuerza de la propia magia de Beverly le golpeó el pecho como un ariete. Soltó un jadeo ahogado, su cuerpo se arqueó al ser levantada del suelo, la explosión la golpeó tan fuerte que juro que la sentí en las costillas.

Voló y se estrelló contra una pesada mesa de madera. Todo se hizo añicos con el impacto, haciendo volar artefactos malditos, cristales rotos y libros que caían al piso en un amasijo de magia y destrucción.

Beverly se desplomó contra los escombros, con el cuerpo flácido y la respiración agitada.

Tosió, la sangre le salpicó los labios y su maquillaje, antes impoluto, se tiñó de rojo. Su pecho se agitó, pero no intentó

levantarse. No podía.

Inhalé bruscamente, la rabia estallaba en mi interior.

Giré la cabeza justo a tiempo para ver a Ruth lanzando viales de cristal a Soren con la precisión salvaje de un alquimista desquiciado en pie de guerra.

—¡Primo malo, malo! —chilló, con la voz entrecortada, las mejillas enrojecidas por la furia y los ojos vidriosos por las lágrimas no derramadas—. ¡Tú no eres un Davenport!

Soren apenas le dedicó una mirada.

El cristal se hizo añicos con el impacto, estallando en una explosión de humo de colores y olor tóxico.

Una poción silbó al caer al suelo, levantando tentáculos de niebla verde brillante. Otra estalló en chispas violetas, crepitando con magia inestable. Una tercera se desvaneció como un ácido, corroyendo el suelo de madera bajo sus pies.

Por un segundo, sólo un segundo esperanzador y palpitante, pensé que Ruth podría haberlo conseguido. Pero entonces, el humo cambió.

Y Soren salió.

Completamente ileso. Sus ojos se clavaron en Ruth, su expresión seguía inquietantemente calmada. Demasiado.

Entonces levantó una mano. Los pies de Ruth abandonaron el piso. Su respiración se entrecortó, sus brazos se agitaron y su bolso con las pociones restantes se balanceó salvajemente a su lado.

—Oh, oh —murmuró, pateando las piernas inútilmente.

Entonces Soren sacudió la muñeca.

Ruth se echó hacia atrás, y su bolso de pociones se abrió de golpe mientras su contenido se derramaba en un arco brillante.

En cuanto las pociones entraron en contacto, la magia estalló a su alrededor como fuegos artificiales.

Una poción —un frasco de rayo líquido— estalló en una red de electricidad blanca y azul, chasqueando y crepitando sobre su piel.

Ruth soltó un grito ahogado, su cuerpo se sacudió violentamente mientras sus miembros se bloqueaban como una marioneta atrapada en una tormenta.

Su boca se abrió para soltar un chillido insonoro mientras sus hechizos se volvían contra ella, uno tras otro, deformando la realidad de formas impredecibles.

Otra poción se hizo añicos. Esta era de un color turquesa brillante, y todo su cuerpo latía con energía mágica.

Por un momento, se quedó allí, con su forma crepitando de magia inestable y sus ojos desorbitados dando vueltas frenéticamente.

Entonces, como una marioneta a la que le cortan los hilos, se dejó caer.

Cayó al suelo con un ruido sordo, con el cuerpo aún tembloroso mientras la estática de la poción del rayo bailaba a lo largo de su piel.

Observé, horrorizada, cómo Ruth intentaba levantar la cabeza, pero sus músculos sufrieron un espasmo y otro agudo chasquido de energía recorrió sus miembros. Sus brazos se retorcían inútilmente, su rostro se contorsionaba de asombro, dolor y el tipo de traición que cala más hondo que cualquier hechizo.

Y entonces se quedó quieta. Como las demás, como hasta el último miembro de mi familia, se derrumbó a mi alrededor, derrotada, herida.

Y yo era la única que quedaba de pie.

Me giré hacia Soren, con todo el cuerpo vibrando de furia.

—Hijo de puta. Me las vas a pagar. —El calor surgió en mi interior, al rojo vivo y ardiente mientras me desgarraba las venas. Magia. Mi magia.

Y quería sangre.

Soren se volteó ahora hacia mí, con expresión ilegible.

—¿A esto llamas el gran poder de las Davenport?— Su voz estaba impregnada de algo que no había escuchado antes. No sólo era diversión. Era decepción—. Qué patético.

Me estremecí, no de miedo, sino de furia.

No tenía ni idea de con quién estaba tratando.

Flexioné los dedos, sintiendo el calor de mi magia surgiendo a través de mí.

Soren ladeó ligeramente la cabeza, intuyéndolo. Sus labios se curvaron divertidos, su rostro demasiado perfecto era un retrato de satisfacción engreída.

—Ah. La bruja de las sombras.

—Ah. El bastardo elfo. —Mi lado demoníaco se agitó, revolviéndose en mis entrañas como una bestia que estira sus miembros después de una larga y deliciosa siesta. El calor me recorrió las venas, un pulso eléctrico me recorrió la piel como la electricidad estática antes de una tormenta.

Sonreí, aunque podría haber gruñido.

—Te voy a patear el culo.

Los ojos de Soren brillaron, algo antiguo, algo poderoso acechaba detrás de ellos.

—Averigüémoslo.

Luego se movió.

O —todo lo de él se movió.

Porque de repente... no había sólo un Soren.

Había cinco.

Me quedé sin aliento cuando su cuerpo se dividió, el aire brilló y se deformó, y sus duplicados salieron de él como ecos que cobran vida.

Cinco Sorens idénticos estaban delante de mí, cada uno igual de sólido, igual de engreído, igual de aterrador.

Parpadeé.

—Ay, *por favor*.

El Soren que estaba justo delante de mí esbozó una sonrisa fría y divertida y se adelantó al mismo tiempo que los demás. Perfectamente sincronizados.

Tragué saliva, con el corazón agitado.

Un Soren ya era una pesadilla. ¿Pero cinco?

Bueno, eso fue una patada en las pelotas mágicas.

# CAPÍTULO 25

Me quedé mirando a las versiones idénticas del elfo, cada una de ellas inmóvil, con sus inquietantes ojos azul oscuro fijos en mí con la misma sonrisa cómplice.

—Bueno —murmuré—. Esto es nuevo.

Todos mis músculos me gritaban que huyera, pero no iba a hacerlo. No cuando mis tías yacían inconscientes a mi alrededor, no cuando Soren seguía en pie, sonriendo, actuando como si ya hubiera ganado.

Uno de los Soren ladeó la cabeza, con un brillo divertido en los ojos.

—Te ves nerviosa, prima.

—Por favor. —Me burlé—. He estado más nerviosa viendo a Beverly estacionarse en paralelo. —Totalmente cierto.

Otro Soren —con la misma sonrisa burlona y el mismo rostro exasperantemente perfecto —se acercó—. O puedes rendirte ahora y ahorrarte la vergüenza.

Resoplé.

—No me conoces muy bien. ¿O sí? No me rindo. Pero *puedo* hacer un delineado cat-eye perfecto mientras conduzco.

El primer Soren —no, quizás el tercero— inclinó la cabeza.

—¿No? ¿Entonces te dedicas a la humillación?

Y entonces se movieron todos a la vez.

*¡Ay, mierda!*

Un Soren chasqueó la muñeca, enviando un chorro de fuego hacia mí.

Otro extendió los brazos y el piso bajo mis pies explotó hacia arriba, haciéndome tropezar.

El tercer Soren invocó un muro de hielo, cortando mi escape.

El cuarto conjuró una ráfaga de viento tan fuerte que me hizo caer de lado.

¿Y el quinto? Se quedó allí. Observando. Esperando.

¿El verdadero, tal vez? Si conseguía al verdadero Soren, ¿desaparecerían los otros cuatro? Valía la pena intentarlo.

—Bueno —resollé, limpiándome una mancha de suciedad de la mejilla mientras me levantaba—. Una pregunta rápida. ¿Esto es una pelea o un Cirque du Soleil sobrenatural?

Los Soren rieron al unísono. Mi medidor de lo espeluznante acaba de alcanzar un nivel que nunca debió alcanzar.

—Este soy yo jugando contigo, prima —dijo uno de ellos, atravesando la niebla arremolinada que su magia había dejado detrás de sí—. Dejando que corras, te retuerzas y te agites antes de que empiece de verdad.

Me llevé las manos a los costados, la magia me quemaba bajo la piel.

No. No iba a ser un peón en su juego.

Invoqué mi poder, dejando que la energía bruta se acumulara, y luego extendí los brazos.

—¡Fulgur!

Un relámpago blanco púrpura atravesó el aire...

Y no golpeó nada.

El Soren al que había apuntado se desvaneció, el rayo se apagó al chocar contra la pared de la carpa.

—Maldita sea —siseé.

—Fallaste —se burló uno de los Soren.

Otro dijo.

—Qué torpe, Merlín. Eso es decepcionante.

El cuarto dejó escapar un suspiro burlón.

—Pensé que se suponía que eras poderosa.

Bueno, a la mierda.

Extendí ambas manos.

—¡Inflitus!

Una onda de fuerza cinética estalló hacia el exterior, ondulando el suelo y haciendo volar el polvo.

Pero de nuevo, nada.

Pues, *eso* no es bueno.

Otro Soren avanzó, y mientras se movía, el aire a su alrededor brillaba, casi como ondas de calor sobre el pavimento.

Demonios. Mi mente se aceleró. ¿Cómo se lucha contra cinco versiones del mismo tipo

Con *mucho* cuidado.

—¿Qué tal si te la pongo fácil? —Uno de los Sorens levantó una mano.

La temperatura en la carpa bajó al instante.

El hielo crepitaba en el piso, se arrastraba como una congelación y se enroscaba alrededor de mis botas. Al mismo tiempo, el viento aullaba y azotaba la carpa con tanta violencia que la tela se rompía como las velas de un barco en plena tormenta.

Extendí los brazos, haciendo fuerza.

Un Soren se rio entre dientes.

—Los elfos no sólo controlamos los elementos, primo. Somos los elementos.

Levantó una mano y, de repente, el viento estalló hacia fuera, levantándome de mis pies.

Giré en el aire, agitándome salvajemente antes de caer al piso con la gracia de una jirafa borracha. En mi visión estallaron estrellas, el dolor me irradió desde la rabadilla y gemí.

Por encima de mí, uno de los Soren suspiró, sacudió la cabeza.

—Decepcionante.

Apreté los dientes.

—¿Ah, sí? ¿Qué tal un poco de esto? —Mi mano se levantó—. ¡Fulgur!

Un rayo blanco púrpura crepitó en mi palma, cortando el aire.

Lo golpeó.

El Soren que golpeé se desvaneció en una brizna de sombra.

Me impulsé hacia arriba.

—Uno menos, faltan cuatro.

Los cuatro Sorens restantes se separaron, moviéndose como bailarines sincronizados y rodeándome a un ritmo lento y medido. Real. No real. Real. No real. Mi cerebro luchaba por averiguar cuál era cuál.

Y entonces, atacaron.

Uno lanzó una tormenta de fuego hacia mí.

Otro invocó una lanza de hielo, lanzándola contra mi pecho.

Un tercero hizo que el suelo ondulara como el agua y me hizo perder el equilibrio.

¿Y el cuarto? No hizo nada, sólo se quedó allí, mirando, con los brazos cruzados y una maldita sonrisa en la cara. Bastardo. ¿O era bastardos? Ni idea.

—¡Declinare! —Lancé un escudo blanco, desviando la lanza de hielo justo a tiempo.

Salté sobre el piso ondulado, girando en el aire para esquivar las llamas. Pero el calor seguía lamiéndome la cara y el olor a tela quemada me llenaba la nariz.

Mierda. Esa era mi única chaqueta decente.

Caí al piso, rodando sobre mis pies, justo cuando el último Soren chasqueó los dedos y las llamas desaparecieron, sustituidas por una sofocante ráfaga de viento.

Me tambaleé hacia atrás, manteniéndome firme a duras penas.

Los cuatro Sorens restantes me rodearon, moviéndose como depredadores, con sus idénticos ojos azul oscuro brillando con diversión.

Sí, en serio odiaba a estos tipos.

—¿De verdad creías que podías ganar? —me preguntó el Soren que tenía al frente, con voz suave y condescendiente, como si estuviera sermoneando a un niño especialmente tonto.

Apreté los puños y mi cuerpo gritó en señal de protesta.

—No necesito ganar. Sólo necesito vencerte.

Soren soltó una risita lenta y arrogante.

—Ay, primo, no tienes ni idea de a lo que te enfrentas.

Los otros Soren me dedicaron sonrisas burlonas, se movieron a mi alrededor y se acercaron.

—Puede que no —dije, girando los hombros—. Pero por estos lados me conocen como alguien con alas. —Totalmente cierto.

Y luego me mudé.

Me agaché y extendí las manos.

—¡Inflitus! —Una ráfaga conmocionante se extendió. La fuerza hizo retroceder a dos de los Soren, haciéndolos caer al piso.

*¡Yupi!*

El tercero esquivó, agitando una mano, y una lanza de hielo salió disparada hacia mí.

*Mierda*.

—¡Protego! —grité, justo cuando el hielo se rompía contra mi magia en un estallido de escarcha. Me giré, divisé a otro Soren y lancé un rayo directo a su pecho.

Golpeó fuerte.

Durante una fracción de segundo, su forma parpadeó y su cuerpo crepitó de energía. Luego emitió un silbido distorsionado, casi lleno de estática, mientras todo su cuerpo chisporroteaba y estallaba como una pompa de jabón en una hoguera. Un segundo después, había desaparecido.

Maldita sea. No era el real.

—Te equivocaste otra vez —canturreó uno de los otros, moviendo los labios con cruel deleite.

Una columna de fuego estalló debajo de mis pies. Salté hacia atrás. Pero no lo bastante rápido. El calor me abrasó la pierna y me hizo estallar de dolor. Me dolía como un demonio. Caí al suelo con fuerza y rodé para apagar la tela humeante.

Una sombra se cernía sobre mí.

Extendí las manos.

—¡Cataracta! —Una lámina de agua cayó sobre el Soren más cercano.

Extendió la mano. El agua se congeló en el aire y se rompió en mil fragmentos brillantes.

*Por supuesto.*

Me pesaba el pecho. Me pesaban los miembros. Mi magia se estaba agotando. Rápidamente. Y no estaba logrando hacer mella.

Soren sonrió, viendo cómo me esforzaba.

—¿Ya estás cansada?

—Ah, sólo estoy entrando en calor, pálidos bastardos —jadeé. Luego salí corriendo.

Cerré el puño y grité—: ¡Inflitus! —Un pulso de fuerza cinética onduló por el aire, dirigido directamente a su engreída tripa de supermodelo.

Lo agarró. En serio. Lo atrapó. Como si le hubiera lanzado un maldito frisbee.

Y luego, como era un superdotado, me la devolvió.

Salí volando hacia atrás y mi columna se estrelló contra el piso. Me quedé tendida, jadeando, ahogada, con la vista nublada.

Uno de los Soren se acercó. Sus botas crujían sobre el piso, lentas y deliberadas, como si se tratara de una tranquila tarde de domingo y no de una auténtica paliza mágica.

Los otros tres Sorens se abrieron en abanico a su alrededor, con movimientos inquietantemente sincronizados. No hablaban, no respiraban, solo permanecían allí como unos espeluznantes maniquíes mágicos que esperaban atacar. ¿Cuál era el verdadero Soren? No lo sabía.

—¿Ya terminamos? —preguntó el Soren del centro, con voz ligera, divertida, insufrible.

Apreté los dientes y me obligué a ponerme de rodillas, temblorosa y gelatinosa. Mi cuerpo gritaba en señal de protesta, pero no estaba dispuesta a darle la satisfacción de verme agachada.

Uno de los Sorens de la izquierda soltó una risa, baja y oscura.

—Tiene espíritu.

El Soren derecho ladeó la cabeza, con los ojos brillantes.

—No por mucho tiempo.

El Soren que tenía más cerca se agachó, inclinando la cabeza como si examinara un juguete roto que no sabía si valía la pena arreglar.

—Luchaste bien —murmuró, casi con admiración—. Pero nunca ibas a ganar.

Me tragué la oleada de náuseas, intentando por todos los medios no desmayarme y perder lo único que me quedaba: mi dignidad.

—Todavía no he terminado

Su sonrisa se afiló.

—Están acabadas. Todas las Davenports están acabadas.

Tosí, respirando entre el dolor.

—Escucha, amigo, no sé si no te llegó el comunicado, pero ni siquiera te conozco.

Los ojos de Soren brillaron.

—No —convino, con voz suave, casi compasiva—. No me conoces. Y ésa es la verdadera tragedia. ¿Verdad?

Parpadeé.

—Yo… ¿Qué?

El Soren izquierdo se acercó más.

—No conoces tu historia.

El Soren derecho ladeó la cabeza.

—Tu familia la borró.

El que estaba detrás de mí me susurró al oído, provocándome un escalofrío en todo el cuerpo:

—Me borró.

Eso fue injustamente espeluznante.

—Bueno, primero que todo, límites. Segundo, ni siquiera había nacido cuando pasó todo esto, así que no me metas en cualquier rencor medieval que hayas estado alimentando.

El Soren que estaba frente a mí exhaló lentamente.

—No lo entiendes. ¿Verdad? Los Davenport me lo quitaron todo. De mi linaje.

Fruncí el ceño.

—Bueno, pero yo no. Si quieres enojarte con alguien, desentierra a mi tatara-tatara-tatara-abuelo y grítale.

El rostro de Soren se ensombreció y sus manos se cerraron en puños. El aire a nuestro alrededor crepitó, cargado de energía bruta.

—No fueron sólo ellos. Fueron todos ustedes. Generaciones de Davenports, haciendo como si yo nunca hubiera existido. —Ahora respiraba con más fuerza, su magia palpitaba contra mi piel como una presión que se acumulaba en mis costillas.

Me burlé.

—Claro, como si esa fui yo. La pequeña Tessa, sentada en una sillita alta, bebiendo un juguito, planeando tu caída.

El labio izquierdo de Soren se curvó.

—¿Te parece gracioso?

Los ojos del Soren derecho se encendieron.

—Tu familia me hizo invisible.

El Soren delantero se acercó un paso.

—Me cansé de ser invisible.

Forcé una sonrisa.

—No es culpa mía que nunca hayas entrado en el árbol genealógico de los Davenport.

Los Soren me rodeaban ahora, acorralándome como una manada de lobos que se acerca a una presa herida. Sentía su magia presionándome el pecho, tratando de sacarme el aire de los pulmones.

—Ya no puedes fingir que no existo —gruñó—. Y no puedes detenerme.

Luché por mantener una expresión neutra. Entrar en pánico no me ayudaría.

—Mira, entiendo que te sientas agraviado. Y tal vez, sólo tal vez, tengas razón. Pero si crees que voy a quedarme de brazos cruzados y dejar que reescribas la historia a tu antojo, está claro que no has investigado muy bien sobre mí.

La sonrisa de Soren se torció.

—Lo harás si estás muerta. —Sus ojos se oscurecieron—. Ya no tienes magia. Puedo sentirlo.

—¿Ah sí? —Inquietante. Pero se equivocaba. Sí me quedaba algo. Sólo que no lo suficiente para vencerlo.

Sin trucos. Ni reacciones ingeniosas. Ni milagros de última hora.

Por primera vez en mucho tiempo, me di cuenta... de que no podía ganar. No contra esto. Contra él. Contra ellos.

Lo único que podía hacer era volver a casa. Pero eso implicaba tener que dejar a mis tías atrás. ¿Estaban vivas? Si lo estaban, no lo estarían por mucho tiempo si las dejaba a merced de los Soren.

Y no me lo perdonaría nunca si saliera corriendo como una cobarde.

No era una cobarde.

Yo era una Davenport.

Yo era una Merlín.

Yo era una bruja con pelotas de mujer gigantes (sí, sé cómo suena eso) y no iba a abandonar una pelea.

Jamás en mi vida.

Y entonces... me di cuenta de que tenía otra carta bajo la manga.

# CAPÍTULO 26

—Eres un mentiroso —dije, enderezándome todo lo que mi maltrecho cuerpo me permitía—. No eres más que un mentiroso.

Los fríos ojos de Soren se afilaron como una espalda.

Ah, sí. Eso llamó su atención.

—No te dejaron de lado por ser parte elfo —continué, con la voz cargada de simpatía fingida—. Hay algo más que eso. ¿No es así? —Incliné la cabeza, fingiendo reflexionar—. No, verás, he leído los libros de historia de Davenport y no recuerdo ninguna mención a una historia triste de elfos Davenport. —Puras mentiras. Pero seguí.

Apretó la mandíbula y sus manos se crisparon a los lados, mientras la magia crepitaba en las yemas de sus dedos como una tormenta a punto de desatarse.

Sonreí. Molesté al adversario. Ahora a desatar el caos.

—Es porque tu padre ni siquiera era brujo —dije, dejando que mi voz se convirtiera en un susurro fingido, como si le estuviera contando un secretito sucio. Me incliné hacia adelante y clavé mis ojos en los suyos—. Era un inútil. —Mi propia madre lo era, así que era totalmente posible.

El aire chasqueó como un látigo. Los cuatro Soren se tensaron y sus expresiones oscilaron entre la rabia y algo más. ¿Duda?

El Soren que estaba frente a mí encendió sus fosas nasales.

—No sabes de lo que estás hablando.

Arqueé una ceja.

—¿Ah? Entonces, ¿quieres decirme que tu gran y aterrador discurso de «fui traicionado» no tenía ninguna mentira? Por favor. Todo villano distorsiona un poco la historia en su trágico cuento.

Sus dedos se cerraron en puños, su magia empezó a brotar, presionando contra mi piel como una ola aplastante.

Me obligué a no mostrar lo mucho que me dolía.

—No tienes ni idea de cómo fue —dijo.

—Ay, puedo adivinarlo —dije, dándome toquecitos en la barbilla —. Déjame pintar la escena. Un gran momento dramático, tu padre ante los Davenport, todo noble, pidiendo ser aceptado, pero no tiene magia. ¿Cómo podría una familia que literalmente respira magia aceptar a una batería sin carga en su grupo? —Incliné la cabeza—. Eso fue lo que pasó. ¿O no?

A Soren le palpitaba una vena en la sien.

Oh. Oh. Había tocado algo.

—Apuesto a que tu padre suplicó —añadí porque, al parecer, tenía ganas de morirme—. Rogó para quedarse. Rogó que lo aceptaran. Pero no, los Davenport lo vieron como un eslabón débil y lo echaron.

La magia de Soren pulsaba agresivamente. La tela de la carpa se onduló y el polvo se desprendió de las vigas del techo.

Debería callarme. De verdad. Debería. ¿Pero por qué hacerlo ahora?

—Lo que significa... —exhalé lentamente, enunciando cada palabra—, que ni siquiera eres un Davenport de verdad.

¡Bum!

La magia del aire explotó y me hizo retroceder unos centímetros. Los otros Soren se tambalearon y sus formas parpadearon durante un segundo.

Ajá. Interesante. Él no quiso hacer eso. Apenas pude contener una sonrisa. Así que él no tenía tanto control como creía.

El pecho de Soren subía y bajaba, sus manos temblaban y su magia crepitaba a su alrededor como un cable inestable.

—¿Crees que puedes burlarte de mí? —gruñó, su fría fachada empezó a resquebrajarse—. ¿Crees que eres mejor que yo?

—Bueno, técnicamente, sí —dije, quitándome el polvo imaginario de los pantalones—. Desde que me aceptaron en la familia. —Ensanché los ojos—. Mierda. ¿Eso me hace más Davenport que tú? Eso te tuvo que arder.

Los cuatro Sorens se abalanzaron al mismo tiempo.

Esquivé justo a tiempo, rodando de lado al sentir el silbido del aire desplazado donde casi me habían agarrado.

Bueno. Tal vez me estaba pasando de la raya.

Pero todavía no había terminado.

Giré, mi magia parpadeó débilmente, pero me mantuve firme.

—Llevas siglos mintiéndote a ti mismo. ¿Verdad? —continué—. No te rechazaron por ser en parte elfo. Te rechazaron porque tu padre no tenía magia y tú no eras lo suficientemente Davenport.

Los ojos de Soren ardían de pura rabia y su magia se agitaba a su alrededor en violentos y caóticos remolinos.

Lo estaba sacando de quicio.

—Has pasado doscientos años intentando demostrar que perteneces a esta familia, —continué—. Intentando demostrar que deberías haber nacido en esta familia. Que deberías haber sido su heredero. Pero no lo fuiste. ¿O sí?

Sus dedos se crisparon y los otros tres Sorens se desdibujaron, parpadeando como estática inestable.

Rayos y centellas. Tenía razón.

Sus ilusiones estaban ligadas a sus emociones. Cuanto más se enfurecía, más le costaba mantener el control.

Ah, esta era mi entrada. Y ahora sabía quién era el verdadero Soren.

—Seamos honestos. No se te negó el poder. Te negaron la validación. —Di un paso lento y deliberado hacia adelante—. Y ahora quieres destruir a las Davenport, no sólo por venganza, sino porque crees que por fin te hará sentir digno.

El verdadero Soren gruñó.

Sí, lo tenía en mis manos ahora.

—¿Crees que si nos borras de la historia arreglarás lo que está dañado en ti? —Exhalé bruscamente—. Eso es patético.

Los otros tres Sorens temblaban, sus formas parpadeaban como si estuvieran a punto de quebrarse.

Soren gritó de furia, y una onda expansiva de poder salió disparada hacia afuera, golpeándome como un mazo en las costillas.

Salí volando hacia atrás, pegué la cabeza contra el piso y la vista me estalló con un dolor candente y cegador.

Bueno, sí. Tal vez no debí haber presionado tanto.

El mundo giraba. Mi cuerpo palpitaba. Pero me obligué a abrir los ojos, parpadeando en medio de la agonía.

Soren jadeaba. Luchaba. Su pecho se agitaba y sus manos seguían temblando.

Sus ilusiones volvieron a parpadear.

Tenía razón. Estaba demasiado involucrado emocionalmente en esto. Estaba perdiendo la calma y el control de su magia.

Sonreí, a pesar del dolor que me partía el cráneo por la mitad.

—¿Dedo en la llaga, primo?

La magia de Soren crepitaba en el aire como un cable de alta tensión, pulsando con energía errática. Sus ilusiones parpadeaban y las otras tres versiones de él titilaban como hologramas. Su pecho se hinchó, sus manos temblaron y, por primera vez, lo vi: incertidumbre.

La furia de Soren hizo retumbar el aire con su fuerza bruta.

—No sabes cuándo callarte. ¿Verdad?

—En realidad no —admití—. Es lo mío.

Los cuatro Sorens levantaron las manos al unísono, su magia crepitó en el aire, el calor y la energía crecía a su alrededor, presionando mi pecho como un puño que se cierra.

Pero entonces... el aire tembló.

El tejido de la carpa parecía palpitar, como si la realidad misma hubiera sufrido una falla. Las paredes parpadeaban, ondulando como bajo el agua. El leve zumbido de los hechizos se volvió estridente, un quejido agudo.

Y entonces un estruendoso crujido atravesó la carpa, seguido de una onda expansiva invisible que golpeó hacia afuera, haciendo que los artefactos traquetearan en sus cajas. El espacio que nos rodeaba se retorció, se dobló y se rompió.

El glamour que ocultaba el mercado negro se desprendió como un velo arrancado de un escenario, su ilusión se desmoronó en fragmentos irregulares y brillantes que se disolvieron en la nada.

Y a través de la entrada, ahora expuesta, irrumpieron Marcus y Ronin.

Soren giró la cabeza hacia ellos. Había perdido el control sobre su magia. Lo sabía. Yo lo sabía.

Parpadeé.

—Ya era hora de que aparecieran.

Los ojos grises de Marcus se clavaron en los míos. Me miró, asegurándose de que no estuviera herida. Sí, adoraba a mi hombre simio. Frunció el ceño mientras contemplaba la escena. Cuatro Sorens, mi maltrecho estado, mis tías, inconscientes o posiblemente muertas, en el piso.

Ronin arqueó una ceja hacia los cuatro Sorens y luego hacia mi posición actual, casi moribunda pero no del todo.

—Me parece que nos perdimos el calentamiento. —Su sonrisa se desvaneció—. ¿Dónde está Iris?

—Cedric se la llevó —le dije, asegurándome de omitir la parte en la que la había dejado inconsciente con magia para poder llevársela.

La cara de Ronin cambió.

—¿Se la llevó? ¿A dónde?

Sacudí la cabeza.

—Ni idea. Pero estoy segura de que está a salvo. Probablemente en su casa. —Odiaba al bastardo por engañarnos, pero sabía que Iris estaba a salvo. Al menos se preocupaba por su hermana.

El medio vampiro se crujió los nudillos con la cara enfurecida.

—Después de esta paliza, voy a ir a buscarla.

—Por supuesto —dije. Dudaba que Cedric mantuviera prisionera a Iris. ¿O lo haría? Ni idea.

Marcus se inclinó, imponente, con los músculos del cuello flexionados.

—Lamento llegar tarde, mi amor —dijo, con voz áspera como la grava—. No podía encontrar este maldito lugar. Era como si no existiera , como si estuviera encantado o algo así. Pero entonces,

hace unos segundos... —Encogió los hombros, con los ojos oscuros con determinación—. Apareció a la vista.

Sonreí.

—Supongo que alguien está perdiendo el control de su magia.

La magia de Soren se disparó y sus ilusiones parpadearon de forma errática, como si se estuvieran rompiendo por las costuras. Si tuviera que adivinar, diría que su magia élfica y su magia de brujo estaban chocando, luchando entre sí en lugar de trabajar en sincronía.

Ronin giró los hombros, una sonrisa malvada se extendió por su rostro, mostrando sus colmillos.

—Supongo que es nuestra señal. —Flexionó las manos y de las puntas de los dedos brotaron afiladas garras.

Soren gruñó y los cuatro se abalanzaron sobre él.

En un borrón de movimiento, Ronin se desvaneció, reapareciendo frente a uno de los Sorens y moviéndose con su velocidad vampírica.

El elfo apenas tuvo tiempo de reaccionar antes de que el puño de Ronin conectara con su mandíbula. El impacto lo lanzó por los aires, estrellándose contra una de las vigas de madera, y toda la carpa se estremeció.

El Soren se tambaleó, pero Ronin ya estaba allí, agarrándolo por el cuello y hundiéndole los colmillos en el hombro.

El Soren gritó.

—No es tan divertido cuando el chupasangre muerde, ¿eh? —Ronin se rio, su voz era un gruñido profundo y peligroso.

El elfo lo empujó, disparando su magia, pero Ronin fue más rápido. Esquivó el golpe, su risa era oscura, divertida. Quizás estaba disfrutando demasiado.

Apenas tuve tiempo de reaccionar antes de que todo el cuerpo de Marcus resplandeciera de blanco, cambiando, expandiéndose. De su piel brotó pelaje, sus músculos duplicaron su tamaño y sus manos se convirtieron en enormes puños.

Y entonces Marcus desapareció, sustituido por un imponente gorila lomo plateado. Rugió y se lanzó contra uno de los elfos. El suelo tembló cuando el gorila se abalanzó sobre el elfo, lo agarró por el cuello y lo lanzó al otro lado de la carpa.

El Soren se estrelló contra una mesa, haciendo volar artefactos malditos.

—Eso e por atimaar a mii eposaa. —El gorila golpeó el suelo con los puños, gruñendo, con los ojos desorbitados por la furia protectora.

Eso me hizo sentir eufórica por dentro.

Soren tosió y se levantó tambaleándose con la magia brillando a su alrededor. Pero Marcus ya estaba sobre él, lo agarró, lo balanceó como un muñeco de trapo y lo estampó contra el suelo con una fuerza que aplastaba los huesos.

Los dos últimos Sorens me rodearon, sus ojos brillaban con pura malicia.

Bueno, sí, mi magia se desvanecía rápidamente y me dolía todo el cuerpo. Pero todavía no había terminado. Ni mucho menos.

Cuadré los hombros y levanté las manos.

—Muy bien, pálidos bastardos. Bailemos.

Un Soren atacó primero, lanzando una ola de fuego hacia mí.

Esquivé, a duras penas, sintiendo cómo el calor abrasador me rozaba el brazo.

—¡Fulgur!

Un rayo salió de la palma de mi mano, dirigido directamente a él...

Pero desapareció antes de que impactara.

*Desgraciado.*

Me giré justo a tiempo para ver al otro Soren detrás de mí, con la mano levantada y la magia crepitando.

Mierda.

—¡Protego!

Lancé un escudo justo a tiempo, el impacto sacudió mis huesos.

Soren se rio.

—Te estás desvaneciendo, prima.

Forcé una sonrisa.

—Sí, bueno, a ti te quedan dos, así que ¿quién es el que está perdiendo aquí?

Su mandíbula crujió. Y entonces se movió.

Demasiado rápido.

Apenas lo vi, antes de ser lanzada contra el piso, con fuerza, y el impacto me dejó sin aire en los pulmones.

Los dos Sorens restantes estaban sobre mí, con su magia a flor de piel, listos para acabar conmigo.

Me preparé para el dolor. Pero nunca llegó.

Parpadeé cuando una enorme mancha de pelo y rabia se estrelló contra uno de ellos: Marcus.

Ronin apareció de la nada, agarró al último Soren y lo lanzó al otro lado de la carpa.

Jadeé, procurando llenar de aire mis pulmones, mientras rodaba sobre mis rodillas. Mi cuerpo gritó en señal de protesta.

Soren, el verdadero ahora, retrocedió tambaleándose, jadeando, sus ilusiones finalmente se desaparecieron.

Marcus se puso delante de mí, sólido e inamovible, su enorme figura irradiaba una amenaza pura y protectora.

A su lado, Ronin se arregló los puños de la camisa y mostró una sonrisa.

—Qué clase de fiesta, Tess.

—Me alegro de que hayas podido venir —le dije.

Soren se balanceaba, su poder parpadeaba y su ira sacudía la tierra debajo de nosotros. Me miró con furia en los ojos.

—Esto no ha terminado.

Me puse de pie, con todo el cuerpo dolorido. Mi magia se había agotado y, aun así, sonreí.

—No, no ha terminado —acepté—. Porque me debes un abrigo nuevo.

Los ojos de Soren brillaron, toda su figura resplandeció... y luego desapareció.

La carpa se estremeció, el aire se asentó y la magia se dispersó. Se había acabado. Por el momento.

Exhalé bruscamente, casi se me doblaron las rodillas, pero Marcus estaba allí, atrapándome antes de que cayera.

Lo miré y sus ojos grises me observaron, escrutadores, preocupados. En pocos segundos había vuelto a su forma humana, su forma humana muy *desnuda*. No es que me molestara. No me importaba.

—Estás herida — dijo Marcus, con sus grandes manos acunándome suavemente.

—Estoy bien —murmuré, aunque definitivamente no lo estaba. Pero lo estaría.

Ronin se crujió el cuello.

—Bueno, eso fue divertido. ¿Quién carajos era ese tipo?

—Soren Tex, o debería decir Soren Davenport. —Marcus y Ronin me miraron como si me hubieran salido cuernos—. Es de la familia.

Ronin se quedó boquiabierto.

—No me digas.

—¿Por eso fue que entró en la bóveda de tu familia? —preguntó el jefe.

—Así es.

—¿Pero cuál es su problema? —preguntó mi amigo medio vampiro—. ¿Por qué hace todo esto?

—Por venganza —dije, con la voz ronca y todo el cuerpo dolorido —. Es una larga historia. Pero primero, tenemos que ver cómo están mis tías y luego empaquetar y preparar todos los artefactos desaparecidos antes de que llegue el Consejo Gris.

Porque todos sabíamos que lo harían. De algún modo, se correría la voz. Siempre era así. Y cuando el Consejo Gris llegara, no podía arriesgarme a que conectaran todos estos artefactos mortales e ilegales con nuestra bóveda familiar.

Ronin se estiró perezosamente y giró los hombros como si acababa de llegar de una pelea informal en un bar.

—Buena decisión. Lo último que necesitamos es a esos viejos bastardos respirándonos en la nuca.

Marcus permaneció cerca de mí, con su imponente figura sólida a mi lado, mientras sus ojos escrutaban los restos que nos rodeaban. Su postura era tensa, sus instintos protectores seguían al máximo. No se iba a relajar hasta que estuviéramos a salvo.

¿Y sinceramente? Yo tampoco.

Otro gemido cortó el silencio.

Giré con el corazón agitado: Ruth. Se revolvió y se llevó la mano a la cabeza mientras intentaba sentarse con una mueca de dolor.

—Ay.

Esa sola palabra fue el mejor sonido que había escuchado en toda la noche.

Cojeé hasta su lado y la ayudé a sentarse bien.

—¿Estás bien?

Me miró entrecerrando los ojos.

—Creo que sí. —Luego, parpadeando, olfateó el aire—. ¿Por qué huelo a pelo quemado? —Ruth frunció el ceño, se tocó la cabeza y soltó un gritito—. Ay, no, ¿soy yo? ¿Me quemé el pelo? ¿Me quedé calva?

—No del todo. Pero puedes arreglarlo —le dije, sabiendo que me había ayudado varias veces con su ungüento mágico para hacer crecer el pelo.

Ruth sonrió.

—No me importaría ser calva. Nos hace ver más inteligentes.

Sí, sólo Ruth diría algo así.

Beverly soltó un gemido de dolor desde el otro lado de la carpa destrozada. Me giré justo a tiempo para verla levantarse lentamente, con el vestido de lentejuelas desgarrado y el pelo, habitualmente inmaculado, hecho un desastre.

Tosió y escupió algo.

—Agh. Creo que tragué tierra.

Dolores fue la última en despertarse, se movía más despacio que las demás. Corrí hacia ella justo cuando intentaba sentarse, con la cara retorcida por el dolor.

—Te juro —refunfuñó ella, con voz áspera—, que la próxima vez que vea a ese elfo engreído, le lanzo un maleficio en las pelotas.

Mis labios se crisparon.

—Ponte en la fila.

Dejé escapar un suspiro tembloroso. Todas estaban bien. Maltrechas. Golpeadas. Pero vivas.

Marcus se arrodilló a mi lado y me alegré de ver que había encontrado sus jeans en medio de todo este desastre. Ayudó a Dolores a sentarse y la examinó en busca de heridas, con la mandíbula tensa.

—Te diste un buen golpe.

Dolores exhaló, frotándose las costillas.

—Viviré.

Bien. Porque apenas sobrevivimos.

Le di un vistazo a la destrucción que había quedado: las mesas de subasta destrozadas, el piso agrietado, el humo que aún flotaba en el aire tras nuestra batalla. Y entonces mi mirada se desvió hacia el espacio vacío donde Soren había estado hace unos momentos.

El aire seguía cargado de su poder, un recuerdo persistente de que había estado aquí.

Respiré lenta y tranquilamente, sacudiéndome el cansancio que me atenazaba.

—Tenemos que movernos —dije, mi voz más firme ahora—. Tenemos que tomar los artefactos y largarnos de aquí antes de que el Consejo Gris se entere de esto.

—Sí, jefa. —Ronin esbozó una sonrisa—. Por fin. Vamos a robar algo.

Suspiré.

—No estamos *robando*. Estamos *reclamando*.

Beverly agitó una mano.

—Papa, patata. Es lo mismo.

Marcus me miró, con sus ojos grises llenos de pensamientos no expresados. No necesitaba palabras. Ambos lo sabíamos.

Esto no había terminado.

Soren había perdido la batalla, pero no estaba acabado. Ni mucho menos. Volvería, más fuerte, más furioso, más decidido. ¿Y la próxima vez? No sólo buscaría venganza.

Estaría buscando sangre.

La mía.

Exhalé lentamente, mi pulso se estabilizó.

Que venga.

¿Porque la próxima vez? No sólo iba a luchar.

Iba a terminar con esto.

# CAPÍTULO 27

Me senté en una silla de madera dura, moviéndome incómoda mientras intentaba evitar que Darian se lanzara desde mi regazo como un pequeño y decidido escapista. Oficialmente, se me había entumecido el trasero. No sólo un poquito, sino totalmente entumecido, como si nunca volvería a sentirlo otra vez.

No culpaba a Darian por ponerse inquieto. Yo también estaba aburrida.

Llevábamos dos horas encerrados en el centro comunitario de Hollow Cove mientras un grupo de paranormales contaba minuciosamente los votos para elegir a la nueva alcaldesa del pueblo.

Sí. En Hollow Cove se vota por el alcalde.

Y, sí, de alguna manera, me habían engañado para que estuviera aquí.

Dolores estaba de pie al lado de una larga mesa plegable donde tres paranormales estaban encorvados sobre las papeletas, contando y recontando como si sus vidas dependieran de ello.

Frente a ellos, Martha estaba sentada rígidamente, con sus dedos manicurados tamborileando a un ritmo ansioso contra la mesa. ¿Dolores? Era la viva imagen de la calma. Lo que nunca era una buena señal. Esa era su cara de guerra.

Por supuesto, Martha y ella eran las candidatas finales a la alcaldía. Al principio, hubo un tercer aspirante —Vance no sé qué—, pero se retiró a los dos días. Creo que por un misterioso virus

estomacal. (Nadie *podía* confirmar la implicación de Ruth, pero la mujer sabía lo que se hacía con un maleficio bien calculado).

Así que ahora, eran sólo las dos brujas. Y todo el pueblo estaba en vilo.

Marcus y Lori se quedaron a un lado con algunos de sus ayudantes, con expresión neutra, vigilando que no se hiciera trampa. Lo cual, sinceramente... Era inteligente. Porque si estallaba una pelea, no sería la primera vez.

Más allá de la fila de ayudantes del jefe, había un grupo de ciudadanos sentados en las sillas plegables dispuestas en filas. No había un lleno total, sino más bien una concurrencia *ligeramente curiosa pero no demasiado interesada*. Algunos propietarios de negocios locales, algunos de los miembros más veteranos del aquelarre y algunos metamorfos y vampiros que, al parecer, no tenían nada mejor que hacer un lunes por la noche.

Habían pasado dos semanas desde el desastre del mercado negro y apenas habíamos logrado recuperarnos. Cuando mis tías se sanaron de sus palizas mágicas, reunimos todos y cada uno de los artefactos malditos de nuestra bóveda y los guardamos en el Jeep de Marcus.

Y justo a tiempo. Porque en el momento en que guardamos el último objeto, aparecieron seis todoterrenos negros como si estuviéramos protagonizando un drama policial paranormal.

El Consejo Gris.

Sus agentes se habían tomado su precioso tiempo interrogándonos, actuando como si tuvieran todo el tiempo del mundo para hacernos la misma pregunta de diez formas distintas.

Dolores, naturalmente, no estaba impresionada.

—Somos Merlín —les dijo, con voz llana y poco impresionada—. Nuestro trabajo consiste en ocuparnos de los mercados negros ilegales y cerrarlos.

Uno de los agentes, un imbécil de mandíbula cuadrada y ceño fruncido, ladeó la cabeza como si estuviera considerando sus palabras.

—Interesante —reflexionó, con un tono cargado de escepticismo —. Porque tenemos razones para creer que un grupo de brujas fue

el responsable de la irrupción en nuestras instalaciones de seguridad.

Dolores arqueó una ceja.

—¿De verdad?

El hombre hojeó un cuaderno de cuero negro, fingiendo hojear unas notas de aspecto muy oficial.

—Se robaron una criatura muy rara. ¿Saben algo de eso?

—No —había respondido Ruth con demasiada rapidez.

El agente la observó un momento y luego le dijo a Dolores:

—Entonces, vamos a confirmar su paradero. ¿Dónde estaba la noche del robo en el almacén?

Dolores no pestañeó.

—En casa. Con mis hermanas.

El labio del agente se crispó, como si ya pudiera oír la mentira que no podía probar.

—Qué conveniente —dijo.

Dolores le devolvió la mirada, con los ojos bien filosos.

—¿Sabes qué más es conveniente?

La miró con recelo.

—¿Qué?

—El hecho de que su seguridad sea tan pésima que alguien haya entrado y robado varios artefactos de valor incalculable delante de sus narices.

Su ceño se frunció.

—¿Dices que no tuviste nada que ver? —insistió.

Dolores se apretó el pecho dramáticamente.

—¿Me estás acusando de un crimen?

Beverly, a su lado, resopló.

La mandíbula del oficial se crispó.

—Me cuesta creer que un grupo de Merlines, que tienen un historial muy fuerte de entrometerse en cosas que no les incumben, se desentienda por casualidad.

Dolores sonrió.

—Y me cuesta creer que una organización altamente financiada con docenas de guardias de seguridad deje de alguna manera que

unos ladrones entren y salgan con suficiente contrabando para iniciar un culto del día del juicio final.

La mirada del oficial se detuvo en Dolores, claramente sin creerse ni una sola palabra pero sin tener pruebas para seguir presionando.

Finalmente, cerró el cuaderno.

—Estaremos en contacto —murmuró.

Dolores arqueó una ceja.

—Ah, estaré esperando.

Por suerte, el consejo había encontrado suficiente contrabando ilegal para mantenerse ocupado.

Y de alguna manera, por algún milagro, las Davenport habíamos esquivado una bala. Por ahora.

Todos los artefactos mortales e ilegales estaban de vuelta en nuestra bóveda familiar y sellados con guardas aún más poderosas que nunca. Bueno, según Dolores.

—A ver si ese elfo puede con estos bebés —había dicho Dolores después de cinco horas de intenso dominio de los hechizos.

Pero ella había estado inconsciente mientras yo luchaba contra los cinco Sorens. Ella no había visto la cantidad de poder que él ejercía. Y era una cantidad muy loca.

Sólo esperaba que Dolores tuviera razón.

Tuvimos el funeral de Gilbert al día siguiente, justo antes de la puesta de sol, porque al parecer, incluso en la muerte, el hombre tenía que tener una salida dramática. Se celebró al aire libre, en el cementerio de Hollow Cove, una tranquila extensión de terreno enclavada entre el bosque y los acantilados, donde las antiguas familias paranormales tenían sus parcelas. La sección Davenport no estaba lejos de allí, pero Gilbert había sido enterrado junto a su propio linaje, justo al lado de su querido primo fallecido, Gunner, cuya lápida parecía no haber sido limpiada desde el siglo pasado.

Para mi sorpresa, la mayoría de la gente del pueblo apareció para presentar sus respetos. Lo cual, sinceramente... Fue un poco sorprendente. Gilbert se había pasado la mayor parte del tiempo dándole órdenes a la gente, recortando presupuestos y, en general, siendo una piedra en el zapato de todo el mundo. Pero aparentemente, a pesar de sus quejas y sus recortes, el pueblo lo

respetaba. O tal vez sólo venían por los aperitivos que se ofrecerían después.

La ceremonia fue bonita. Sencilla, con algunos discursos sinceros, algunos auténticos y otros lo bastante educados como para evitar que la gente fuera hechizada. Los metamorfos del pueblo hicieron un suave llamado de búho como despedida final, lo que podría haber sido conmovedor si no hubiera sonado también un poco como si estuvieran cotilleando sobre quién iba a ser el siguiente en ocupar su puesto.

Y, extrañamente, yo lo extrañaba.

Sí, el pequeño y gruñón metamorfo que vivía para recortarme el sueldo y sermonearme sobre el presupuesto municipal. El hombre que una vez me había multado por usar magia para limpiar después de una pelea en un bar en lugar de «seguir los procedimientos municipales adecuados». Pero Hollow Cove se sentía... diferente sin él.

Ronin, que había estado sentado a mi lado en absoluto silencio en el centro comunitario, habló por fin.

—¿Crees que Dolores va a ganar? —Su voz era baja, su habitual sonrisa arrogante no aparecía por ninguna parte.

Me giré hacia él, estudiando su postura tensa. Piernas estiradas, brazos cruzados, expresión ilegible. No había sonreído ni una sola vez desde aquella noche en el mercado negro. No desde que le había dado una paliza a una de las ilusiones de Soren.

Y no lo culpaba.

Porque... todavía no habíamos encontrado a Iris.

Dolores había probado todos los hechizos de rastreo de su arsenal, y digo todos. Beverly incluso había consultado a un brujo de mala muerte que le debía un favor *especial*. (Su nombre era Jimothy, y no, no quiero hablar de eso).

Y aún así, nada.

La busqué todos los días durante dos semanas. Me transporté en línea ley a la casa de Cedric en Nueva York. Ni Cedric ni Iris estaban allí. Era como si Cedric la hubiera borrado de la existencia.

Ronin había hecho lo mismo, yendo y viniendo en auto desde Nueva York, habló con los amigos de Cedric, con sus contactos,

incluso con la familia de Iris, a la que no le hizo ninguna gracia ver al medio vampiro en la puerta de su casa. Pero le dijeron que no habían visto a Cedric ni a Iris.

¿Les creía? No lo sabía. Pero no dejé de buscarla. No lo haría. No hasta que la encontrara.

—No sé —respondí finalmente—. Martha es muy popular, y estaba en la junta. Quizás le den sus votos porque están acostumbrados a ella. Saben qué esperar.

—¿Y tu tía? —preguntó Ronin.

—Si gana, no volveremos a saber de ella —dijo Beverly, sentada a mi otro lado, dándole vueltas perezosamente a su taza de café para llevar.

—Es cierto —convino Ruth, sentada junto a Beverly, aunque llevaba en la mano una banderita en la que se leía «Dolores, alcaldesa» en relucientes letras doradas.

Ronin se recostó en su silla.

—No tenía ni idea de que Dolores quería ser alcaldesa.

Beverly resopló.

—¿Es un chiste? No sólo lo quiere. Lo necesita. Como el aire. Como el café. Como un estricto sistema de archivo para cada aspecto de su vida.

Ruth soltó una risita.

—A Dolores le encanta controlar las cosas. Pero a veces puede ser muy mala. —Frunció un poco el ceño y su expresión se tornó pensativa, como si estuviera recordando un momento en que su hermana mayor se había portado especialmente mal.

Acomodé a Darian en mi regazo mientras intentaba zafarse, con sus manitas gorditas tratando de alcanzar un brillante trozo de papel de aluminio que había en el suelo. Apenas lo agarré antes de que cayera de bruces de mi regazo por su afán de perseguirlo.

—Quédate quieto, pequeño gremlin —murmuré, empujándolo contra mí.

Los labios de Ronin se torcieron.

—Entonces, ¿qué pasa si pierde?

—No lo hará —dijeron Beverly y Ruth al unísono.

Me quedé mirándolas, sorprendida de que pensaran que podía ganar. Claro que tenía posibilidades, pero Martha también.

En ese momento, la multitud se calló.

Martha se mantenía rígida cerca de la entrada, se veía segura pero nerviosa, mientras que Dolores estaba a su lado, con los brazos cruzados sobre el pecho como un general que espera conquistar territorio enemigo.

El contador de votos oficial, un anciano brujo con un portapapeles y la expresión permanente de un hombre demasiado viejo para esto, se aclaró la garganta.

—Se han contado los votos —anunció.

Comenzó un redoble de tambores, cortesía de Ruth, haciendo sonar su lengua contra el paladar.

El brujo la miró, pero continuó:

—La nueva alcaldesa de Hollow Cove es...

La sala contuvo la respiración.

El corazón me martilleaba en el pecho y me aferré a Darian con demasiada fuerza, mordiéndome el labio.

—...Dolores Davenport.

Durante medio segundo, se hizo el silencio.

—A la mierda —expresó Ronin.

Entonces.

—*¡Gané!* —rugió Dolores, levantando los brazos—. *¡Soy la nueva alcaldesa!*

Dolores ya estaba dando la vuelta de la victoria, estrechando la mano de la gente, asintiendo como si estuviera recibiendo un prestigioso premio.

Martha, a su favor, parecía elegante en la derrota. Sonrió, estrechó la mano de Dolores y murmuró:

—Felicidades, Dolores.

—Felicidades, *alcaldesa* Dolores —dijo mi alta tía, prácticamente radiante de poder.

Suspiré, ajustando de nuevo a Darian mientras daba palmadas con sus pequeñas manos.

—Estupendo. Ahora tiene autoridad de verdad. Estamos condenados.

Ronin aplaudió. Sus facciones se torcieron como si quisiera sonreír pero no pudiera. Sentí una puntada en mi corazón.

Me alegraba mucho por mi tía, pero Iris seguía desaparecida. Y hasta que no la encontrara, nunca podría ser realmente feliz. Tampoco Ronin.

*Iris, ¿dónde estás?*

Darian se movió en mi regazo y sus manitas me presionaron el pecho antes de levantarse, con sus ojos grises clavados en los míos. Parpadeé, sorprendida por la seriedad de su mirada, demasiado sabia para ser un bebé.

Entonces, sin previo aviso, se inclinó hacia adelante y me rodeó el cuello con sus bracitos en un abrazo inesperado, diminuto pero muy firme.

Oh.

Se me formó un nudo en la garganta mientras lo abrazaba con más fuerza y hundía la cara en sus suaves rizos. Su calor, los latidos de su corazón contra el mío, aliviaron algo que me dolía por dentro.

Él lo sabía. De alguna manera, sabía que su mami estaba preocupada por su amiga.

Parpadeé con rapidez y respiré entrecortadamente, tratando de mantener la compostura.

—Gracias, amiguito —susurré, con la garganta apretada—. Mamá lo necesitaba.

Darian se apartó un poco y me apoyó las dos palmas en las mejillas, con sus diminutos dedos calientes contra mi piel. Luego balbuceó algo que, en mi opinión totalmente imparcial, sonó sospechosamente como «mamá» antes de meterse el puño entero en la boca.

Hmmm. ¿Acaso los niños de mes y medio podían hablar? No. Pero Darian no era un niño normal.

Volví a enfocar mi atención en Dolores. Marcus le estaba estrechando la mano, con cara de orgullo.

—Felicidades, alcaldesa Davenport —dijo con una sonrisa divertida.

Dolores sonrió, parecía una reina inspeccionando su nuevo reino.

—Suena muy bien. ¿Verdad?

*Cielos.*

Beverly puso los ojos en blanco, pero sonrió.

—Que Dios nos ayude a todos.

Ruth saltó de la silla y se puso a bailar, agitando sus banderitas.

—¿Quién tiene dos pulgares y es familia de la mujer más poderosa de Hollow Cove? —Giró dramáticamente, casi derribando una silla—. ¡Esta bruja!

—Creo que vamos a necesitar más café. —Me reí.

Un destello dorado atrajo mi atención. Campanita entró como un rayo en el centro comunitario, con sus alas borrosas y una tarjeta de notificación blanca agarrada con fuerza.

Se detuvo en el aire, justo delante de mí.

—Esto acaba de llegar —anunció, con urgencia en su voz—. Tienes que verlo.

Suspiré y agarré la tarjeta.

—Por favor, dime que no es otra falsa denuncia de artefactos ilegales. Todavía estamos clasificando los montones del mercado negro...

—Léelo —insistió Nita con los brazos cruzados. Sentí que el corazón me dio un salto al ver su cara de preocupación.

Entrecerré los ojos, pero agarré la tarjeta. Inmediatamente se me heló el estómago.

Las palabras estaban garabateadas con tinta nítida y precisa. No era una petición. Ni una sugerencia.

Era una advertencia.

*Sabemos lo que él es.*
*Pronto estaremos en contacto.*

Debajo de la escritura nítida y precisa, estampada con tinta de color rojo intenso, había un símbolo que conocía demasiado bien.

El sello oficial del Consejo Gris.

*Esto no puede estar pasando.* Agarré con fuerza a Darian mientras el corazón me golpeaba las costillas. No me llegaba suficiente aire a los pulmones.

Marcus notó mi cambio de expresión al instante.

—¿Tessa?

Tragué saliva y me temblaron los dedos al entregarle la tarjeta.

Su rostro se ensombreció al leerlo.

Ruth dejó de bailar. Dolores y Beverly se acercaron, sintiendo el cambio en mi postura.

—¿Qué dice? —Beverly preguntó, su habitual descaro desapareció de repente.

Marcus exhaló lentamente, con la mandíbula tensa. Luego me miró y, por primera vez, vi algo que casi nunca había visto en sus ojos.

*Miedo.*

—Es sobre Darian —dijo, su voz peligrosamente baja—. Sobre su sangre.

Ruth se quedó quieta, olvidando su baile de victoria.

—¿Qué quieres decir?

Marcus dudó y me devolvió la tarjeta.

Me obligué a mirarlas y dije:

—Quiere decir que el Consejo Gris quiere a Darian.

Ruth aspiró. Beverly se quedó con la boca abierta. Incluso Dolores me dirigió una mirada aguda y calculadora.

Porque todos sabíamos exactamente lo que esto significaba.

El Consejo Gris tenía los ojos puestos en mi hijo.

¿Y eso? Eso era lo peor que podía pasar.

Porque cuando ponen su mirada en algo...

Nunca desisten.

¡No te pierdas el próximo libro de la serie Las Brujas de Hollow Cove!



# LIBROS DE KIM RICHARDSON

SERIE LAS BRUJAS DE HOLLOW COVE

*La Bruja de las Sombras*

*Hechizos de Medianoche*

*Noches Encantadas*

*Mojo Mágico*

*Maleficios Prácticos*

*Perversas Costumbres*

SERIE SOMBRA Y LUZ

*Caza Oscura*

*Vinculada A La Oscuridad*

*El Ascenso de la Oscuridad*

*El Regalo Oscuro*

*Maldición Oscura*

*Ángel Oscuro*

*Ataque Oscuro*

SERIE GUARDIANES EL ALMA

*Elemental*

*Horizonte*

*Inframundo*

*Seirs*

*Mortal*

*Segadores*

*Sellos*

CRÓNICAS DEL HORIZONTE

*Ladrón de Almas*

*El Alto Mando de la Oscuridad*

*Ciudad de Sombra y Llamas*

*El Señor de la Obscuridad*

REINOS DIVIDIDOS

*Doncella de Acero*

*Reina Bruja*

*Magia de Sangre*

SERIE MÍSTICA

*El Séptimo Sentido*

*La Nación Alfa*

*El Nexus*

# Sobre la Autora

Kim Richardson es una autora best-seller del *USA Today,* galardonada por sus libros de fantasía urbana, fantasía y por sus libros para adultos jóvenes. Vive en el este de Canadá con su marido, dos perros y un gato muy viejo. Los libros de Kim están disponibles en ediciones impresas, y con traducciones en más de siete idiomas.

Para saber más sobre Kim, visita:

www.kimrichardsonbooks.com